

Carlos Jiménez Duarte

El Renacer de los Astros

I. Alumbramiento de una estrella



EL RENACER DE LOS ASTROS

I. Alumbramiento de una estrella

CARLOS JIMÉNEZ DUARTE

*El Renacer de los Astros:
Alumbramiento de una estrella*
© 2015, Carlos Jiménez Duarte.

Primera Edición, 2015
elnovelistadecombray@gmail.com
universomelquiades.blogspot.com

<https://twitter.com/melquiades1986>

Ilustradora: Adriana Jiménez Duarte.

<http://adriolart.tumblr.com/>

Esta historia acontece en Ulmuden, un planeta ubicado en un sistema solar de la galaxia la Bella Dorada. Sobre la faz de su tierra vive una civilización que ha logrado mantenerse en una pactada y profunda paz desde el inicio de sus tiempos. Pero en realidad, aquella armonía ha sido defendida por La Comunidad de los Astros, una sociedad de héroes anónimos que lucha contra la fuerzas del mal. Desde hace veinte años, en una olla de barro protegida en una fortaleza subterránea, ha permanecido encerrado Merfenes, un hombre de corazón oscuro, principal enemigo de la paz que reina en Ulmuden y jefe supremo de la Orden de las Tinieblas: su contenido poder amenaza ahora con escaparse de su prisión. Ha llegado el momento de que los discretos guerreros de ese mundo tomen medidas drásticas sobre el inminente peligro.

Para Silvia María Murillo A. y nuestro
hijo Andrés Martín Jiménez Murillo.

*No pienses nada, sólo escucha,
sueños hay en tu corazón.*

DRAGON BALL Z, *Opening Latino*



I. EL ASTRÓNOMO DE ALTAMAR

El silencio perpetuo de la madrugada apenas era interrumpido por el suave canto de los antiguos y gigantescos peces que anunciaban su paso por esa zona del océano. Era un lamento suave que en las profundidades servía para arrullar el sueño de las demás especies marítimas mientras sobre la superficie de las aguas brillaba un inmenso mapa de millones de estrellas. En medio de esa penumbra azul, la monumental torre de astronomía, que a la vez funcionaba de faro para los navegantes, se levantaba firme y robusta ofreciendo con humildad sus sagrados respetos a los misterios del mar poderoso y a las fuerzas de sus olas. El potente haz de luz que emitía el faro a los cuatro vientos durante su funcionamiento se encontraba esa noche en un voluntario descanso y el único guardián de la fortificación dormía con sus brazos apoyados en un escritorio en el que yacían varios pliegos de color pergamino, rellenos con toda clase de cálculos e ilustraciones que revelaban sus estudios recientes sobre la Espada del Príncipe, la constelación que durante los últimos días se posesionaba a medianoche sobre el lente del grandioso telescopio de la torre.

De pronto, una sensación violenta, como el resplandor de un relámpago en su mente, despertó al astrónomo de la intensa profundidad de su sueño. La brusca e inesperada impresión lo golpeó con tal fuerza que se vio obligado a erguirse sobre la silla de inmediato, sintiendo que un calor tremendo recorría todo su cuerpo a la vez que agitaba su ritmo cardíaco, como si se tratara de un fuego sideral que deseaba quemar su esencia hasta extinguirla por completo. En cuanto logró reponerse al impacto, le costó todavía una milésima de segundo más reubicar su espíritu en el tiempo y el espacio: ahí estaba en el nivel más alto de la fortificación, bajo la compañía del majestuoso aparato con el que observaba a diario las estrellas y con los cuatro globos de luz eléctrica situados en las paredes que por el momento enceguecían su visión. No era la primera vez que sus sentidos eran conscientes de un tipo de sensación de ese orden, sólo que la que acababa de experimentar esa noche había ido demasiado lejos en comparación a las que vivía ordinariamente. A pesar de la ardiente efervescencia que padecía, al colocarse de pie no olvidó tomar la toga que descansaba en el espaldar de su asiento, con la que se abrigó antes de abrir la puerta metálica que conducía a la pasarela del exterior, en donde fue recibido por la potencia de unos vientos fríos e incontenibles que terminaron por refrescarlo.

Apoyándose en la baranda, cerró sus ojos para dejar que su mente le informara sobre el origen de aquella impresión pero lo único que comprendió es que el poder de las brisas habían barrido las nubes del cielo en su totalidad permitiendo que reinara una oscura y deliciosa noche. El guardián de la torre abrió de nuevo sus parpados y se fijó en la extensión infinita del mar que lo rodeaba, preguntándose cuál de los grandes misterios que encerraba el mundo estaba a punto de revelarse. Sabía que el tipo de alertas que fue capaz de despertarlo no acostumbraban a presentarse solas, así que esperaba con paciencia que se manifestara el signo que le permitiría entender que era lo que estaba sucediendo, mientras en su garganta seca sentía que un irritante calor se anudaba igual que si hubiera acabado de tomarse un buen trago de ron. Contemplando el titilar de las constelaciones, agradeció que la nitidez del paisaje no estuviera afectada por el brillo de las tres lunas que giraban alrededor del planeta, las cuales ya no tendrían la suerte de surcar por las regiones de ese hemisferio en lo que aún quedaba de noche.

Ulmuden era el nombre de ese inmenso globo terráqueo que servía de hogar para aquel astrónomo solitario y mil quinientos millones de personas más. Era el cuarto planeta de los siete que orbitaban un sistema solar que hacía parte de una galaxia que, según el cálculo de los expertos, se hallaba a quinientos setenta años luz del centro del

Universo y la cual fue bautizada como la Bella Dorada. Un relato de la Antigüedad, afirmaba que la Suprema Divinidad que gobernaba el destino del cosmos, mejor conocida como la diosa Seres, tenía en su palacio una perra grande y hermosa que poseía unos bondadosos ojos marrones que contrastaban con el color dorado de su pelaje. En el último de los partos de la mascota, ésta dio a luz a cuatro crías, de las cuales tres, que eran hembras, fallecieron al nacer. Seres decidió respetar el orden natural de las cosas y empujando el alma de las difuntas crías las invitó a que descansaran durante toda la eternidad en el sagrado mundo de los sueños. Después de lo cual encerró a cada una de ellas en la tibia comodidad de una burbuja de agua que pronto adquirió el don de flotar y desplazarse de acuerdo a los impulsos que le transmitían las tres cachorras desde la profundidad de sus visiones astrales. Ese don maravilloso, tan imprevisto incluso para la misma diosa, les concedió a ellas la gracia de seguir de cerca el crecimiento del sobreviviente cachorro varón, el cual tuvo una infancia feliz gracias a los constantes juegos en los que participaba con las esferas de agua que orbitaban en torno suyo. Así que al llegar a su adultez se convirtió un perro precioso y admirable, con una sagaz inteligencia que también era fruto de los susurros que le brindaban sus hermanas desde la eternidad. La leyenda cuenta que con el paso de los siglos, el espíritu cósmico del animal creció lo suficiente para que la diosa Seres lo aprovechara a la hora de crear con éste un planeta, igual que sucedía con el mismo destino de las otras formas de vida de su reino. Por su parte, las tiernas cachorras que dormían perpetuamente y fueron nombradas por una de las sirvientas del palacio divino como Onuldam, Lisba y Numé, se transformaron en las tres lunas que circulaban en torno a su hermano Ulmuden, que fue el nombre que le otorgó la Suprema Divinidad.

El astrónomo de la torre conocía muy bien aquella leyenda y cada vez que la recordaba le causaba gracia imaginar que el mitológico perro tardara en darle la vuelta por completo a su astro solar en doscientos novena y dos días, los cuales habían sido repartidos de manera equitativa en un calendario de dieciséis meses. Cada uno de los días del año tenía una larga duración de treinta y dos horas, en donde la luz del radiante sol y la oscuridad de la noche se dividían por igual su periodo de actividad, exceptuando ciertas épocas del año en los que los amaneceres o la llegada de las sombras nocturnas decidían presentarse desde mucho más temprano. Mientras tanto, la geografía de aquel mundo, estaba repartida en seis continentes: de los cuales cuatro fueron fragmentados en una docena países. La sabiduría de los pueblos conocía muy bien que muchos siglos atrás aquellas naciones representaron a cada uno de los doce reinos que existieron a principios de la historia de la civilización.

—Se está demorando en retornar la señal—pensó Dolbener, el astrónomo—. No parece ser urgente el mensaje de hoy.

No había acabado de escuchar sus propias palabras en su pensamiento cuando sintió un ardor intenso que brotaba de la boca de su estómago. De pronto, como si estuviera siendo guiado por ese fuego interno, el hombre dio diez pasos por la pasarela y ubicó su mirada hacia un punto cualquiera del espacio celeste. Entonces le sorprendió que en ese sitio, que al parecer había escogido voluntariamente, apareciera de inmediato el brillo de un astro que extendía las líneas de sus brazos hacia los cuatro puntos cardinales. Al observarlo Dolbener percibió cómo se incrementaba el calor tremendo de sus entrañas. Luego, las líneas giraron sobre su eje antes de volver a recogerse sobre el luminoso punto central, que empezó a titilar como si fuera una estrella ordinaria. El guardián de la torre metió su mano en uno de los bolsillos de su toga y extrajo un pequeño telescopio que tenía un largo de apenas ocho centímetros. Situándolo en su ojo izquierdo, el hombre lo enfocó para avistar mejor el titilante astro.

A pesar de lo corto y liviano que era aquel aparato, éste contaba con un sofisticado sistema que permitía que su visión tuviera un alcance superior a los cinco kilómetros. Su precisión y nitidez eran tan exactas que al divisar con éste un árbol que se hallara

en su punto más extremo de alcance, aún era posible percibir las nervaduras de una de sus hojas verdes. Aunque sólo era para uso profesional, Dolbener lo utilizaba a veces, empleando otro avanzado aparato adicional, para informarse sobre lo que sucedía en la población de la costa y así lograba hasta leer las palabras del periódico colgado junto a la puerta de una tienda. Al emplearlo para estudiar el cielo, el astrónomo obtuvo una magnífica imagen que confirmó que sus sentidos no lo habían engañado. Era en realidad una estrella, quizá la más hermosa que jamás hubiese visto, la misma que había desaparecido del cielo veinte años atrás para asombro de todos los investigadores científicos que se vieron obligados a no volver a seguir y anotar su curso en los registros astronómicos.

Eran las dos y media de la madrugada, aún faltaban más de cinco horas para el amanecer. En altamar se escuchaba la maravillosa sinfonía de los gigantes peces nocturnos del océano; su sonido era parecido al provocado por un cuerno musical antiguo. En ese lado del hemisferio del planeta mientras tanto, a muchos kilómetros hacia el interior de la costa, se respiraba el tranquilo pacto de la paz que llegaba todas las noches cuando las luces de las casas de todas las poblaciones se iban extinguiendo para darle paso a una oscuridad total y placentera en la que sólo brillaba el diminuto titilar de las luciérnagas. A cierta hora de la madrugada, el pacto hizo una tregua y permitió que surgiera el amarillo rectángulo de una ventana, en donde la sombra de un delgado anciano permaneció durante unos minutos hasta que dio el último sorbo a la bebida aromática que acababa de preparar. Luego el resplandor de la cocina se apagó, la melodía eterna del dormir de millones de personas siguió su ritmo habitual, atenuado por el ronroneo de los gatos y el murmullo de los insectos.

Así ocurría durante todas las noches, hasta que las luces del amanecer y el piar de los pájaros, despertaban a las personas para que cada una de ellas se integrara al curso del destino cotidiano, el cual era tan perfecto como el mecanismo interno de un reloj de engranajes. El inicio del día llegaba siempre a sus habitantes, tras una noche de sueños profundos y apacibles, como una gran promesa en que cada pieza de la sociedad trabajaba por mantener vivo el néctar de la calma y serenidad que había permitido que reinara la paz en Ulmuden: una armonía que también era fruto de la herencia dejada por los monarcas de la Antigüedad. Todo el planeta era reflejo de una civilización avanzada y organizada cuyo símbolo internacional era el hexágono, ya que evocaba la sólida perfección de un panal de abejas. Las únicas guerras y batallas de las que se tenía conocimiento eran las que encarnaron los héroes y los reyes durante los siglos pasados contra las fuerzas oscuras. Unas fabulas tan maravillosas que tenían el mérito de estar compiladas en los libros de la literatura universal.

Después de más de mil cuatrocientos años de historia como sociedad, Ulmuden se perfilaba como un hogar que era considerado por muchos igual que un paraíso. Los únicos delitos, traiciones o asesinatos que existían en ese mundo tan perfecto eran los que acontecían en las siniestras novelas de Rocam Madour, un escritor de ciencia ficción, que en sus obras describía lo que acontecía en un planeta imaginario gobernado por unos malévolos personajes que el autor nombraba en su propio lenguaje como políticos, ladrones y dictadores, los cuales eran capaces de utilizar toda su inteligencia para engendrar macabras guerras en la que los habitantes de los países se aniquilaban entre ellos mismos por el poder y control de los recursos naturales. La mayoría de las armas que mencionaba el novelista en sus obras poseían una tecnología que les permitía disparar proyectiles de metal. Otras más peligrosas, eran unos tubos gruesos llamados cañones, que expulsaban unas provisiones que podían derrumbar paredes de concreto. Y existían unas aún peores que lograban desatar desde su interior un devastador sol terrestre que, tras exterminar una ciudad entera con su potente radiación, firmaba su desastre en el cielo con un monumental hongo de humo. Aquella narrativa poseía tanta dosis de maldad que para muchos de sus lectores

resultaba inverosímil, así que lejos de perturbarse ante los horrores descritos, muchos no podían dejar de reírse hasta las lágrimas por las tristes desgracias que tenía que soportar aquel planeta bajo la imaginación de Rocam Madour, quien por lo demás era considerado por sus críticos como un gran humorista.

Sin embargo, Dolbener sabía muy bien que así como los océanos escondían sus secretos, dejando la superficie de las aguas en tranquilidad, el mundo en el que vivía también tenía un pasado oscuro lleno de múltiples batallas y sacrificios. Aquella paz tan fuerte y blindada había sido protegida en realidad por verdaderos héroes que trabajaban en el silencio. Aquel astrónomo también era uno de esos hombres y no por nada era considerado el Jefe Supremo de la Escuela de los Astrónomos.

La sociedad de Ulmuden, estaba organizada bajo la administración de cinco confederaciones: la Casa de la Agricultura, la Casa de las Artes, la Casa de las Ciencias, la Casa de los Descendientes y la Casa de los Santuarios: cada una de estas instituciones se ramificaban en una diversidad de escuelas. Dolbener gozaba con la suerte, no sólo de estar al mando de una de las escuelas, sino también de la Casa de las Ciencias. Por esa razón era uno de los cinco personajes con mayor conocimiento sobre los grandes misterios que permitían que el planeta conservara su secreta armonía.

En la comunidad de guerreros a la que pertenecía habían hecho un pacto ultra sagrado y sellado con sangre para mantenerse siempre en el anonimato. Todos los días debían enfrentarse a los detalles más triviales con el objetivo de que las energías de ese mundo estuviera en su perfecto equilibrio. La misión que más los ocupaba era ingresar en el tierno universo de los sueños, desde donde podían orientar y tranquilizar a los espíritus de los durmientes con la gran sabiduría adquirida por el empleo de sus extraordinarios dones. Era así cómo al despertarse a la mañana siguiente el carpintero encontraba con facilidad el martillo perdido en la bodega, en el estudio de pintura los artistas decidían cuales eran las obras que ya estaban listas para ser donadas, el ingeniero mecánico se replanteaba la manera de mejorar el flujo de la electricidad al motor ubicando la batería en otro lugar y cambiando los cables, la cocinera del restaurante La Olla Mágica inventaba una nueva receta mezclando dos tazas de vino con caramelo, y la manzana de un árbol caía justo sobre la cabeza de un estudiante para impulsar a su cerebro al desarrollo de una nueva teoría matemática. En otras ocasiones debían utilizar esos mismos dones a la hora de combatir a los demonios y genios malditos que eran engendrados por la acumulación de energías negativas.

Sin embargo, ese era un trabajo casi insignificante comparado con los golpes extremadamente fuertes sufridos durante los últimos cincuenta años. Unos ataques que certificaban el creciente poder del renacer de las sombras, un hecho que volvía a justificar la existencia de la secreta comunidad fundada desde siglos atrás por los reyes de la Antigüedad. Aún hoy, Dolbener sentía que sus entrañas se congelaban al recordar el rostro tenebroso de aquel personaje que lideró la última ofensiva en la que la seguridad de Ulmuden estuvo en su punto de más alto riesgo. Era un individuo de piel azul, cabello largo rojizo y unos brillantes ojos color naranja. Su nombre era Merfenes, una persona a la que no podía odiar al ser consciente de que su ira alimentaba su perverso poder. A pesar del paso de los años, lo seguía viendo en su memoria, caminando en medio de la oscuridad que él mismo generó al apagar de un soplo todas las antorchas de los túneles. Lo único que alumbraba su recorrido era el grupo de genios malévolos que lo escoltaban: unos hombres musculosos que estaban revestidos de un fuego verde que se finalizaba en la cintura, lugar en donde la figura espectral empezaba a desvanecerse como si su existencia brotara de un hilo de humo. Dolbener no necesitaba revivir cada uno de los detalles acontecidos esa noche ya que siempre, por mucho que se esforzara en evitarlo, terminaba deteniéndose en la escena final del duelo, cuando dejando a los espíritus que lo acompañaban en el umbral,

Merfenés entró solo en un pabellón, sosteniendo en su mano izquierda un báculo que era un poco más largo que su mediana estatura. Allí lo esperaba el único guerrero que aún quedaba en pie, quien defendía el magistral portón detrás del cual se hallaba el valioso tesoro que provocaba la disputa.

Todos los demás protectores de Ulmuden habían sido abatidos, no sólo por la secta de genios musculosos, sino también por los siete generales que componían su pequeño ejército. Hasta el líder más fuerte, sabio y poderoso de la comunidad tuvo que caer rendido tras un crudo enfrentamiento en el que al menos pudo aniquilar a cuatro de los comandantes. Sin embargo, mientras permanecían inmóviles en el suelo, aún contaban con una escasa energía que les permitió observar con sus mentes el giro drástico que tendría aquella historia. Tenían la mordiente sensación de que el mismo Merfenés los alentaba a seguir expectantes de la situación para darse el crédito de humillarlos con el título de su victoria. Entonces ocurrió un milagro. En la sala se desató el combate y el joven que custodiaba la puerta utilizó toda la pasión de su espíritu, una sobrenatural ola de viento estalló entre los dos adversarios que se transformaron en dos estelas poderosas que al impactarse entre sí iluminaban por unos instantes el sitio de la lucha. El individuo de los ojos naranja miraba a su adversario con el intenso deseo de tentar la voluntad de su corazón, en vista de que el joven estaba dispuesto a gastar todas sus fuerzas, aun sabiendo que quizás su único logro fuese retardar la ejecución de sus planes. Confiado en que de cualquier manera ganaría el combate, el hombre de piel azul bajó su guardia y resistió los ataques sin necesidad de utilizar un solo músculo de manera que su enemigo experimentara la impotencia de sus golpes.

La estela del joven guerrero saltaba de aquí para allá, atreviéndose a golpear en ocasiones a la figura inmóvil de su enemigo. Pero los ataques eran insignificantes. De pronto una energía desconocida y misteriosa manifestó su presencia en el lugar: se había filtrado violentamente por el redondo agujero del techo como si hubiese caído desde el cielo. Aquella energía, que tenía la apariencia de una estela blanca, empezó a saltar y desplazarse por la sala de la misma manera que lo hacían la estela azul. Las dos esencias no tardaron en fundirse en una sola y aunque la energía visitante, que ahora encendía con su brillo la estancia, prestaba todo su auxilio al joven, era él quien gozaba del total dominio de emplearla a su favor. Un viento mucho más tremendo que el experimentado al comienzo de la lucha se desató espantando a los genios que observaban la lucha desde el umbral y en el pabellón se sintió un fuerte estremecimiento como si la tierra estuviera siendo azotada por un temblor. El torbellino de energía se condensó en torno a Merfenés quien soltó su báculo al percibir con horror como su materia se fundía también con la de sus adversarios. La lucha de las tres entidades formó una esfera de color blanco radioactivo en medio del gran salón.

Pero al cabo de unos segundos después el joven fue expulsado del globo, se colocó de pie de inmediato y desde la distancia coordinó con sus manos el ajetreo que allí se libraba de la misma manera que si fuera el director de una orquesta. De repente sintió que aquel esfuerzo por dirigir el combate debía pagarse con su vida y su cuerpo se desplomó en el suelo. La luz de sus ojos empezó a extinguirse pero con los pocos segundos que aún le quedaban de vida, su mente contempló cómo la esfera se fugó por el agujero. El demencial globo viajó a toda velocidad volviendo a convertirse en una estela, en un rápido ascenso que la convirtió en una estela grisácea. Luego la energía tomó la ruta de un túnel hasta que abrió de un solo golpe la puerta de un granero ubicado en la pared izquierda donde justo en el centro del suelo existía una vasija de barro.

Batallando contra los pocos segundos que le quedaban de vida, el agobiado joven realizó un esfuerzo final. Cerró sus ojos para permitir que su mente levantara bruscamente la tapa del cántaro y después dio una orden a la estela para que se introdujera en su interior. Luego, la tapa cayó sobre la vasija y ésta tembló por unos

instantes antes de que la desconocida y misteriosa energía blanca lograra huir por sus bordes. Aun resistiendo a su final, el admirable guerrero decretó en su pensamiento un conjuro con el cual condenaba al recipiente a permanecer sellado y una milésima de segundo más tarde, tras un doloroso suspiro y una amplia sonrisa en su rostro, se entregó a la muerte.

Fue así como el líder de la Orden de las Tinieblas quedó encerrado. Una verdadera e increíble proeza que de inmediato sembró un horrible miedo en los tres sobrevivientes del bando enemigo, lo que los obligó a huir de la oscura red de túneles que componían la fortaleza secreta que ansiaban derrocar durante la agresiva lucha de esa noche.

A pesar de aquel logro contundente, los miembros de la comunidad tenían muy en claro que el triunfo de esa batalla no les concedía el fin de la guerra. Muchos de los demás miembros de la comunidad fallecerían algunos meses más tarde como fruto del uso exagerado de sus fuerzas durante ese trágico ataque. Desde el fatal desenlace vivido esa noche, los escasos guerreros que lograron sobrevivir sabían que a partir de entonces tendrían que convivir con esa maldad represada en esa olla de barro, presintiendo que algún día ésta tendría que reventarse para liberar su furia contenida. Mientras tanto no tuvieron otra alternativa que ocuparse de nuevo en sus trabajos, organizando el curso de los sueños astrales y esperando que algún designio divino les brindara alguna luz con la cual derrocar de una vez por todas las fuerzas del mal. Los grandes guardianes siguieron con el destino de sus vidas, tratando de dejar al margen el monstruoso dolor marcado en sus corazones durante aquella la batalla de aquella noche, cuyas consecuencias finales lograron que la comunidad secreta se redujera a tan solo unos pocos miembros.

Dolbener era uno de esos protectores que tenía Ulmuden del mismo modo que su oficio como astrónomo había servido para que hasta las más pequeñas poblaciones pudieran salvarse a tiempo de las catástrofes naturales que se avecinaban. Desde hacía varios siglos, los estudiantes de las estrellas lograron desarrollar un método capaz de advertir a través de los astros y sus constelaciones la intensidad que tendrían las fuerzas del Universo sobre su impacto en el planeta. Un trabajo que sin duda permitía que se evitaran una enorme cantidad de muertes, aunque por muy avanzados que fueran las investigaciones, en una que otra ocasión no era posible que el mundo fuese golpeado por las más imprevistas y fatídicas tragedias. Así que en la soledad de altamar, aquel distinguido jefe no sólo asumía la gran pasión de disfrutar el brillo de las estrellas sino que interpretaba además lo que su belleza le comunicaba. Ese era el fundamento prioritario que constituía la contemplación de los astros en el firmamento.

A pesar de la avanzada tecnología que se desarrollaba en todo el mundo, los científicos de Ulmuden nunca habían tenido la necesidad ni el deseo de viajar al espacio exterior ni mucho menos de inquietarse por la pregunta sobre si existían civilizaciones en otras regiones de la Creación Divina. Una antigua leyenda narraba que las familias de un planeta, cautivadas por el sueño y la curiosidad de viajar en el negro espacio, construyeron unas estupendas maquinas con las cuales pudieron navegar a través del Universo. Pero la inmensidad del cosmos era tan gigantesca e infinita que no tardaron en extraviarse. Además, la brújula que inventaron perdió su utilidad por el efecto del calor de los lejanos astros, así que jamás pudieron regresar de nuevo a su hogar y murieron arrepentidos por atreverse a desestimar el mundo que dejaron atrás. Aquel relato había servido durante siglos para enseñar el valor supremo que poseía el hogar concedido por los dioses a los hombres y mujeres de Ulmuden. De manera que los niños aprendían desde muy temprano que si existían otros seres habitando otras regiones del cosmos, no tenían derecho alguno en interrumpir en sus casas.

Pese a ello el Jefe Supremo de la Casa de las Ciencias era una de esas pocas personas que durante su vida tuvieron sí la suerte de contestar ese interrogante.

Dolbener llevaba casi la mitad de su edad residiendo en esa torre, ya que la genialidad y el talento que reveló tener desde muy temprano le concedió el título de convertirse en el jefe supremo de aquella escuela a la edad de los treinta y cinco años. Al asumir el cargo fue remitido a ejercer su profesión en esa hermosa fortificación en la que contó con la presencia de su esposa, quien había fallecido hacia catorce años. Desde entonces su única compañera fue la soledad que reinaba en ese silencioso lugar cimentado en altamar.

Un siglo atrás, cuando se inició la construcción de aquella inmensa torre, tanto la legión de obreros a cargo de erigirla como el mismo grupo de arquitectos e ingenieros responsables del proyecto, sufrieron durante los primeros días con el sinsabor de pensar que aquel ambicioso sueño resultaría imposible de concretarse ya que parecía que la poderosa fuerza de las aguas oceánicas no darían nunca permiso para que pudiera ejecutarse la obra por completo. Ahora, sin embargo, aquella hermosa y valiente creación era reconocida como una de las más preciadas joyas del patrimonio histórico y cultural del planeta. Y más bien parecía que el efecto del tiempo y las condiciones de la vida marítima habían acabado de pulir aquella obra monumental.

Una o dos veces al mes, el guardián de la fortificación, recibía a un grupo de jóvenes estudiantes que acompañados por sus maestros disfrutaban del largo recorrido por las instalaciones de la torre. Era entonces cuando esas visitas llegaban cargadas con sus provisiones alimentarias, razón por la cual no había tenido necesidad de abandonar en un solo instante su lugar de trabajo, pese a que se mantenía en contacto con las noticias del mundo gracias a su computadora personal con la que se comunicaba además con sus amigos, familiares y colegas del oficio. La vida en altamar siempre le resultó hermosa, era el escenario ideal en donde su mente alcanzaba su mayor estado de serenidad y a menudo pensaba que su vida se hallaba en un constante retiro espiritual en el que a veces se olvidaba de la idea de informarse con las noticias virtuales de la prensa. En su tiempo libre se dedicaba a leer los libros de literatura que atesoraba en la biblioteca, escuchar la música de los grandes genios de los siglos pasados, organizar las piezas de los grandes rompecabezas que le llevaban los estudiantes cada vez que lo visitaban y disfrutar de la espléndida vista de los atardeceres que siempre le parecían tan fascinantes por más que los hubiera contemplado tantas oportunidades a lo largo de su vida. Otras veces le gustaba permanecer en la sala de archivo donde podía extraer de los tubos para planos, los elegantes pergaminos con bellas ilustraciones y anotaciones que representaban sus noches de investigación sobre el firmamento. A pesar de la avanzada tecnología del planeta, aún se conservaba en la escuela aquella tradición que existía desde hacía ochocientos años atrás tal como lo realizaron los primeros astrónomos aunque en la actualidad, una vez concluidos los planos, éstos eran fotografiados para después ser almacenados en memorias digitales. Y así pasaba las horas de luminosidad solar, esperando el inicio de la noche, a la que debía recibir preparado tras las largas horas de sueño, de modo que el deseo de dormir no lo abatiera, tal como sucedió aquella noche en que fue despertado por la energía sideral que le transmitió aquel astro que retornaba a la vida al cabo de tantos años de ser considerado como muerto: era la Estrella de Artemus.

A esa hora de la madrugada Dolbener trató de rehusar la idea que lo seducía, resistiéndose a creer lo que sospechaba con la simple intención de que si era verdad lo que presentía entonces el radiante astro tendría la suficiente fuerza para abatirlo y comunicarle el misterio de su existencia. De pronto no pudo soportarlo más, su rostro giró como si un hilo invisible lo jalara hacia el punto del firmamento que reclamaba su atención y entonces sus ojos quedaron inundados por el brillo del resplandor: su mente se trasladó en un segundo hasta los millones de años luz que lo separaban de la radiante estrella. En ese mismo instante fue consciente de su fantástico poder y sintió

su palpar como un corazón que deseaba sincronizarse con los latidos de su sangre. Un suave susurro, similar a los versos de un poema, resonó en el interior de su cabeza. Luego su mente volvió a su cuerpo mientras unas lágrimas incontenibles empezaron a brotar de sus ojos. Acababa de escuchar la señal que a lo largo de las últimas dos décadas mantuvo a la espera a cada uno de los miembros de la comunidad secreta a la que pertenecía. Tal como lo anunciaban los intérpretes de las profecías, el joven que sacrificó su vida durante aquella fatídica noche, retornaría muy pronto a la tierra de los mortales, venciendo así a su propia muerte.

La enigmática Estrella de Artemus fue bautizada en honor al artista más grande que jamás tuvo Combray, ya que el astro desapareció de los oscuros cielos el mismo día de la muerte del reconocido genio cuya partida no sólo dejó en duelo a la capital del mundo sino también al resto de los países alrededor del globo. Desde entonces habían pasado veinte años. El padre del artista fue el primero en enterarse de su deceso cuando encontró su cuerpo frío descansando sobre su cama. El informe de la autopsia reveló que su muerte se produjo a causa de un derrame cerebral. Con sus dieciocho años de edad recién cumplidos, su inesperada muerte se consideró como un verdadero misterio y el funeral que recibió fue el más hermoso y recordado que haya acontecido en toda la historia de la nación que fue su hogar. Era apenas natural que tuviera un despedido tan solemne.

Su ataúd estuvo en exposición pública durante dos días en el gran edificio central de la ciudad. En aquella construcción, provista de cuatro salidas sin puertas orientadas a los puntos cardinales, un número incontable de personas desfiló para verlo tras el vidrio que dejaba contemplarlo desde su cabeza hasta sus pies. El cuerpo del difunto estaba vestido con un elegante traje azul cuyos bordes redondos en el cuello y en las mangas eran de color blanco, mientras su pantalón se abombaba un poco al introducirse en las botas de cuero marrón. En la cintura llevaba puesto un grueso cinturón de tela, en cuyo centro se cerraba un segundo cinturón de cuero negro un poco más delgado y dotado de una hebilla metálica. Justo debajo de éste, los dedos de las manos se entrelazaban para sostener una rosa roja. Aunque le faltaba la capa y el bolso de cuero cuya correa le cruzaba el abdomen desde el hombro, aquel era el mismo traje que utilizó catorce meses atrás cuando actuó en su única obra de teatro: *El Renacer de los Astros*, escrita y dirigida por él, en la cual era el guardián encargado de abrir las puertas al protagonista: el artista y mago más grande de todos los tiempos, quien llegaría antes del amanecer para estremecer al mundo con su genialidad y belleza. Visto de esa forma, el difunto parecía descansar en un sueño eterno, un hecho que se convirtió en una leyenda urbana antes de ser sepultado ya que a pesar del paso de las horas, sus parpados seguían igual de morenos que el resto de su piel como una señal de que su cuerpo se mantendría invencible al efecto del tiempo.

Mientras tanto, sobre el ataúd descansaba un cinturón portaherramientas en el que se colocó varios de los utensilios y objetos de trabajo que el artista empleaba. Un regalo concedido por la Casa de las Artes a manera de honor por la consagración a su oficio, y también, como un simbólico artefacto dotado con todo lo necesario para su vida futura. Se iba al otro mundo dejando un gran vacío en los que tanto amaban y disfrutaban con su grata presencia: todos sabían muy bien que junto a él la Vida renacía. Había en su mirada un resplandor milenar, sus ojos emanaban una serenidad que bien podía entenderse como el logro personal que le había dejado las experiencias de sus vidas pasadas. Existía el rumor que, al igual que lo describían las leyendas antiguas cuya influencia seguía vigente en el pensamiento actual de la sociedad, aquel joven se encontraba en la última etapa de su evolución, al cabo de un viaje de múltiples muertes y reencarnaciones en el que había develado los secretos más íntimos del Universo: primero siendo una célula en una larva, luego un pez libre en las aguas azules del océano, después un pájaro alimentándose de los insectos del

lomo de una vaca y más tarde un elefante que erraba junto a su familia en las verdes llanuras. Una aventura aleatoria en la que bien podía ser un árbol que en el silencio de un bosque disfrutaba de su eterna meditación, una pantera negra cuyo feroz rugido inspiraba respeto en la extensión de la selva, un volcán en cuyas entrañas se reconcentraba el ardiente magma de su energía en combustión o un hermoso príncipe de la Antigüedad. Así era como en Ulmuden se entendía la expedición que realizaba el alma por los infinitos destino que ofrecía la Vida, por lo que muchos trataron de justificar el misterio de la precoz muerte del artista argumentando que a través de ésta se completaba el amplio recorrido en el que su materia fue cobrando voluntad y energía hasta llegar a él, a Artemus, quien representaba el final de todo ese proceso donde ahora su existencia se encontraba en esa edad perfecta en que todos los conocimientos estaban al alcance de sus manos: esa última fase, en la que se permitía deleitarse, con los pequeños y grandes placeres de cada día.

De hecho se consideró que gozaba además de ciertas facultades sobrehumanas como la de poder dialogar con los animales, trasladarse de un lugar a otro con sólo pensarlo, adivinar el futuro, entre otras virtudes que también servían para coronar su existencia de un aire de misticismo y fantasía. Muchas personas aseguraban que podían escuchar su voz resonar en el interior de sus mentes y cuando decidían buscar el origen del susurro se enfrentaban al rostro del artista que sonreía con malicia. La única de esas cualidades de la que se tenían pruebas consistentes era el don de la clarividencia, ya que predijo varios temblores de tierra, la invención de la vacuna contra el cáncer, la crisis informática que mantuvo al mundo entero sin conexión a las redes durante tres días, el descubrimiento de un nuevo elemento en la tabla química y la fecha de la muerte de uno de los líderes más sabios de la Casa de los Santuarios.

Artemus era el hijo mayor de la familia Artemisa. Desde muy niño se le consideró un auténtico genio aunque fue un hombre sencillo que nunca hizo gala de su talento, asumiendo su actividad de creador con total honradez, con la misma humildad que un zapatero o un campesino. Fue dibujante, pintor, escritor, cocinero y hasta humorista, sin contar las otras pasiones cotidianas que permitían que todo lo que tocaran sus manos se convirtieran de inmediato en belleza. A pesar de su corta existencia, la vida le alcanzó para cumplir con todos las metas que él mismo se propuso. Desde su más temprana edad demostró tener una inteligencia despierta, bastante audaz para solucionar problemas de destreza mental como las ecuaciones matemáticas, los jeroglíficos y las adivinanzas.

El ser considerado un genio a la edad de sus cinco años le concedió la oportunidad de formarse de manera autodidacta, igual que sucedía siempre ante el descubrimiento de los niños superdotados, quienes no tenían necesidad alguna de pasar por las escuelas para dedicarse así de lleno a sus estudios e investigaciones personales. El tiempo en el que no se encontraba entretenido en las obras de su estudio, lo invertía en leer libros sobre literatura, arquitectura, medicina, física, química, entre otras materias que alimentaron su imaginación y se vieron reflejadas en su arte revolucionario. Así que a medida que pasaban los años fue reconocido en el mundo entero por la gran madurez de su talento que parecía avanzar sin reconocer límite alguno: sus creaciones eran tan originales y valiosas que muy pronto recibió encargos de todas las partes del mundo. Unas obras que por lo general quedaban de exposición permanente en las plazas públicas y en los parques de las ciudades.

Aquella ruta hacia la inmortalidad en la historia había iniciado cuando durante un temblor de tierra que sacudió a su localidad, uno de los cinco portones de entrada se derrumbó y el jefe de la Casa de los Santuarios en persona le hizo el encargo de restaurarlo. El artista, realizó su tarea con suma profesionalidad, primero dibujando los planos, luego presentando su diseño a los ingenieros que lo asesoraron y por último dirigiendo la construcción junto a los maestros de obra; el portón oriental volvió a

presentar sus dos columnas de ladrillo que se formaban en un arco que custodiaba la gran puerta de madera en la que él talló un relieve de estrellas que alumbraban sobre las formas de las casas y calles de la localidad. Por disposición del artista se colocó un hermoso farol que colgaba desde el centro del arco y una escultura de un ángel creada por sus propias manos que, acostado sobre la alta superficie, saludaba a los bienvenidos con una sonrisa. De aquel proyecto, quedo una fotografía en el periódico en la que apareció él junto a los obreros e ingenieros delante de las enormes puertas abiertas. Apenas tenía doce años. A partir de entonces su agenda se colmó con una diversidad de encargos que entregaba justo a tiempo en la fecha que él mismo determinaba.

Era un joven responsable, cuyo pensamiento parecía ser muchísimo más adulto que la edad que aparentaba, por lo que sus padres que confiaban tanto en él le brindaron la oportunidad de conocer los sabores del licor desde muchos años antes de que cumpliera su mayoría de edad. Un hecho que Artemus llegó a considerar como el descubrimiento de su quintaesencia. En su estudio acostumbraba tener una que otra botella de las que se hallaban en el bar de su casa ya que cuando se encontraba en su taller, tenía el hábito de tomar aunque fuese una o dos copas, argumentando que era una buena medida para relajarse, a pesar de lo cual siempre fue estricto en no embriagarse durante sus sesiones de creación. Tenía un sentimiento muy personal, un placer casi místico sobre la gracia orgánica que concedían los buenos cocteles y el licor. El vino salvará al mundo, acostumbraba a decir.

Su íntima relación con el licor sin duda también se vio reflejada en su talento para la gastronomía, otra de sus pasiones en la que se le consideraba un gran maestro. Cuando cocinaba, solía sazonar con vino los calamares y langostinos que él mismo pescaba en el mar para preparar su arroz especial o compraba de la mejor cerveza en el bar El Gran Tonel con la que adobaba la carne de los asados. También acostumbraba agregar una pequeña copa de aguardiente junto al aderezo a las legumbres de la ensalada y en otras ocasiones para suavizar la digestión tomaba una taza de café con ron diez minutos después de comer. Tras su muerte, su padre descubrió que en su estudio tenía escrito un libro con sus recetas, en el que apuntaba los ingredientes y las descripciones para elaborarlas. Ese fue uno de los tantos legados que dejó antes de marcharse al igual que el recuerdo de la buena vida que vibraba en su espíritu, la misma que se hallaba en un auténtico equilibrio junto a su sensata locura. Los que tuvieron la suerte de conocerlo no olvidarían con facilidad su sentido del humor, el encanto natural con el cual mantuvo viva la felicidad de su vecindario, su providencial presencia que se atenuaba con su sonrisa que era una mezcla perfecta de una santidad pactada con su talento revolucionario o las pocas veces que lo contactaban para que animara las fiestas infantiles en las que interpretaba el papel de mago. Hasta mucho tiempo después de su muerte, las personas no dejarían de escuchar en sus memorias las melodías que a menudo tocaba con su dulzaina cuando caminaba por las calles.

Pero entonces aconteció lo inevitable. Ningún habitante del planeta sabía cómo explicarse que la vida un joven con tan rebotante salud e ingenio fuese truncada por un derrame cerebral. Un hecho que incluso desconcertaba a la Escuela de los Médicos al observar la imagen generada por el escáner del avanzado equipo de análisis: su materia gris estaba tierna y fresca como la de un niño. El mundo entero no tuvo otra opción que resignarse a los sagrados misterios de la muerte.

El cuerpo del artista no sufrió la más mínima incisión en el momento de realizar la necropsia que se realizó empleando la mejor tecnología de la época. De modo que al ser sepultado, igual que lo indicaban las antiguas tradiciones, regresaba a la tierra con la total integridad de cada uno de sus órganos. Su ataúd fue seguido por un enorme grupo de admiradores en las que se podía contar alrededor de unas quince mil

personas, entre las que se encontraban familiares, amigos y también distintas personalidades importantes de la vida pública, no sólo de la localidad sino también del resto del mundo. Fue sepultado en una de las verdes colinas del Jardín de la Vida, el parque cementerio ubicado en el oriente a las afueras de la localidad. Era el camposanto más concurrido que tenía la región.

Varios siglos atrás, la Casa de los Santuarios ordenó la construcción de un templo en cuyo centro fue sembrada la semilla un hermoso árbol en torno al cual existía una fuente circular de agua. Ahora, el paso del implacable tiempo había dejado que la semilla se transformara en un árbol monumental cuyas ramas siempre contaban con la visita de diversos pájaros de colores. Pero no sólo era el Santuario, lo que atraía a los habitantes de la localidad, el cementerio era ante todo un lugar en donde el arte se glorificaba en un esfuerzo por inmortalizarse a través de sus esculturas y sus distintos artefactos que invitaban a la memoria a evocar la presencia de los que ya se habían marchado. Era normal encontrarse con obras singulares como lo era una preciosa casita infantil de dos pisos dedicada a una niña fallecida a la edad de ocho años o la representación de una puerta que se abría para dar paso al más allá a un deportivo coche de carreras. De modo que las personas que solían asistir a La Hora de la Gratitude celebrada en el Santuario, se tomaban el tiempo también para caminar por sus caminos empedrados y admirar las bellas representaciones sepulcrales.

El día del entierro del artista más grande que jamás tuvo Combray, fue un día de un cielo azul y despejado de nubes. A la hora del atardecer, en el firmamento aún se podía apreciar el naranja provocado por un sol que parecía no querer ocultarse mientras en el aire existía un sinsabor que quemaba la garganta de todas las personas allí reunidas, una sensación tan abrasante que muchos no pudieron reprimir el deseo de llorar. Mientras el ataúd descendía en medio de una lluvia de rosas rojas que formaron en grueso colchón, los asistentes sintieron una desolación completa, como si el cuerpo y el alma del artista hubiera sido embalsamado con el homenaje que se merecía, apenas quedando de él una belleza póstuma, triste y aburrida: el indefenso recuerdo que legaba a quienes lo conocieron como una sonrisa que se desvanecía dejando un enorme vacío.

De pronto reinó un silencio perpetuo, pactado por todas las personas allí presentes, quienes se fueron retirando hasta que en la colina apenas quedó presente un solo niño cuya edad sobrepasaba los cinco años. Su piel era de un cálido color trigueño mientras que su cabello castaño bien peinado era acariciado por las últimas brisas del atardecer. En el rostro infantil brillaban unos ojos cafés en los que se percibía una suave melancolía en la que también habitaba la resistencia de un corazón que no había sido capaz de llorar, ni un solo instante, por la muerte del gran artista. Ahora, vestido con un traje azul claro similar al que llevaba puesto Artemus en su ataúd, estaba frente a la sepultura repleta de rosas, sosteniendo en sus manos una hoja de papel. Todos los asistentes estaban a la espera del acto final que cerraría el ritual de las exequias. Entonces el silencio fue quebrado cuando el niño inició la lectura del poema que tenía en sus manos. Los versos que viajaban a través del cable del micrófono para ser emitidos por los parlantes vibraban por el campo del cementerio como si se tratara de una lectura profética. Cuando la lectura finalizó, el Jardín de la Vida empezó a ser evacuado por las incontables personas y en el cielo empezaron a brotar las primeras estrellas.

Aquel niño era mejor conocido a nivel mundial como El Aprendiz. Su seudónimo lo ganó gracias al papel que interpretó en la única obra de teatro escrita y dirigida por Artemus. La función fue presentada por primera vez durante la participación de un concurso de teatro infantil, aunque ésta fue descalificada al cabo de la primera fase de selección. Sin embargo, a la mañana siguiente del estreno, apareció en el periódico un artículo, escrito por uno de los críticos que hacía parte de los jueces del certamen, en el

que alababa el magistral talento de los dos personajes, sobre todo el del niño, acerca del cual sentenció que a partir de entonces debía ser bautizado para siempre “como El Aprendiz, quien disfrutaría de los dones cultivados por el alma de su maestro”. De manera que aunque fueron derrotados en el concurso, la obra adquirió una fuerte celebridad que invitó a que los dos actores estuvieran de gira por varias ciudades del país antes de que la puesta en escena fuese grabada en video y adjuntada como uno de los diez mejores clásicos teatrales de la última generación. Fue a partir de aquel suceso que resurgió el mito de la sólida relación entre el maestro y el aprendiz, ya que esa singular representación era una de las tantas pruebas que servían para retumbar el eco de la gran amistad que mantuvo en contacto el alma de los dos artistas.

El nombre del niño era Dersan, quien vivió en el mismo vecindario de Artemus, que lo vio crecer desde que era un bebe recién nacido. Fue la persona que más logró conquistar y adentrarse en el corazón del inspirado creador, fundando una amistad que ninguno de los dos sospechaba sobrepasaría los límites de la misma muerte. Se decía que la relación que existía entre ambos era tan íntima como la de un perro con su amo, un vínculo tan cercano que le permitió al niño conocer sus mejores secretos y dominar la esencia de su arte, cuya influencia sería evidente en la obra que empezaría a gestar desde su temprana edad a partir de aquel atardecer en que recitó el poema del adiós. Muchos de los biógrafos de Artemus, después de entrevistarse con él, no pudieron evitar rendirle homenaje argumentando que era la persona más sabia del mundo que podía dar un testimonio auténtico sobre la vida de su maestro, tanto así que incluso muchos años después, cuando el niño llegó a su etapa adulta, aún existían admiradores de la obra del genio que lo consultaban para saciar su curiosidad ante la revelación de los minuciosos detalles alrededor de la vida del artista, los cuales mantenía en su memoria como si estuvieran escritos en la palma de su mano. Así que tras la muerte de Artemus, él se convirtió en el heredero del gran cariño que inspiraba el artista y la gente siguió llamándolo por su seudónimo para rendirle el cariñoso homenaje que se merecía.

Pese a que ya se conocían por vivir en el mismo vecindario, El Aprendiz había tenido una oportunidad singular de penetrar más a fondo en el espíritu de Artemus. Una mañana, mientras jugaba con sus amigos del vecindario, la pelota con la que se divertían se filtró por una de las ventanas abiertas del estudio del joven. Así que el niño entró por la puerta trasera de la casa. Era un estudio enorme de paredes blancas en las que estaban colgadas las pinturas del infatigable creador. Se hallaban ubicadas con tal sentido del orden que parecía una hermosa galería; cada una de las imágenes colocada en su preciso lugar formando el gran pliego que constituía la obra de Artemus. Había además unos caballetes y varias mesas en la que reposaban algunas esculturas aún sin terminar. Para el niño fue una experiencia deslumbrante, similar a ingresar en la base secreta de uno de los superhéroes que veía en la televisión, aunque ésta era una en donde el equipamiento eran pinceles, tubos de óleo, espátulas, estiletes y otro tipo de herramientas de trabajo.

—¿No vas a recoger el balón?—protestó el joven.

Su voz tenía un timbre de incomodidad intencionada: sabía que el niño conocía a la perfección su carácter, que a veces era fuerte y en otras dócil, así que realizando un minúsculo abuso de poder se permitió probarlo en su propio territorio. Desde que lo vio en el marco de la puerta lo olfateó como un perro y percibió el nerviosismo que lo invadía. Sintió entonces una mezcla de pasión y pesar al verlo encantado por la magnitud de su espacio. El niño se dirigió con cuidado hacia la ventana, sus pies caminaban con tacto en un suelo que en ese momento le parecía que se había transformado en las arenas movedizas de un desierto: se desplazaba tenso, consciente que su pequeño yo estaba siendo observado en su totalidad por la madurez del artista, se sintió un tanto achantado por interrumpirlo y contuvo su respiración cuando pasaba

por detrás de su fornida espalda. Al final de aquel trayecto estaba Jos, el perro dóberman de la casa que a esa hora dormía sobre un tapete. Justo en las fauces del animal, la pelota morada.

Al levantarla, su pánico se transformó en fantasía: el niño quedó fascinado en ese instante por la revelación sobrenatural que le concedían los cuadros, maravillado por la consistencia de los colores y el impacto que causaba en su memoria la textura de la imagen. Allí estaban, en un tiempo en el que todo coincidía con todo, las brisas de viento frotándose sobre la piel verde de las montañas donde se veían las delimitadas calles de un cafetal, las aspas de los molinos girando sobre un campo de trigo, el conjunto de ángeles guardianes custodiando la puerta principal de entrada a una población y la noche estrellada de una playa en cuya costa existía un faro iluminado por las tres auroras boreales que viajaban por el cielo. Pasaron varios minutos durante los cuales la mente del niño disfrutó de una experiencia fascinante, un momento que para él fue similar a alcanzar la eternidad, asombrado por el gozo que le concedía cada pincelada: el movimiento alegre del óleo y la materia fusionándose en esa armonía única, como si el mundo se estuviera acabando de inventar.

El artista por su parte guardó silencio, deleitándose con la inocencia de su espectador sonriente, la humilde presencia del niño que ahí y ahora prestaba todos sus sentidos para viajar hacia el espacio sin límites de sus pinturas y artefactos. Estaba del todo conmovido por la belleza que le ofrecía cada palmo de su creación, moviendo con calma sus ojos por los lienzos a medida que iba descubriendo el universo que allí mismo se asomaba, similar a un sueño. Hubo un instante de quietud, tenso, justo cuando el niño se saboreaba con la piel escamosa de los peces amarillos, que estuvo a punto de desvanecerse en esa otra realidad mientras Artemus, que se esforzaba en no perturbarlo, centraba su atención en escribir. En ese instante ambas personas fueron seducidas por una conexión luminosa, un momento radiante, un parpadeo en la historia del Universo, parecido a un amanecer o un libro que abre sus puertas a la ficción. Fue un acontecimiento con tanta fuerza e intensidad que ambos estuvieron a punto de ser absorbidos por la contundente energía de esos mundos paralelos engendrados por el poder de la imaginación. Un instante mágico, providencial, como lo son los juegos del destino y la escritura de los caminos divinos.

Así fue cómo logró ganarse su confianza al mismo tiempo que Artemus se ganó la confianza del niño, ya que era la obra de arte lo que los conectaba; la obra de arte como aquel sendero inmortal en donde lo visionario los exaltaba y los mantenía vivos; la obra de arte, aquel artefacto en donde la mente humana sobrepasaba sus límites para revelar lo imposible. Desde entonces, con cada salida del sol y apenas se despertaba, el niño que apenas tenía cuatro años de edad acudía al estudio para verlo trabajar. Durante el último año y medio, él acabaría por convertirse en su único aprendiz, recibiendo todos los conocimientos y todo el cariño que le transmitía su maestro. El niño asistía a la Escuela de los Infantes en las tardes, lo que les permitió a ambos compartir de la amistad en las mañanas. El pequeño artista llegaba y se apresuraba en sentarse junto a una de las mesas cercanas a la puerta, repleta de frascos con pinceles y llena de salpicaduras de pintura. El maestro le entregaba entonces una hoja en blanco y lápices de colores para que descargara con la misma emotividad jubilosa lo que su mente infantil alcanzaba a vislumbrar.

En el año y medio de vida que le quedaba a Artemus ambos lograron consolidar una grandiosa amistad. Artemus le tenía cariño desde que era un bebe, había tenido la oportunidad de verlo crecer pero fue durante ese último periodo de su vida el que más se grabaría en la mente del niño por ser el tiempo en el que estuvo cerca de sus creaciones y preguntarle todo lo que quería. El artista lo entretenía con sus chistes, sus trucos de magia y a veces le permitía pintar sobre sus cuadros mientras el sostenía su mano con la suya de modo que eran los dos quienes descubrían el mundo frente al

lienzo.

Una tarde, algunos días antes de su muerte, los dos disfrutaron de un último encuentro bastante personal. El Aprendiz jamás olvidaría el sabor fresco de esa tarde en la que abandonaron el estudio del artista para refugiarse en los muebles de la sala en donde estuvieron escuchando música durante casi dos horas y media. El equipo en el que se reproducían las canciones, pese a que su apariencia era la de un gramófono antiguo con su respectivo disco negro que giraba y giraba, era en realidad un avanzado aparato al que se le conectaba un pequeño dispositivo en cuya memoria se podían almacenar muchísimas pistas musicales. De los parlantes ubicados debajo de la mesa en la que se hallaba el aparato, brotaban las composiciones de Los Astronautas, Serpiente Azul, El Escudo y Monarcas.

Fue en la intimidad de ese episodio de sus vidas en el que sin tenerlo previsto ambos se despidieron. Muchos años después, cuando el niño se transformó en un joven adulto y fue invadido por las sombras de un pasado en el cual seguía sin descifrar el misterio de la marcha de Artemus, su corazón retornaría una y otra vez sobre el recuerdo de esa tarde en la que contó con la suerte de no asistir a sus estudios en la escuela infantil. Era como si su mente se hubiera rayado sobre la misma pista, como si la aguja del tocadiscos que ejecutaba el simulacro de interpretar las canciones se perpetuara con la intención de repetir el mismo fragmento triste y funerario que evocaba para él la ausencia del genio creador. Entonces se veía de nuevo en la sala de la casa de la familia Artemisa, en la tarde remota en la que disfrutaron del momento mientras comían sándwiches de atún y gaseosa. En otras ocasiones, el pequeño amigo del artista también había estado allí junto a los amigos del vecindario que tenían la misma edad de Artemus, pero en esta ocasión se sintió privilegiado en la intimidad que él le concedía. Para el niño aprendiz fue fascinante contemplar el disco que daba vueltas una y otra vez por debajo de la aguja mientras la música vibraba en su cuerpo, palpitando en lo profundo de su corazón. En una situación así, Artemus dispuso que jugaran al concurso de sonrisas.

—Mi querido aprendiz—dijo imitando la voz de un profeta—, cuando seas grande quiero que hagas todo lo que te ordene y que escribas sobre los mundos fantásticos que has visto en mis sueños...

—Sí, mi querido maestro—respondió el niño—, haré todo lo que me digas, volvamos a nuestro concurso, vas a perder si dejas de sonreírte.

Entonces el maestro y el aprendiz se miraban a sus ojos de manera profunda mientras cada uno luchaba por sostener su propia sonrisa. Era en ese justo instante donde la mente del joven aprendiz se detendría muchos años más tarde, estancándose, como si aquel momento se hubiera inmortalizado en su existencia como el efecto de un poderoso relámpago: un suceso que perduraba en su memoria igual que una obsesión, sin comprender que desde aquella tarde remota las aguas del tiempo lavaron los recuerdos de su corazón de niño, de modo que la nostálgica ausencia de Artemus no afectara su crecimiento durante su infancia y juventud.

Ahora habían pasado veinte años, El Aprendiz era ya un hombre maduro y apasionado por la curiosidad de seguir redescubriendo los misterios del mundo. Lo que le permitió, con el derecho que le otorgaba la cultura y la tradición de ser ciudadano de Ulmuden, dedicarse a pasar por las numerosas escuelas de formación con total libertad, hasta que lograra identificar cual era el oficio más exquisito en el cual podría consagrar su destino. Sin embargo, por mucho que se educara y continuara dedicándose a las artes, seguía sin encontrar pista alguna al misterio de la muerte de su maestro, el cual tras años de silencio había despertado y se hallaba incrustado en las fibras más íntimas de su memoria desde hacía cinco años. En realidad, era la única persona de todo el planeta que aún sentía vivo el cariño de Artemus, como si una chispa del espíritu del artista más grande que jamás tuvo Combray mantuviera encendida la comunicación

entre ambos a pesar de la distancia de la eternidad. Era por eso que aún seguía sin explicarse, por mucho que pensara en el recuerdo de su antiguo amigo, que era lo que su mente clamaba en comprender: un enigma ciego que no podía descifrar.

La madrugada en que Dolbener contempló el resucitar de la estrella que rendía homenaje al famoso artista, el astrónomo entendió que había llegado la hora en que El Aprendiz debía conocer que su maestro era el mismo hombre que sacrificó su vida en su duelo contra Merfenos, que el genio creador era aquel valiente guerrero que entregó la totalidad de su espíritu para mantener a salvo a Ulmuden del dominio de las sombras. Así que al salir del hechizo que provocaba la Estrella de Artemus en toda su materia, Dolbener secó sus lágrimas con la manga de su toga y entró de nuevo en la sala de trabajo. Luego descendió dos niveles para buscar la puerta de su habitación. En el espacioso dormitorio, el hombre se cambió de ropas y se vistió con las prendas de dormir. Por la redonda ventana de la pared vio por última vez el paisaje de las constelaciones que brillaban sobre el apacible mar. Agradeció a los dioses por la suerte y bendiciones recibidas al cabo de la jornada de todo ese día mientras su cuerpo aún temblaba por la intensa magia sembrada por la fuerza del renacimiento del astro. Entonces se recostó en la cama, lo que relajó su corazón por completo en un solo instante. Cada vez que ingresaba en esa estancia la serenidad invadía todo ser de inmediato, un efecto que era resultado de su legítimo pacto con las dimensiones de ese pequeño escenario personal que consideraba como un auténtico santuario: la cama era el altar principal donde todas las preocupaciones e inquietudes se disolvían en la suavidad del colchón.

Dolbener tardó siete minutos exactos en quedarse dormido. Sesenta y tres segundos más tarde una mujer llamada Lirdini se despertó en medio de la oscuridad de su habitación. La débil penumbra de la noche que se filtraba a través de los ocho rectángulos de la ventana doble apenas suavizaban la espesa negrura del lugar. Sabía muy bien que el golpe de energía que la sacó de la tranquilidad de su sueño, era la primera señal de una noticia que no debía ser aplazada y debía ser escuchada con todos los sentidos del destinatario. La mujer se levantó, tomó el abrigo que reposaba sobre la mecedora donde solía leer y bajó por las escaleras de la casa en dirección a la cocina. Fue ahí donde presionó el botón de la luz. De la despensa inferior ubicada junto al horno extrajo una tetera que llenó con agua antes de situarla en el círculo del fogón. Unos minutos más tarde ella era la única persona en varias manzanas a la redonda que disfrutaba del sabor de un té bajo la luz de un bombillo en medio del silencio de la noche. De pronto sintió en su cabeza el estremecimiento sideral que estaba esperando: sintió la voz de Dolbener vibrar en su interior anunciándole un mensaje consistente y enigmático.

—La hora ha llegado. El perro y el amo volverán a reunirse. Los héroes y los tiranos pronto se verán las caras en un combate que aún no ha terminado. Y la noche volverá a ser presa de la oscuridad en donde los guerreros deberán proteger el destino de su hogar.

Lirdini degustó cada una de las palabras que escuchaba, sintiendo en su ser una mezcla de horror y alegría. Aquellas líneas las conocía de memoria, se hallaban en escritas en un libro conocido en todo el mundo pero poco valorado por el misterio de sus poemas, lo que concedió a su autor una dudosa reputación: el desdichado título de ser considerado como un loco. Ahora sabía que una de las antiguas visiones prescritas por aquel hombre se acababa de cumplir. La mujer apagó la luz de la cocina y salió a la calle mientras en la habitación del segundo piso sus padres roncaban en la más profunda comodidad de los sueños. Lirdini caminó un centenar de metros antes de percibir un círculo de luz amarilla que se proyectaba en medio el pavimento adoquinado, en los que a cada lado se levantaban las murallas de dos pisos de las casas. Aquel globo radiante era producido por la lámpara de aceite que sostenía el

hombre que se hallaba en el centro, vestido con una levita negra, una camisa blanca con pajarita en el cuello y un sombrero alto de copa. Cuando faltaban cerca de nueve metros por encontrarse, el guardián nocturno elevó con su mano el farol y dejó que los destellos de luz bañaran el rostro de la mujer.

—Vorjes—dijo ella—, que el Ser y tu buena estrella guíen tu camino.

—Señorita Lirdini—contestó el hombre—, que la ha despertado de su sueño. Yo, como Jefe Supremo de la Orden de los Centinelas de la Noche, le aseguré que todo está bajo control. Apenas hemos tenido dos casos de pesadillas fuertes en la población cercana a El Puente de los Enamorados y un combate contra una desquiciada sombra.

—Me alegra que así sea—dijo la mujer—. La paz de esta noche llega acompañada de la hora que hemos esperado con tanta nostalgia durante tantos años: Artemus regresará al mundo de los mortales. Ahora necesito que repliques esta noticia entre los demás miembros de tu comunidad quienes a su vez deben informar a las células esparcidas alrededor del mundo de la Orden de los Tuldanes, la Orden de los Genios Maravillosos y la Orden de los Ángeles Guardianes.

Unos minutos después el centinela extrajo de uno de sus bolsillos un pequeño silbato con forma de tubo y al soplar con toda la energía de sus pulmones produjo un intenso sonido que a pesar de lo cual ningún oído de los mortales que dormían en las casas del barrio pudo escuchar.

La última persona en tener contacto con aquella noticia, aunque a través de un mensaje simbólico que tendría que descifrar, sería el joven aprendiz quien lo recibiría en las horas de la tarde. Casi diez minutos antes de que llegara a su casa, el pequeño parque que se hallaba al final de la calle de su vecindario se encontraba vacío. El conjunto de pájaros que permanecía alimentándose en el gran plato repleto de frutas ni se inmutó cuando surgió un remolino de viento en medio del cual aparecieron dos personajes cuya baja estatura no era superior a los sesenta centímetros.

Ambos llevaban sobre su cabeza un gorro puntiagudo del cual colgaba un grueso hilo que concluía con una bola de felpa. El más joven de los dos se llamaba Bilmor, cuyo rostro redondo poseía unos grandes ojos azules y saltones. Estaba vestido con una túnica verde de mangas que llegaban hasta sus codos. Debajo de aquella prenda se podía apreciar una camisa amarilla que se remataba en las muñecas y unos bombachos que finalizan en sus tobillos donde iniciaban sus cómodas zapatillas de tela. El otro hombrecito que lo acompañaba era conocido como Morlun, quien tenía un cabello plateado de canas que se asomaba por los bordes de su curioso sombrero. Era un individuo que al cabo de setecientos treinta y tres años de vida ya gozaba con un rostro poblado de arrugas, una espesa barba blanca y una mente que empezaba a olvidar sus recuerdos. Aquellos coloridos sujetos de apariencia infantil eran conocidos en el mundo de las fuerzas ocultas como los tuldanes, quienes ofrecían sus servicios como pequeños magos para ayudar desde hacía varios siglos en el destino de los habitantes de Ulmuden.

—Yo hubiera podido realizar esta tarea solo—dijo Bilmor—. Te traje en consideración de que fuiste uno de los antiguos jefes de nuestra orden.

—Aún me fascinan las aventuras—respondió el otro—, los viejos hábitos siempre permanecen.

A diferencia de la Casa de los Santuarios, encargada de gobernar el planeta, en donde los líderes al mando debían ser los hombres y mujeres más ancianos debido a que eran los más aptos para dirigir a la sociedad con su reconocida sabiduría, en la Orden de los Tuldanes quienes asumían ese cargo eran las personas que recién acababan de pasar de la etapa de su juventud a la de su adultez. El joven Bilmor, con su hermoso cabello dorado y su piel tan tersa como la de un niño, poseía doscientos veintiún años de los cuales llevaba quince como director supremo de aquella secreta asociación cuyos incontables miembros se esparcían alrededor del globo terráqueo.

El primero en asomarse a la calle fue Morlun, quien anunció que el bonito camino empedrado estaba poblado por varias personas que después de disfrutar el almuerzo sacaban sus sillas de reposo para conversar con sus vecinos mientras tomaban el cálido sol. Aunque ninguno de los dos podía ser observado por los ojos de los mortales, a menos que ellos mismos por voluntad propia eliminaran el encantamiento invisible que los cubría, cuando dos o más tuldanes fijaban al mismo tiempo su atención en algo, en la realidad se creaba una especie de vacío que de inmediato atraía y causaba una insólita curiosidad que muchas veces replicaba en una sensación de misterio que, de acuerdo al protocolo de los tuldanes, no debía existir para no alterar el orden natural de las cosas. Por eso, en la medida de lo posible aquellos pequeños personajes preferían trabajar por separado.

—Es mejor que nos infiltremos por la chimenea—sentenció el jefe de la orden.

Su primer objetivo era ingresar a la casa número nueve que era la más cercana al pequeño parque rodeado de árboles. Aquella misión era en realidad demasiado sencilla pero gozaba del desafortunado requisito de que debía ser ejecutada con el mayor sigilo posible, sin dejar ni una sola pista que pudiera alertar la serenidad del joven aprendiz. El jefe superior que los envió a realizar tal trabajo, les restringió la posibilidad de utilizar libremente sus capacidades. Por lo que pesar de los avanzados y misteriosos dones que poseían aquellos graciosos personajes infantiles, no podían traspasar con sólo pensarlo las paredes de la vivienda. En cambio sí estaban autorizados a abrir la puerta como lo haría cualquier otra persona, pero en ese momento eso implicaba el riesgo que la gente de la calle se asombrara al ver que ésta se abría por una fuerza invisible. Así que de un solo salto los individuos se ubicaron en el tejado terracota de la casa. Siguiendo el protocolo, Morlun se introdujo por el agujero cuadrado de ladrillos y descendió a una sala en donde los muebles que se situaban sobre un tapete de color verde claro, rendían un silencioso culto a la mesa de centro donde permanecían varios libros gruesos, unas páginas blancas tamaño carta y una pluma estilográfica. Después de dar un rápido paseo por las estancias del primero y segundo piso, el tuldán decidió regresar para informar el resultado de su expedición. Cuando se asomó de nuevo por la boca de la chimenea su barba blanca estaba manchada por parches de oscuro hollín. El pequeño hombre que apoyó sus manos sobre el borde del agujero, dejando así la mitad de su cuerpo dentro del conducto, comunicó la noticia a su jefe quien ya suponía que no existía ni el alma de un gato en el interior de la vivienda.

De pronto, ambos sintieron un fuerte aleteo sobre sus cabezas que los obligó a levantar su vista al cielo donde contemplaron que a través de un sedoso fuego dorado se materializó la figura de un individuo alto, vestido con una túnica de mangas largas de un amarillo claro y provisto de un par de alas enormes en su espalda. El hermoso ángel, con un largo cabello que llegaba hasta sus hombros, poseía un celestial rostro cuyos dientes blancos siempre se exhibían ante su complaciente sonrisa.

—Meller, ¿qué haces aquí?—preguntó Bilmor.

—¡Así que intentan—dijo el ángel—invadir una propiedad privada sin mi autorización!

—Meldonbar nos mandó a realizar esta tarea—contestó con severidad Morlun—, tenemos que entregar un mensaje muy importante.

—Veo que siguen tomándose las cosas demasiado en serio—dijo Meller—. Bueno, qué más da. O quizás lo que pasa es que mi sentido humor no siempre es interpretado como yo deseo.

Entonces el hermoso ángel tomó una de sus alas para arrancar una larga y sedosa pluma que depositó en las manos de Bilmor. Luego explicó que el mismo jefe que decidió enviar hasta allí al par de tuldanes deseaba ahora que el mensaje fuese escrito con la afilada punta de esa pluma y no con la antigua que les cedió cuando se hallaban en su palacio. También advirtió que debían dejarla sobre el escritorio antes de marcharse.

—Pero esto—renegó Bilmor—, contradice en todo el sentido de esta misión.

—Así es—contestó el ángel—. Pero tu miedo calentará demasiado la habitación... recuerda que él es vidente.

De modo que el jefe tuldán materializó en sus manos la antigua pluma para que Meller la llevara de regreso a su propietario. Un momento más tarde, el alto personaje alado se desvaneció de la misma manera que surgió de la nada y los dos pequeños hombres se dejaron caer por la chimenea.

Al abandonar la sala, ambos se quedaron en silencio durante unos segundos en el hall de la casa, observando que justo frente a la puerta de entrada había un lujoso baúl de madera de superficie llana. Existía un marco que comunicaba con la estancia del comedor y otro que llevaba hacia la cocina. Los ojos azules de Bilmor se fijaron en las escaleras ubicadas junto a la pared de la derecha y entonces comprendió que la habitación del destinatario del mensaje era la primera que se encontraba en el segundo piso. Así que los dos tuldanes subieron para detenerse frente a la puerta cerrada donde el jefe de la orden apoyó su mano y cerrando sus párpados buscó en su mente la oración que necesitaba pronunciar.

—Por la autorización que se me ha concedido—dijo—, me permito violar la intimidad de este aposento que no me pertenece. No estoy interesando en perturbar la unidad y armonía de este santuario. Sólo ingreso aquí porque a una situación de emergencia así lo amerita.

Bilmor dio un salto que pudo aprovechar para girar el pomo de manera que la puerta cedió hacia el interior. De pronto Morlun, quien a pesar de que su avanzada edad no siempre acertaba con las sensaciones que percibía, sintió cómo los pasos del propietario de esa habitación se aproximaban con tranquilidad desde una distancia de dos calles. Su jefe que a su vez se percató de la inmovilidad que lo invadió en ese instante, se giró y observó en sus ojos el brillo de la intuición que habitaba en su mente. En ese momento ambos advirtieron con alegre horror que el tiempo empezaba a jugar en contra. Así que de inmediato el joven tuldán se dirigió corriendo hacia el escritorio ubicado frente a la ventana en donde se impulsó con sus pies con el objetivo de subirse a la silla. Una vez allí dio un chasquido con sus dedos y un rollo de papel atado con una cinta verde apareció en el aire antes de caer sobre la superficie de madera del mueble. Luego desató la cinta, lo que hizo que la hoja se templara de automático. Bilmor pensó durante una milésima de segundo en lo importante que era aquel papel cuya desnuda apariencia invitaba a pensar que era una página común y corriente. Entonces, con sólo imaginarlo, un frasco de tinta dorada adquirió su material consistencia junto a su mano que se apoyaba en la madera.

—Morlun—dijo con suavidad cómo si no deseara que las paredes lo escucharan—, entrégame la pluma.

El barbado hombre corrió desde la puerta hasta el lugar donde se hallaba su jefe y lanzó la liviana pluma que se deslizó por sí sola en el aire como si fuera un objeto que tuviera vida propia para caer en los dedos de la mano cerrada de Bilmor quien sin perder más tiempo sumergió la punta afilada en el frasco de tinta. A partir de ese momento empezó a realizar toda clase de trazos y dibujos sobre la página mientras en su mente se agolpaban un conjunto de imágenes que conformaban una visión; así que a medida que deslizaba aquel instrumento de escritura en la hoja de papel sentía cómo desde su cabeza emanaba una energía que viajaba por su brazo y se remataba en las yemas de sus dedos.

Un par de horas atrás, Meldonbar, su jefe superior, lo mandó a llamar para que se encontraran en una solitaria banca de los jardines de su palacio. Al llegar, el hombre se hallaba concentrado en la lectura de un libro grueso de pastas verdes y estaba tan absorto que sólo reconoció al pequeño tuldán cuando este dio un salto que le permitió sentarse a su lado. Los redondos puntos de las luciérnagas ondeaban en el aire de la

noche mientras los dos personajes conversaban sobre las tareas y proyectos pendientes en los que trabajaban.

—Te he mandado a llamar—dijo el hombre—, porque sé que eres el tuldán más discreto que existe en este planeta. A diferencia de los otros objetos que hemos utilizado, esta especie de carta no debe infundir misterio ni siquiera asombro en la mente de quien interpretará su contenido, para ello debe estar del todo sosegado dada la importancia de lo que está aquí escrito. Por eso, esta vez la entrega tiene que ser del todo personal; no la puedo enviar a través del espíritu de un genio maravilloso.

Entonces el jefe le entregó el libro a Bilmor quién leyó durante unos minutos las hojas que le indicaron, unos párrafos provistos de una mágica poesía y una rica nitidez de imágenes. Al cabo de una larga serie de líneas de palabras, la prosa se interrumpía dejando que los versos de un poema aparecieran a la mitad de la página. En cuanto los ojos del tuldán llegaron a éste, Meldonbar sujetó su mano infantil para situarle sobre la estrofa cuyas cortas frases daban fin al mensaje que ahora transcribía sobre aquel escritorio mientras escuchaba el susurro del viento de los arboles arrastrando las hojas caídas en medio de la calle. A pesar de que el comunicado había sido construido al pie de la letra, la página de papel se hallaba totalmente desnuda como si no hubiesen escrito nada en absoluto. Cada vez que el emisario realizó un trazo sobre ésta, la línea de tinta dorada era absorbida por la hoja igual que una esponja que disolvía su sustancia. Solo unos minutos más tarde, cuando el joven propietario de la habitación ingresó al cabo de su jornada de estudio, en la página se asomarían un par de líneas formadas con garabatos como si estas fueran las únicas sobrevivientes que flotaban del naufragio de palabras, rayones y dibujos creados por la pluma.

En ese instante Bilmor levantó su rostro y vio a través de la ventana doble el rostro trigüeño, con sus ojos cafés y su cabello castaño del hombre conocido como El Aprendiz, quien fue saludado y detenido un momento por uno de los vecinos que permanecía en una silla junto a la sombra de su casa. El jefe tuldán dejó la pluma blanca en el escritorio, retiró el frasco de tinta y saltó de nuevo al suelo cometiendo un error del cual estuvo a punto de arrepentirse por el resto de su vida. Al caer en el piso y debido al susto que lo invadió en ese instante, su energía forjó dejó escapar una ola viento que fue retenida por un inocente vaso repleto de lápices colores que se hallaba sobre el escritorio, por lo que éste se vio obligado a voltearse y esparcir su contenido sobre la mesa. En ese justo momento el famoso aprendiz ya se despedía de su vecino al cabo de un breve dialogo. No podía utilizar magia si deseaba corregir el error, así que su decisión más hábil fue abrir con cuidado la ventana, invocando a los dioses que el joven pensara que ese pequeño desastre hubiese sido provocado por la visita imprevista de un pájaro. Luego descendió y vio que su barbado compañero permanecía de cara a las baldosas de la habitación como si olfateara el secreto de un tesoro.

—No seas chismoso, Morlun—dijo Bilmor—. Ya no tenemos más tiempo: ¡A correr!

II. FRENTE A LA VENTANA

Siguió caminando por la iluminada calle y se detuvo en el último domicilio. De pie, frente a la puerta caoba de su casa, intuyó a la perfección que alguien lo observaba desde el pequeño parque. Aquel sitio de encuentro, que estaba dotado con cuatro bancas que formaban un círculo en torno a un comedor para los pájaros, había sido el mismo lugar donde se besó por primera vez con una mujer de su misma edad, cuando todavía era un adolescente de trece años. En las tardes de verano, en las que no soportaba el calor de su habitación, acostumbraba a refugiarse en la sombra de los árboles mientras estudiaba en compañía de sus libros y cuadernos de notas. Sabía por experiencia que quien fuera que lo estuviera mirando, estaba lo suficientemente oculto como para dejarse ver en cuanto girara su cabeza, así que sin pensarlo más giró el pomo de la puerta e ingresó en su hogar.

A diferencia de la calle bien iluminada por el sol, el ambiente acogedor del hall se hallaba cubierto de una tierna claridad casi cercana a la penumbra. En el suelo se proyectaban los recuadros amarillos provocados por la luz exterior al filtrarse por los vidrios que cercaban, y a la vez decoraban, el marco de la puerta de entrada. La casa de dos pisos permanecía en completa soledad a esa hora: sus padres acostumbraban a regresar del trabajo al anochecer, si es que en el camino de vuelta no se les ocurría quedarse a cenar en casa de alguno de sus amigos. El Aprendiz era el hijo menor de la familia: su única hermana, que era ocho años mayor que él, había acabado sus estudios en medicina y a los pocos meses de estar ejerciendo su profesión fue enviada a trabajar a la isla de Albahar, donde conoció al hombre de su vida y con quien no tardó en contraer nupcias, quedándose a vivir para siempre en ese país del sur. De modo que aunque a menudo se comunicaran con ella y algunas veces al año tuvieran la oportunidad de reunirse en persona, a los ojos de sus padres el joven terminó por ocupar el puesto del hijo único de la casa.

Subió por las escaleras al segundo piso y se metió en la habitación de la derecha. En el rincón que se hallaba a la izquierda de la puerta estaba un perchero en donde colgó su gabán tras quitárselo y justo cuando se desataba el nudo de la corbata su mirada se posó sobre la ventana, cuya luz apacible caía sobre su escritorio en donde descubrió la larga pluma del ángel, la página de papel blanco y los lápices de colores. Al ver aquel conjunto de objetos, en su mente apareció la fría sensación de que si hubiese llegado un minuto antes habría tenido la suerte de atrapar al invasor, pero esa extraña sensación de vulnerabilidad se disolvió al contemplar la suavidad el pelaje suave de la pluma. Así que se aproximó tranquilo a la mesa para reconocer mejor los objetos. Luego, cuando la curiosidad por saber que era lo que estaba escrito en la página lo asaltó, no tuvo otra alternativa que sentarse en la silla. Entonces intentó leer las palabras, pero al estudiarlas con detenimiento se dio cuenta que se trataba más bien de unos indescifrables garabatos que pese a su extraño sentido revelaban ser parte de una bella y ordenada caligrafía. De modo que esforzó su mente para intentar penetrar en su misterio pero al hacerlo la página cobró vida formando un recuadro azul celeste que apenas dejó un margen de dos centímetros en cada uno de los lados de la hoja. Aún sin sorprenderse, el joven tocó el centro del rectángulo con su dedo índice que se hundió sobre el color como si éste fuera un líquido y, en efecto, al retirarlo varios círculos parpadearon en torno al núcleo igual que si hubiera caído una gota de agua.

A partir de ese momento, el recuadro se convirtió en el escenario donde una secuencia de imágenes recreó una maravillosa animación que deleitaron al alma de su único espectador. Primero, el campo de visión que se enfocaba sobre el azul del líquido se enderezó, dejando contemplar los ladrillos grises de un pozo de agua. El nuevo ángulo

del ojo descriptivo permitía ahora observar las tres barras metálicas que en lo alto sostenían al extractor cubo de madera. De pronto el pájaro rojo que se hallaba en el borde de piedra se lanzó al vuelo y la cabeza del ave brindó una espléndida visión sobre su recorrido: se desplazaba por una amplia extensión de campo verde en la que con frecuencia se veían las curvas pequeñas de las colinas y, cuando el viaje aéreo concluyó, después de revelar el atardecer naranja en el que no faltaban árboles y personas, el animal se posó en lo alto de un trono blanco. Cuando el ojo descriptivo se salió de la cabeza del pájaro, la secuencia de imágenes indicó que aquel asiento monárquico se emplazaba en lo alto de una pradera. El ángulo de visión se fue retirando del trono para ir a detenerse en el aire a una distancia de cien metros y justo enfrente de la pradera apareció otra similar de manera que entre ambas se creaba una pronunciada ondulación. El atardecer dio paso a una noche de azul ultramar en donde las estrellas brillaron y súbitamente, unas delgadas líneas blancas surgieron para conectar entre sí varios de aquellos puntos titilantes, los cuales adquirieron mayor intensidad para sobresalir entre todo el conjunto de astros que los acompañaban. Entonces el joven observador reconoció las constelaciones que se formaron: ahí estaban el Reloj de Arena, la Rosa Equinoccial, la Vasija de Oro y el Perro Guardián. Cada una de las cuatro constelaciones fue retiñendo sus líneas e iluminándose por turnos hasta que se encendió la ubicada en el centro, la que correspondía al Perro Guardián, que conservó el centelleo de sus rectas mientras que en el cielo las otras rayas se difuminaron y desaparecieron de tal modo que sólo quedó de su recuerdo las estrellas principales. Justo debajo de la figura lineal que aludía al perro, unos trazos que parecían realizados por un pincel, fueron creando las cejas y los ojos de una mirada profunda que estudiaba fijamente al espectador de la animación. Las dos verdes praderas junto con su ondulada depresión se revistieron de una suave claridad, como si la presencia de aquellos ojos envolviera el escenario de una poderosa energía. El joven espectador sabía que aquella era una mirada que él conocía a la perfección, reprimió el deseo de proclamar el nombre de la persona a la cual pertenecía y en cambio se atrevió a resistir el fuego que emanaban aquellas pupilas. El antiguo juego de niño acababa de reiniciar, después de tantos años de abandono, y las reglas seguían siendo las mismas: ganaría aquél que tuviese el suficiente valor para ver más allá de las sombras y la oscuridad, aquél cuya inteligencia fuese más aguda para revelar los secretos de su adversario pero sin dejar al desnudo los propios, aquél que fuera más certero a la hora de descubrir la debilidad más íntima enraizada en el alma del otro: una verdad tan exquisita y arriesgada que el primero en conocerla estaba sentenciado a golpearla con todo su espíritu para recordarle el sabor infinito del Universo de tal manera que ambos pudieran ser capaces de sonreírle a la muerte. Estaba tan concentrado en el juego que no fue consciente de lo que sucedida en el resto del recuadro de la animación en donde el tiempo empezó a fluir con una pasión turbulenta. El furioso viento que soplaba no solo empujaba sobre el firmamento una sucesión interminables de nubes sino que levantaba de la tierra verde una humareda de polvo amarillo ocre. El ciclo del día apenas duraba ahora unos segundos: el círculo radiante del sol que surgía de las sombras de la colina derecha pasaba con prisa por el cielo del amanecer y la tarde, antes de volver a ocultarse, evitando ser capturado por la noche que le seguía los pasos: el fondo de colores del día giraba una y otra vez en sentido contrario al de las manecillas del reloj, como si fuera un disco dividido en cuatro paisajes que entraban en juego con los contrastes que adquirirían las dos colinas ante el paso de las cuatro estaciones, las cuales se manifestaron con la misma prisa, en una fugacidad cardiaca y sin respiros como si los doscientos noventa y dos días del año hubiera acabado de pasar en menos de un minuto. Y todo corría a una velocidad frenética que fue tiñendo el recuadro de la página de una ardiente luminosidad, convirtiéndose en el lienzo de un espejo cuyo intenso y caluroso resplandor advertía

sobre la proximidad de un cataclismo que desataría el fin de todos los tiempos.

De pronto los ojos de la mirada parpadearon. El joven artista que continuaba prestando únicamente su atención a la incertidumbre del juego, alcanzó a comprender que acaba de ser derrotado en el desafío cuando las pupilas que lo observaban brillaron emitiendo un agresivo destello que estremeció su cuerpo por entero, obligándolo a erguir su cabeza y apoyar sus manos sobre el escritorio mientras su mente era conquistada por otra visión abrasiva. Era como si un calor asfixiante y horrible emanara de las imágenes que observaba hasta el punto de sentir que su cerebro se derretía. En la visión aparecía la figura de una sombra al pie de la cual existía un hombre arrodillado, abatido, con una mano apoyada en el suelo mientras la otra intentaba agarrarse de la túnica de su adversario. De pronto el personaje subyugado quedó envuelto por un fuego azul como si acabara de convertirse en una antorcha. Entonces todo empezó a girar a una velocidad impresionante, un torbellino en el que el fuego azul se debatía con las sombras en un combate tan potente que parecía que iba anular el tiempo y el espacio. La ilusión que vivía lo absorbió en ese juego de colores ante el cual descubrió que se abría un vacío, una brecha en la que se estrelló con la sonrisa del hombre, que se resistía a desfigurarse en medio de la tensión insoportable contra la que luchaba. Aquella sonrisa se grabó en su propio rostro como una cicatriz en su alma. La herida quedó fija en sus labios, una mueca en la que el sufrimiento y la alegría se conjugaban para ser más fuertes que la derrota. Luego una oscuridad total lo dejó ciego por completo.

Cuando se recuperó de la visión y su espíritu acabó de situarse en el espacio en el que se hallaba, recordó la página que aún permanecía sobre su escritorio. El escenario de las dos praderas había desaparecido y, en su lugar, el mismo azul celeste que antecedió a la animación estaba de regreso. El Aprendiz volvió a sumergir su dedo índice en el líquido. Al retirarlo esta vez contempló cómo una gota que quedó adherida a su piel resbaló y cayó de nuevo en el recuadro en donde volvieron a formarse las mismas ondas de antes, sólo que en esta ocasión el movimiento del agua se prolongó transformándose en un efecto similar al de una mano cuyos dedos acarician las cuerdas de un arpa. El joven observó entonces que sobre la superficie azul surgió un verso cuyas letras era de un color púrpura oscuro. En cuanto leyó la línea apareció otra justo debajo de ésta, igual que aconteció al descifrar el segundo renglón, y así continuó sucediendo hasta que se completaron los siete versos de un poema. Unos minutos más tarde, el joven sintió que su habitación se rellenaba con un tierno silencio, como si una fuerza invisible lo estuviera acompañando.

No tuvo necesidad alguna de releer los versos para memorizarlos. En cambio, decidió ignorar los objetos que se hallaban sobre la mesa y fijarse en la vista que le ofrecía su ventana. A través de los limpios cristales contempló las casas y las arterias de la pequeña ciudad de Lezma, en la que vivía desde hacía más de doce años. Y aunque llevaba casi la mitad de su vida disfrutando de ese mismo paisaje, no dejaba de experimentar un gran placer al observarlo, le fascinaba estudiar los tejados bermejos en los que se paseaban los gatos, apreciar el humo que brotaba de las chimeneas a cualquier hora del día y seguir el trazo uniforme de las calles. Era una ciudad hermosa y organizada, como todas las que existían en el mundo, en donde cada calle poseía un punto de encuentro con bancas disponibles para que la gente se sentara a conversar bajo sus árboles, deleitarse con la lectura de un buen libro o el lugar de recreo de los niños. Un sitio como el que existía enfrente de su casa en el que a veces acudía con su cuaderno de dibujo.

Un grupo de nubes espesas que eran impulsadas por un viento suave y perezoso se interpuso ante el poder del disco solar, ocultándolo por completo. La ciudad que se veía desde su escritorio quedó teñida de un azul grisáceo; parecía que el cielo estuviera preparándose para dejar caer una lluvia fría y prolongada. De pronto recordó que su

grupo de amigos estaban reunidos con toda seguridad en El Café del Renacer en donde se encontraban cada diez días para actualizarse sobre sus anécdotas mientras jugaban cartas de naipes, leían cuentos o inventaban narraciones humorísticas. Sin duda, a esa hora ya debían estar en la sexta copa de vino de durazno. El propietario de establecimiento no los dejaría marcharse de allí sin antes de que cada uno se bebiera las tres tazas de bebida caliente necesarias para bajar un poco la intensidad de la embriaguez.

Por lo general el sitio de encuentro era en El Caramedon Saltador, una escultura en la que aparecía un gordo, hermoso y mitológico pez ejecutando una acrobacia en la que el cuerpo del animal marino se contorsionaba de manera admirable. El artista de la obra había logrado con mucho dominio de su arte representar cada una de las incontables escamas al igual que las facciones del rostro con sus ojos grandes y su sonrisa casi humana. Así que la estatua era un auténtico homenaje a la leyenda de los sagrados peces, también conocidos como los Leones del Mar, capaces de tener una edad que superaba a los mil años y con una sabiduría que les permitía devolver la vida a quienes aún se encontraran en los umbrales de la muerte. Entre otras de sus virtudes estaba la de comunicarse con los otros seres del mar a través de telepatía e inspirar sueños proféticos a los visitantes de las islas. También se aseguraba que quien tuviera la dicha de alimentarse de su sabrosa carne gozaría de una vida inmortal, con una mente dotada de poderes sobrehumanos y una inteligencia capaz de ver más allá de las sombras. Sin embargo, para conseguir todos aquellos prodigiosos talentos, considerados por la tradición cultural como fruto de la fantasía, era necesario viajar primero a ese mitológico escenario al cual sólo gozaban del acceso las almas de los difuntos y, en muy raras ocasiones, los personajes más excepcionales.

La escultura, ubicada en el centro de un parque, recibía a los miembros del Club de las Copas Antiguas después de la hora del almuerzo. Desde allí se iban caminando juntos hasta el café mientras conversaban sobre sus experiencias en el estudio: todos pertenecían a diferentes escuelas de formación. Si alguno no se presentaba a la hora pactada se deducía que no tenían motivos para esperarlo, aunque a veces, en singulares situaciones, el impuntual amigo terminaba apareciendo en el establecimiento justificando las razones de su ausencia. En la actualidad el grupo estaba conformado por tres hombres y dos mujeres. Apenas dos semanas atrás habían despedido al sexto integrante. Jordem, un joven de estatura alta y figura rechoncha, apareció esa tarde junto a la estatua cargando en sus hombros su pesada mochila de acampar. Con sus veinticuatro años, su ensortijado cabello negro, sus gafas de marco azul que siempre portaba debido a su miopía y su poblada barba, era un hombre fuerte que acababa de completar tres meses atrás su formación en la Escuela de Gastronomía. En la visita al café que celebraron ese día estuvieron reunidos durante más de seis horas. Sin duda fue la mesa más divertida del establecimiento, tanto así que las demás personas del lugar, que pronto percibieron el motivo del homenaje, no pudieron evitar contagiarse del volumen de sus risas, todas ellas fruto de las provocaciones dirigidas al futuro aventurero para que abandonara su proyecto. El profesional cocinero, por su parte tenía desplegado sobre la mesa un mapa en el que su primera ruta del viaje estaba trazada con un marcador rojo. El tiempo se pasó entre las bebidas de aromática caliente, el tazón repleto con las papas fritas con salchicha y las poéticas adivinanzas que leían de un libro que el mesero sacó de los estantes ubicados detrás de la barra. A eso de las siete de la tarde, cuando el sol que descendía matizó el cielo de un tibio naranja, Jordem se atrevió a tomar la botella de vino que permanecía llena hasta la mitad, se acomodó su pesado equipaje en los hombros y salió a la calle acompañado por sus amigos que insistían en que se quedara a jugar la última partida naipes.

“¡Que el Ser y tu buena estrella guíen tu camino!” dijeron los miembros del grupo en una misma voz. Contemplando cómo se marchaba por el camino empedrado todos

tuvieron la ligera impresión de que la silueta que se recortaba contra el ocaso sería la última imagen que les quedaría de su amistad. En realidad, aquella fue la última vez que lo vieron en persona, a pesar de que la pequeña computadora con forma hexagonal que Jordem portaba en uno de sus bolsillos, le permitiría informar a sus seres queridos el sitio exacto en donde se hallaba. Además, las fotografías que tomara de los paisajes que visitaba se cargarían de manera automática en la plataforma de la red social que tuviese configurada para el uso de su dispositivo. Así que a partir de ese instante el joven aventurero había iniciado, al igual que se atrevían muchísimos viajeros alrededor del globo, el desafío de La Vuelta al Mundo.

Era una de las tradiciones más antiguas y famosas en la historia de Ulmuden. Se trataba de un viaje alucinante en el que no había ninguna norma a seguir: el viajero podía elegir los medios de transporte con los que deseaba trasladarse, ya fuese alquilando una bicicleta, navegando los mares junto a los capitanes de un barco, degustando el color del cielo a bordo de un globo aerostático o cualquier otro medio de transporte a menudo tan indispensables a la hora de cruzar grandes distancias. Aunque de acuerdo a la tradición, lo fascinante de aquel largo viaje era poder realizarlo a pie, de manera que se pudiera disfrutar de la belleza de la naturaleza y calibrar al mismo tiempo la fuerza de la voluntad. A medida que se desplazaban sobre la faz del mundo era natural que sus provisiones se agotaran por lo que era inevitable ingresar en las poblaciones para abastecerse. También tendrían la suerte de trabajar en el campo o solicitar un empleo que les permitiera obtener unas ganancias antes de continuar con la aventura que bien podía durar seis meses, un año o el resto de sus vidas. De modo que era natural que muchos de aquellos decididos personajes descubrieran su destino en alguno de esos lugares que visitaban, encontraban al amor de sus sueños y se quedaban a vivir allí hasta el final de sus días. Se estimaba que eran necesarios cerca de cinco años antes de completar todo el recorrido alrededor del globo. Aunque el hecho de atreverse a iniciar La Vuelta al Mundo no siempre significaba que se debía seguir sin interrupciones como un largo trayecto que se redimía en un victorioso final. Existían aventureros que seguían su camino a través de periodos cortos que equivalían a varias semanas tras lo cual retornaban a sus hogares de modo que pudieran recargar sus fuerzas antes de volver a la acción.

Los únicos que no tenían derecho a participar de aquel fabuloso riesgo eran los jóvenes que aún no habían cumplido los veintiún años de vida. De hecho había hombres y mujeres, que se encontraban en la mitad de su siglo de edad, que decidían lanzarse a disfrutar de ese viaje que a menudo convertía en interminable. A veces se reunían varios expedicionarios que emprendían en conjunto la misma ruta cuyo final se desconocía. En otras, el valor de cada aventurero lo destinaba a continuar adelante solo, a pesar de que podía contar con la posibilidad de unirse a uno de los grupos que se conformaban en la Posada de los Guerreros, el sitio a donde los aventureros podían presentarse cuando deseaban pasar la noche o tomar un descanso durante un par de días. Existían, alrededor de todos los doce países, un total mil doscientos sesenta de esos albergues, en los cuales la mayoría de viajeros no olvidaban presentarse para notificar su paso por cada una de esas regiones determinadas: un dato que era registrado en la Base de Datos Internacional de la Escuela de Deportes perteneciente a la Casa de los Santuarios. Una vez que el aventurero lograba cumplir su visita por todas las posadas, el verdadero camino concluía cuando un mensaje llegaba a su dispositivo móvil anunciándole que la fascinante misión de La Vuelta al Mundo estaba completa.

A partir de ese momento, el admirable trotamundos debía realizar un último recorrido: presentarse a la Escuela de Joyería de la capital de su país natal y reclamar la Copa de Lardenam, que según los relatos de la Antigüedad fue la primera mujer en realizar aquella magnífica hazaña. El artefacto de plata que recibía era un hermoso

cáliz cuya piel escamosa estaba pintada de un color azul celeste. En la parte superior del objeto existía una franja central y horizontal en la que se plasmaba una preciosa imagen colorida que se dividía en cuatro secciones equitativas, en cada una de las cuales se hallaba el dibujo de uno de los paisajes más singulares y hermosos de los cuatro continentes, exceptuando así, y con justa razón, las dos desoladas y frías islas gigantescas de los polos del planeta. El orfebre encargado de entregar la copa, grababa en menos de cinco minutos el nombre del aventurero sobre la superficie redonda de la base. Tras lo cual el expedicionario regresaba a su casa con aquella bonita obra de arte cuyo destino natural era ser exhibida en el estante de honor.

Esa tarde, mientras permanecía frente a la venta, el joven aprendiz recordó a su amigo dirigiéndose hacia el fondo de la calle y al observar esa fantástica página sobre su escritorio, tuvo el presentimiento de que muy pronto tendría que bajar las escaleras de su casa para dejar sobre el baúl de la entrada una rosa sumergida en un vaso de agua, la cual indicaría su decisión de que abandonaba el hogar con la intención de ir a recorrer el mundo. Pero sospechaba muy bien que esa simbólica notificación sólo sería su coartada a la hora de iniciar la otra larga aventura que por lo visto anunciaban los versos que acababa de leer. Eran las cinco de la tarde, aún le faltaba al astro solar alumbrar el cielo durante tres horas más antes de que su figura se escondiera en el horizonte. Las nubes que opacaron el cielo con amenaza de lluvia se habían disuelto, la radiante luz del sol y la brisa las despedazaron, esparciéndolas en un hermoso cielo azul que recobraba su lugar.

Aquella en realidad no era la primera vez que él descubría la presencia de un objeto tan mágico y misterioso sobre su escritorio. Una tarde mientras leía una novela, sentado en la cómoda butaca de terciopelo azul situada junto a la pared derecha, interrumpió su concentración en el libro y enfocó su vista en el ocaso de la ventana, en el momento exacto en que un halo de fuego dio vida a una hermosa daga provista de una empuñadura de un verde esmeralda que poseía siete incrustaciones de piedras preciosas mientras que su hoja afilada era una línea serpenteante de tres ondulaciones. Cuando intentó levantarla para apreciarla mejor, se estremeció al comprender que a pesar de su corto tamaño ésta poseía un peso extraordinario, por lo que le fue imposible moverla de su lugar original.

Otros artefactos igual de curiosos también habían aparecido en el resto de la habitación. Luego de la daga, una mañana apareció justo en el centro del suelo un libro enorme de tapas de cuero rojo marrón, en el que estuvo alrededor de seis horas estudiándolo sin lograr descifrar nada en absoluto de los extraños garabatos que daban cuerpo a los párrafos; pese a ello se quedó con la satisfacción de reconocer que las bonitas ilustraciones a tinta negra que surgían a menudo debían ser imitaciones fieles de los sitios de encuentro de alguna población. Uno de los objetos que mayor gracia le causó y le sacó más de una carcajada, fue un juego de cartas con dibujos a color esparcidas por toda la habitación que jamás pudo llegar a sostener con sus manos porque cada vez que intentaba sujetarlas, éstas saltaban con voluntad propia como si fueran mariposas que eludían el tacto de sus dedos. En otra oportunidad, al llegar después de una larga jornada de estudio se encontró que cerca de su cama había una vasija de barro cuyo interior estaba rellena de unas aguas cristalinas que permitían observar en el círculo del fondo, el reflejo de todo lo que deseara contemplar con el sólo hecho de pensarlo: vio a su hermana ocupada en la oficina del hospital donde trabajaba, vio a un joven de cabello rubio jugando con un perro en una pradera, vio la calle de la infancia en la que creció hasta sus doce años. Y así, cuando menos lo esperaba, contaba con la visita de alguno de esos curiosos elementos. Una madrugada mientras dormía, sintió el paso presuroso de la sombra que los dejaba, y al abrir los ojos vio una esfera de cristal en la que brilló el calor de un millar de diminutos puntos antes de que se fundieran hasta extinguirse en el redondo vidrio que estaba siendo

iluminado por la claridad lunar que se filtraba por la ventana.

Pero esa tarde, desde el momento en que se sentó en la silla de su escritorio y disfruto de la esplendida visión de la página, su espíritu se inundó de una paz total, una sensación tan profunda que eliminó por completo la inquietud y duda que siempre le quedaban al preguntarse sobre quién era el que se tomaba el atrevimiento de penetrar en su santuario personal y dejar aquella clase de objetos. En ese sentido, Meldonbar, el hombre que envió al pequeño tuldán a entregar aquella singular página, había logrado evitar que la curiosidad por la novedad del objeto lo distrajera de disfrutar el contenido del mensaje, permitiendo así que en su corazón se despertara el deseo de interpretarlo, lo cual surgió tras culminar aquella mágica visión tan exactamente fiel a cómo se hallaba escrita en el libro grueso de pastas verdes que leyó el pequeño Bilmor. En caso contrario, el joven sólo se hubiera limitado a maravillarse con la secuencia de las imágenes de una ilusión fugaz.

Sin embargo, en su necesidad de tener una absoluta certeza en la cual confiar, la razón se impuso a la fe colocando a tartamudear a su pensamiento. Las sensaciones experimentadas a través de aquel imprevisto mensaje lo cautivaron tanto que su mente se vio obligada a buscar una explicación lógica a dicha situación. Y era apenas natural que lo hiciera ya que la formación académica que tenía desde niño lo seducía a emplear su pensamiento analítico, organizar sus ideas y descartar objetivamente la sospecha de que la procedencia de aquella página correspondiera a la voluntad de los hombres.

La deducción más simple sería pensar que sus padres se hubieran atrevido a entrar en su cuarto. Sin embargo, él sabía a la perfección que la intimidad de su pieza no acababa de ser violada por ellos, aquella idea le resultaba imposible de creer. Por una antigua norma establecida por la Casa de los Santuarios, cuando un niño cumplía la edad de cinco años tenía el privilegio de que a partir de entonces su habitación fuese considerada como propiedad privada. De esta manera, el orden y el aseo se convertían en un asunto que sólo competía al amo de dicho lugar y ninguno de los demás miembros del hogar tenía derecho a ingresar a ese escenario sin su previo consentimiento. Aquel mandato oficial, que desde su instauración fue acatado con suma fidelidad por todas las familias, permitía que cada niño aprendiera durante su crecimiento y desarrollo de su personalidad, a ser responsable de todo lo que aconteciera en ese mundo. Incluso, si su madre descubría que la puerta de la habitación había quedado abierta, ella le concedía el favor de cerrarla de inmediato para más tarde recordarle, con una mordacidad igual a la de un regaño, sobre el peso de aquella grave falta. Tan firme era este código de conducta que a veces a El Aprendiz, por estar dialogando con un amigo mientras subían por las escaleras, se despreocupaba por darle la autorización de ingreso y éste se quedaba en automático bajo la barrera invisible del marco de la puerta, a la espera de la invitación que aprobara su permanencia en ese escenario, tan estimado y respetado por todos los habitantes del planeta como un santuario personal. Un pequeño santuario cuyo valor era del todo distinto al que representaba el estudio de artista, el taller de carpintería, el laboratorio de química o cualquier otro ambiente de trabajo que poseyera dicha persona, en donde hasta el más curioso podía acceder aún durante su ausencia. La única forma que existía para atravesar aquella pared blindada que establecía cada habitación era tras la muerte del propietario. A pesar de lo cual, después de visitarla para buscar en el armario el vestido que llevaría el difunto en su funeral, aquella estancia volvía a permanecer cerrada durante varias semanas, e incluso meses, antes de que los parientes decidieran atreverse a reabrirla.

Por otra parte, el joven aprendiz también sabía que la avanzada tecnología que patentaban los investigadores de la Escuela de Electrónica de la Casa de las Ciencias no era lo suficientemente sofisticada para que los circuitos y componentes que

utilizaban a la hora de crear las pantallas pudieran articularse en la delgadez de un milímetro de una página. De hecho, aunque aquello fuese posible en un futuro, la sola idea de que una secuencia de imágenes tan nítida y sorprendente como la que acababa de ver, hubiera sido capaz de proporcionarle una visión tan íntima en su mente, lo llevó a aceptar que se hallaba frente un artilugio cuya naturaleza era superior a todas las invenciones hasta ahora creadas por el género humano. Así que siguiendo su ortodoxo requisito de eliminación de ideas de su pensamiento, descartó de antemano la poco probable intromisión de sus padres a su habitación y, aún peor, que todo aquello se tratara de la más increíble de todas las bromas que hasta entonces hubiera recibido. En cuanto su cerebro dejó de maquinarse y adquirió la certeza de que luchaba tercamente contra la más obvia verdad, el joven artista no tuvo otra opción que aceptar que la inesperada visita de aquella página dejada en su habitación correspondía a un mensaje que sólo concernía a los misterios de la fe.

Al cabo de hora y media de permanecer sentado en la silla, se puso de pie y se dirigió al armario. En una de las repisas había un vaso de porcelana en el que estaban depositadas un conjunto de gubias para tallar madera de las cuales eligió solo una. Entonces caminó hacia la esquina izquierda de la habitación en donde se agachó para observar las baldosas color beis con forma hexagonal que creaban ese suelo cuyo simétrico orden era igual al de un panal de abejas. La segunda baldosa en línea transversal desde la esquina se diferencia de las demás losas del piso en que sus bordes no estaban pegados con mezcla sino que se mantenían unidos con plastilina color gris. El Aprendiz metió la gubia por el delgado borde y la utilizó como palanca para empujar el hexágono que se levantó de su superficie habitual unos cuantos milímetros, apenas lo suficiente para que el artista lograra sostenerlo con las yemas de sus dedos. Tras un breve esfuerzo fue capaz de levantar la losa por completo, dejando a la vista un hueco rectangular esculpido con gran destreza y precisión que poseía unos quince centímetros de profundidad. En su interior se hallaba una caja de metal idéntica a las que en principio venían surtidas de galletas de mantequilla para después ser usadas por las abuelas a la hora de guardar los hilos y las agujas del oficio de costura. Aquel cofre metálico le había servido durante los últimos tres años para guardar el mejor de todos sus secretos.

Al retirar la tapa, un conjunto de cuatro objetos muy bien organizados quedaron en evidencia. Un estuche de madera que contenía unos lápices de colores, descansaba sobre un libro de tapas color rojo y a la cabeza de éste se encontraba una especie de flauta pequeña cuya corta longitud apenas permitía los orificios de cuatro notas musicales. Por último estaba un grupo de siete fotografías que por su tamaño y calidad debían haber sido tomadas veinte años atrás, las cuales recostó en diagonal contra el borde izquierdo de la caja metálica para permitirse sacar el libro. Sólo entonces volvió a acercarse al escritorio, en el momento justo en el que alcanzó a ver que el solitario recuadro azul de la página desaparecía al ser consumida por un resplandor amarillo, como si estuviera siendo derretida por un silencioso fuego celestial y dejando en soledad a aquel pliego que ahora parecía una hoja de papel ordinaria. Al sentarse de nuevo en la silla, buscó sobre la mesa el espacio adecuado para abrir de par en par aquel libro.

El libro era en realidad un diario cuyas hojas blancas y sin rayado alguno, estaban escritas con una caligrafía bella y elegante. El Aprendiz había examinado una a una las trescientas cincuenta y siete páginas que formaban el grueso de aquel valioso documento. Los párrafos del diario habían sido redactados con diferentes tintas de colores, lo que generaba un encantador atractivo, ya que a medida que se hojeaba su contenido era posible descubrir que los textos eran interrumpidos por la aparición de singulares dibujos, esquemas y bocetos, de tal modo que era inevitable pensar en el gran talento y creatividad del artista al que pertenecía el diario. Incluso existían varias

estrofas de poéticos versos que surgían de la misma manera imprevista que las imágenes realizadas a lápices de colores, en muchas de las cuales también estaban anotados los cálculos matemáticos que permitirían que aquellas obras de arte se materializaran en el mundo. A veces, en las delgadas líneas de espacio que había entre el borde del papel y el párrafo, una letra menuda y apretada pero legible dejaba expuestos los pensamientos que el mismo artista sentía sobre su trabajo. En otras ocasiones esos apuntes tan sólo se convertían en el garabato de un sol, una luna o cualquier otro símbolo trazado al azar en un momento de calma y respiración del autor. Dos veces al mes por lo menos, el joven aprendiz se tomaba el trabajo de sacar el cofre de metal de la sepultura en la que vivía bajo la baldosa hexagonal para estudiar su contenido con la misma curiosidad e inocencia que siempre lo invadía al abrirlo. Entonces revisaba las notas del diario, trataba de componer una melodía con la pequeña flauta y lloraba de nostalgia al contemplar las fotografías. Lo único que nunca había utilizado aún, ni pensaba hacerlo, eran los lápices colores, ya que sentía que constituían una joya histórica que no valía la pena desgastarla y mucho menos cuando en su propio armario tenía varios vasos repletos con una infinidad de esas mismas herramientas. Así que después de aquella privada ceremonia se veía obligado a ocultar el diario de nuevo en la caja de metal en aquel refugio secreto. El reencuentro con aquellos objetos era una sensación tan fuerte como la que experimentaba al recordar el sol de la tarde que lo guió a través del sendero de los árboles hasta el sitio exacto en donde realizó el hallazgo del tesoro. Una conquista personal que fue fruto de un largo día de viaje que nunca podría olvidar porque cada detalle se grabó en su mente con la misma intensidad de un sueño, como si todo lo vivido ya hubiese sucedido en otra era del tiempo y él sólo fuese un personaje que repetía la sombra de ese pasado. Esa mañana, al despertarse en su cama se sintió derrotado y abatido al intuir que seguía retrasando un encuentro que era inevitable. De modo que después de bañarse, vestirse y desayunar, salió a la calle.

—Regresaré mañana en la tarde—le dijo a su madre en la puerta de la casa—. Quiero despejar un poco mi mente.

Era el día número diez del mes doceavo: una fecha que coincidía con un fin de semana en el que no debía asistir a clases. Al llegar al final de la calle, uno de sus vecinos, que permanecía al mando del volante de su auto, le preguntó hacia donde se dirigía. Minutos más tarde se encontraba en la puerta norte, una de las seis salidas que conducían a los campos verdes que rodeaban la ciudad. El conductor que se dirigía a una de las plazas de mercado siguió su propia ruta. El Aprendiz tuvo que caminar cerca de un kilómetro antes de que apareciera sobre la línea de la llanura, la redonda superficie de un amarillo globo aerostático. A medida que fue acercándose fueron surgiendo las restantes esferas de colores, que amarradas junto a su propia cesta de transporte, se hallaban estacionadas a la izquierda del camino, en un gran espacio de hierba verde y llana. El viajero, que apenas iba acompañado de la mochila que cargaban sus hombros, en donde llevaba un par de sándwiches y un termo con jugo de naranja como únicas provisiones, muy pronto estuvo de pie en el centro del círculo que conformaban las once aeronaves de tamaño monumental. Al observarlas se sintió minúsculo, la misma sensación que experimentaba siempre que se encontraba frente a aquellos ligeros medios de transporte.

Casi media hora más tarde el globo color amarillo, adornado con una estrella azul sobre su redonda calvicie y un cinturón verde en la cintura de su cuerpo, se elevó de la tierra para iniciar su aventura por un cielo azul poblado de unas nubes tan blancas y radiantes que parecía que las hubieran acabado de lavar. Aparte del operador de la nave, existía en la barquilla un total de seis pasajeros, entre los cuales estaban dos turistas que con sus cámaras fotográficas captaban las mejores imágenes de la espléndida vista de allá abajo: la cuadrícula delimitada de los campos de cultivo, las

diminutas casas de las poblaciones y los ríos serpenteantes. Cuarenta y cinco minutos duró el viaje por los cielos. Antes de bajarse, el joven sacó una pequeña bolsa de tela de su gabán de donde extrajo una plateada semilla de café. Era su forma de pago al operador quien se la recibió con una sonrisa.

Pero a pesar de la larga travesía realizada, aun no había llegado a su destino. El globo aerostático apenas sirvió para trasladarlo hasta el campo de aviación más cercano. Una vez en la taquilla, adquirió su boleto pagando esta vez con una semilla idéntica pero de color dorado. Tuvo que permanecer en la sala de espera alrededor de una hora y media, antes de poder subir al avión. Mientras tanto no pudo evitar pensar en el sueño de la noche anterior, el cual mordía su mente como una obsesión alegre que lo impulsaba a evocar esas imágenes nítidas y radiantes en las que sentía la cercanía de las aguas del mar, el brillo pasivo del sol al caer de la tarde y la brisa que se filtraba por las ramas de los árboles. La incisiva ilusión sólo lo dejó libre cuando estuvo a bordo de la larga aeronave en el que también viajaban alrededor de doscientas personas más. Cuando el avión estuvo casi a la mitad de su trayecto, la joven auxiliar de vuelo le ofreció una taza de café y un paquete de galletas. Pero el hambre que tenía en ese instante lo obligó a reemplazar las galletas por el primer sándwich de su mochila. Un poco más de dos horas después, la pesada máquina voladora aterrizó sobre la ciudad costera de Brisania.

Al salir del aeropuerto e infiltrarse en las calles, el viento refrescante que soplaba con fuerza desde las playas removió en las fibras de su memoria los recuerdos más nostálgicos que había experimentado en esa región tan hermosa y deseada por los turistas del planeta. Antes de dirigirse al vecindario donde disfrutó los mejores momentos de su infancia, se presentó en una ferretería ubicada frente a la Plaza de Gaviotas en la que solicitó el servicio de alquiler de una pala. El hombre que lo atendió era nada menos que el mismo jefe a cargo del local y cuando el joven sacó la bolsa de tela marrón para ofrecer una semilla plateada, éste se quedó mirándolo a los ojos durante un par de segundos hasta que reconoció que estaba frente al aprendiz más famoso del mundo. Entonces el administrador rechazó con una sonrisa la semilla para luego entregarle la herramienta, la cual poseía un largo de metro y medio, sólo que al contar ésta con un sistema retráctil en la barra metálica, le era posible terminar midiendo un poco más que la mitad. Por lo que al recibirla con mucha gratitud y educación, el joven aprendiz cargó la pala sobre su hombro derecho sintiendo al mismo tiempo que el peso de sus decisiones que se acumulaban en ese instante lo obligaban a continuar hacia adelante. Ya no podía dar marcha atrás.

Tras caminar un par de manzanas El Aprendiz llegó a una calle adoquinada en la que se edificaban siete hermosas casas, provistas cada una con su propio jardín. Aquel escenario tenía el aspecto de una rotonda gigante donde los hogares se concentraban alrededor de ésta. Un par de niños, que se divertían en el pavimento empedrado, lo vieron ingresar en el vecindario mientras el joven parecía perdido en un mundo de ilusiones. Se fijó en las viviendas de dos pisos, las torrecitas de las chimeneas, las ventanas por las que se filtraba la luz del sol y los garajes en los que se estacionaban los autos. Cuando llegó al centro de la calle se detuvo y entonces su corazón fue atravesado por la melancolía de estar frente a un pasado que ya no existía. Por un instante el dulce calor del día, el piar de los pájaros en los árboles y el color azul del cielo poblado de nubes, sometieron a su espíritu a un viaje hacia el pasado: sus ojos disfrutaron de una ilusión en la que vio a sus amigos jugando a elevar cometas, vio a las madres dialogar sentadas en una de las mesitas del jardín mientras tomaban jugo de zanahoria y jugaban a los naipes, vio a los jóvenes que pateaban el balón que en más de una ocasión salía disparado hacia el bosque en el que crecían los árboles de pino, vio a una misma familia integrada que dos veces al mes se reunían en torno a una fogata para observar las estrellas fugaces de la noche a la vez que narraban

historias, vio la oscuridad de una madrugada donde los faroles de cada casa producían una hermosa penumbra que seducían al pensamiento a creer que aquel sitio era la morada de la sociedad humana más primitiva del mundo.

La visión fue tan intensa que por un momento escuchó las risas y los gritos de los niños pero muy pronto descubrió que en realidad éstas eran producidas por los pequeños hijos del barrio que se perseguían en torno suyo. Ahora el vecindario estaba poblado por otra generación de padres de familia que desconocían por completo la historia que ésta ocultaba. Ya no quedaba ni uno solo de los antiguos propietarios que vivieron allí. Sabía con total seguridad que los mismos lazos de fraternidad que existieron en el pasado aún persistían en esos nuevos hogares. Pero ahora que estaba de regreso, al cabo de varios años sin visitar aquel escenario, no podía eludir la sensación de dulce tristeza que brotaba en su alma al evocar la alegría y cariño que se profesaban los miembros de esa sociedad que vivieron en ese ambiente circular.

El Aprendiz se fijó en la casa que tenía en frente suyo, la que pertenecía a la familia Artemisa. Justo al lado del garaje de la hermosa vivienda, existía un pabellón que en otro tiempo fue el refugio donde el famoso artista de Combray realizó sus mejores obras. Observó por un instante la ventana por donde se infiltró la pelota que cambió el rumbo de la historia de los dos artistas. Ahora aquella vivienda servía por entero como un centro de oficinas en las que trabajaban funcionarios a cargo de los procesos administrativos de la Casa de los Artes de esa ciudad. Al mismo tiempo era una casa museo que recibía de todas partes del mundo las visitas de los aficionados de la obra del admirable artista: el estudio y la habitación del joven fallecido continuaba ejerciendo una poderosa atracción magnética a pesar del paso del tiempo.

Unos pocos meses después de la muerte de Artemus, devastados por la nostalgia de seguir conviviendo en un hogar donde la ausencia del hijo mayor era tan intensa, los miembros de la familia Artemisa fueron los primeros en despedirse del vecindario, aunque no se marcharon demasiado lejos y tan sólo se trasladaron a vivir al otro extremo de la ciudad con la esperanza de que aquella distancia y la comodidad de un nuevo hogar les permitiera aceptar de algún modo que el gran artista ya no seguía trabajando en la soledad del estudio.

Viendo la casa, una profunda nostalgia lo invadió al evocar a sus antiguos amigos. Aún permanecían en contacto pero ya no era lo mismo. Seguían enterándose de sus vidas, gracias a los comentarios e imágenes que publicaban a través de Mundo-Naranja: la red social más grande del planeta. Aunque en Ulmuden existían otro tipo de plataformas virtuales de contacto, aquella era la oficial en todos los países del globo terráqueo y en donde además estaban inscritos todos los habitantes de la tierra. De hecho, funcionaba igual que una enorme base de datos en la que se registraban a cada uno de los hombres y mujeres bebés que eran dados a luz alrededor del mundo. Todos los perfiles eran públicos y dotados con información específica sobre la vida de cada persona: su huella dactilar, el sonido de su voz, la ubicación de su casa, los estudios cursados, el árbol genealógico de su familia, la lista de amigos en los que compartía su entorno social, entre otros aspectos, como el de incluso revelar el sitio exacto en donde se encontraba cierto individuo gracias a los datos proporcionados por la pequeña computadora que cargaba en uno de sus bolsillos. Con la capacidad de almacenar todos los sucesos que acontecían en el tiempo, los miles de billones de fotografías publicadas y los distintos archivos de información que podía atesorar aquel gigantesco sistema de interconexión internacional, Mundo-Naranja era mejor conocido como el Libro de la Historia más grande del planeta.

Fue gracias a esta red social que, cuando su familia abandonó el vecindario y se establecieron en la ciudad a donde su padre fue remitido para trabajar, él pudo continuar en contacto con sus amigos de la infancia. Pero la distancia acabó por fragmentar el calor humano que los unía, a pesar de que el querido aprendiz viajaba

cada vez que podía no sólo con la intención de visitar a sus vecinos, sino también a los otros familiares que vivían en esa región del país. El implacable paso del tiempo fue disolviendo esa comunidad cuando aquellos hombres y mujeres fueron madurando hasta que decidieron seguir su propio rumbo. Fue entonces cuando los padres de familia entendieron que la casa de dos pisos era demasiado grande para seguir viviendo en ella.

Mientras contemplaba la vivienda de dos pisos que en otra época perteneció a los Artemisa, el joven pensó en el destino que siguieron los tres hermanos de la familia, el cual fue conociendo a través de las actualizaciones de sus perfiles en la famosa red social. El mayor de todos, Alhudan, que era cuatro años menor que el gran artista de Combray, se graduó de veterinario en la Escuela de Veterinaria, tras lo cual fue enviado a curar diversas especies en la isla tropical de Almen en donde se quedó a vivir después de enamorarse de una mujer que se convirtió en la madre de sus tres hijos. Luego seguía Alanib quien decidió iniciar La Vuelta al Mundo una vez cumplió los veintiún años que lo autorizaban a emprender el largo viaje pero se detuvo dieciocho meses después en el país de Erdolam cuando descubrió que su verdadera pasión era la gastronomía, oficio que más tarde le ayudó a fundar un restaurante. Y por último estaba Amiluna, quien era tan menor que incluso El Aprendiz era tres años mayor que ella, una joven morena que dada su edad actual aún seguía estudiando. La última vez que la vio fue cuando era una niña de tres años, la mañana en que sus padres se subieron al auto rojo que jalaba tras de sí el remolque con las últimas cosas del trasteo. La escasa amistad que hasta entonces habían cultivado les impidió años después mantenerse en contacto a través de Mundo-Naranja.

De pronto, el joven aprendiz fue consciente de la ensoñación en la que sus memorias de la infancia lo tenían atrapado y al despertar de su pasado comprendió de inmediato que seguía retrasando la tarea que tenía pendiente. En ese momento apretó con fuerza su mano sobre la pala, a la que observó por un instante, sintiendo en su espíritu una convicción irresistible que lo impulsó a internarse en el bosque que tenía a su izquierda. Al salir del grupo de árboles se encontró en un amplio campo donde crecía la hierba verde. Continuó su camino hacia el este, apreciando a lo lejos la llanura plateada del mar a la vez que escuchaba el sonido de las olas y sentía la brisa acariciándole el rostro. Muy pronto llegó a un segundo bosque, muchísimo más grande que también poseía árboles de pino, sólo que los que allí crecían eran más altos, corpulentos y antiguos. El Aprendiz siguió la ruta indicada en el mapa de su mente, deslizando su mano sobre la superficie de los troncos hasta que llegó a un hermoso sitio que lo incitó a sospechar que se hallaba en el corazón de ese frondoso y agradable santuario natural. Entonces levantó su vista al cielo y vio cómo los picos de los cinco árboles que lo rodeaban formaban una bella imagen sobre la que se arrastraba una solitaria nube blanca. En ese instante su espíritu se iluminó entendiendo que estaba parado sobre el mismo lugar que se le había revelado tantas veces en sus sueños, un escenario que al cabo de verlo en tan repetidas ocasiones mientras dormía, llegó a conocerlo igual que las líneas de las palmas de sus manos.

Unos segundos después clavó la pala sobre la tierra y empezó a cavar con total calma, dejando que la tranquilidad triunfara ante la ansiedad que invitaba a que las imágenes de la visión que tanto obsesionaba a su memoria acabaran de devorarlo. Un momento más tarde, cuando el agujero alcanzó una profundidad cercana al medio metro, el joven se vio obligado a detener su trabajo al percibir que la pala golpeó contra algo que produjo un sonido metálico. A partir de ese momento continuó con la tarea de excavar empleando sus manos hasta que vio el recuadro del tesoro que había venido a buscar, el cual estaba envuelto dentro de una bolsa impermeable. Los únicos testigos de su descubrimiento eran los árboles que lo acompañaban. Luego, recostándose sobre el grueso tronco de uno de los pinos, el joven desnudó el cofre rectangular metálico: era

una de esas cajas, repletas en su interior de galletas, que solían regalarse durante El Renacer de los Vientos, la época del año que anunciaba que el planeta estaba a punto de concluir una vuelta entera al astro solar e iniciaba un nuevo periodo en el que era necesario reemplazar los calendarios de las cocinas. El Aprendiz depositó el tesoro sobre la tierra marrón, apreciando sobre la superficie de la tapa una preciosa representación alusiva a la nueva vida que prometía el renacer: la imagen de un hermoso árbol gigante y corpulento el cual, a pesar de la protección de la bolsa impermeable, no fue inmune al implacable paso del tiempo y ahora el dibujo impreso a color sufría un desgaste considerable que parecía que fuese a desvanecerse de un soplo dejando en su grueso tronco la marca de la cicatriz generada por el golpe de la pala.

Los sentidos del joven aprendiz no estaban para nada asombrados ante el hallazgo de aquella pieza. Sabía muy bien que si no hubiera obedecido la orden que le dictaba el obsesivo sueño, nunca habría podido librarse de su tormento. Estaba tan tranquilo que ni siquiera experimentaba la más mínima curiosidad por conocer que era lo que se encontraba dentro de la caja. De modo que descanso varios minutos, refrescándose bajo la sombra mientras disfrutaba el exquisito color del cielo que se filtraba a través de los árboles. Tras lo cual se sacudió las manos entre sí para liberarse de la tierra marrón. Luego quitó las cintas plásticas que mantenían sellado al cofre y retiró la tapa. Ahí estaba la caja de lápices de colores descansando sobre el diario, la pequeña flauta de cuatro agujeros y el grueso de las siete fotografías. Además había el esqueleto descolorido de una hoja de árbol y los restos que aún quedaban de una mariposa con sus alas rotas. El Aprendiz se interesó en el libro de tapas rojas, el cual retiró con mucho cuidado empujando a un lado la caja de colores y las fotografías. Entonces levantó la portada rectangular que dejó a la vista la primera página en la cual contempló que existía una firma de color azul que reconoció de inmediato. Era el diario de Artemus.

Un minuto después volvió a dejar las cosas en su mismo lugar. No le provocaba en lo más mínimo tocar esos objetos mientras tuviera sus manos aún sucias con rastros de tierra. Para él, era como si estuviera frente a unas reliquias que debían ser estudiadas con suma profesionalidad, por lo que sospechaba que no volvería a abrir la caja hasta que no regresara a su hogar. En ese momento fue consciente del hambre que gobernaba en su estómago, así que abrió su mochila para sacar el sándwich, el termo con jugo y el paquete de galletas que recibió durante el vuelo. Y a la vez que su boca disfrutaba de aquellos alimentos que representaban el almuerzo de ese día, agradeció a la hermosa soledad en la que se encontraba, agradeció al cielo azul por la fantástica tarde que experimentaban sus sentidos y agradeció a la intimidad que le brindaba ese bosque donde podía escuchar el susurro de las olas del mar. De pronto dejó que su mente se deslizara y recorriera por sí sola la distancia un poco mayor de medio kilómetro que lo separaba de las arenas de la playa. Su memoria evocó una mañana radiante de sol en la que vio una parrilla de metal sobre la que se asaban varias porciones de carne adobadas, una docena de chorizos y tajadas de plátano. Luego observó a los niños y jóvenes divirtiéndose en las aguas de mar. Aquella era otra de las costumbres más apasionantes que vivían todos los miembros del vecindario, un fraternal acontecimiento que les permitía celebrar la paz comunitaria que existía en la sociedad universal de Ulmuden.

Entonces el recuerdo fue suplantado por otro que ocurría en el mismo escenario. El joven Artemus quien apenas estaba vestido con su interior de baño permanecía en el agua azul verdosa. Un grupo de niños se encontraba en la orilla, en torno a una canasta de mimbre repleta con camarones, pescados y calamares. Cerca a ellos existían varias gaviotas que esperaban con ansia continuar siendo alimentadas por las presas que le arrojaban a sus pies. El pequeño aprendiz se hallaba entre el grupo de

chicos, disfrutando de la timidez de las aves cuando aceptaban los rosados camarones. Las voces de los infantes dialogaban con el famoso artista que al mismo tiempo se concentraba en el trabajo de capturar a los animales de mar.

—¡No, no!—decía el joven—, ya les dije que podían acompañarme si me prometían quedarse en la playa. Si no cumplen con su palabra no los volveré a traer. Agradezcan que hasta ahora haya sido demasiado amable con ustedes.

—Pero nada más nos meteremos un par de metros—replicaba uno de los chicos—, además, está haciendo mucho calor. No estamos en época de invierno.

—Ya casi voy a salir—respondía Artemus—, esta noche me darán un buen premio cuando entregue la mitad de la pesca en El Gran Tonel.

Un momento después el hombre regresó a la playa, sosteniendo entre sus manos una bolsa de tela verde y en la otra una cesta pequeña repleta con carnadas. De pronto, el joven artista miró a los ojos de su aprendiz quien experimentó en su piel la ternura que le transmitía y entonces el recuerdo se difuminó en una noche en la que se vio aproximándose a través de un sendero que concluía en el arco de un portón doble puerta. Del otro lado del marco de entrada que era idéntico a los que existían a las afueras de las poblaciones, había un escenario iluminado y un suelo color caoba detrás del cual se apreciaba un numeroso grupo de personas sentadas y a la expectativa del espectáculo. Cuando ingresó al amplio escenario, como si fuera un niño extraviado, el público por entero se estremeció en una carcajada general. El pequeño actor paseó su mirada para reconocer la ambientación nocturna del teatro, compuesta a cada lado por casas de tamaño y proporciones casi reales que sin duda incitaba a los artistas de la obra a creer que se hallaban sobre una calle idéntica a la de cualquier otro lugar del mundo. La fingida contemplación del infante fue interrumpida.

—¿Y tú quién eres?—preguntó una voz.

Artemus estaba vestido con un admirable traje azul, provisto de una capa blanca y de uno de sus hombros colgaba un bolso de cuero. El niño lo miró sorprendido, intimidado por la altura del guardián que sostenía una lámpara de aceite en su mano. En ese momento, olvidando la pregunta que acababan de realizarle, el chico estiró su dedo índice para anunciar que acababa de ver en el azul del cielo una estrella fugaz. Cuando el joven actor se volteó y miró a la bóveda celeste, la voz infantil le preguntó si era verdad que cuando eso sucedía era porque los dioses estaban rasguñando el firmamento. El público entero estalló de nuevo en una risa que rellenó todos los espacios del auditorio.

—¿Cómo es posible—dijo el guardián caminando en torno al pequeño—que un chico como tú se encuentre a esta hora de la madrugada en la calle? ¿Acaso no te ha enviado Melquíades?

—¿Y quién es ese?—preguntó el infantil actor.

—Bueno, es el artista y mago más grande de todos los tiempos.

—Ummm, pues cuando yo sea grande voy a ser el mejor artista en todo el mundo. Mis padres dicen que soy un gran dibujante.

El guardián miró a los ojos del niño, conteniendo en su rostro una evidente carcajada. Después de lo cual dio una palmada al aire y en automático un asistente de la obra hizo descender un libro de páginas blancas que colgaba de un hilo de pescar. Luego sucedió lo mismo pero con una bolsa de tela rellena de lápices de colores. El hombre de la capa blanca, le entregó los útiles de dibujo al niño, retándolo a que demostrará lo mejor de su talento. El pequeño actor se recostó sobre el piso y empezó a rayar una de las páginas con un color verde. Mientras tanto, Artemus dirigió su atención al techo del escenario simulando que estudiaba los astros para saber si la predicción no había fallado. De pronto se escuchaba una voz detrás del escenario que revelaba lo que aquel guardián estaba pensando: “Qué raro que no haya llegado aún, la profecía asegura que llegaría esta misma noche”. Su contemplación estelar se vio suspendía

cuando el chico arrancó la página del libro, se levantó del suelo y después de desempolvarse la ropa se la dio al hombre que aún sostenía su lámpara de aceite. El joven tardó al menos treinta segundos analizando los trazos en el papel.

—¡Voy a tener que enseñarte a dibujar, niño!—sentenció Artemus como si lo regañara—. ¡A partir de ahora serás mi aprendiz!

El público volvió a reírse. Aquella obra duraría todavía casi veinte minutos más. Pero entonces el teatro se transformó en otra visión, la ambientación del escenario y el público expectante se disolvió en una oscuridad total en medio de la cual apareció tras un halo de estrellas doradas, la forma rectangular del libro de tapas rojas hallado en la profundidad del bosque. El diario de Artemus se abrió por sí solo y sus páginas fueron acariciadas por un viento suave hasta que el libro fue inundado por un aura resplandeciente que llenó de paz al peso de su materia. Desde hacía dos años, la mente del joven aprendiz agonizaba al estar sometida a una obsesión que ni él mismo era capaz de comprender. Era una inquietud tan fuerte que su memoria permanecía inundada por los nostálgicos recuerdos de su infancia: veía la lluvia de la tarde cayendo sobre la calle del vecindario, las hojas de otoño filtrándose por las ventanas y el resto de épocas de su vida de niño tan nítidas como si las hubiera experimentado unos días antes. Esas apacibles imágenes eran solo el prólogo de un sentimiento que se redimía en la fatídica ausencia de su maestro, el gran artista de Combray. Día tras día, cuando se despertaba en su cama, no podía evitar pensar en el rostro moreno y sonriente de aquel joven creador. Su espíritu buscaba con perversión una respuesta al misterio de su imprevista muerte pero no lograba descubrir respuesta alguna que lo librara de continuar pensando en Artemus: lo veía de nuevo en una tarde remota en la que ambos escuchaban música en la sala de su casa mientras sonreían, lo veía en su estudio dibujando en silencio sobre los planos de su escritorio, lo veía tocando su dulzaina bajo la sombra de los árboles del pequeño bosque del vecindario. No sabía con certeza porque su mente estaba siendo devorada por la ansiedad de resolver cuanto antes ese secreto que dejó a un pedacito de su infancia perpleja ante los arbitrarios designios de la muerte. Pero ahora que en su memoria contemplaba esa luz radiante generada por el diario, tuvo el extraño presentimiento que quizás podría encontrar allí la respuesta a su pregunta. Aun así, su obsesión perduraría tres años más carcomiendo su corazón.

De pronto el joven aprendiz se despertó. No sabía con exactitud cuánto tiempo llevaba dormido en ese lugar. Ahora sólo era consciente que la tarde se aproximaba a su final mientras el sol ya iniciaba su lento descenso, nutriendo el cielo de una suave tonalidad naranja. De modo que no tuvo otra opción que levantarse, recoger los envoltorios de la comida, el termo del jugo y meterlos en su mochila junto a su valioso tesoro. Luego volvió a emplear la pala para rellenar el agujero con la tierra que había retirado y acariciando el tronco de uno de los árboles se despidió con cariño del lugar. El bosque le respondió el gesto oxigenando sus pulmones con los vientos suaves de esa hora de la tarde. Esa noche dormiría en la casa de uno de sus tíos maternos a quien, fue a visitar en el Café Leyenda, el establecimiento donde trabajaba. Al día siguiente tomó la ruta de regreso a su casa.

En cuanto estuvo de nuevo en su habitación sintió por primera vez desde el hallazgo de la caja metálica, que en su espíritu se desataba una magia y alegría incontenibles. Eran las cinco y media de la tarde. A partir de ese momento se encerró en su santuario personal durante treinta horas seguidas y apenas salió de su habitación cuando sentía que sus entrañas clamaban por el hambre. Fue el primer repaso que realizó a cada una de las líneas de los párrafos que más tarde acabaría por aprenderse de memoria. Estaba fascinado por los dibujos, los versos de los poemas y los secretos que iba descubriendo cada vez que pasaba de una página a otra. Pero a pesar de su esfuerzo no lograría llegar al final de su contenido sino hasta varios días más tarde, ya que

estudió aquel valioso documento con mucha minuciosidad, igual que un científico examina con mucha atención un grupo de células a través de un microscopio. Una vez pudo concluir la primera lectura, el joven aprendiz decidió que había llegado el momento de ocuparse en la construcción del escondite.

Le tomó cerca de tres días crear el hueco rectangular ubicado bajo la baldosa, ya que sólo podía ocuparse en las horas de la tarde, cuando sus padres no estaban presentes en casa. La primera noche que se atrevió darle un golpe perforador al suelo tuvo la sensación de que el impacto resonó en toda la vivienda por lo que en su mente surgió un miedo terrible de que si continuaba levantaría sospechas. Para aquel trabajo le fue indispensable utilizar el cincel y el martillo de escultura que guardaba en su armario. Tuvo que comprar además otra baldosa con igual forma hexagonal a la que sometió, con sus conocimientos aprendidos en la Escuela de Artes Plásticas, a un proceso de envejecimiento que le otorgara la misma apariencia del resto del piso. La intención de construir ese escondite, a pesar de que sabía muy bien que sus padres no violarían la intimidad de su habitación, era la de concederle un espacio privado a aquel tesoro, de modo que siguiera disfrutando de la soledad que vivía durante su entierro en el bosque. Era un ritual personal cuyo significado sólo podían entenderlo él y los preciados objetos que allí descansaban.

Un mes después del hallazgo del diario, el joven aprendiz empezó a tener el profundo presentimiento de que las líneas escritas por la mano de su maestro habían sido redactadas para que fuesen interpretadas por una sola persona en el mundo: su único y leal aprendiz. El descubrimiento del libro coincidió con el despertar espiritual por el que atravesaba en ese momento de su vida. Desde hacía dos años, cada noche en la que se acostaba a dormir, experimentaba que tras algunos minutos con sus ojos cerrados, su mente se zafaba de su cuerpo. Era entonces cuando podía navegar con voluntad propia sobre una realidad que era mucho más nítida y preciosa que la que disfrutaba en su vida cotidiana. El joven aprendiz gozaba con esos instantes en los que sentía que su materia flotaba por los aires, lo que le permitió volar sobre los tejados de las casas de su ciudad, trasladarse en tan solo un parpadeo a una llanura iluminada por las tres lunas del planeta, visitar la tumba de su escritor favorito al otro lado del mundo, sumergirse en la profundidades del océano en donde podía tener contacto con las ballenas azules, e incluso, viajar por el pequeño tubo de desagüe destinado a filtrar el agua de las lluvias. Al principio aquellos desplazamientos de un lugar a otro sólo constituyeron un juego que podía durar cerca de media hora. Después, las técnicas y las experiencias de moverse en ese escenario astral fueron madurando de modo que el tiempo se prolongó. Si se lo proponía era capaz de durar hasta seis horas continuas explorando la belleza universal de Ulmuden, con tanta libertad que no tardó en imaginar que llegaría un día en el que lograría convertirse en la primera persona en todo el mundo en conocer al derecho y al revés todos los paisajes del planeta. A medida que fue progresando en el hechizo de volar con su mente, su experiencia no sólo se vio reflejada en esos paraísos, sino que pudo emplear sus dones dentro del mismo plano físico en el que se desenvolvía cotidianamente. Su memoria se volvió fotográfica, concediéndole la oportunidad de evocar con precisión los recuerdos y datos almacenados en su cabeza, tanto así que tras leer la página de un libro podía volver a recitarla de modo integral respetando incluso su puntuación. Además, ahora poseía la facultad de ser más perceptivo de sus intuiciones y en ciertas ocasiones tener visiones sobre acontecimientos futuros. Otra de esas habilidades es que también aprendió a percibir la energía natural que transmitía cada persona, de modo que era capaz de reconocer cuantas manzanas debían recorrer sus padres antes de llegar a casa: una capacidad que más adelante desarrollaría a la perfección al entrar en contacto con otras personas que se movían en esas fibras infinitas de los sueños. Pero el don que más lo fascinaba era el de impulsar su vista de modo que pudiera contemplar lo que

sucedía en tiempo real en un lugar determinado que podía estar a varios kilómetros de distancia. Aquellas primeras experiencias astrales duraron alrededor de dos años, tiempo en el que fue advirtiendo que su yo se movía dentro un espacio delimitado que cada vez se encogía a medida que su materia espiritual aumentaba de tamaño.

Una noche rompió ese cascaron que lo envolvía para ingresar a otra dimensión donde empezó a ser consciente de que era propietario de unos dones y habilidades aún más extraordinarias. A partir de entonces dejó de ser el ojo del lente que registraba las imágenes de los escenarios que visitaba motivado por su curiosidad. Ahora era capaz de observar su propio cuerpo astral, como si fuera un personaje descrito en una novela. Era una dimensión en la que poseía la facultad de divertirse con su creatividad, colocar los adoquines de una calle que podía seguir construyéndola a la noche siguiente. En cierta ocasión se le ocurrió construir un cuarto privado en el que ubicó todas las cosas que fue fabricando con su imaginación: una lámpara de pie, una cama ubicada en el centro, una réplica idéntica de una pintura al óleo que existía en un museo, un escritorio en el que podía escribir poesía y un armario en el que fue depositando los objetos singulares que encontraba abandonados en el vacío de ese mundo: a veces repleto de poblaciones con casas vacías, con extraordinarios paisajes o con escenarios que desafiaban la lógica de las leyes físicas, como una calle donde las casas y sus cachivaches flotaba en el aire. Con el tiempo se dio cuenta que lo que en realidad estaba edificando en esa habitación era una base secreta a la cual solo él tendría acceso en aquel mundo tangible e intangible al mismo tiempo.

Por entonces su soledad en ese universo mágico sólo estaba atenuada por la presencia de gatos, la luz parpadeante de las luciérnagas y el calor de las estrellas en el firmamento. Un par de semanas más tarde de ese nuevo despertar, sus viajes astrales fueron invadidos por las obsesivas imágenes que le revelaban la ruta con la que lograría descubrir el diario de Artemus. De manera que a medida que fue escrutando las líneas escritas con diversas tintas de colores advirtió que aquellas páginas le revelaban las claves y los secretos que necesitaba para seguir conociendo los misterios que conservaba ese espacio cósmico, sideral e infinito. Con las técnicas allí descritas descubrió que su esencia astral podía metamorfosearse en todo lo que deseara, desde un minúsculo insecto bajo tierra, un oso blanco en los glaciales, hasta un teléfono rojo en una sala y una taza de café sobre una mesa. Además aprendió que podía solicitar permiso a un animal de cualquier especie ubicado en cualquier otro lugar del planeta, de modo que pudiera tomar prestado su cuerpo y contemplar la realidad desde la perspectiva de sus ojos. Muy pronto fue capaz de permitirse que los pies de su cuerpo astral se desprendieran del suelo, logrando volar igual que un maravilloso superhéroe de las historietas juveniles. El diario le enseñó a materializar objetos sin necesidad de esforzar demasiado su pensamiento y también le dejó en claro que gracias a los conocimientos que iba adquiriendo le era posible ayudar a las almas que aún no habían despertado del largo sueño de sus primeros viajes astrales. Existía un párrafo, casi al final del diario que tras meditarlo durante meses enteros lo llevó a la auténtica conclusión de que éste estaba escrito solo para él, la única persona que estaba destinada a encontrar aquel preciado cofre olvidado en el bosque: "Sé que cuando esto suceda, ya no estaré presente, te sentirás solo y pensarás que no te ofrecí las verdades que en un futuro necesitarías cuando llegaras a este nivel donde disfrutaras de la magia de soñar. Quizá sientas que estás en el derecho de reclamarme por no estar presente en tu formación y crecimiento como espiritual, pero bien sabes que los caminos trazados por los dioses son inescrutables. Ahora eres el único heredero de mi legado, quien deberá seguir adelante con la ruta que he abierto a lo largo de mi corta vida. El cielo y los ángeles estarán siempre de tu lado. Cuando inicies tu búsqueda y empieces a descifrar el misterio que habita en tu propio ser entenderás que será tu propia estrella la que te guiara, que tú mismo podrás ser tu maestro: el

dueño de tu destino, el capitán de tu alma". Fue así como tuvo la certeza absoluta de que su difunto maestro, a pesar de la enorme distancia de la eternidad que los separaba, continuó con la tarea de educar su corazón no sólo para seguir madurando su naturaleza de artista gracias a los dibujos, poemas y reflexiones allí depositadas, sino también con aquellos secretos que tanto le sirvieron a la hora de avanzar en su liberación espiritual. Cada vez que revisaba las páginas una y otra vez, sentando frente a la ventana, su mente era invadida por la sensación de que en realidad su amistad con Artemus escondió desde siempre un secreto astral que con toda probabilidad fue el pilar fundamental que les permitió gozar de esa admirable relación. Era entonces cuando reflexionaba, seducido por un fascinante presentimiento, que la pelota que se infiltró por la ventana del estudio del artista no había llegado hasta ese lugar por una simple casualidad.

El joven aprendiz se sorprendió aún más cuando percibió que en aquel libro de tapas rojas no solo podía encontrar respuesta a sus dudas, sino que también lo prevenía revelando pistas concretas sobre lo que viviría en el futuro. Varios meses después del hallazgo del tesoro, cuando empezaba a hartarse de esa realidad tan hermosa pero al mismo tiempo tan solitaria, se cumplió la primera profecía señalada en el diario, la cual le indicaba que no era el único ser en el planeta con la capacidad de desdoblarse de su materia física. Uno a uno fue teniendo contacto con otros seis jóvenes con los que pudo compartir sus conocimientos adquiridos en esa otra realidad. Algunos meses después, tras buscar por cielo y tierra la posible existencia de otro personaje que gozara de sus mismas capacidades astrales, los miembros del grupo de amigos llegaron al acuerdo de que debían bautizar a la pequeña comunidad con el nombre de Los Viajeros Durmientes. Y doce semanas más tarde se cumplió la segunda predicción anunciada en uno de los versos de un poema, la cual prometía que "cuando los lazos de hermandad los uniera a todos en una misma fuerza tan poderosa como el torrente de un río, surgiría un ser de luz que asumiría el cargo de guiarlos igual que un maestro."

Sin embargo, por más que investigó en las páginas del diario nunca pudo hallar una respuesta a uno de los más grandes misterios que cautivó la curiosidad del grupo de amigos. Se trataba de dos presencias que aparecían de vez en cuando, interrumpiendo en el escenario de sus juegos y combates astrales. Una de ellas tenía el aspecto de una burbuja de un pálido color morado provista de un tamaño humano en cuyo núcleo existía un hermoso conjunto de grandes pétalos que giraban igual que los piñones de un sistema de engranajes, por lo que el globo brindaba la sensación de ser una flor gigante que flotaba en el aire. Según las palabras de la mujer que asumió la tarea de orientar sus progresos en ese plano, aquella forma era idéntica a la que ellos poseían antes de subir de nivel; era la cascara de un huevo que ya estaba lo suficientemente madura y a punto de reventarse para liberar a la persona de sus propios límites, era la sombra de alguien que aún no lograba superar la barrera que la mantenía encerrada en su prisión temporal. Fue por eso que Los Viajeros Durmientes acabaron por bautizarla como la Sombra Purpura, la cual, a pesar de las restricciones que la envolvían, era evidente que poseía una inteligencia muy audaz y su manera de comportarse ante la comunidad de jóvenes a veces le valía la oportunidad de jugar con ellos, aunque dado a su profundo silencio no podían confiar del todo en sus intenciones. A veces su inesperada visita lo único que lograba era entorpecer los retos y desafíos en los que se entretenían, como si en el fondo fuese un niño inmaduro que reclama la atención de los demás.

La segunda presencia era también una burbuja sólo que oscura y en su interior no estaba el hermoso adorno de pétalos, sino que había un triángulo equilátero dentro del cual existía un círculo rematado con un punto en su núcleo. Su aspecto, al que se sumaba su evidente naturaleza maligna, invitaba a pensar que se trataba de un ojo

gigante cuyo trabajo era simplemente el de espiarlos. Cuando el grupo de jóvenes contemplaba su punto central tenían la profunda impresión de que ese ser que infundía tanto miedo, los provocaba al mismo tiempo a iniciar los combates en los cuales la burbuja siempre lograba derrotarlos a todos. Por eso, cada vez que se aparecía de la nada era un verdadero fastidio tener que lidiar contra esa esfera tan agresiva y perturbadora que terminaron nombrando como la Sombra Oscura. Alguna vez, el miembro más joven de Los Viajeros Durmientes se atrevió a preguntarle a la maestra que los orientaba si aquellos misteriosos globos no eran en realidad dos presencias que ella misma había ubicado con la intención de entrenarlos y colocar a prueba la tenacidad del grupo, ya que la misma Sombra Oscura era la que más parecía divertirse con esas batallas cuerpo a cuerpo en las que se comportaba como un auténtico instructor de artes marciales. Sin embargo, la femenina mujer astral que nunca se atrevía a mentir, respondió que no, que también ella a pesar de sus avanzados conocimientos seguía sin comprender el misterio que ocultaban aquellos globos de energía.

Mordido por la curiosidad, el joven aprendiz se tomó la tarea de revisar de nuevo cada una de las líneas de colores del diario hasta que llegó a la conclusión de que no existía alusión alguna a esas dos presencias. Fue entonces cuando comprendió que aquel valioso documento ya le había revelado todas las claves que necesitaba conocer sobre su libertad espiritual, en esos planos donde triunfaba el exquisito sabor de que los secretos de la Vida, eran tan infinitos como el mismo Universo. A veces pensaba que aquel diario sin duda hubiese servido de gran ayuda a Milath y Morlen, dos hermanos mellizos de distinto sexo quienes eran los jóvenes con menos experiencia en el grupo de Los Viajeros Durmientes. Pero entonces su bondad le recordaba que a pesar de sus buenas intenciones, aquella pieza histórica e invaluable, que bien hubiera sido devorada por los ojos críticos de los biógrafos de la obra de Artemus, sólo le pertenecía a él. Ahora el antiguo libro que estuvo sepultado en ese bosque durante casi veinte años, le seguía siendo útil, no sólo para evocar la cariñosa amistad que disfrutó junto a su maestro, sino también a la hora de penetrar en su mente de artista y comprender mejor su pasión por el arte que lo inmortalizó como un personaje inolvidable en la historia de su país y el resto del mundo. El joven aprendiz sospechaba con total certeza que aunque lograra rumiar todos los secretos del diario, su curiosidad nunca habría llegado a saciarse. Por eso, cada vez que el deseo lo apremiaba a tener contacto con aquella joya literaria, le era imposible evitar levantar la baldosa hexagonal que protegía su herencia, de la misma manera que se vio obligado a hacerlo esa tarde en la que estuvo bajo la compañía del rostro circular de ese sol que se veía en el horizonte.

Tras un largo silencio El Aprendiz se fijó en el cielo que ya empezaba a teñirse con la suave frialdad que anuncia el fin de un día y fue entonces cuando percibió con asombro que había permanecido durante un poco más de cuatro horas en ese mismo lugar, con sus manos apoyadas sobre el escritorio. De pronto, la página en blanco se desvaneció en un halo de luz dorada, evaporizando cualquier evidencia de lo que su mente tuvo la suerte de explorar en la intimidad de su habitación. A partir de ese momento comprendió que era testigo de una verdad que sin duda estaba a punto de darle un giro irreversible a su destino, pese a que su espíritu tendría que luchar aún durante casi siete días antes de aceptarlo.

Tratando de impedir que el asombro y la intriga atraparan tan pronto su corazón, el joven desplazó el diario de Artemus hasta dejarlo justo en el mismo sitio donde antes había permanecido la página blanca. Unos minutos más tarde cuando intentó tocar con sus dedos la pluma del ángel ésta se desvaneció en otro halo de luz dorada. En su mente contempló durante un minúsculo instante que el rostro hermoso de un ángel le sonreía revelándole sus brillantes dientes blancos, lo cual produjo que su espíritu fuese inundado por una reconfortante sensación de paz. Un momento más tarde metió el

diario en el cofre del tesoro antes de volver a guardarlo bajo la baldosa hexagonal.

III. LOS VIAJEROS DURMIENTES

La anciana de gafas con lentes gruesos leía una novela sentada en su butaca color verde, la cual se hallaba en el rincón de la habitación. Junto a ella existía una cama muy bien tendida que ocupaba la mitad del reducido espacio en el que permanecía. En la otra esquina del dormitorio, una vela blanca colocada en una mesita de noche creaba un inmenso globo amarillo que subyugaba las sombras para iluminar las páginas del libro que la octogenaria mujer sostenía en sus manos. Al cabo de un brusco temblor una joven esbelta y alta apareció en medio de la habitación. La sorpresiva aparición no alteró para nada a la anciana: estaba acostumbrada a que durante su lectura los objetos y los personajes se materializaran igual que las palabras surgían en su mente. Sulune se quedó mirando la puerta de metal ubicada en frente suyo.

—Y entonces—dijo la mujer de la butaca—los soldados decidieron hacer un receso a la guerra. Esa noche ambos bandos comieron y bebieron hasta saciarse para después divertirse. El teniente James moriría a la mañana siguiente.

La imprevista visitante giró su cabeza para reconocer la voz que narraba y en seguida comprendió que clase de novela estaba leyendo. Sulune saludo a la anciana que la miró a través de sus lentes por un segundo antes de continuar prestando toda su atención a las líneas. En el globo amarillo de luz de la pared era posible ver las palabras que ella leía en ese instante como si cada una de éstas estuvieran siendo proyectas desde las páginas. Entonces la joven dio un chasquido con sus dedos que iluminó por completo la habitación. Luego empezó a observar la estancia con detenimiento para percibir la anomalía que le permitiría escapar de ese lugar. No tardó en reconocer que existía un cordón azul que trazaba un enredado camino de aquí para allá por todos los espacios y objetos de la estancia. Siguió el recorrido que éste trazaba mientras escuchaba el desalentador relato que la lectora entonaba.

Después de mucho perseguirlo con la vista y presintiendo que se aproximaba a su final, decidió seguir la cuerda con sus dedos. Aun así trazó un camino casi igual de intrincado a lo que ya había visto. La cuerda daba un centenar de vueltas en torno a una de las patas de la cama, luego subía por las sábanas para amarrarse en el clavo que sostenía un cuadro de la pared para describir a continuación una curva hasta la cima del armario ubicado frente a la butaca de la lectora. Desde la cima de éste bajaba de manera vertical hasta el suelo para al cabo de un zigzagueante rodeo meterse debajo de la cama donde la esperó otro conjunto de elementos como una cuchara, una bailarina de porcelana, una lata de conservas de cerezas, un antiguo libro de historia y una sombrilla con su sistema de varillas a medio abrir: objetos en los que se formaba entre ellos otro desorbitado laberinto. Después de un minucioso y concentrado esfuerzo logró llegar hasta el cabo final de la cuerda, la cual se enrollaba en la vela antes de concluir en una llave plateada que colgaba desde la mesita pero sin llegar a rozar con el suelo. Tomó la llave y aprovechando el calor de la llama logró soltarla del cordón.

—¿Y ahora qué?—preguntó a la anciana.

—No sé—contestó ella—, parece que lo emocionante está a punto de iniciar.

Sin pensarlo un segundo, la joven se acercó a la butaca y excusándose por su atrevimiento le quitó la novela de las manos. Le bastó leer un corto párrafo para entender cuál era la situación. Detrás de la puerta de metal existía un callejón empedrado donde había un grupo de hombres armados y uniformados de militar que tenían rodeada la salida. Según lo que indicaban las siguientes líneas del libro, el director de la operación estaba a punto de dar la orden que un instante más tarde generó una ruidosa lluvia de proyectiles que obligó a que la puerta quedara salpicada por un millar de puntos blancos, como efecto de la resistencia del metal. La anciana

sintió la tremenda desesperación de Sulune, lo que la sedujo a ser solidaria con la joven.

—Aún tienes una solución—dijo la octogenaria mujer al retomar el libro—. Debajo del armario hay un pequeño espacio... por ahí podrás escapar si tienes suerte.

Al agacharse comprobó que debajo del armario había un delgado espacio en el que su cuerpo podría ingresar arrastrándose pero que estaba rematado por una delgada compuerta en la cual encontró lo que esperaba: la ranura de la llave. Mientras giraba su plateada salvación en la abertura, la aterraba escuchar detrás suyo el ruido de las armas volviendo a cargarse y las órdenes que gritaba el comandante. Finalmente logró correr de izquierda a derecha la lámina que impedía su escape y arrastrándose se lanzó al vacío. Su cuerpo dio un giro en medio de la nada antes de que sus pies aterrizaran de manera suave, como si flotara, sobre la superficie más alta de un conjunto de cuatro escalones. Al mirar hacia atrás se dio cuenta que estaba en una de las tantas puertas de entrada de una grande y hermosa mansión.

En sus ojos azules se reflejó la línea del horizonte donde una nube polvorienta acompañaba el veloz recorrido de un automóvil rojo. Se trataba de un coche descapotable de apenas dos asientos, dotado de un parabrisas que apenas consistía en una media luna. En vista de que era una tarde que parecía amenazar con una lluvia torrencial, el auto llevaba sus luces delanteras encendidas. Sulune se trasladó con su campo de visión hasta el sitio donde se hallaba el conductor. Entonces vio las facciones de su rostro color canela como un grano de café recién tostado y la amplia sonrisa que revelaba unos dientes blancos: una mueca de espanto que expresaba una gran dosis de picardía mientras hundía con su pie el acelerador a fondo. Era Gorhad.

Cuando el coche se detuvo frente al jardín, la joven apenas tardó un segundo en abrir la puerta, ubicarse en el asiento y abrocharse el cinturón de seguridad. Luego el conductor siguió con su frenético viaje a través de un camino amarillo, que era la única línea que existía en medio de unos solitarios campos verdes. Sin embargo, el auto, que se movía con una prisa descomunal, pronto dejó atrás esos paisajes y tomó una pavimentada ruta gris que a menudo se transformaba en unos círculos inmensos en donde Gorhad tenía que desafiar las leyes de la gravedad de manera que cuando el automóvil conquistaba el punto más alto éste siguiera adherido al camino, en vez de caer sobre las nubes blancas que ahora completaban el nuevo escenario. Después de pasar por cada uno de esos emocionantes instantes de vértigo, en el que la cabeza de ambos pasajeros quedaba en posición invertida, la curva volvía a descender para retomar el camino plano antes de que volvieran a presentarse otros giros bruscos e inesperados.

—¿Cómo te fue?—preguntó el conductor.

—Nada mal—contesto Sulune—, me encontré con alguien que leía un libro de Rocam Madour. ¿Y tú... qué tal te fue al trasladarte?

—Me enfrenté a un centinela de la noche—respondió Gorhad.

En efecto, después de sufrir el duro golpe en su abdomen que lo obligó a transportarse, el moreno joven fue aterrizar a alguna calle de algún lugar del planeta, en la que un hombre vestido de levita, sombrero de copa y pajarita, sostenía una lámpara de aceite con la cual deslumbró su vista mientras él, que permanecía recostado en el suelo, intentaba levantarse. Para el hombre de la lámpara lo que había surgido de la nada era una de las tantas sombras que vagaban por las tinieblas de la noche, esperando infiltrarse por alguna ventana para atormentar con pesadillas el buen dormir de alguien en el vecindario. El centinela lo atacó utilizando la lámpara como un arma, que en un rápido movimiento describió medio círculo y por poco acaba de estrellarse contra la sien izquierda de Gorhad quien alcanzó a agacharse. Aprovechando que ahora se encontraba de cuclillas, el joven se impulsó con sus piernas para dar un enorme salto que le permitió caer sobre el tejado de la casa que tenía a sus espaldas: fue como si

todo su ser fuera igual de liviano que la pluma de un ave. En cuanto se fijó en la calle para divisar al centinela vio que éste tenía clavada su intensa mirada en él. Por un instante se sintió desnudo e indefenso, mientras en su pecho la respiración se agolpaba de manera asfixiante.

Una luna radiante y redonda iluminaba los tejados bermejos de aquellas casas sobre las cuales vagaban las oscuras siluetas de los gatos. Era una medianoche tranquila, cargada de un silencio que permitía escuchar la suave música que orquestaban las brisas de la población. El guardián nocturno dio un salto similar al de su adversario para aterrizar con cuidado sobre las tejas mientras sostenía con su mano derecha la lámpara, cuya luz bañó la cara del desesperado joven, quien se impulsó para realizar una admirable acrobacia antes de caer sobre el techo de otra casa. Fue entonces cuando empezó una auténtica cacería.

A pesar de los bruscos movimientos que realizaban ambos de aquí para allá, ninguna de las tejas llegó a quebrarse y ni siquiera las personas que dormitaban en los hogares percibieron ruido alguno de las fuertes pisoteadas que ejecutaban al correr, como si los dos personajes estuvieran hechos de la misma consistencia etérea de los fantasmas. El centinela siguió a Gorhad, durante un largo camino, por los techos de las viviendas hasta que decidió sacar de uno de los bolsillos interiores de su levita, un redondo reloj de mano que permanecía sujeto de una delgada cadena metálica. El hombre dio un tremendo salto que le permitió llegar a una altura desde donde pudo predecir la ruta de escape que seguía la sombra y entonces lanzó el reloj aplicando toda su energía a la vez que la cadena fue alargándose sin límite alguno, como si el interior del bolsillo del cual salía fuera infinito.

Gorhad experimentó en su garganta un golpe seco que lo obligó trastabillar hacia atrás. De inmediato se llevó sus manos al cuello y sintió la rigidez de la cadena anudada en su piel. Luego, un poderoso jalón lo sentenció a describir una gran curva en el aire que había sido realizada para atraerlo a un tejado que se ubicaba a tres casas de allí. Antes de caer sobre éste, un segundo tirón lo hizo regresar en diagonal hacia el punto exacto desde donde el guardián nocturno sostenía la cadena. Con su cuerpo desplazándose de espaldas, Gorhad sabía que ahora sí se desataría el inevitable combate. En la última milésima de segundo que le faltaba para llegar a su destino, el joven dio una drástica voltereta en el aire que a su vez le permitió concentrar toda su energía en la poderosa patada derecha que ejecutó y cuyo blanco principal era la cabeza del centinela. El golpe repercutió en un sonoro eco que estalló desafiando el silencio de la noche y alertando la curiosidad de un conjunto de gatos que de inmediato enfocaron sus radiantes ojos hacia el sitio del combate. El tenaz impacto de la patada había sido contenido por el hombre de la lámpara al utilizar su antebrazo como un escudo. La furia que fluyó por la sangre de Gorhad al contemplar su propia impotencia lo llevó a dar otro giro con su cuerpo para al final situarse justo al frente de su rival, quien aprovechó esa circunstancia para sacudir la cadena en un movimiento circular que culminó con el hecho de que las dos manos del joven quedaron rígidamente atadas. Estuvo a punto de aceptar su derrota y entregarse a la misericordia del guardián, pero entonces se le ocurrió realizar una última acrobacia con la cual sus piernas libres cayeron justo encima de su terrible tormento, quedando en una posición similar a la de un niño que es cargado por los hombros de su padre.

El sombrero de copa se resbaló de la cabeza del centinela cuando Gorhad sacudió sus atadas manos para que la cadena que aún quedaba libre se anudara en el cuello de su adversario. Luego jaló de ésta hacia la izquierda. La lámpara sufrió la misma suerte que el sombrero al resbalarse de la mano del guardián y rodar por el tejado: se estrelló con el suelo de la calle sin que ninguno de los cuatro cristales que protegían su luz interior se reventara. Y después cayeron los dos protagonistas de la lucha. El joven de piel morena tuvo la extraña sensación de que su cabeza iba a estallar tras el fuerte

impacto con el camino empedrado. Si el golpe hubiera sido un poco más intenso con seguridad su presencia se habría desvanecido del vecindario. A pesar de lo cual fue el primero en levantarse y dando un par de pasos como un borracho trató de alejarse del hombre que permanecía boca abajo en el suelo. La delgada cadena metálica seguía tendida entre ambos. Pasó cerca de un minuto antes de que el centinela lograra incorporarse, quien se quedó perplejo al observar que la sombra con la que había batallado desde su aparición permaneciera ahora inmóvil y en calma. Entonces la nube oscura que envolvía al joven se evaporó en un conjunto de burbujas que ascendieron hacia el cielo. En el rostro del hombre surgió una marcada sonrisa.

—Pero si eres tú, Gorhad—dijo—. Ya empezaba a extrañarme de que una sombra se comportara de esa manera.

De inmediato el centinela de la noche metió su mano debajo de la solapa derecha de su chaqueta y extrajo un manojito de llaves que colgaban de un aro de metal. Seleccionó una de las éstas y aproximándose a la casa más cercana la introdujo en la cerradura de la puerta, que al ser abierta no reveló el interior de un sala sino que se iluminó con el paisaje de un jardín en medio del cual existía una fuente de agua. Cuando Gorhad entró al escenario lo primero que hizo fue beber del agua que brotaba de la escultura de una vasija central. Desde la calle el guardián se despidió y al cerrar la puerta de color caoba ésta se fusionó con las tonalidades del jardín. El joven cerró los ojos por un instante y al abrirlos de nuevo tuvo la completa certeza de que su coche deportivo rojo acababa de materializarse a sus espaldas. “Y eso fue lo que paso” dijo él que seguía al volante mientras su compañera sacó de la gaveta un periódico que al sacudirlo hizo que los títulos y los párrafos volaran fuera del papel como si fueran espantados por un soplo.

Aquella aventura inició a las tres y media de la madrugada. Los cinco jugadores se reunieron en la Calle del Vidente en donde el sol del atardecer coloreó el empedrado camino con una tonalidad naranja que después se disolvió en un purpura claro. Las únicas diez casas de dos pisos que constituían aquel escenario solitario permanecían en perpetuo silencio mientras en una que otra ventana se veía el resplandor de la luz eléctrica. Desde hacía varios meses, ese era el sitio de encuentro del grupo de viajeros. Era el lugar preferido por todos para jugar a las persecuciones, ya que desde que empezaron a construir la calle percibieron que ese espacio evocaría para siempre una enorme sensación de misterio y soledad, un sentimiento que le permitiría al que huyera fusionarse con el entorno, logrando pasar desapercibido. Aunque en realidad la razón principal, por la que esa calle era tan apetecida, se debía a que las diez casas representaban uno de esos pocos lugares que gozaban de una eficiente conexión con los distintos puntos de la ciudad. Aquella noche, ni Morlen ni Milath, los dos miembros del club que vivían en la isla continental de Omunad tendrían la suerte de participar en aquella aventura.

Bellumin fue la última en aparecer; surgió de la nada a través de un remolino de brisas que en nada desordenó el peinado de su cabello oscuro. La joven de estatura promedio iba vestida con una chaqueta y un pantalón azul. En su cuello llevaba anudada una bufanda rosada que le otorgaba un elegante estilo. La admirable mujer sonrió a cada uno de sus amigos antes de fijarse con sus ojos negros en la presencia de El Aprendiz, quien por un instante la percibió radiante, iluminada, como si de su piel blanca emanara un brillo que sólo estaba dirigido a él, así que no pudo evitar sonrojarse.

Las normas del juego eran sencillas: el último miembro del grupo en presentarse se convertiría en el ave fugitiva que motivaría la frenética caza. La misión no era sólo hallarla sino también mantener al trofeo bajo secuestro hasta conquistar un lugar determinado en el mapa de la ciudad. Así que los restantes personajes que participarían del juego se organizaron en dos bandos.

El Aprendiz dirigió una mirada a Nekvin quien correspondió a la elección de su amigo

con una sonrisa: una decisión que era de esperarse. Entre todos los siete miembros que pertenecían a Los Viajeros Durmientes, aquella era la única relación de amistad en la que existía un evidente cariño, bastante paternal, pese a que entre ambos tan sólo se llevaban siete años de distancia. Nekvin era un joven con un rostro infantil y gracioso. Todos en el grupo sabían que detrás de sus ojos marrones habitaba el alma tierna de un niño que se resistía a pasar la página de su infancia. Su inocencia era tan viva como el resplandor de su cabello rubio y sus mejillas sonrosadas. Además, la estatura que poseía indicaba que aún le faltan varios años para terminar de crecer y madurar. Su querido amigo lo adoptó desde que el joven rompió su cascara y se dio a conocer. De manera que la mente curiosa del chico encontró en el experimentado y famoso aprendiz, un maestro en el cual verter la vasija de agua repleta con las incontables preguntas que surgieron de su despertar a las fantásticas regiones del universo astral. Esa madrugada que acababa de empezar con un atardecer, aquel dúo de amigos estaba de nuevo preparado para la tenacidad del reto en aquella ciudad de Nurbelad, que escondía tantos secretos y que en el mundo de los sueños era igual de tangible como la misma realidad.

La joven Bellumin dio un chasquido con sus dedos que encendió las lámparas de la calle y entonces empezó a caminar a través de ésta hasta que se desvaneció en medio de los globos de luz blanca que irradiaban el camino empedrado. El ave que escapaba contaba con cinco minutos exactos para tomar distancia de sus perseguidores al acecho; en el caso de que llegara primero a la meta sin ser antes capturada, sería ella la que lograría la victoria. Después de cumplido el lapso de tiempo, los cuatro personajes emprendieron la búsqueda. Todos sabían que no era un trabajo fácil, que si seguían dejando que pasaran los minutos la magia del juego se disolvería, así que de común acuerdo decidieron como siempre lo pactaban, agregar mayor tensión y aventura al juego compartiendo la misma suerte de buscar la primera pista.

El primero en hallarla fue Gorhad. Al igual que los demás, que mantenían su atención puesta en las fachadas de las casas, el joven percibió como las ventanas del domicilio que estudiaba fueron estremecidas por el poder un relámpago fucsia. Un segundo después la puerta de la vivienda se abrió por sí sola. Al ingresar todos, se vieron envueltos por una negra oscuridad que apenas era atenuada por unos suaves reflejos de luz azul que provenían tanto de las habitaciones del segundo piso como de los restantes espacios ubicados en la primera planta. Sulune cruzó el marco de la puerta doble abierta que conducía a la sala de estar donde descubrió el primer grupo de radiantes televisores, cuyos desordenados y largos cables se esparcían en el suelo formando una intrincada red. Existía uno de esos aparatos sobre la mesa de centro junto a la chimenea, otro volcado hacia abajo detrás de una silla y el último contra el rincón más lejano de la estancia. Eran de esos antiguos televisores que funcionaban con rayos catódicos y estaban provistos de una pantalla de superficie semiesférica. Aparte de ello, su forma era tan ancha como una caja y el sistema para alternar los canales era un interruptor circular dividido por un pliegue que permitía ser sujetado por los dedos del usuario. En una de las pantallas era posible apreciar una calle donde se veía el soplo del viento arrastrando las hojas de árboles.

Cuando abandonaron la sala, cada uno llevaba en su mano su propia linterna de baterías. Aún no habían encontrado un indicio lo suficientemente seguro que ameritara el riesgo de seguirlo. El juego estaba diseñado igual que un acertijo, el truco era descifrarlo siguiendo las decisiones más acertadas y empleando al máximo su talento como detectives. Al subir a las habitaciones, se encontraron con el brillo azul de aquellos mismos aparatos dejados aquí y allá mientras emanaban coloridos paisajes y escenarios que tentaban la voluntad del corazón: la belleza de un bosque iluminado por el sol del mediodía, la tranquilidad de una biblioteca repleta de estantes colmados de libros, la plaza de una ciudad en la que existía una monumental fuente de agua, una

estación de trenes en la que el cielo color malva anunciaba el pronto amanecer. En cuanto completaron el recorrido por las habitaciones y salieron de nuevo al corredor, la casa se había deformado hasta convertirse en un edificio. Ahora existía una nueva escalera con forma de caracol por la cual se accedía a varios niveles.

Antes de colocar sus pies en las escalas, El Aprendiz escuchó un ruido similar al de una llave al caer al suelo, por lo que dejó que sus compañeros siguieran su rumbo mientras con mucha cautela optó por guiarse por lo que le dictaba su intuición. Su linterna iluminó un pasillo desolado con puertas, pero luego, cuando el haz de luz se desplazó para continuar con su camino, tuvo la sensación que en el último momento, antes de que la oscuridad ocupara de nuevo el lugar, un par de ojos lo observaban desde una altura bastante cercana al suelo. El destello circular de la linterna volvió a barrer las sombras. Fue entonces cuando se percató que en el corredor ya no existían las puertas que acababa de reconocer en su primer vistazo. En cambio en el fondo surgió una ventana repartida en seis recuadros, uno de los cuales se rellenó con un color caoba. Al acercarse descubrió que se trataba de una puerta pequeñita. Cautivado por la curiosidad, tomó la redonda manija, develando así lo que ocultaba aquel recuadro.

Mientras tanto, los otros tres jugadores continuaban revisando las incontables pantallas que existían en cada habitación que visitaban. Bellumin había tenido una excelente idea al crear ese ambiente repleto de televisores cuyos desordenados cables lograron que sus adversarios trastabillaran en más de una ocasión. Ahora sentían que entre ellos y el ave fugitiva crecía una distancia cada vez más grande por lo que fue inevitable que experimentaran una paulatina ansiedad. De pronto, en medio de la oscuridad se escuchó los acelerados pasos de una persona que corría y al mismo tiempo una voz que susurraba: "Lo importante de los caminos, es no saber a dónde llevan sino atreverse a tomarlos". Nekvin se asomó al pasillo y vio cómo en ese mismo instante, una de las habitaciones del fondo se iluminó. El grupo de amigos corrieron de inmediato hacia la luz amarilla.

Aquel lugar estaba inundado por el resplandor que emanaba un bombillo en el techo y existía un televisor por cada una de las esquinas. Entonces observaron como uno de los enredados cables negros del suelo, que llevaba su electricidad a una pantalla, se tiñó de un color rojo en donde aparecía la misma estación de trenes que habían visto en el segundo piso. La revelación de la pista, en vez llenarlos de entusiasmo para seguir adelante supuso una verdadera ofensa contra lo mediocre que habían sido sus esfuerzos. Los tres se lanzaron al aparato de la esquina y al mismo tiempo tocaron con sus manos la pantalla: el contacto con el vidrio semiesférico produjo un electrizante relámpago que se propagó por toda la habitación, fundiéndolo todo en una oscuridad total.

Tan sólo un segundo más tarde, los jugadores aparecieron de pie sobre el techo de uno de los vagones. En el tren situado justo al frente, estaba Bellumin, quien ahora sostenía en su mano derecha su Vara Magnética. Se trataba de una barra larga rematada en uno de sus extremos por una bola de plata. En la otra punta existía una esfera similar con la diferencia que en torno a ésta existían cuatro pétalos metálicos. La joven mujer les dirigió una sonrisa desafiante y luego, ejecutando un giro con el arma que portaba, dio un salto hacia el techo del siguiente vagón. Gorhad y Sulune se lanzaron de inmediato a la persecución hasta que ella se lanzó a los rieles. Antes de caer al suelo, la mujer dio una patada a la pared del tren que tenía al frente y se impulsó para ingresar en el vagón al que le daba la espalda. Nekvin se fijó en la luz que se proyectaba en la pared del vagón, donde se recortaba la silueta de la joven que escapaba. Un instante después se reflejaron las dos sombras de los adversarios que tendrían la valentía suficiente para enfrentarse a Bellumin y al arma que la acompañaba.

Fue un combate digno de apreciar. A pesar de estar luchando de manera simultánea con dos adversarios, la mujer sabía defenderse muy bien de las agresiones y ejecutar a la perfección los contundentes ataques que la mantenían al margen de ser capturada. De hecho era posible percibir que Bellumin disfrutaba de aquel combate donde su mejor estrategia era el empleo del largo báculo metálico. Gorhad tuvo que dar un pequeño salto para evitar ser barrido por aquel palo de metal y, aprovechando la velocidad del violento giro que realizaba, la joven lanzó una patada que apenas rozó el abdomen de Sulune. En medio de la tensión de la lucha, La Vara Magnética servía para detener a tiempo las embestidas de los puños y las patadas: cuando Bellumin le daba la espalda a alguno de ellos, los dos rivales se sentían impotentes al percibir que la barra bloqueaba de inmediato el golpe que esperaban impactar en su cuerpo. Aparte de eso, estaba claro que los compañeros de aquel bando experimentaban un terrible miedo ante el posible contacto de las esferas ubicadas en los extremos de la vara, lo que los motivaba a retroceder de manera constante. En más de una ocasión se salvaron de sentir el frío de aquellas bolas metálicas cuando los extremos de la barra pasaron a escasos centímetros de rasguñar sus gargantas o embestir sus pies.

De pronto, tras la admirable disputa, Bellumin lanzó el báculo al aire, el cual subió de manera horizontal hasta casi tocar el techo del vagón. Al verse libre de su arma, ella se agachó y describió con su patada un círculo que por fin logró derribar a Gorhad quien no pudo impedir caer de espaldas. En una milésima de segundo la joven se levantó y agarró de nuevo su arma. Luego se impulsó hacia donde estaba Sulune y empleando su pierna izquierda la impactó contra la boca del estómago de ella. La joven retrocedió por el efecto del golpe. Aquella gran rival que acababa de derrumbarlos, realizó un artístico giro mientras sostenía en sus manos la Vara Magnética, cuyo extremo redondo y adornado con los pétalos se clavó en el ombligo de Sulune, lo que la obligó a desvanecerse ante el contacto. Sin olvidar a su otro adversario, Bellumin retrocedió para golpear con el otro extremo de la barra el pecho de Gorhad quien también desapareció. Fue así como la fugitiva mujer los envió a distintas y lejanas dimensiones de las que tardarían en salir antes de volver a unir sus rumbos, cuando continuaron su marcha con el automóvil rojo a través de aquel polvoriento camino cercano a la mansión.

Desde el inicio del combate Nekvin estuvo contemplando su desarrollo a través del telón amarillo y sólo se distrajo casi al final de éste, cuando sintió como la presencia de su querido amigo y provisional maestro se materializó a su lado. Por un momento siguieron la agresividad de la lucha reflejada en la pared del vagón. Unos segundos más tarde el joven de cabello rubio escuchó el sonido discreto de las ruedas de tren al activarse para iniciar su viaje. Se fijó con detenimiento y percibió que cuatro trenes empezaron a desplazarse lentamente, dos de ellos se dirigían al norte, otro hacia sur y el último hacia el este. Sin necesidad de pensarlo Nekvin se despidió de su maestro y empezó a trotar con la intención de alcanzar al tren que se dirigía en dirección al este; saltó por varios vagones hasta que al fin pudo conquistar aquel medio de transporte que aún no adquiría la velocidad suficiente con la cual dejar atrás esa solitaria estación. El color malva del cielo era cada vez más claro, pronto la claridad del día quedaría expuesta, revelando la magia de una hermosa mañana.

Respetando la decisión de su amigo, el joven enfocó su atención al desenlace de la batalla que libraban las siluetas. Una profunda sensación de tranquilidad había invadido su espíritu. El camino que eligió para llegar hasta allí le concedió la oportunidad de conocer un placer único y personal que supuso el verdadero logro de la aventura que enfrentaban. Tanto así que ahora no le importaba el desenlace que tuviera el juego.

Al abrir el pequeño recuadro de la ventana se activó un mecanismo que hizo que la totalidad de ésta cediera igual que una puerta, la cual se cerró a sus espaldas tras permitirle entrar a una pequeña cocina, cuyas paredes estaban revestidas de baldosas

de un color blanco que se difuminaba con un suave beis. El suelo repleto de rombos poseía un tono similar. En una esquina se apoyaba una escoba provista por un grueso manojo de cerdas amarillas y sobre la estufa existían dos ollas tapadas que acompañaban a una tetera de la cual emanaba una delgada nube de vapor. Estuvo admirando por unos segundos el silencio del lugar antes de percibir que justo en la mitad de la habitación estaba una gata de pelo naranja, entretenida en su labor de asearse mientras lamia su pata izquierda. Un instante después, el pequeño animal fijó sus ojos en él y entonces, con una calma total, abandonó la cocina dirigiéndose hacia la única puerta que permanecía abierta.

No teniendo otra opción, siguió a la gata que se introdujo en una amplia sala cuyas paredes estaban saturadas de un verde claro. Justo enfrente de la puerta por la que acababan de entrar, existía un lienzo grande dotado de un elegante marco dorado. Durante unos segundos se fijó en la intensidad celeste que revelaba aquel cuadro y luego terminó de reconocer la belleza de la estancia en la que se hallaba. Observó la gruesa franja del empapelado, decorada con una secuencia de bonitas tazas de café; luego siguió con los cómodos muebles de color azul, las lámparas de pie en cada uno de los rincones, la tibia claridad de las ventanas abiertas que brindaban al viento la posibilidad de acariciar las cortinas y las pequeñas columnas de libros organizados al azar en medio de los tapetes de la sala. El Aprendiz experimentó una tremenda paz por la armonía que reinaba en ese lugar y sólo escapó de su serenidad al ver que la felina naranja se acercó a la pintura para luego escalar el montón de los libros ubicados justo al frente. Entonces la gata desapareció tras saltar hacia el interior de la imagen. La textura celeste empezó a crear un conjunto de ondas igual que el efecto de una gota que cae sobre una superficie de agua. Unos segundos después, en el centro de la vibración acuosa empezaron a aflorar diversos colores, se esparcieron como una tinta multicolor que a medida que se expandía fue revelando otra imagen: el paisaje de un dorado campo de trigo detrás del cual aparecían unas montañas azules. Era un escenario donde una pareja de novios se besaba justo en la mitad de la imagen, la mujer acariciaba con sus manos las mejillas del hombre quien la abrazaba por la cintura.

El joven se acercó al cuadro y sintió el fresco aroma de los oleos, lo que le otorgó la grata impresión de que la obra de arte acababa de ser pintada. Con total seguridad adivinó que el autor de la pintura se hallaba justo detrás de ese telón, por lo que en su rostro se marcó una dulce sonrisa que iba dirigida a ella, la artista que con tanta precisión y talento los había retratado a ambos en esa romántica pintura. A pesar de la delgada pared que creaba el lienzo, ambos se retaron a sostenerse las miradas hasta que el hombre la derrotó y ella se sintió desnuda ante la fuerza de aquel cariño. Aunque era consciente de que aquella persona se encontraba frente a sus narices, el joven aprendiz le concedió la oportunidad de escapar. Solo entonces apoyó su pie derecho en la columna de los libros y se lanzó igual que la gata hacia el interior del cuadro. Fue así cómo se trasladó en un parpadeo a la solitaria estación de trenes.

Cuando quedó una sola silueta en la proyección de la luz amarilla en la pared del vagón, el joven de piel trigueña comprendió que se trataba de Bellumin, ya que aún sostenía en sus manos su Vara Magnética. La sombra de la mujer se desvaneció entonces y el hombre que contemplaba la escena desde el techo del tren percibió la explosión luminosa de energía que concedió que la teletransportación se efectuará, enviando al espíritu de la fugitiva hacia otra dimensión. En el aire quedaron flotando un grupo de chispas brillantes como mariposas instantáneas que se esfumaron ante las dos resplandecientes circunferencias que aumentaban su tamaño, igual que un globo que se infla, gracias al estallido provocado en su núcleo. El joven aprendiz se lanzó a toda prisa con la esperanza de llegar a tiempo a ese lugar, ya que apenas contaba con diez segundos si deseaba alcanzarla. En cuanto estuvo en el interior del vagón dio un

salto que aprovechó para reventar la bombilla de luz de un codazo.

La claridad del amanecer dejaba ahora en penumbra el espacio al que acababa de ingresar. Sin embargo aún existía la suficiente oscuridad con la cual podría encontrar la huella que buscaba mientras los segundos jugaban en su contra. No necesitó de mucho esfuerzo, pronto reconoció el rasguño azul que flotaba en el medio del aire: era como si la garra de un animal salvaje hubiera arañando la realidad, dejando esa fisura que constituía la cicatriz entre esa dimensión y la otra a la que Bellumin acababa de trasladarse. Entonces se impulsó con su mente de tal manera que su esencia entrara en contacto con aquel vacío: sintió la energía magnética que ésta desprendía, el calor sideral que invitaba a su espíritu a mezclarse con una posibilidad cósmica que iba más allá de su imaginación y luego se entregó al tremendo jalón provocado por la fuerza gravitacional de ese otro escenario que ansiaba visitar.

La brisa del amanecer acarició su rostro y despeinó su cabello. Al caer en esa dimensión perdió el equilibrio, lo que lo obligó a trastabillar hacia atrás antes de recobrarlo y dejar que el peso de su cuerpo se cimentara en el techo del tercero de los siete vagones que constituían el tren, el cual viajaba por un rumbo saturado de árboles de pino mientras el sol color naranja, que ya se veía por encima de las montañas, seguía su lento ascenso por el cielo. Aquel tren que se dirigía hacia el este, era el mismo que su querido amigo rubio eligió perseguir cuando abandonó la solitaria estación. El Aprendiz apenas tuvo que pensarlo para que su existencia fuese borrada del lugar en el que se hallaba y volviera a dibujarse en el interior del vagón. Al dar medio giro, no se sorprendió al descubrir que Bellumin estaba a escasos metros de distancia. Ambos se miraron entre sí durante un breve intervalo de tiempo hasta que la mujer quebró la serenidad realizando un brusco y artístico movimiento marcial que finalizó cuando su larga vara de metal quedó justa enfrente de los ojos del hombre quien no se inmutó en lo absoluto ante la amenaza del posible golpe. Entonces ella soltó la Vara Magnética que antes de tocar el suelo se esfumó.

—Me has ganado—dijo Bellumin—, de nuevo queda claro que eres mucho más fuerte que yo, querido. No pensabas moverte porque confías plenamente en mí.

—Así es—dijo El Aprendiz—, no sentí malas intenciones, sabía que te detendrías.

—Pues bien—agregó la mujer realizando un sencillo y breve aplauso—, ahora te mereces que me rinda y triunfes en esta prueba; fuiste muy dulce al dejarme escapar y ahora que me tienes tan cerca no quieres ahuyentarme, como si yo fuera una paloma. Esa humilde fe que tienes en mí es la que te concede la victoria.

—Me gustó mucho la pintura que creaste—dijo él evocando la imagen—. Un bello paisaje, una tierna escena de amor que me llegó al corazón.

Luego se acercó a la mujer para darle un fuerte abrazo. El joven era más alto que ella en veintitrés centímetros exactos, por lo que al inclinar su rostro pudo con facilidad darle un beso al cabello negro que crecía en la corona de su cabeza. Bellumin rodeó con sus brazos la cintura del joven aprendiz. El traqueteo constante que provocaban las ruedas sobre los rieles no perturbó la intimidad del momento. La claridad del día se veía ahora reflejada en el verde de los bosques que se desfiguraban en una veloz mancha que era dejada atrás por el tren solitario. Entonces el romántico momento fue interrumpido cuando de la pared del vagón surgió la misma gata de pelaje naranja que guió al hombre hasta la sala verde, provista con su empapelado decorado con tazas de café.

—¡Lola, pero si eres tú!—dijo Bellumin.

La mujer se agachó para tomarla en sus brazos. Cuando volvió a estar de pie, en la pared por la que acababa de ingresar el animal, apareció Nekvin. Mientras se ocupaba en la cacería de la felina tuvo que trasladarse por una diversidad de escenarios por lo que al llegar hasta ese último destino era de esperarse que sus pulmones respiraran con cierto grado de sofocación. En el momento que abandonó la estación, su intuición

le informó que el tren que se dirigía al este era el mismo que utilizaría el ave fugitiva con el objetivo de acercarse a la meta, ya que a quince kilómetros de allí se encontraba un aeropuerto. Además, cuando Bellumin dio la orden para que aquellos largos medios de transporte iniciaran su marcha, percibió que ese era el que huía con mayor lentitud, como si no quisiera llamar la atención. Muy pronto descubrió que no se equivocaba. Corriendo y saltando por los vagones se aproximó a la cabina de mando donde sabía que debía existir una pista que lo acercara a su misión, ya que sí el tren se comportaba de esa forma era imprescindible que hubiera una conexión que permitiera a la mente de Bellumin controlar la situación desde la distancia. Por eso no tuvo que extrañarse al reconocer a la gata, que sentada sobre una silla llevaba sobre su cabeza un pequeño sombrero de maquinista.

Sin embargo Nekvin se dejó confundir por la tranquilidad de la felina que miraba el horizonte hacia el que viajaban y entonces se introdujo en el primer vagón, luego paso al segundo, al tercero y siguió con los restantes hasta que llegó al último, donde disfrutó el sabor de la derrota al comprender que la mujer que buscaba no se hallaba en esos lugares. La terrible frustración que envolvió su espíritu se transformó en rabia, se sintió ingenuo al dejarse ganar por su primera impresión que lo sedujo a tomar ese tren. De inmediato pensó que había caído en un señuelo que lo expulsaba por completo de la acción del juego. Pero su alivio fue enorme cuando regresó al vagón anterior donde la gata lo esperaba mientras se aseaba lamiéndose una de sus patas. Intentó acercarse a ésta con la máxima precaución posible, consciente que la dulce tentación que reaparecía en su camino no era trivial, que no podía desperdiciar la oportunidad de atraparla. Sabía con seguridad que si lograba capturarla, se encontraría a la mitad del camino de verse frente a frente con la dueña de la mascota.

Sólo que la intrépida gata no se entregaría con facilidad. El rostro infantil de Nekvin se estrelló contra el suelo cuando intentó agárrala con sus dos manos. Sin tener que levantarse reconoció a escasos centímetros de donde estaba, la cicatriz dimensional producida por el animal durante su traslado: una esfera similar al iris de un ojo, adornado por un millar de nervios de un color fucsia y púrpura, en cuyo núcleo también se podía observar la oscuridad de la pupila. Una marca que era del todo distinta al rasguño que generaban las personas al teletransportarse. Con su dedo índice tocó el negro agujero que lo absorbió para luego ser arrojado en una biblioteca con estantes repletos de libros. Le tomó un par de segundos reconocer que era el mismo lugar que había visto en la pantalla de uno de los tantos televisores en la oscura casa en la que iniciaron la búsqueda. Se dirigió al fondo del pasillo y llegó a una silenciosa sala donde un conjunto de escritorios, cada uno iluminado por una pequeña lámpara verde, era el espacio ideal para las veintidós personas que con tanta tranquilidad estudiaban allí. El inesperado visitante se percató que por el grupo de ventanas a la izquierda de la sala se podía apreciar una tarde blanca en la que caía una relajante lluvia. Entonces quedó sorprendido al comprender que aquel sitio no se hallaba en ninguno de los destinos posibles de la ciudad de Nurbelad, sino que la gata se internó en una dimensión real, ubicada en un punto geográfico de planeta.

La felina se paseaba por los escritorios, saltando de uno a otro, sin perturbar para nada la serenidad de los lectores. Fue ahí donde inicio la maratónica búsqueda. De un salto Nekvin se atrevió a subirse a un escritorio vacío y empezó a correr por encima de éstos hasta que la gata se aproximó al estante más cercano donde abandonó la biblioteca al encaramarse en un anaquel y palpar con su nariz un libro de cubierta azul. El escenario al que ambos fueron transportados esta vez era un largo camino empedrado en el que la claridad azul de la luna convertía a la figura del animal en una sombra. Nekvin la persiguió hasta que se infiltraron en un café donde la gente, que se agrupaba en las diversas mesas del establecimiento, escuchaba la voz del hombre que contaba sus historias en el estrado del fondo. A pesar del alboroto que realizaban los dos

personajes ninguno de los asistentes parecía escuchar ni ver nada de aquella batalla épica entre el cazador y su presa. Ni las copas de vino se derramaron, ni las velas se apagaron, ni el narrador interrumpió su relato.

La gata se subió al mostrador en la que se hallaba un mesero limpiando los vasos de cerveza y luego se metió por la puerta que conducía a la bodega. Al ingresar en ésta a Nekvin le fue difícil localizarla, ya que los grandes toneles apenas estaban bañados por la misma claridad azul de la calle. Pero cuando la intrépida gata se volvió a teletransportar, el lugar quedó iluminado por una chispa que se desplazó dejando un rastro similar al de una estrella fugaz. El joven aprovechó la oportunidad para seguirla y fue entonces cuando empezaron a viajar por una cantidad de escenarios distintos en los cuales la permanencia de ambos era casi inferior a un segundo, dirigiéndose de una dimensión a otra con una gran agilidad que era fruto de la destreza de los dones que ambos poseían. Pasaron por unos tejados lustrados por la luz de cobre de un atardecer, una habitación en la que dormía un hombre gordo que roncaba, un bosque en el que las hojas que caían de los árboles eran de color púrpura, una playa junto al mar en la que el sol del mediodía servía para que sus turistas se broncearan mientras los niños construían castillos de arena, un puente de ladrillos rojos dotado con tres arcos por los que fluía el río a la salida de una población, un baño en la que un hombre que vestía una toalla desde la cintura se afeitaba la barba frente a un espejo. Y así continuaron hasta que la gata se metió por una secuencia de pasadizos en donde las puertas reducían su tamaño cada vez que cruzaban de una habitación a otra. Cuando la gata conquistó la última estancia, se metió por una entrada oscura en la cual sólo podía ingresar su pequeño cuerpo. Al verla escapar una vez más, Nekvin estuvo a punto de aceptar la derrota; se sentía agotado, el gasto de energía que le demandó esa tarea había sido bastante grande. Sin embargo decidió realizar un esfuerzo final. Se agachó y metió su mano para tantear en la oscuridad hasta que su dedo índice logró conectarse con el núcleo de la cicatriz dimensional. Fue así cómo logró regresar al vagón en el que se encontró con Bellumin y El Aprendiz.

Mientras tanto el tren seguía su implacable viaje, pronto estarían en el aeropuerto. Una vez allí podrían tomar una de las tres avionetas disponibles e iniciar la última etapa del juego. Si todo salía como esperaban, en el vuelo cruzarían una amplia extensión de montañas y podrían al fin conquistar la gran ciudad del este, una urbe preciosa que había sido creada tras las inspiradoras descripciones que el aprendiz más famoso del mundo leyó en una novela de amor. Entonces gozarían de la suerte de aterrizar en una larga avenida, ornamentada a cada lado con una fila de robustos árboles. Al final de la gruesa calle existía una gigante obra de arte conocida como El Arco de los Héroes: una hermosa escultura situada en el centro de una glorieta vehicular que conducía a otros tres destinos. Era esa singular escultura la que marcaba la meta final a la que debían llegar.

Sin embargo, hasta Bellumin, que ya sentía que hacía parte del equipo de los vencedores, sabía que no podían cantar aún el himno de la victoria. En ese mismo instante, en el periódico que Sulune sacudió para que sus letras salieran volando de las páginas, se empezó a dibujar el extenso mapa de la ciudad de Nurbelad. Hojeó el periódico sin prisa hasta que llegó a un pliego que era de color blanco en su totalidad y entonces dobló el diario a la mitad. Tuvo que esforzar su mente un poco hasta que logró que su pensamiento se reflejara en la desnudez de la hoja. Entonces aparecieron cuatro puntos azules que representaba a cada uno de los personajes que permanecían en el tren. Al instante el mapa empezó a colorearse con el verde intenso de los árboles de pino en medio de los cuales se veía el largo camino ferroviario. Era una estupenda vista aérea. La joven mujer tocó con su dedo índice al infatigable tren y justo al lado de éste apareció un círculo rojo en cuyo centro unos números blancos realizaban una cuenta regresiva.

—La han capturado—dijo—, incluso también tienen a Lola. Están a solo dos minutos de llegar al aeropuerto.

Gorhad hundió entonces su pie en el acelerador. La autopista describió una última curva ondulante en medio de las nubes blancas y luego se partía en dos caminos. El conductor tomó el camino de la derecha el cual trazaba una tremenda ruta en picada. De pronto, la vía quedó despejada revelando las montañas, las diminutas calles y las casas de la región de allá abajo. Un poco más allá la autopista quedaba rematada en el aire, así que el automóvil rojo no tardó en caer en picada. Para los dos miembros del bando, la sensación de la brisa refrescando sus rostros fue una experiencia emocionante, pese a que no era la primera vez que se lanzaban desde una altura semejante. Sulune metió el periódico-mapa en la gaveta mientras su compañero accionó un botón junto al volante que dio la orden para que el portaequipaje del auto se abriera. De inmediato salió de su interior un grueso paquete envuelto en papel café claro y atado con una cuerda gris, como si fuera un regalo. Aquel objeto estaba firmemente sujeto a la cajuela del coche con una cadena. El vehículo seguía cayendo a toda velocidad.

Entonces Gorhad se acercó con cuidado al paquete y jaló la cuerda gris que desanudó la especie de regalo, liberando a su vez una lona de color gris. En ese mismo instante la brisa se encargó de meterse entre los pliegues de la tela, formando un globo partido a la mitad. El auto dio un agudo retroceso ante la imprevista contención provocada por el paracaídas y a partir de entonces éste comenzó un lento descenso. Los dos compañeros dieron un salto hacia la libertad del cielo, un impulso que les permitió flotar durante unos segundos antes de que en sus cuerpos se activara la energía suficiente con la cual emprenderían el viaje aéreo. Ahora podían volar con la misma seguridad que las aves, aunque no tuviesen alas para abanicar el viento. De hecho, entre ambos crearon una bonita serie de espirales que por muy artística que fuera, en realidad representaba un ejercicio práctico que les favorecía relajando los músculos de la tensión inicial desatada por el brusco y repentino uso de sus fuerzas.

Ya habían perdido treinta segundos de los dos minutos de distancia que tardarían sus adversarios en conquistar la pista de despeje. Las montañas verdes iban quedando atrás igual que los ríos y los bosques diminutos que aparecían allá abajo. Tras un minuto de turbulento viaje divisaron en el horizonte una cordillera gigante, una muralla monumental que marcaba el límite natural de aquella región. Cuando cruzaron la gran montaña percibieron la distancia de los seis kilómetros que los separaban del aeropuerto. El joven moreno utilizó el arte de desdoblar su visión y se aproximó hasta aquel escenario. La avioneta en la que se transportaban Bellumin, El Aprendiz y Nekvin acababa de separarse del suelo para seguir su rumbo hacia el este.

—Sulune—susurró Gorhad telepáticamente a su compañera—, aún estoy un poco cansado por el combate con el guardián. Por favor adelanta el trabajo tú misma...

Entonces la joven mujer fijó toda su atención en una de las dos avionetas restantes y cerró sus ojos. En su mente pudo contemplar el interior de la pequeña aeronave. Se aproximó hasta la cabina de mando donde accionó cada uno de los controles de acuerdo a la rutina que debía seguirse. El ruido de los motores fue lo primero en escucharse y luego las hélices a cada lado de las alas empezaron a girar de manera lenta, progresiva. Unos segundos después se formaron los discos casi invisibles creados por las aspas que giraban a toda velocidad. Aquel pesado medio de transporte comenzó a moverse como si estuviera siendo manejado por una persona invisible, que lo alineó con la larga pista de despeje, donde inició su apresurada marcha mientras la puerta lateral de ingreso fue abierta por la misma voluntad imperceptible.

La mente de Sulune observaba su inevitable aproximación al techo de la avioneta y, en efecto, al abrir sus ojos sus pies aterrizaron en ese lugar. Gorhad cayó sobre una de las alas. La máquina voladora no tardó en desprenderse de la pista. A pesar de la furia

del viento, creada por la rapidez extraordinaria con la que avanzaba la aeronave, los dos miembros del grupo podían estar sobre la superficie del techo como si sus zapatos estuvieran adheridos al metal con el pegamento más fuerte de todo el mundo. Gorhad dio un salto y se metió por la puerta abierta de la aeronave. Al ingresar su compañera, lo encontró ocupado en la cabina de tripulación. Justo al frente, a través del vidrio que servía de parabrisas, se podía observar un punto negro que parecía una pequeña mancha en medio del cielo que indicaba la posición en la que estaban sus adversarios. El joven piloto asumió el reto de otorgarle toda la velocidad posible que pudiera desempeñar aquel pájaro de metal.

Entre tanto, el aviador al mando de la otra nave era Nekvin, quien durante el trayecto había realizado toda clase de maniobras y acrobacias. Aunque Bellumin y El Aprendiz consideraban que aquellos aventurados giros eran reflejo de la inmadurez del joven, ninguno de los dos quería censurar la alegría que experimentaba en ese vuelo: algún tiempo atrás ellos habían pasado también por esa misma fase en la que la libertad de conocer el mundo les permitía vivir toda clase de travesuras. Así que los dos, que conversaban sentados en el suelo junto a la compañía de la gata, sólo tenían que darle la orden a sus cuerpos que flotaran durante cada acrobacia de modo que la avioneta giraba en torno a ellos sin necesidad de incomodarlos. Nekvin decidió colocarle más acción al juego cuando se colocó los audífonos de piloto y utilizando el micrófono se comunicó con Gorhad, quien escuchó cómo la voz brotaba por el aparato que se hallaba en la mesa de control.

—Es mejor que se rindan—dijo—, es mucha la ventaja que le llevamos.

—No, jamás—contestó el otro aviador—, ni que fuéramos tan tontos. Tu sabes muy bien que la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida.

—Sí, claro—sentenció Nekvin con cierta ironía—. Por mucho que vuelen en su nave ya no podrán alcanzarnos.

En ese momento del viaje, Lola dio un rodeo por la espalda del joven aprendiz, aprovechándola de manera que pudo acariciarse y luego se acercó a su dueña quien frotó su cabeza dos veces. La gata desapareció entonces, fundiéndose en una estrella amarilla de cuatro puntas. No había acabado de evaporarse el radiante astro cuando se escuchó un trueno poderoso al mismo tiempo que el cielo adquirió por un instante un inesperado color purpura, tras lo cual se vio en el horizonte el gigantesco nervio de un relámpago. La furia de aquel rayo impactó de luz el parabrisas de la avioneta y el susto fue tan grande para Nekvin que involuntariamente movió una palanca que disminuyó la velocidad de la marcha. En un parpadeo el cielo volvió a aclararse. Los pasajeros de la nave comprendieron de inmediato que significaba ese inesperado acontecimiento tan deslumbrante.

Del otro lado del parabrisas y sin obstaculizar la visión del piloto, una femenina forma humana apareció recostada sobre la nariz de la avioneta, con una mano apoyada sobre su mejilla y sus talones balanceándose a escasos centímetros de sus caderas; la posición en la que permanecía la mujer daba la impresión de que estuviera tomando el sol de espaldas. El rostro de un pálido tono purpura les sonreía con cariño. Aquella persona, que poseía una alta estatura y una admirable complexión atlética, estaba vestida con una blusa blanca de mangas largas y unos bombachos del mismo color. Llevaba además una chaqueta purpura que se dividía a la mitad de su pecho, un cinturón de tela azul cuyas franjas libres se agitaban con el viento y en su cabeza sostenía la corona de un turbante. Era Musjem: un espíritu que hacía parte de la Orden de los Genios Maravillosos y el único personaje que estaba a cargo de dirigir los progresos astrales de los jóvenes de la comunidad de Los Viajeros Durmientes. Durante los últimos años, aquel ser fantástico provisto de dones y capacidades extraordinarias asumió el cargo de educar aquel grupo de aventureros cautivados por la curiosidad de conocer más sobre el poder ilimitado del espíritu humano envuelto en

medio del inmenso escenario que componían los grandes Misterios de la Vida.

—¿Me perdía de la fiesta?—dijo la genio.

La mujer realizó un guiño con uno de sus ojos a Nekvin antes de desvanecerse en un soplo que se deslizó hacia el interior de la nave en donde volvió tomar su consistencia corpórea, provocando que la aeronave fuese sacudida por un golpe estremecedor, como si en su interior hubiera caído una pesada carga de trescientos kilos. Musjem se disculpó de los presentes sonriendo: la genio les había advertido en más de una ocasión, que al igual que también podía sucederle a ellos, en los trabajos que se realizaban en el reino astral, el empleo excesivo de las fuerzas inducían a que el cuerpo aumentara su peso natural, ya que era una forma que poseía la materia de adquirir más consistencia para protegerse a sí misma del desgaste de energía. Así que el impacto que tambaleó a la maquina no los tomó por sorpresa a los presentes. Un segundo más tarde el joven piloto se levantó de su asiento y se acercó para saludar a la prodigiosa mujer quien con sus brazos cruzados explicó a grandes rasgos las tareas que la mantuvieron ocupada durante esa noche: estuvo asistiendo el parto de una gigantesca ballena en el Mar del Silencio, luego tuvo que viajar hacia el otro extremo del planeta con el objetivo de abrir con sus llaves la Sagrada Puerta Verde que defendía el jardín del cual emanaba el dulce viento que relajaba a las almas que recién acababan de dormirse a esa hora de la madrugada, después de lo cual fue enviada por uno de sus superiores para que brindara su compañía a un anciano que disfrutaba en la cocina un delicioso té que representaba el placer final que se concedía a sí mismo antes de morir unas horas más tarde, y por último, la convocaron a intervenir en un violento combate contra una oscura sombra que anhelaba penetrar una población y sembrarla con el terror de sus pesadillas.

Fue hasta ese momento en que concluyó con la descripción de su agenda de trabajo que se atrevió a preguntar cuál era el juego en el que se entretenían en ese momento y quiénes eran los miembros de la pequeña comunidad de viajeros astrales que permanecían conectados a esa hora de la madrugada. Pero de pronto, antes de que pudieran responder al interrogante de la genio, se escuchó un fuerte crujido metálico. Todos los ojos se fijaron en la cola trasera de la avioneta en donde descubrieron que se asomaban un par de pronunciados colmillos que parecían tener la forma curva de unos anzuelos. Luego aquellos siniestros dientes afilados empezaron a rasgar la superficie por lo que esa parte de la aeronave no tardó en desprenderse del resto del fuselaje de la máquina. El tiempo se detuvo por un segundo, Nekvin observó a través del circular agujero que a escasos veinte metros se encontraba el pájaro de metal en el que viajaban Gorhad y Sulune, quien en ese momento se hallaba sobre el techo del aparato, sosteniendo una larga soga en cuyo extremo estaba una barra de metal de la cual brotaban los tres grandes anzuelos. El joven rubio, quien no podía concebir que los dos rivales hubieran logrado alcanzarlos a pesar de la amplia distancia que los separaba, buscó una respuesta al milagroso e inesperado suceso. Su mente le informó de inmediato cual había sido el error, obligándolo de inmediato a girar su cabeza para confirmar que en efecto la palanca de velocidad no se encontraba en la posición que esperaba. Luego, la acción retornó a la realidad y los pasajeros de la nave que acababa de ser destrozada no pudieron resistirse a la poderosa succión que los jalaba hacia el turbulento aire del cielo. La genio maravillosa realizó un rápido movimiento que le permitió situarse debajo de la aeronave destrozada, la cual sostuvo con sus brazos antes de lanzarla hacia el más allá del límite de las poblaciones y las montañas, en donde se desvaneció en el azul infinito del horizonte, como si la maquina hubiera sido tragada por el firmamento.

Después de lo cual Musjem se aproximó a los tres pasajeros que descendían de pie hacia la tierra. Cuando Bellumin levantó su rostro al cielo para percibir el desplazamiento de la otra aeronave se percató que ésta seguía su rumbo mientras que

los dos rivales, que desde la distancia se apreciaban como dos pequeños puntos, decidieron lanzarse hacia el vacío del aire. Unos segundos más tarde se integraron al grupo de aventureros que disfrutaban de la caída vertical que los saturaba a todos de un viento refrescante y dulcificado por una alta dosis de oxígeno puro. El exquisito sol de la tarde les concedía la oportunidad de disfrutar de una espléndida vista de los pequeños campos de cultivo de allá abajo. Sulune explicó que, aunque su compañero de juego deseaba llegar hasta el final de la competencia, fue ella la que decidió no continuar al percibir que fue la imprevista visita de la genio maravillosa la que alteró el rumbo de los acontecimientos cuando ya era evidente quienes eran los que ganarían el desafío. Al verla abandonar la nave, Gorhad no tuvo otra opción que seguirla, dejando que la aeronave continuara con su rumbo al obedecer las órdenes del sistema de piloto automático.

—Además—agregó Sulune—volver a capturar a Bellumin dadas las condiciones actuales demandaría un abominable trabajo.

Mientras descendían a una gran velocidad y a pesar de la turbulencia del viento, continuaron dialogando como si todos se encontraran en la sala de una casa disfrutando de la hora del café con galletas. Fue el momento en el que pudieron intercambiar rápidamente sus puntos de vista sobre la aventura que acababan de vivir, organizar las fechas de los próximos encuentros y recordar que tipo de desafíos habían dejado de jugar en los últimos meses. La caída libre que experimentaban todos era en realidad emocionante. Según las indicaciones dadas por la genio en pruebas anteriores, la estupenda sensación que disfrutaban era similar a la que vivía un paracaidista, sólo que las condiciones de aquel mundo astral estaban modificadas de modo que pudieran escucharse a pesar de la furia del aire que dada su intensidad los obligaría a llevar gafas de protección en circunstancias reales. Aquel grupo de amigos, que hasta entonces nunca habían tenido la suerte de lanzarse desde una avioneta en el mundo real, ya conocía a la perfección cual era la emoción alucinante que eso representaba.

—Musjem—dijo Nekvin de repente—, podrías colocarme sobre mi camiseta, mi gabardina color piel.

Su deseo se materializó en un instante sobre su cuerpo cuando la mujer del turbante blanco dio un ligero toque en el aire con su dedo índice. Entonces el infantil joven extrajo del interior de su saco un vaso de cristal y la genio tras pasar su mano con suavidad por el borde de éste, logró que dos cubos de hielo aparecieran en su interior, lo cual fue agradecido por el joven con una amable sonrisa. Con su mano libre, el joven sacó de otro de los bolsillos un curioso objeto negro y metálico que parecía una escuadra carente de su línea diagonal. Gorhad reconoció de inmediato que clase elemento era el que sostenía entre sus dedos. Se trataba de una de esas armas descritas en las novelas de Rocam Madour que poseían la capacidad de disparar proyectiles de metal. Entonces, como si lo estuviera castigando por su curiosidad, Nekvin levantó el arma para apuntar justo a la frente de Gorhad, quien se horrorizó al pensar que su participación en el juego de esa noche volvía a pender de un hilo. En otras oportunidades había utilizado esa misma pistola para impactarlo con esas dolorosas balas, lo que lo condenó a salirse de la acción de la aventura astral. Pero esta vez cuando el joven rubio accionó el gatillo, a pesar de que se escuchó un fuerte disparo, la frente de su compañero moreno fue golpeada por un frío chorro de agua. El agredido se llevó su mano a su cabeza de manera que pudo comprobar que no era sangre lo que fluía sobre su piel y al reconocer el líquido en sus dedos experimentó una rabia sideral al verse burlado por aquel infantil individuo.

—¡Vete a leer el Libro de las Profecías!—le gritó Gorhad—. Si continuas así, dentro de seis años, cuando sea de nuevo El Torneo Internacional de los Reyes Magos, ni creas que voy a permitir que hagas parte de nuestro grupo de búsqueda.

—Qué más da—interrumpió El Aprendiz—, déjalo que se divierta a su manera. Además, ya falta poco para que nos despedamos antes de regresar a nuestros hogares. Nekvin volvió a utilizar su arma, esta vez con el objetivo de rellenar el vaso de cristal con una nueva dosis de agua y luego, moviendo su mano, obligó a que el par de hielos giraran con suavidad hasta que el líquido adquirió un color amarillo. Los demás presentes sintieron una profunda envidia al verlo llevarse el vaso a su boca y beber del delicioso zumo de naranja. Luego volvió a meter su mano a la gabardina, extrayendo esta vez una sombrillita de papel, similar a las que colocan a manera de adorno sobre los cócteles. Al colocar aquel objeto en el interior del vaso, el jugo humedeció su barra central. Un segundo después, igual que en los dibujos animados para niños, el vaso de cristal se desmaterializó y la sombrillita se expandió hasta alcanzar las proporciones de un parasol que al ser sujetado con fuerza por las manos del joven se vio sentenciado a ser empujado hacia arriba mientras el resto de sus amigos continuaban descendiendo. —Adiós—dijo Nekvin—, nos veremos en otra ocasión.

Mientras continuaban cayendo, los demás contemplaron que aquel provisional artículo lo arrastraba hacia la línea azul del horizonte, ya no cómo si el parasol estuviese siendo empujado por las corrientes de aire, sino que se percibía muy bien que el pasajero a bordo tenía total dominio de su mágico sistema de navegación. La segunda persona en abandonar el escenario fue Sulune quien, tras un fuerte impulso de energía, se fue volando con total libertad hacia el sur. Luego fue Gorhad quien decidió teletransportarse, lo que produjo que una estrella blanca estallara, oscureciendo por un instante la claridad del cielo. Y después, Musjem permitió que su cuerpo se inundara de una radiante llama y emprendió un vuelo en dirección al oeste, dejando tras de sí una estela de color blanco púrpura.

La pareja de jóvenes que aún quedaba se miraron entre sí con mucho cariño a los ojos. El hombre sesgó por un instante el ritual y se fijó en la distancia que les restaba para caer al suelo. Luego aproximó a Bellumin quien también se acercó de modo que los dos terminaron estrechándose las manos. Al estar juntos, el efecto de la gravedad incrementó su natural tracción, obligándolos a caer con una velocidad aún más tremenda. Las casitas aumentaban de tamaño y los surcos de los campos de los trigales se tornaban más nítidos. Ahora sólo faltaban un centenar de metros antes de que impactaran contra la tierra pero los dos seguían sonriéndose entre sí hasta que desaparecieron al mismo tiempo después de dejar que los labios de ambos se fundieran en un mismo beso.

Bellumin se materializó en una calle empedrada dotada a cada lado de una hilera consecutiva de casas. La joven mujer se dirigió hacia la vivienda ubicada en el fondo donde existía otra vía horizontal que se conectaba con la línea vertical del pavimento sobre el que caminaba. No tuvo necesidad de abrir la puerta para ingresar a su casa, simplemente se elevó y permitió que su espíritu traspasara la ventana de su habitación. A través de la penumbra de la noche vio su cuerpo durmiendo sobre la cama. Sentía el ritmo acompasado de su respiración y la tranquilidad que la invadía mientras era consciente que su esencia estaba por fuera de su molde cotidiano. Un segundo después, Bellumin dejó que su cuerpo astral entrara en contacto con su cuerpo físico, lo que la indujo a experimentar una intensa tranquilidad que se vio reflejada en la sonrisa que apareció en su rostro. Eran las cuatro y media de la mañana.

Y así era cómo finalizaba la aventura de esa noche, otra historia que se incluiría en las páginas del libro de anécdotas del grupo de jóvenes que con tanto cariño y paciencia habían sido entrenados por Musjem, quien a menudo se tomaba la tarea de organizar esos divertidos juegos con el fin de probar cual era en realidad el calibre de sus habilidades: unas competencias que por lo general le concedían al protagonista vencedor el privilegio de obtener un premio. En la apuesta de aquella noche, que no fue supervisada por la genio, lo único que estaba en riesgo era el orgullo y el valor de

revelar quién era el más audaz para lograr cuanto antes el objetivo. En cambio existían otros retos en la que todos los miembros del grupo se consagraban a la acción, dominados por la ansiosa sed de alcanzar el mérito del trofeo final. Fue así como Bellumin adquirió La Vara Magnética en la prueba titulada como *Buscando al conejo*. El periódico de Sulune, lo obtuvo tras resolver un acertijo que a la hora de ser escrutado por completo era necesario perderse en un peligroso camino de ilusiones como si se hallaran en una fantasmal casa encantada. Y el auto deportivo rojo, Gorhad lo ganó tras reunir por completo las pistas de la carrera de observación *Regresando al pasado*. De hecho, en esa misma competencia Nekvin descubrió en una mansión abandonada, un pasadizo secreto que lo condujo a una habitación donde existía un hermoso baúl en cuyo interior pudo apropiarse de la pistola de proyectiles de metal que algunos meses más tarde modificaría de tal manera que sólo pudiera disparar chorros de agua. Aquella misma genio fue la que les brindó las claves con las cuales lograrían teletransportarse de un lugar a otro. También les dio un largo entrenamiento en artes marciales con lo que ellos aprendieron sentir una gran pasión por los combates cuerpo a cuerpo, en los que a través del empleo de técnicas y defensas tuvieron la suerte de luchar como guerreros que cada vez aumentaban el poder de sus fuerzas.

Al enfrentarse en aquellas fabulosas aventuras la única estrategia que tenían para triunfar era emplear al máximo las sugerencias de la inteligencia, con la cual podían administrar de la mejor manera su propia energía, que en últimas era la que definía las astucias y capacidades disponibles para actuar en el juego. Era por eso que no siempre podían trasladarse de un lugar a otro o agotar toda la voluntad del alma quemándola en un vuelo sideral. Sin embargo existían limitaciones que sólo se superaban a través de la experiencia y la madurez que concedía la constante práctica de viajar en la libertad de esos escenarios, donde al parecer casi todo dependía del uso de la imaginación. Por eso mismo, por mucho que Nekvin anhelara teletransportarse, volar por los cielos con su propio cuerpo o materializar objetos sin ayuda de su gabardina, la manera como intentaba esforzar su mente a la hora de lograrlo aún no era la adecuada.

Otra de las leyes que era conveniente respetar en las competencias, es que a pesar de que en el mundo de los sueños la lógica de su consistencia parecía ser una ilusión volátil, no siempre gozaban con la libertad de destruir objetos y escenarios por simple diversión, con la esperanza de que en el siguiente encuentro astral volverían a tener accesos a éstos como si no hubiera ocurrido nada. A veces, una avioneta destrozada podía tardar varias semanas antes de que ésta acabara de restaurarse por sí misma o si una casa se derrumbaba había que volver a construirla bloque por bloque.

Los siete miembros que constituían la comunidad de Los Viajeros Durmientes vivían en países distintos, así que nunca se habían reunido todos en persona, a excepción de Milath y Morlen que vivían en la misma casa debido a que eran hermanos. Los únicos que tuvieron una ocasión de encontrarse fueron El Aprendiz y Gorhad, quienes acordaron verse frente al Museo del Puente Antiguo, ubicado en un sitio estratégico que seleccionaron de modo que ambos tuvieran que recorrer casi la misma distancia que los separaba. Pero cuando estuvieron a escasos veinte metros de distancia, junto a la monumental fuente de agua del parque rodeado de árboles, ambos se miraron a los ojos sin ningún asombro, conscientes de que la gran amistad que los unía iba más allá del plano físico en el que estaban. De manera que esa tarde, cada uno decidió seguir por su lado con la intención de que el hechizo de la magia astral que los unía no se rompiera.

Musjem, la maestra mujer a cargo de la formación de aquellos jóvenes era una persona alegre, aunque bastante seria y severa, que se ganó la confianza de todos cuando simplemente se manifestó de nada y, bajo la infinita tranquilidad que inspiraba su bondadosa presencia, se dio a conocer como una miembro más de la Orden de los

Genios Maravillosos, una comunidad con la que fueron teniendo mayor contacto, aparte de conocer sus secretos y su importante misión dentro del destino de la humanidad. Y también fue a través de ella que sus ojos aprendieron a reconocer los círculos de luz proyectados por las lámparas de aceite de los Centinelas de la Noche. Sin embargo, a pesar de su carácter abierto y sincero, aquel ser sobrenatural también sabía callar: nunca les había revelado ningún dato que hubiera surgido de la curiosidad del alma y a cambio de ello sembraba en el corazón de su alumno la acidez intestinal de suplicar a los cielos una pronta respuesta. Por eso, cuando El Aprendiz intentó descubrir a través de ella quien era el responsable de colocar aquellos objetos misteriosos en su habitación, ella simplemente le respondió: "El Universo tiene tantos misterios como los granos de arena del mar". Según las indicaciones de la genio, aquellos siete jóvenes eran los personajes que tenían mayor dominio de sus dones en el reino astral, aunque en cierta ocasión les advirtió que por encima de ellos existía otra comunidad mucho más avanzada a la que por ahora no tenían derecho alguno en conocer.

Lo cierto es que aquellos aventureros astrales eran conscientes, sin la más mínima pizca de prepotencia, que sus poderes eran mucho más tenaces que las estelas de colores que veían viajar por el infinito de ese universo de sueños siderales. Cuando a lo largo de las expediciones y aventuras se tropezaban con alguna de esas intrépidas almas, no podían evitar recordar con nostalgia los años anteriores en los que estaban en el mismo nivel espiritual y apenas tenían la oportunidad de desplazarse de un lugar a otro recreándose con las visiones que se filtraban por su mente: el muelle de un río con sus barcos estacionados bajo la noche, la vela que ardía a medianoche en la penumbra lúgubre de un Santuario, la luz de un farol en una calle al otro lado del hemisferio; todo aquel panorama tejido de ilusiones e imaginación. Tan sabios eran sus conocimientos en el plano en el que estaban que al reconocer las estelas de aquellos viajeros, podían presentir el largo tiempo que les faltaba antes de que lograran zafarse del cascarrón que les concedería la gracia de ascender de nivel.

El Aprendiz que había sido el primero en romper ese cascarrón no tardó en convertirse en el joven más avanzado entre todos los miembros de grupo, razón por la cual tuvo el mérito de ser nombrado como el líder de Los Viajeros Durmientes. La siguiente persona en el escalafón era Bellumin quien era cuatro años mayor que él. El resto de los integrantes se hallaban casi en el mismo nivel y la prueba legítima de ello era la capacidad de resistencia que cada uno tenía en los combates cuerpo a cuerpo.

El mundo astral al que ingresaban todas las noches era un escenario infinito, sin límites. Incluso era una dimensión en la que las leyes físicas del tiempo y el espacio no siempre eran proporcionales a la realidad cotidiana. Diez minutos exactos trazados en un reloj sobre la chimenea de una casa podían representar una hora entera. Era un universo que escondía secretos y misterios a través de los cuales seguían descubriendo el potencial que poseían sus mentes, una dimensión tan abierta de posibilidades que incluso sus cuerpos astrales gozaban de la oportunidad de experimentar con total fidelidad lo que probaban sus sentidos en la vida cotidiana. Por eso, cuando sorbían una malteada o mordían con sus dientes la carne de una hamburguesa, su materia física asimilaba el efecto de sus percepciones igual que si se estuvieran alimentando en su vida ordinaria. Si lo deseaban eran capaces de visitar un Santuario que se hallaba en el otro extremo del planeta, visitar las casas de sus familiares a medianoche o contemplar un atardecer que se perpetuaba durante toda la noche a medida que cambiaban de posición sobre la faz terrestre de Ulmuden. Así que cada noche, al relajar sus cuerpos y liberar sus espíritus, se infiltraban en esos escenarios en los que no podían ser descubiertos. Era un mundo ilimitado que gracias a su infinita extensión lograron cimentar la ciudad de Nurbelad: un territorio construido con los retazos de sueños, imágenes de recuerdos y escenarios inspirados en libros de

literatura; un espejo de todo lo que deseaban tener pero que solo podía ser disfrutado en la delgada fibra de esa ilusión que se sostenía gracias a la consistencia de la fe.

IV. EN EL JARDÍN DE LA VIDA

Había llegado al camposanto con más de dos horas y media de anticipación. Era una madrugada espléndida en donde la intensidad azul de un cielo sin nubes dejaba contemplar con claridad el inmenso mapa de un millar de estrellas y constelaciones. Al ingresar por la entrada norte del parque cementerio, el alumbrado público, cuya tecnología era sensible a la presencia de las personas, iluminó el amplio camino empedrado que conducía hacia la primera de las ocho fuentes de agua y desde allí advirtió que no se encontraba solo: en medio del círculo de luz que proyectaba la lámpara de energía, había un grupo de amigos que reunidos en torno a un par de libros, una botella de vino y unas copas disfrutaban de una amena tertulia literaria en la que exponían e intercambiaban sus ideas comportándose como actores de teatro. Aparte de ellos, también estaban dos parejas que, ubicadas en distintas posiciones, conversaban mientras estudiaban las estrellas o aprovechaban para besarse. Media hora más tarde, sería el único mortal que ofrecería su compañía a las tumbas y exceptuando la activada luz eléctrica del lugar en donde él permanecía, el resto del cementerio se hallaría a oscuras por completo.

Estaba del todo convencido de que su cita con el destino estaba a punto de cumplirse, pero no había sido la expectativa del encuentro ni la ansiedad lo que lo motivaron a presentarse con tanta antelación. Llevaba alrededor de quince años sin presentarse en el Jardín de la Vida, ese hermoso cementerio de la región del sur que ejercía una irresistible atracción magnética, ya que lejos de evocar nostalgia por los que ya habían partido al más allá, era en realidad un lugar en donde la muerte había hecho un pacto legítimo con la felicidad y esperanza de la vidas futuras. Igual que sucedía en todos los cementerios del planeta, aquel escenario estaba repleto de esculturas, fabulosas obras de arte, entre otras invenciones, que lo convertían en un amplio museo al aire libre: por cada persona que fallecía se emplazaba en su respectiva tumba una ingeniosa creación que permitían que la mente de quien las interpretara tuviera contacto con una dimensión rebosante de vida e imaginación. Muchos de aquellos artefactos parecían a menudo juguetes infantiles extraídos de un libro de literatura fantástica.

Allí estaba, por ejemplo, el pequeño teatro en el que un personaje de veinte centímetros, vestido de manera elegante, con saco, sombrero y una pajarita roja en su cuello, aparecía para recitar un fragmento de la novela que sostenía en sus manos, mientras a sus espaldas un dispositivo oculto a la vista del público hacía girar un disco que revelaba los rostros de los protagonistas de la obra. También estaba el cubo de medio metro del reloj de piedra que, al conquistar una hora en punto, dejaba que las cuatro paredes de su estructura externa se desplazaran para dejar al descubierto su interior, donde un equipo conformado por minúsculos hombres y mujeres, repartidos en varios niveles, trabajan en el diseño y ejecución de aquella pieza arquitectónica, en cuya cima más alta, ubicada detrás del octágono de las manecillas, se encontraba un anciano ingeniero de gafas en compañía de un niño y un perrito a quienes ofrecía una magistral lección sobre el bonito sistema de las ruedas y engranajes situado justo sobre sus cabezas, que servía para seguir el ritmo del tiempo. Otra de esas singulares creaciones, representaba la escena en la que Nربولún, el héroe de las Antiguas Edades, se enfrentaba en altamar contra el batallón de las Sombras Perdidas: el valiente guerrero se hallaba en la proa de su barco de tres velas que se deslizaba en medio de unas aguas azules, en las que de manera sorpresiva surgirían las fuerzas oscuras que enloquecerían a los hombres de su tripulación. Aquella obra que estaba entre las más visitadas, no contaba de ni una sola gota de ningún líquido, pero el efecto de la madera tallada, pulida y pintada en vivos colores, al cobrar vida por su mecanismo secreto era tan fascinante que la gente solía pensar que todo el

movimiento emanaba de la misma magia que Narbolún acabaría por dominar en el caos de la lucha, tal como lo describía con mayor detalle el relato. Y era por eso mismo que aquella pieza se consideraba además como todo un clásico, ya que era el referente de uno de los acontecimientos más interesantes de *Los Secretos de Buldumín*.

Pero la más famosa de todas aquellas expresivas invenciones, que no consistía en una atracción mecánica, era la que se encontraba justo en el centro del camposanto. Se trataba de una escultura en la que una hermosa gata navegaba a través de las aguas, sentada sobre el lomo de un pez caramedon. El animal marino que le servía de medio de transporte asomaba la mitad de su cuerpo, exhibiendo sus redondas escamas y sus grandes ojos, mientras que la vista de la felino parecía estar puesta en el ocaso, igual que lo hacía en realidad al atardecer, dada la posición en la que fue ubicada la obra, cuya celebridad era enorme ya que rendía homenaje a Lolám: la gata negra más querida que jamás tuvo la ciudad, porque incluso las mascotas de la región también habían recibido sus exequias con los mismos honores, siendo sepultadas en medio de las demás difuntos, porque nadie en los cuatro continentes podía negar que cada una de esos animales no solo representaba a un miembro más de una familia sino que a su vez lo eran de la sociedad de Ulmuden. Lolám, que era una gata esterilizada que jamás tuvo crías, llegó a ser considerada como inmortal, ya que gozó de una gran longevidad en comparación a la que vivieron la mayoría de sus compañeros, alcanzando a vivir un poco más de dieciocho años. Cuando con el pasar del tiempo su permanente existencia se revistió de misterio, fue inevitable que a donde quiera que se dirigiera la mascota, todo el mundo la reconociera, por lo que muchos levantaban su mano para saludarla, a lo cual se acostumbró a contestar con un leve maullido. Los jóvenes y los niños acompañados por sus padres a menudo la detenían de su interminable caminar por las calles para tomarse fotografías con ella o acariciarla durante algunos minutos. De manera que la célebre mascota tuvo una vida feliz, al cuidado de todos los que la querían y alimentaban como un símbolo de la ciudad, aunque entre todos se habían colocado de acuerdo para controlar su dieta y no sobrealimentarla. Una mañana del octavo mes, su cuerpo amaneció junto a la puerta de entrada de la panadería El Minotauro, ubicada en la Calle Manzana. El joven empleado que la descubrió afirmó que la gata debió haber muerto mientras dormía ya que por la posición en la que fue encontrada parecía indicar que el animal se hallaba en el más placido de todos sus sueños, con sus piernas y brazos estirados de par en par y con una extraña sonrisa maliciosa en su rostro, como si nada le importara en el mundo.

Tras su fallecimiento se decidió que no se emplazaría ninguna tumba en la dirección oeste hacia donde miraba la escultura, de modo que surgió un espacioso corredor que más tarde fue adoquinado, el cual a la hora de la caída del astro solar, era iluminado con una suave luz naranja. Así, los visitantes del Jardín de la Vida pronto reflejaron en aquella obra de arte una interpretación natural: la gata contemplaba con serenidad la muerte cotidiana del sol al apagarse tras la línea recta del paisaje, marcando el fin de una etapa pero a la vez dando el inicio a una nueva como lo era la intensidad de una noche colmada por sus titilantes estrellas y sus tres lunas monumentales. Y entonces, cuando las horas se encargaban de atizar la nostalgia y la necesidad del astro solar, éste podía regresar de las sombras con mayor potencia para brillar todo el día siguiente. Lolám disfrutaría de ese ciclo por toda la eternidad, igual que lo hacía el mitológico pez caramedon, que la impulsaba a continuar viajando hacia el interior infinito del mar.

Su intención de acudir tan temprano al cementerio no era otra que tener un reencuentro con el pasado. Quería recordar en soledad las tardes de verano en las que sus padres lo llevaban a contemplar ese hermoso jardín con sus amplias extensiones de césped verde, dotadas con sus curiosas y ondulantes praderas en donde los niños jugaban a esconderse. Necesitaba también reencontrarse con esos caminos adoquinados a

través de los cuales la gente se paseaba feliz a la hora de llevarle flores a sus difuntos para luego divertirse con ese reino fabuloso de artefactos y obras de arte con los que él y sus amigos aprendieron a ver la muerte como un hecho maravilloso en el destino de todos los mortales. Visitar el Jardín de la Vida siempre fue un suceso que se impregnó desde su infancia con una gran dosis de asombro y alegría; regresar a esa hora de la madrugada después de tantos años mientras el parque cementerio permanecía vacío y contando sólo con la presencia de las sombras de los árboles, le permitió que su memoria evocara esas fibras del pasado y sacudido por la serenidad de la noche, su mente se inundó con las imágenes de esos preciosos recuerdos: primero escuchó la voz de los poetas recitando los versos de despedida de los funerales y sintió la lluvia de una mañana en la que su familia acudió a resguardarse en el Santuario en donde el majestuoso árbol central servía de hogar para las colonias de pájaros que se introducían por las treinta y seis elevadas ventanas distribuidas a lo largo del mismo círculo del edificio; luego una oleada de viento acarició su rostro transportándolo hacia a la fuente de la entrada sureste en la cual las personas reunidas en torno se daban el gusto de beber de sus aguas para refrescarse del calor del mediodía. Y los recuerdos, cada vez más nítidos y fuertes siguieron envolviéndolo, hasta el punto que experimentó un deseo irreprimible por jugar con las pompas de jabón que forjaban los niños con el soplador, porque cada burbuja que navegaba en el aire poseía una escena de ese mundo olvidado, una hoja seca que retornaba a su rama, el vitral que alternaba su esplendor de acuerdo al brillo de una luna galopante, un barquito de papel que viajaba junto a varios peces de roca, la flor amarilla que seducida por la brisa fue a caer justo sobre la redonda vasija de una sepultura, la pata de un perro posándose sobre la losa bajo la cual estaban los restos de su amo. De pronto la secuencia se contuvo y entonces vio por último el globo aerostático hecho a escala, el cual poseía la altura de una persona, que sostenido de una gruesa cuerda era elevado a setenta metros del suelo para rendir homenaje al Día de Todos los Astrónomos.

Después de que su corazón recobró esa edad perdida de su pasado, invirtió el resto de su tiempo entreteniéndose con las maravillosas obras que reposaban sobre las tumbas de los fallecidos. El círculo del alumbrado público, que iba cambiando de posición a medida que se desplazaba por las tumbas, fue el único testigo de la gran felicidad que lo invadía cada vez que su espíritu era absorbido ante la belleza de semejantes creaciones. Una de las esculturas que más le llamó la atención fue la de un coche deportivo conducido por un anciano que viajaba por un sendero repleto de nubes. Lo gracioso era que el auto, desde el asiento del copiloto hasta el compartimiento del maletero abierto, estaba repleto con toda clase de cosas: varios cuadros de diplomas y retratos, una caja de herramientas, un perchero en el que colgaban algunas prendas de vestir, una planta sembrada en una maceta, una cómoda butaca para leer, un par de discos de música, entre otra colección de diversos objetos, muchos de los cuales aparecían coronados por tazas de café. Por lo visto, el viejo chofer se marchaba contento a la eternidad equipado con todos sus cachivaches. En la placa del automóvil existía una inscripción: *Nos veremos en la próxima, abuelo.*

Luego descubrió una pintura en la que un niño vestido en pijama desayunaba en una mesa con mantel. El niño de piel morena untaba de mantequilla una tostada utilizando un cuchillo y justo en el otro extremo de la mesa estaba un perro subido a una silla, como si fuera un comensal más, esperando su ración de comida mientras analizaba las manzanas, las uvas y las naranjas de un frutero detrás del cual se hallaba también la jarra de leche y el frasco de la miel sobre la que revoloteaba una solitaria abeja. Aquella obra rendía sus respetos al perro de la familia, el cual, de acuerdo a las fechas de la losa sepulcral, había llegado a vivir con ellos un poco más de once años. Quince minutos más tarde encontró otra pieza artesanal en la que un grupo de tres Centinelas de la Noche, vestidos con su respectiva levita y su sombrero de copa, se hallaban

frente a la puerta de una casa en la que una sombra espectral acababa de desvanecerse bajo la radiante iluminación que proyectaban sus lámparas de aceite. Los artistas que se encargaron de elaborar aquel episodio nocturno habían logrado un excelente manejo de la ambientación y los colores, de tal manera que al ver la escena, quedaba clarísimo por las calcinadas líneas puntiagudas y las siniestras manchas que se resistían a desaparecer, que el maléfico fantasma acababa de ser derrotado. La mueca de victoria del centinela gordo y bajito que se encontraba a la cabeza de la banda, le sacó a El Aprendiz una sonrisa similar. Sin duda una creación que rendía sus honores a una de las leyendas urbanas más arraigadas en el imaginario de la sociedad de Ulmuden.

Entre otros de los animados artefactos que encontró fue el de una torre de astronomía en la que se observaba a un investigador calvo ascendiendo por las escaleras. Esta obra, que estaba dividida en dos, enseñaba en una de las partes la bella arquitectura exterior de la torre cuyo color era de un azul pálido, mientras que la otra sección dejaba al descubierto los tres niveles que componían su interior con sus salas ambientadas con sillas, estanterías de libros, mesas de estudio y pequeños retratos. Al llegar a lo alto, el pequeño personaje se dirigía al telescopio y entonces, en el otro extremo de aquel grandioso aparato, en el redondo lente de estudio que apuntaba al cielo, alternaban las imágenes de cinco constelaciones distintas. Esta última fue la atracción que más lo fascinó, así que tuvo que esperar los cinco minutos correspondientes para que aquel mecanismo pudiera activarse de nuevo, porque al igual que el resto de los demás aparatos existentes en el cementerio, estaba diseñado para que su continua puesta en funcionamiento no desproporcionara la paz del ambiente. De hecho, no todos los artefactos animados estaban ubicados en un mismo lugar, ya que todas las obras las habían dispuesto de modo que existiera un común equilibrio entre lo novedoso de esos curiosos artilugios, que la mayoría de las veces contaban con música, y el necesario silencio para apreciar una escultura, una pintura o un poema grabado sobre una losa. Aquella norma de distribución había surgido de manera previsible en vista de que aquellos divertidos juguetes prestaban su servicio durante todas las horas de todos los días del año, gracias a un sistema de almacenamiento de energía que cuando no se nutría con la luz solar lo realizaba aprovechando las temperaturas del clima, como sucedía en los días nublados o en las épocas de invierno.

Solo después de realizado aquel recorrido, tuvo valor de dirigirse a la tumba de Artemus. Ahora, sobre el azul del cielo aún era posible contemplar el brillo de algunas estrellas que ofrecían su titilar mientras en el horizonte una tonalidad purpura mezclada con naranja avisaba la pronta salida del astro solar. Mientras ascendía por la curva de la pradera observó como la última obra de su antiguo maestro sobresalía como si emergiera del interior de la tierra: primero el espaldar, luego la sección correspondiente al reposabrazos y el asiento, y por último, el sector rectangular que era rematado por las cuatro patas del trono que descansaban en una plataforma lisa que contaba con dos escalones. Artemus había recreado las proporciones de aquella escultura con tal precisión a las de una silla ordinaria que al estar frente a ésta era inevitable pensar que se trataba del sitio de un antiguo monarca. La valiosa obra de arte le demandó al artista los últimos nueve meses de su vida y pocos días después de su fallecimiento, cuando su padre, que rara vez se atrevía a violar la privacidad de su estudio, descubrió que ya estaba concluida y que la sabana que la protegía sólo servía para mantenerla lejos del polvo, decidió de inmediato que aquella joya blanca sería la mejor de todas las creaciones de su hijo a lo largo de toda su carrera de artista para evocar su memoria. Y en efecto aquel trono, al igual que sucedía con la obra que hacía homenaje a la gata Lolám, no tardó en convertirse en uno de los símbolos más queridos del cementerio. Aparte del gran atractivo que poseía por sí misma la perfección de aquel asiento, el

artista más grande que jamás tuvo Combray había elaborado en ella otras dos obras que ejercían un poderoso y superior encanto: el espaldar y el perro. Una vez concluida la estructura y el adorno del trono, el joven creador centró su atención en la sección limpia y rectangular que había dejado a propósito, la página en blanco en la que inmortalizaría la imagen por la cual sería glorificado por todos los tiempos. La patentó con una paciencia exclusiva y con un detenimiento que le demandó dos meses y medio de actividad. El escultor sabía que trabajaría sobre el formato del espaldar de la misma manera que lo hacía sobre un lienzo, con la diferencia de que ahora no generaría las formas de la imagen utilizando sombras y colores, sino a través del efecto tridimensional que tomaría el dibujo al tallarlo. En el hermoso relieve, un camino se abría paso entre las ondeantes curvas de las colinas en cuyo horizonte se divisaban las bonitas casas y edificaciones de una población. Justo donde iniciaba el camino, recortándose sobre el primer plano, se encontraba un molino con su perezoso movimiento de aspas y detrás de éste, más allá de la curva que marcaba el sendero sobre el campo abierto, aparecía entonces la sucesión de edificaciones de la ciudad: una selección singular que reflejaba las distintas empresas que regían el destino de la sociedad de Ulmuden, tal como lo afirmarían la interpretación general. Aquí y allá aparecían, entre algunas de las construcciones, la cúpula del campanario, el observatorio astronómico, el Santuario Espiritual, la biblioteca central, el hospital de los médicos, el café de las tertulias, el granero de los agricultores, las bonitas casas con sus chimeneas y sus diminutas ventanas, y en el fondo, una torre a manera de faro que recordaba la presencia del apacible mar. Ubicada en la mitad de dicha sociedad, se hallaba presente una fuente de agua sobre la cual estaba la escultura de una mujer cuya mano derecha apuntaba al cielo con su dedo índice mientras que con la otra mano sostenía bajo sus senos lo que parecía ser un globo terráqueo. Por encima de toda aquella ordenada sucesión se abría un cielo moteado por infinitas estrellas en medio de las cuales existía una grande estrella de ocho puntas de la que brotaban simétricas líneas como rayos de luz solar. En las esquinas superiores del cuadro colocó un Sol y una Luna, ambos como dos testigos de la luz y la oscuridad, la noche y el día, ambos como símbolos rindiendo homenaje al ciclo perpetuo del orden natural de las cosas, el continuo equilibrio entre la vida y la muerte, el despertar a la belleza de un nuevo día y el soñar con la esperanza de los futuros recuerdos. Por último, justo encima de la estrella de ocho puntas, en un arco que colgaba sobre el espacio celeste, el artista firmó su obra con letras mayúsculas: *ARTEMUS*.

En cuanto concluyó con el espaldar, el escultor siguió entonces con la figura del perro, el cual se erguía apoyando sus patas sobre el lado derecho de la silla: en su mirada, había una expresión tierna de asombro y alegría que brindaba la ilusión de que el animal reconocía en el trono la presencia de su amo. Por lo visto era un perro de raza labrador y su edad estaría alrededor de los tres meses, ya que tenía una forma infantil y sus orejas caían de manera torpe sobre su cabeza. La presencia del tierno cachorro, sumándole los preciosos y finos detalles de la imagen del espaldar, cautivó la atención de la gente desde el mismísimo instante en que la obra fue emplazada sobre la tumba del artista. Con el paso del tiempo ésta llegó a convertirse en una de las atracciones preferidas del parque cementerio. Tanto los niños como los adultos se sentaban ahí y posaban para tomarse fotografías sonriendo o acariciando a la feliz mascota. Un hecho que para nada hubiera ofendido al alma del difunto, quien desde lo eterno más le causaba gracia saber que las personas al levantarse del puesto, se llevaban estampado en la piel el dibujo de las formas talladas del espaldar.

El Aprendiz se sentó en el trono y mientras sentía como en su piel se tallaba la bonita imagen esculpida con tanto detalle por las manos del artista, no pudo resistirse a la tentación de soñar por un minuto en que era el rey soberano que dirigía al mundo desde la cima de aquella pradera. Apretando sus manos en el reposabrazos y

experimentando el peso de todo su cuerpo recaer sobre dicha hermosa obra de arte, su mente se iluminó con una visión esplendida en la que contempló los rostros felices de los niños jugando a elevar las cometas, vio las enormes extensiones de campos de trigo en donde los hombres y mujeres trabajaban disfrutando del sudor de sus frentes, respiró el aroma de las calles de las poblaciones en donde el pacto sagrado que habían hecho sus habitantes con las artes seguiría preservándose para siempre con sus fuentes de agua custodiadas por esculturas y la preciosa arquitectura de cada una sus casas con sus tejados color terracota y sus ventanas adornadas con macetas de flores. La visión continuó y entonces degustó en su boca el sabor de la sopa de queso del mediodía que escapaba del café restaurante de la esquina, el cual era decorado cada semana, antes de que los visitantes se las llevaran a la sala de sus hogares, con las magníficas pinturas que regalaban los jóvenes más avanzados del gremio de los artistas. Luego no pudo evitar pensar que al caer la noche ese mismo lugar se convertiría en un escenario para que los músicos, los poetas y los narradores dieran a conocer su talento ante un público que los acompañaba desde unas mesas en las que no faltaba la vela de cera que se consumía lentamente junto una buena botella de vino y varias tazas de bebida caliente. Llegado a este punto las imágenes lo embistieron con mayor fuerza, una sensación de paz y gratitud empezó a palpar en su corazón, se sintió orgulloso del pueblo al que pertenecía en la que sólo era una pequeña célula que representaba una parte y un todo al mismo tiempo: él era, esa llanura verde a las afueras de una ciudad en donde los globos aerostáticos ascendían hacia el azul del cielo para ofrecerles a sus viajeros la espléndida vista de los ríos serpenteantes y los minúsculos pueblos de las montañas. Era, las ardillas que corrían hacia el centro de un pequeño parque de un barrio en el cual estaba el plato de piedra lleno con los cereales y frutas que depositaban las personas que luego se sentaban en las bancas desde donde se deleitaban mientras las veían alimentarse. Era, los bosques cercanos en los que los caminantes de la tarde acudían a las ermitas donde las oraciones de petición y gratitud eran recibidas por un icono cuya espiritualidad evocaba el poder de la naturaleza: a veces era la más bella flor del verano o la semilla de una planta en un tiesto rebosante de tierra cuyo crecimiento gradual estaría a la vista de todos a lo largo de varios meses o el cuadro de una fotografía en la que aparecía el interior del Santuario de las Lunas.

Entonces intuyó que toda la belleza y perfección de ese universo obedecían sólo a su propia sabiduría, que todo lo que sucedía obedecía a los caprichos de su voluntad, desde la muerte de un ave hasta el nacimiento de un niño, que era el flujo del tiempo que emanaba de su propio ser lo que dirigía el inicio del verde de la primavera y la caída de las hojas en otoño, que su esencia se repartía en un millón de partículas a la hora de convertirse en la luz que iluminaba un hogar o en el destello de un faro que guiaba los barcos en altamar, que él era la materialización de una poderosa energía capaz de darle movimiento a las aspas de un molino, la cuerda de un reloj y la ordenada sincronía de los astros en el cielo, y que tan prodigiosa era su labor como gobernador del mundo que cada habitante de aquella sociedad bendecía y aclamaba su nombre como si él fuese la encarnación misma de un dios.

Fue una visión esplendida que inundó su espíritu de una energía sublime, radiante, similar a la que lo atravesó cuando abrió sus ojos y descubrió al astro solar despuntando sobre la línea recta del horizonte. Entonces recordó que alguna vez leyó, en un artículo del periódico, que el trono, al estar orientado hacia el este, le concedía a quien lo ocupara a esa hora de la mañana la gracia de ser bañado por la luz dorada de un maravilloso amanecer, grabando su presencia dentro de la misma obra cómo si el que estuviera allí sentado acabara de inmortalizarse y fundirse en la roca: un efecto que según indicaba el crítico y biógrafo de la obra de Artemus, era cercano a un éxtasis místico. Ahora que lo vivía en carne propia estaba del todo convencido que dicha

apreciación era verdad. Era la primera vez en su vida que tenía la oportunidad de vivir un amanecer así, sentado como un rey soberano ante sus dominios, mientras un calor sideral que brotó de sus entrañas inició un intenso viaje por todas sus venas hasta el punto que imaginó que iba a desvanecerse ante ese fuego providencial.

Cuando veinte minutos después decidió levantarse del trono, el naranja radiante del amanecer había terminado por aclarar el cielo de modo que las estrellas que se resistían a desaparecer fueron difuminadas en un azul suave. Apenas eran las cuatro de la mañana: en esa época del año, conocida como el Lundóven, el día acostumbraba a surgir con tres horas de adelanto, aunque ese fenómeno no tuviera efecto en el ritmo de vida de las poblaciones, las cuales seguían hechizadas bajo el dominio de un sueño tan intenso que ni siquiera el piar de los pájaros, que se encargaba de musicalizar el inicio del resplandor solar, era capaz de romper ese milenario buen dormir pactado por los hombres. Así que él continuaba siendo el único visitante del Jardín de la Vida. De pronto tuvo la sensación que en medio de la soledad del cementerio, éste le advertía sobre un detalle que estuvo a punto de olvidar. Rodeando el trono, se dirigió a la parte trasera del espaldar, a la sección maciza que miraba hacia el oeste, en cuya superficie lisa y desnuda pudo leer la centrada estrofa de un poema.

*Deja que el cielo caiga,
cuando se desmoroné
permaneceremos en pie,
lo enfrentaremos todo: juntos.*

ADELE

La quinta línea en letras mayúsculas hacía referencia a la autora de los versos, una de las cantantes y poetas más famosas de la Antigüedad; su producción artística estaba considerada como parte del patrimonio histórico de la literatura y música universal. Hasta un niño de diez años, sin necesidad de fijarse en el nombre marcado sobre la roca, habría reconocido los versos del poema titulado *Al caer el cielo*, ya que la obra de Adele, a pesar del paso de los siglos, seguía siendo objeto de enseñanza en la formación cultural por la que pasaba todo habitante de Ulmuden. De modo que aunque sobrara la referencia a la talentosa mujer, Artemus decidió por una cuestión de honradez personal marcar el nombre de la artista, evitando apropiarse demasiado de los versos y que éstos quedaran expuestos como una misteriosa adivinanza de lo que representaba el trono. Lo que en últimas esperaba el escultor es que aquellas líneas fueran vistas como lo que eran: una alusión que recordaba el legado transmitido por los mortales del pasado.

En cuanto acabó de pasar su dedo índice por cada una de las letras talladas sobre la roca, El Aprendiz decidió caminar hasta la colina que se hallaba al frente, la cual creaba una amplia y redonda depresión en relación a la pradera en la que se situaba el trono, una ondulada línea de campo libre de tumbas. Al llegar al punto medio de la hondonada, se detuvo para comparar la altura de ambas elevaciones y le alegró confirmar que aunque parecían tener el mismo nivel, la cima a la que se dirigía era menos dominante y pronunciada, razón por la cual cuando estuvo sentado en el trono le fue posible divisar sin ninguna dificultad la enorme extensión del horizonte. Mientras subía por la hierba y sentía el calor incipiente de la mañana, se atrevió a dudar por un instante si aquel encuentro en realidad llegaría acontecer tal como su fe se lo aseguraba y por primera vez pensó en la posibilidad de que todo se arruinara en el caso de que existiera otra persona en el cementerio que no sólo fuera testigo de su singular y solitaria presencia a esa hora, sino que también se llevara la magna sorpresa de reconocer a su antiguo maestro, por lo que al llegar a la superficie sintió una profunda gratitud por la inmensa soledad en la que estaba. Ya iba a girarse para

estudiar la obra del escultor desde la distancia pero antes de que su cabeza pudiera dar el más mínimo movimiento experimentó un fuerte aleteo que lo empujó hacia adelante, como si una ola gigantesca de viento hubiera escapado de la eternidad: su corazón empezó a palpar con una fuerza tremenda, sometido a la simple intuición de que se hallaba frente a lo inevitable.

De pronto, su emoción pasó al asombro al percibir que una estampida de nubes no sólo galopaba alrededor suyo sino que se había esparcido a lo largo y ancho del camposanto. Entonces, tras reunir las fuerzas suficientes para enfrentarse a la energía sobrehumana que acababa de sacudirlo y aterrarlo hasta el grado extremo de congelar sus nervios, pudo girarse despacio hasta que su rostro enfocó su mirada hacia el oeste. El lugar del trono ahora estaba envuelto por una cortina blanca de vapor detrás de la cual distinguió la sombra de una figura humana sentada, la cual agitó su mano derecha como si diera una orden que generó una fuerte explosión que creció como si un globo invisible se inflara en torno a la persona mientras impulsaba a los retazos de la blanca cortina artificial a esfumarse en un solo parpadeo del ojo. El joven sintió en todo su ser la arrasadora avalancha de aire que emanaba de ese lugar, cargado con una energía dulce pero poderosa que por un instante lo dejó sin respiración. Cuando acabó de reponerse de aquel segundo e imprevisto golpe pudo vislumbrar con precisión a la figura que acababa de colocarse de pie y se mantenía en silencio frente al trono.

Aquel hombre estaba vestido con un elegante uniforme de gala, el cual poseía un cuello alto y redondo. La chaqueta azul claro, cuyas mangas eran largas, estaba cerrada en el pecho con cuatro botones antes de que apareciera el grueso de un cinturón de tela, en el cual se cerraba en su centro un segundo cinturón de cuero negro, más delgado y dotado de una hebilla metálica. Justo debajo de la faja de tela, iniciaba el pantalón cuyo color celeste era idéntico al de la chaqueta y que se abombaba un poco, varios centímetros por debajo de las rodillas, ante la presencia de las botas de cuero marrón que llevaba puestas. Al verlo con detenimiento, a El Aprendiz le pareció que estaba frente a un príncipe de la Antigüedad. Aquel personaje era alto, fornido, la piel de su rostro era morena y sus ojos penetrantes eran de una tonalidad café claro. Por estar tan distraído reparando su figura, se llevó un susto diminuto al descubrir que el hombre esbozaba una sonrisa maliciosa y tuvo además la sensación de que su intensa mirada estaba escrutando su alma por entero, atreviéndose a percibir lo que había sucedido a lo largo de toda su vida y que a partir de ese instante su existencia acababa de quedar al desnudo revelándole a ese individuo hasta los detalles más triviales de su historia personal. Entonces el miedo se disolvió y no le quedó otro remedio que aceptar lo que veía mientras un nudo se le formó en la garganta, sintiendo a la vez que sus ojos empezaban a llenarse con un pequeño charco de lágrimas: era Artemus.

Entonces era verdad. Una vez más, igual que cuando lo experimentaba durante la lectura del diario que heredó del artista en las profundidades del bosque, tuvo la inescapable sensación de que todo su destino estaba escrito, que su amistad con Artemus escondía un secreto íntimo previamente pensado por las jugarretas del Universo, que su historia como persona seguía una ruta en la que en algún momento determinado tendría que protagonizar una importante misión, superior a todo lo que hasta entonces había aprendido en su despertar en los planos astrales. Su presentimiento lo seducía a desenterrar las memorias de su infancia y entonces veía la pelota que saltaba por la calle: estudiaba su lento desplazamiento, repicando en el empedrado del vecindario a medida que se aproximaba a la ventana del estudio del famoso artista donde repicó por última vez antes de ir a detenerse en las fauces del dóberman que dormía en el piso mientras acompañaba a su amo. Era en ese preciso instante de su historia donde sabía con total certeza que su vida daba el enorme salto que lo involucraba en esa aventura. Un destino del que seguía sin librarse y que

acababa de reanudarse con la fabulosa aparición de aquel hombre que al verlo sacudió la quietud de su memoria y le recordó los versos de la página blanca que apareció en su escritorio aquella tarde.

*Quando la noche llegue a su fin
el perro y el amo se reencontrarán.
El maestro y el aprendiz sonreirán
bajo el calor de un radiante día.
La belleza y la inmortalidad
revelarán la magia de los secretos
que las astros han preservado.*

Después de lo vivido aquella tarde frente a su ventana, le resultó espeluznante saber que esas mismas líneas estaban escritas en el diario de Artemus, aunque tras algunas horas de investigación con su computadora descubrió que también estaban impresas en *El Libro de las Profecías*, una obra considerada por muchos como un documento dotado de una alta dosis de sentido del humor: un dato que no alteró en nada la seriedad que merecía la invitación marcada en el poema de la fantástica página dejada en su escritorio. Al cabo de los siete días de espera, tras recibir el mensaje en la intimidad de su habitación, había llegado la hora en la que el misterio se volvía realidad. El perro y el amo se reunían de nuevo en el despertar de una mañana. Durante los últimos días su mente no lo dejó descansar ante la expectativa de que llegara la fecha y la hora que logró deducir de acuerdo a las constelaciones que se manifestaban en la visión: el Reloj de Arena y la Rosa Equinoccial, la Vasija de Oro y el Perro Guardián. A pesar de que sus deducciones eran correctas, se tomó el capricho de buscar en un libro de astronomía de su casa, el recorrido que trazaban aquel conjunto de estrellas de acuerdo a las horas de la noche. No podía entender que su tortura espiritual nacía del hecho de buscar a través de la lógica lo que su creencia interna pretendía confirmarle, olvidando que la fe goza de certezas que son imposibles de ver para la razón. Se hallaba en la misma condición que la que vivió frente a la ventana junto a su escritorio en la que debió evaluar, paso a paso cada una de las posibilidades que explicaban la presencia de la página antes de convencerse de la sencilla verdad que habitaba en su corazón. Fueron noches de insomnio en las que se sentaba ante la claridad de la ventana mientras el resto de su cuarto permanecía a oscuras: veía a las calles, las sombras de los gatos y los centinelas acompañados por los círculos de luz proyectados por sus lámparas. Buscaba en los titilantes astros del cielo azul, un mensaje que removiera de su mente las dudas que lo espantaban, intentando persuadirlo de que no viajara a la ciudad del sur donde nació. Una tarde, desde el otro lado de la puerta, su madre le preguntó si se sentía enfermo tras verlo permanecer encerrado más de un día entero, a lo cual respondió con educación que estaba muy ocupado en un proyecto. Pero a pesar de la intensa inquietud, podía conciliar el sueño durante el día y seguía alimentándose bien: era su mente la que no lograba mantenerse en orden.

Lo que más lo seducía a dejar de lado todas sus incertidumbres era la magistral coincidencia de que la fecha del reencuentro era la misma que correspondía al vigésimo aniversario de la muerte de Artemus. Sabía que no era una simple casualidad del destino, sino que se trataba de una de esas advertencias en las que la historia, anunciaba los caprichos que configuraban sus designios, como una sinfonía musical que juega con los ritmos de sus notas. Existía además una razón de peso que aparte de propinarle un susto fascinante, lo llenaba de una increíble y fantástica esperanza. Después de los tres años invertidos analizando el libro de tapas rojas de su maestro, tuvo la profunda intuición de que al fin lograba dar una interpretación final a uno de sus

misterios. Casi al final del diario había una serie de dibujos hechos a lápiz a lo largo de nueve páginas. Al estudiar de manera continua las hojas de papel era posible observar, al igual que en una revista de historietas, una bonita animación en la que un astro ubicado en medio de las constelaciones del Caballo del Rey, el Árbol del Fruto Sagrado y el Sendero de los Magos, iniciaba un vuelo por el firmamento, viajando por encima de campos y poblaciones para al final descender a la tierra donde se materializaba en la silueta de un hombre. Así que el alegre miedo que lo invadía surgía cuando imaginaba a un Artemus clarividente que veía su futuro y se atrevía a retratarlo en esos dibujos tan reveladores. Lo que a su vez lo inducía a pensar que, el famoso artista de Combray, no sólo dejó su diario en la profundidad del bosque con el objetivo de guiarlo en su despertar espiritual, sino que además era consciente de que se encontraba ya en sus últimos días sobre la faz de Ulmuden a la cual podría regresar en otro tiempo. Visto de esa manera el libro con sus párrafos escritos a mano, sus dibujos de proyectos pendientes, las anotaciones en los bordes de las páginas y los inspirados poemas, se convertía en un documento visionario que establecía una conexión con el pasado, el presente y el futuro. Por lo que sospechaba que si Artemus se arriesgó a crear la secuencia de los dibujos en la que le confirmaba su retorno, su devoción como su aprendiz debía tener fe en lo que le anunciaba. Todas esas impresiones se trasmutaban en un solo hecho que lo empujaba a presentir que se hallaba frente a una dimensión en la que su fe tendría que comenzar a creer en las profecías y en los juegos del destino, lo que desde siempre había sido entendido a través de la herencia de las artes y la literatura, como un camino que solo tomaban los grandes aventureros y los héroes.

Fue entonces cuando dejó que su piel fuese tocada por la chispa de la curiosidad y no pudo resistirse más. A la hora del atardecer salió a la calle de su vecindario, no sin antes haber colocado una rosa amarilla en un vaso de agua que situó sobre el baúl del hall. Cuando su padre regresó una hora más tarde se sintió orgulloso de que su hijo anunciara su despido con aquella simbólica flor que siempre dejaban los aventureros que se atrevían a iniciar su viaje alrededor del mundo. Pero a diferencia de los demás expedicionarios, no llevaba consigo ningún equipaje. Lo único que lo acompañaba era su bolsa de tela marrón rellena con las plateadas y doradas semillas de café metálicas. Fue así como volvió a seguir la ruta que realizó tres años atrás cuando salió en búsqueda del diario. Ahora, tras largas horas de viaje estaba frente a lo inevitable.

Ahí estaba el hombre que había amado tanto en su infancia, el mismo que lo protegió y lo adoptó como su único aprendiz. A pesar del paso de los años, el genio artista de Combray seguía siendo igual de joven y hermoso que cuando falleció, sólo que ahora era evidente que su esencia conservaba un íntimo pacto con la juventud eterna. Desde que era niño, el joven aprendiz siempre sintió que existía una amplia diferencia entre sus dimensiones, no solo por la distancia marcada entre sus edades, sino porque de la presencia de Artemus emanaba una madurez y seguridad tan sólida como la de un adulto mayor ubicado en su cuarta década de viaje por el mundo. Ahora que lo veía de nuevo le era difícil aceptar que su joven maestro continuara siendo el mismo hombre cuya edad no sobrepasaba los dieciocho años. Al igual que muchos de los admiradores de la obra del artista más famoso del mundo, también él caía en la tentación de pensar que su maestro en sus días vividos en la faz de Ulmuden ya se encontraba en un avanzadísimo nivel espiritual que lo convertía en uno de esos personajes que finalizaron el largo viaje de su vida pasando por todas las encarnaciones posibles de la materia. Al recordar esa impresión y verlo junto al magnífico trono creado por sus manos, experimentó una profunda convicción de hallarse por primera vez en su existencia frente a un hombre cuyo talento y sabiduría se encontraban en un nivel extraordinario, más allá de todos los límites humanos.

Fascinado ante el descubrimiento de esa verdad irrefutable, se dejó invadir por el aire

de inmortalidad que revestía a su maestro, un don que Artemus merecía ostentar por ser el hombre que de una célula primitiva en la historia del Universo se permitió evolucionar a través de milenios de historia hasta llegar a ese sagrado estado de perfección. En ese instante de total asombro no tuvo otra opción que olvidarse de los prejuicios que tenía anclados en su memoria y aceptó lo que veían sus ojos, que de algún modo inimaginable él había sido capaz de burlar las fronteras de la muerte y regresar a completar la misión que aún tenía pendiente en el destino de su planeta natal. Varios días más tarde Artemus le explicó que a partir de su regreso al mundo de los mortales, ya no tenía necesidad alguna de alimentarse ni mucho menos de dormir. Sin embargo, le aseguró que durante su permanencia en la otra dimensión a menudo sentía nostalgia por su oficio de cocinero y el hábito de cerrar los ojos en la oscuridad de la noche. Ante semejante confesión el joven aprendiz le resultó cómico y singular que aún tuviera las mismas costumbres de su vida anterior.

De pronto, la introversión en la que permanecía el asombrado espectador se disipó cuando Artemus empezó a descender hacia la depresión existente entre ambas colinas. No sabía cómo explicarlo pero por cada paso que daba su maestro, él se veía obligado a ejecutar otro. No podía precisar si era por la emoción del reencuentro o porque en realidad su cuerpo estaba siendo controlado por los poderes aquel hombre. En todo caso, cuando ambos dieron el último paso se encontraron frente a frente en el centro de la hondonada que unía a las verdes lomas. El Aprendiz, deslumbrado ante lo extraordinario de aquel suceso y fascinado por la radiante energía espiritual que emanaba de su maestro, no pudo contener más el charco cristalino que se formaba en sus ojos y entonces dejó que por sus mejillas se marcaran los surcos de las lágrimas al caer.

—Hola—dijo Artemus.

—¿Es real... lo que estoy... viviendo?—preguntó el discípulo—. ¿Es esto una simple ilusión?

—No, tus sentidos no te engañan—afirmó el maestro—. Soy el mismo hombre que conociste cuando eras niño, el mismo en el que has estado pensando durante tanto tiempo. El mismo que murió hace veinte años.

—¿Pero cómo es posible... que hayas regresado de la muerte?

—Tengo licencia para permanecer en este mundo durante un año entero: la muerte es solo un camino, una puerta que se abre. Todos los mortales estamos destinados a pasar por allí algún día para volvernos más fuertes e invencibles. Tú sabes eso muy bien, lo has sabido desde siempre por ser un habitante de Ulmuden, donde creemos que la vida es un largo viaje que jamás tendrá fin. Un viaje en el que soñamos poder pasar por las infinitas encarnaciones de la sangre que pueda ofrecernos el Universo. Es el inicio de una larga aventura en la que algunos desean volar con la misma libertad que los pájaros, otros esperan tener la dicha de convertirse en un astro solar para sentir el poder ilimitado de la energía en medio de la oscuridad del cosmos, están los que ruegan para que en sus vidas futuras tengan la suerte de volver a encontrarse de una u otra forma con los que ya han partido y existen también los que sueñan con completar toda su aventura por todos los caminos para alcanzar las mismas virtudes y talentos que las de... *El Heredero del Trono*.

Hubo un momento de silencio. El Aprendiz primero bajó sus ojos y luego inclinó su cabeza tratando de disimular lo que palpitaba en su ser en ese instante. La fantástica impresión por ver de nuevo a su maestro se transformó ahora en una vertiginosa sensación en la que su alma se vio vulnerada, desnuda ante la prodigiosa y penetrante mirada del hombre que tenía enfrente. No podía negar que también él, en sus ilusiones infantiles, había soñado con esa historia. Una ilusión que de hecho a pesar de estar dormida durante su infancia, cobró muchísima más fuerza cuando llegó su despertar astral y descubrió todo el potencial que albergaba en su espíritu. El maestro lo tomó por

el mentón, obligándolo con cariño a levantar su cabeza. Entonces su aprendiz pudo contemplar la hermosa y amplia sonrisa que se marcaba en su rostro, la cual parecía estar revestida de un poder celestial mientras que sus ojos brillaban con la luz intensa de un amor capaz de comprender los secretos más ocultos del corazón.

—Una antigua leyenda cuenta—empezó a narrar Artemus—que en los tiempos de los monarcas, la esposa de rey del país del sur dio a luz a un hermoso bebe varón. Era el primogénito de la familia, un hijo de piel canela cuyos ojos castaños, tan resplandecientes como el brillo de los astros, emanaba una mágica energía que revelaba la ternura de un corazón sincero y bondadoso. Se decía que a donde quiera que fuera, siempre iba acompañado de un suave viento cálido y, cuando se le veía por los jardines, un conjunto de palomas adornaba su caminar. Cuando salía a recorrer las calles de la ciudad, su belleza y carisma eran tan deslumbrantes que con facilidad se ganó el cariño de la gente: era la joya más preciada del reino.

”Desde muy niño, el príncipe demostró poseer una inteligencia bastante avanzada, un genio innato que desde muy temprano tuvo una apasionada inclinación por las ciencias y las artes. Un lector tan curioso e incansable, que a la edad de los cinco años se había convertido en un verdadero experto capaz de hablar y dominar con mucha propiedad temas de discusión sobre medicina, literatura, filosofía, matemáticas, entre otras materias. Además, estaba dotado de otras cualidades extraordinarias como la de ser capaz de comunicarse con los animales, interpretar los sueños, predecir el futuro y sanar a los enfermos con sólo tocarlos. Ante estas destrezas sobrehumanas, su padre, el rey, decidió ponerlo a prueba en una convención a la que asistieron los mejores magos del mundo. En aquella reunión El Heredero del Trono dio a conocer su capacidad para lograr aparecer objetos de la nada con sólo nombrarlos, trasladar las cosas de un lado para el otro mediante el uso de su pensamiento, descifrar versos de libros escritos en runas, crear esferas de fuego con sus manos, aparte de muchas otras habilidades como el increíble hecho de oscurecer la luz el día para crear noche una transitoria. Por todas estas razones, los astrólogos de la época no tardaron en llamarlo como El Elegido de los Dioses: un personaje cuyos amplios conocimientos constituyeron un gran aporte a las ciencias esotéricas en cuanto al uso de nuevos hechizos y pociones.

”Sin embargo, a pesar de sus maravillosas virtudes, el pequeño príncipe no pudo evitar que su existencia fuese consumida por la muerte, cuando se encontraba en la edad de sus siete años, a causa de una terrible enfermedad de fiebres intensas que lo postraron en cama durante semanas. Agobiado por el hecho de perder a su primogénito y único hijo, el rey consultó de nuevo a los más distinguidos sabios y adivinos de su tiempo para encontrar una respuesta que justificara la ausencia de su adorable retoño de la sangre. La explicación que recibió el monarca no se diferenciaba en nada a la misma que escuchaba y sentía palpitar en su corazón: sabía que su hijo era un prodigio engendrado por la naturaleza para llevar a cabo una misión tan importante que no lograría cumplirla en el momento histórico al que fue arrojado. Los clarividentes afirmaron que la razón del deceso se debía a que el cuerpo del niño era demasiado minúsculo para contener el desbordado tamaño de su espíritu ya que su poder, talento y sabiduría eran los mismos que los de un dios. También agregaron que su paso por el mundo de los mortales sólo representaba un preanuncio del fin de la era de los reyes y el inicio de la era de los dioses. Y profetizaron por último, que la dormida divinidad que habitaba en el príncipe retornaría a Ulmuden en todo su poder y gloria en otro momento de la historia para gobernar sobre la faz de un orbe que sería tentado por las tinieblas del mal.

”Aceptando lo que le anunciaban los astrólogos, pero ante todo a lo que le susurraba su propio corazón, el monarca del sur renunció a su cargo como majestad. Cuando los once reyes que aún gobernaban alrededor del globo terráqueo, se enteraron de los

motivos que generaron aquel imprevisto suceso y tras escuchar la magnitud de la profecía, decidieron entre todos solidarizarse con el afligido padre, siguiendo el mismo ejemplo de ordenar que los bienes que administraban en nombre de su pueblos, fueran repartidos equitativamente entre todas las familias del mundo, de manera que cuando el niño reencarnara tuviera la suerte de regresar a un hogar en el que disfrutaría de los mismos privilegios que los demás, evitando así que el futuro dios no contara con todos los medios posibles para completar su misión. Y así fue cómo llegó el fin de la edad de los monarcas.

Artemus hizo una pausa.

—Muchos años más tarde, el padre del niño—dijo El Aprendiz atreviéndose a continuar con el relato—, al encontrarse a las puertas de marcharse a la eternidad, expresó su último deseo, en el que solicitaba que la profecía se mantuviera viva en la memoria de los pueblos hasta el momento del retorno de su hijo, quien debía ser recibido con todos los honores como el rey más grande de todos los tiempos. Desde entonces somos muchos los que tenemos fe en su regreso. Algunos intérpretes de la leyenda aseguran que El Heredero del Trono siempre ha estado presente con nosotros, que cada uno de nosotros representa una parte de ese palpitante corazón divino que permitirá que la paz siga perdurando, igual que ahora, durante los siglos futuros. Sin embargo, la creencia más universal afirma que cuando esa armonía se vea amenazada nacerá ese elegido que regresará y devolverá al mundo su encantadora felicidad.

—Tanto así que a lo largo de los siglos, los mejores creadores de la comunidad de los artistas se han hecho cargo de rendir homenaje al querido descendiente del monarca, inventando los tronos más hermosos y fantásticos desde los cuales gobernará sobre la faz de la tierra.

Aquel último comentario de Artemus escapaba por completo a las líneas originales del antiguo relato, que acababa de ser recitado por ambos con la misma exactitud con la que fue escrito, siendo éste, en realidad, tan sólo un prefacio de la corta novela en la que se describían los infantiles años de vida del hijo del monarca.

Los dos hombres continuaron envueltos en el silencio del camposanto. La luz solar de la mañana brillaba sobre el rocío del césped verde. En el rostro del joven Artemus apareció una marcada sonrisa a la que no pudo resistirse su discípulo que se sintió obligado a corresponderla forjando en su cara el mismo gesto de felicidad. Entonces ambos se trasladaron hacia la época olvidada que vivieron en la tranquilidad del vecindario donde crecieron, viajaron hacia la tarde remota en la que se hallaban sentados en una sala en donde un reproductor de música, con la vieja apariencia de un gramófono, emitía las melódicas canciones de las bandas que tanto amaban. La mente del aprendiz se inundó en un segundo con la contemplación del disco negro de acetato que giraba bajo la aguja, la cual simulaba el antiguo mecanismo de la máquina. Disfrutó por un instante del color del cielo azul que se exhibía a través del marco de la ventana e incluso olfateó el delicioso sabor de los sándwiches de atún. Artemus, igual que en esa época abandonada por el paso de los años, volvió a retar a su querido amigo invitándolo a jugar al concurso de las sonrisas en el que ganaría aquél que tuviera mayor confianza en sí mismo para mantener en su rostro el dibujo de felicidad proporcionado por sus labios. El joven volvió a sentir que el alma de su maestro perforaba su corazón con el objetivo de estudiar todos los detalles acontecidos a lo largo de su historia personal, sólo que esta vez El Aprendiz tuvo la suerte de ver el mundo que brotaba de los ojos de Artemus, con la diferencia de que no percibía fragmentos ni acontecimientos específicos sino que disfrutaba con la intensidad de la energía que moldeó su materia durante su estadía en los senderos infinitos de la muerte.

De pronto la ilusión del juego fue derrotada cuando se escuchó el eco de un aplauso siniestro, como si proviniera de un ser oscuro y sarcástico. Era increíble que el volumen

del eco retumbara en todo el cementerio, un efecto alucinante como las palabras pronunciadas en la boca de un dios invisible en medio del cielo. El viento de la mañana dejó por un instante su suave sabor fresco: cada partícula del aire produjo una estresante reacción en cadena que destempló por completo la tranquilidad del camposanto. Luego, el aplauso desafiante desapareció y dio paso al susurro de una voz tenebrosa que congeló la sangre de los dos hombres allí presentes.

—¡Artemus, Artemus!—dijo la voz de tono masculino—, que historias tan bonitas tienes para contar. Ojala fueran ciertas y no ilusionaras la pobre mente de este muchacho.

El maestro y su aprendiz enfocaron toda su atención al sitio donde se originaban las palabras. En lo alto de una colina opuesta se hallaba una persona que por lo menos debía tener una estatura bastante cercana a los dos metros. Estaba vestido con un atuendo color naranja y sobre su cabeza llevaba un turbante. Las botas, que llevaba puestas, eran de color negro al igual que su cinturón de tela que se anudaba en el lado izquierdo de su cintura dejando que las dos franjas restantes colgaran hasta su rodilla. Aquel misterioso personaje contaba con una fuerte musculatura a la que sumándole la imponente posición de sus brazos cruzados, tal como estaba en ese momento, infundía una extraña sensación de admirable miedo y respeto. Con solo verlo daba la impresión de que se trataba de un guardián que se había escapado del mundo de las sombras.

Utilizando su visión remota, el asombrado aprendiz se aproximó con su mente para observar mejor el rostro de aquel hombre y lo primero que lo sorprendió fue descubrir que su piel era color azul ceniza. Escrutó con detalle sus facciones cuadradas y firmes, la sonrisa afilada que dejaba en evidencia una dentadura totalmente blanca y la expresión fanática de su intensa mirada, en la que gastó un milisegundo más de su tiempo para reconocer que sus pupilas estaban dotadas de una suave tonalidad morada. Asombrado por la presencia de aquel hombre, deseo encontrar de inmediato una respuesta a su inquietud en su antiguo maestro, pero al girar su cabeza se estrelló contra otra sensación del todo inesperada. Si hubiera tardado una pequeña fracción más de tiempo quizá no habría alcanzado a observar el rostro sonriente de Artemus quien con la palma de su mano extendida le asestó un tremendo golpe en el costado derecho de su cuello. Entonces sintió en su cuerpo una descarga electrificante y se vio obligado a rendirse, desplomándose sobre la hierba verde.

Artemus abrió sus brazos hacia el cielo, sus manos se juntaron sobre su cabeza que se irguió para contemplar cómo sus dedos se entrelazaban mientras los índices y los pulgares permanecían unidos por sus yemas. Con un gesto que revelaba un alto nivel de concentración y prestando toda su atención en el movimiento, dejó descender sus manos en línea recta hasta que llegó a la boca de su estómago en donde las empujó fuera de sí al mismo tiempo que abría sus piernas. Luego fijó su mirada en las yemas de sus dedos índices. El tremendo esfuerzo que estaba realizando en ese instante se notaba en la expresión de su rostro en donde una persistente sonrisa dejaba al descubierto la belleza de sus dientes blancos. De pronto el espíritu su se encendió y su cuerpo quedó envuelto por una radiante aura azul. Fue como si la existencia del joven se inflamara igual que la llama de una vela. Rompiendo la tensión de sus manos, las empuñó para después levantar su pierna izquierda y clavar su bota en el césped para impulsarse.

Su cuerpo viajó por los aires a una velocidad impresionante. Cuando estuvo frente a su enemigo, su brazo derecho le asestó un potente golpe en su mejilla azul. El misterioso personaje perdió su equilibrio y empezó a trastabillar hacia atrás mientras se llevaba su mano a la cara. Artemus se dejó caer sobre la colina para volver a lanzarse sobre el aire. La estela azul de su aura trazó la curva de un vuelo que le permitió llegar hasta el inicio de la ondulante superficie en donde su enemigo seguía retrocediendo como si estuviera embriagado. En el césped quedó la marca de las botas cuando el artista se impulsó una vez más para embestir con sus manos entrelazadas la nuca del

adversario, quien se derrumbó en la hierba verde. Sin perder la más mínima fracción de tiempo, el artista agarró al singular individuo por una de sus piernas y empezó a describir con ésta una serie de frenéticos círculos que al final le permitieron arrojar a su presa hacia el cielo. El hombre de piel ceniza salió disparado igual que un cometa estelar, su cuerpo inconsciente se desplazaba a un ritmo asombroso y vino a caer en un sitio despejado, cercano a un bosque que se hallaba a más de un kilómetro de los límites del Jardín de la Vida.

Aunque El Aprendiz permanecía abatido en el suelo e impotente por el hecho de no ser capaz de mover el más mínimo músculo, su mente contemplaba la batalla sin perderse ningún detalle de la acción. De hecho, las distintas imágenes que percibía estaban organizadas con el mismo orden y originalidad que las transmitidas en una serie de televisión. Tenía la impresión que una cámara de video invisible filmaba la escena del combate desde los ángulos más precisos para que pudiera apreciar por completo la magnitud de un evento tan extraordinario como ese. Los caprichosos ángulos de la secuencia le dejaron ver a continuación, la estela de energía azul que trazó Artemus al volar, pasando sobre su cuerpo desplomado, en dirección hacia el sitio en donde había caído el adversario.

En cuestión de segundos la estela azul cruzó el kilómetro de distancia que lo separaba del despejado sitio verde. Pero antes de aterrizar junto al hombre, éste colocó sus manos sobre la hierba que estaba junto a su cabeza, recogió sus piernas sobre su abdomen y empujándolas hacia fuera logró dar un salto con el cual pudo colocarse de pie. Con la misma apresurada velocidad dio un violento giro con su cuerpo que le permitió utilizar el talón de su pierna derecha para impactarse en el rostro de Artemus, quien salió despedido hacia el bosque en donde un conjunto de árboles se desbarataron, partiéndose a la mitad, al intentar retenerlo. Mientras tanto su enemigo corrió en línea recta hacia donde se hallaba y agarrándolo por la chaqueta lo levantó al mismo tiempo que su mano libre retrocedió para tomar impulso. Cuando descargó el puño, Artemus alcanzó a protegerse encajándolo con la palma de su mano a la vez que sus dedos se cerraron sobre su piel azul ceniza.

Ambos luchadores se miraron a los ojos por un par de segundos, se sonrieron entre sí en un mismo saludo, como si se conocieran de toda la vida. De repente el hombre de vestido naranja sintió un sorpresivo dolor en sus entrañas y apretando sus dientes inclinó su cabeza para observar el brazo que se clavaba en su vientre.

Salieron del interior del bosque a medida que Artemus avanzaba, ejecutando sin piedad una atropellada carga de puños y patadas. En un solo segundo él podía realizar con sus movimientos una serie de cinco impactos consecutivos pero su enemigo retenía los golpes mientras caminaba hacia atrás. Cuando estuvieron a más cincuenta metros de distancia del bosque, aquel personaje bloqueó con su antebrazo una potente patada que iba dirigida a su cabeza y acto seguido utilizó el codo de su brazo libre para ajustarlo en el cuello Artemus quien perdió de inmediato el equilibrio. Sin embargo, antes de caer sobre la grama verde fue agarrado por su ropa y luego fue lanzado de manera vertical hacia el cielo. Su agresor se quedó un segundo viendo cómo el cuerpo, que parecía hallarse en estado inconsciente, ascendía por el aire y luego dio un extraordinario salto antes de que su materia se rodeara de un fuego color naranja. Ahora era el enemigo quien acababa de convertirse en una radiante llama que realizó una espiral antes de describir una curva ascendente que superó la velocidad con la que se elevaba Artemus. La estela naranja se detuvo cuando faltaban escasos metros para que el cuerpo dejara de ascender verticalmente. El hombre esperó a que el artista llegara a su altitud y justo en el instante en que empezaba su descenso, ejecutó un movimiento brusco: unió sus manos con sus dedos entrelazados y descargó toda su fuerza en el centro de la espalda de su rival, quien con una velocidad tremendamente superior que con la que subió.

El artista que había regresado de la muerte cayó entonces con una velocidad tremendamente superior que con la que subió. Faltaban solo escasos centímetros para que chocara contra el suelo cuando una explosión de polvo y viento hizo que Artemus se detuviera: quedó flotando en el aire por su propia voluntad. Luego se dejó caer para permanecer en cuclillas mientras apoyaba su brazo izquierdo en la grama verde. El joven aprendiz observó cómo de la palma de la mano derecha de su maestro surgió una diminuta bombillita radiante, un destello de energía que enseguida aumentó de tamaño hasta convertirse en un globo radiante similar a una pequeña pelota. El aura azul del genio artista volvió a encenderse, tras lo cual salió disparado en dirección a su enemigo que aun continuaba en el cielo. Estando a mitad del vuelo lanzó el globo de energía que desplazándose a una velocidad extrema fue a impactarse en el rostro del hombre, quien perdiendo en ese instante la visión, bajo la guardia. Una milésima de segundo más tarde Artemus clavaba sus dos puños en el abdomen de su adversario.

Faltando solo escasos centímetros para que chocara contra el suelo, una explosión de polvo y viento hizo que Artemus se detuviera: quedó flotando en el aire por su propia voluntad. Luego se dejó caer y permaneció en cuclillas mientras apoyaba su brazo izquierdo en la grama verde. El joven aprendiz observó cómo de la palma de la mano derecha surgió una diminuta bombillita radiante, un destello de energía que enseguida aumentó de tamaño hasta convertirse en un globo radiante similar a una pequeña pelota. El aura azul del gran artista de Combray, volvió a encenderse, tras lo cual salió disparado en dirección a su enemigo que aún continuaba en el cielo. Estando a mitad del vuelo lanzó el globo de energía que desplazándose a una velocidad extrema fue a impactarse en el rostro del hombre que perdiendo en ese instante la visión, bajo la guardia. Una milésima de segundo más tarde Artemus clavaba sus dos puños en el abdomen de su adversario.

El golpe fue tan contundente que ambos luchadores ascendieron un par de metros más en el cielo. Entonces cuando el personaje del turbante intentó atrapar con sus manos la cabeza de su oponente, éste realizó una rápida acrobacia que lo dejó en la posición perfecta para ejecutar una fuerte patada en sus costillas. El hombre empezó a descender en diagonal y cuando faltaban varios metros antes de llegar a tierra, se detuvo en el aire. Su cuerpo desató una explosión poderosa de viento, como si de su interior naciera una burbuja que se expandió hasta refrescar el rostro de Artemus. En las pupilas de suave color violeta se reflejó la imagen de un guerrero uniformado, envuelto en una ardiente llama azul. Fue ahí donde inició la segunda parte del combate. Aquel personaje volvió a encender su fuego naranja y se lanzó con todas sus fuerzas hacia la posición en la que permanecía Artemus flotando. Lo que vino a continuación fue una desenfundada batalla aérea de puños, patadas y rápidas acrobacias en la que ambos guerreros se golpeaban sin piedad al mismo tiempo que usaban toda clase de defensas para retener los ataques.

Un momento más tarde la lucha aumentó a otro nivel cuando los dos guerreros volvieron a llevar el combate al escenario terrestre. En una de las embestidas ejecutadas por Artemus su mano cerrada fue directa al cuadrado mentón de aquel luchador de dos metros. El impacto resultó tan abrumador que éste se desprendió del suelo y salió expulsado de espaldas a la tierra mientras trazaba una línea circular. Al llegar a la mitad de la curva, el rival tomó consciencia del dolor en su mandíbula, abrió sus ojos por completo y le ordenó a su cuerpo realizar una acrobacia que le brindó la oportunidad de caer de pie sobre la tierra donde se impulsó con sus botas en dirección a su enemigo desplazándose igual que un veloz cohete pirotécnico. El Aprendiz percibió entonces cómo durante el trayecto la materia de aquel hombre fue adquiriendo la forma de un espantoso animal salvaje. Su rostro se alargó a la vez que perdía su tonalidad azul para dar vida a un hocico rematado con una nariz triangular y en su boca sus colmillos aumentaron de tamaño. Mientras tanto las uñas de sus manos crecieron

transformándose en unas ásperas pezuñas y en un parpadeo su complexión fue envuelta por un pelaje oscuro. Al reconocer su metamorfosis integral, el joven aprendiz dedujo por su aspecto y estatura que era un corpulento oso, idéntico a los que vivían en la soledad de los bosques de pino en el país suroeste de Dorudma.

En cuanto el imponente animal volvió a estar frente al joven, dio un zarpazo que fue contenido por Artemus con su antebrazo izquierdo. Un segundo zarpazo fue realizado con el otro brazo del animal que fue detenido de la misma manera. El artista fijo su atención en el rostro furioso del oso, cuya boca chorreaba una baba gelatinosa. A partir de ese instante, el cambio tan insólito que tomó el combate inundó el corazón del abatido espectador de una alegría incontenible. Artemus estaba manteniendo una agresiva lucha contra la fiera, cuya masa corporal le permitía asestar golpes mucho más potentes y rápidos, tanto así que el joven maestro debía agacharse a menudo o dar saltos para cambiar de posición. En una de esas volteretas marciales cayó justo detrás de la espalda del oso quien al girarse con violencia estuvo a punto de rasguñar el cráneo de su rival, quien en una milésima de segundo empleó una técnica con la que su pierna derecha dio un barrido, desestabilizando a la bestia que se vio condenada a caer de espaldas. Al levantarse de nuevo, exasperado y poseído de una rabia volcánica, el oso redobló sus ataques sólo que esta vez eran más certeros, obligando a su adversario a ejecutar con mayor velocidad sus bloqueos de defensa. Luego, en uno de esos ataques la pezuña del animal rosó con suavidad la piel del rostro de Artemus. En la agresión que vino a continuación sin duda le hubiera dejando de mejilla a mejilla el múltiple rasguño de su garra. Sin embargo, él alcanzó a transfigurarse en una hermosa ave de plumas rojas que se retiró con un aleteo de la sombra proporcionada por el oso.

El pájaro se distanció varios metros con una velocidad instantánea. La imponente bestia se mantuvo en pie y entonces el ave empezó a volar de regreso como una bengala cuya rápida intensidad traspasó el corpulento pecho del animal. Fue como si una suave estela de color rojo cruzara la pared de su cuerpo felpudo sin lesionarlo, sólo que cuando ésta acabó de salir por la espalda del oso, Artemus adquirió su natural apariencia y empujó el peso de su bota sobre la dorsal de animal que al caer en el césped perdió su bestial figura y volvió a encarnarse en el cuerpo del hombre del turbante. El efecto de la metamorfosis a su condición original fue similar a un viento que sopló, desvaneciendo su pelaje y dejando a la vista su vestido naranja y su negro cinturón de tela. El Aprendiz tuvo la sensación de que las técnicas, la inteligencia y el poder que ostentaba su maestro eran muchísimo más avanzadas a las virtudes que poseía aquel hombre misterioso. Sin embargo, el intuía con claridad que la batalla aún no había finalizado.

Aquel personaje se levantó de nuevo, quien al voltearse le sonrió a Artemus mientras se secaba un hilo de sangre azul que brotaba de su boca. El combate volvió a restablecerse y tras varios segundos de lucha terrestre, los admirables guerreros decidieron aprovechar la libertad del cielo y trasladar los atronadores ataques al espacio aéreo. Los adversarios empezaron a desplazarse a una velocidad intensa y enorme, en la que cada uno paso a convertirse en la estela de color que representaba el fuego ardiente que emanaban. Entonces inicio una serie de explosiones de burbujas de aire, las cuales se generaban en el instante en que las estelas se reunían para impactar entre sí. El joven, que seguía observando con su cuerpo desplomado en el suelo, estaba fascinado con el matiz sobrehumano que adquiría el combate, alcanzando a percibir que durante el choque de las estelas, los personajes aparecían durante una minúscula fracción de tiempo para descargarse los golpes más potentes y demoledores que podían ejecutar. Tenía la sensación de que aquella lucha de fuerzas era propiciada por una velocidad imparabile que choca contra un objeto inamovible.

Los impactos continuaron durante un minuto más. A pesar de la distancia, las olas de

viento llegaban hasta el sitio donde se hallaba El Aprendiz, quien las experimentaba igual que los fuertes latidos de un corazón gigante. De pronto, el abatido joven fue consciente de que Artemus retrocedía durante el combate como si quisiera llevarlo de vuelta al Jardín de la Vida. Tal como suponía, muy pronto los dos guerreros estuvieron situados justo encima de su cuerpo, a unos cincuenta metros de altitud. La infatigable guerra de ataques y bloqueos se volvió muchísimo más frenética, todo parecía indicar que no tardaría en aparecer un vencedor en medio de tanta calamidad.

De pronto la realidad entera se opacó en un melancólico color púrpura. Fue como si por un solo instante el palpitar de todas las cosas del Universo se detuviera para crear ese panorama frío y quieto. En el camposanto reinó un perpetuo silencio y hasta las leyes físicas del mundo se desvanecieron en ese completo vacío saturado que congelaba el calor de la sangre y la respiración del tiempo. Aquel efecto había irrumpido en medio de la batalla igual que un ciego relámpago surgido de la nada, sembrando esa noche morada y sedienta de vida. En cuanto El Aprendiz logró zafarse del hechizo y volvió a tener conciencia de sus sentidos. Tuvo la fuerte impresión de que había pasado una eternidad en el tiempo. Le sorprendió reconocer, en el aún opaco escenario, a la sombra de Artemus, que estudiaba con serenidad la mueca de espanto de su enemigo, el cual flotaba en el aire mientras empuñando su mano izquierda se preparaba para descargarla sobre su objetivo que se hallaba tan solo a escasos centímetros de distancia. El artista más grande que jamás tuvo Combray ahora sonreía ante esa cómica eventualidad.

El Aprendiz, cuya mente ya había dejado de percibir el mundo desde esa visión remota que le permitía contemplar los acontecimientos desde diferentes ángulos, volvió a enfocar la realidad desde sus propios ojos y vio a su maestro aproximarse hacia el lugar en donde se hallaba. Aún seguía inmóvil, así que no pudo impedir que Artemus registrara en el bolsillo interior de su gabán para sacar de éste un bonito hexágono cuyo tamaño era un poco más grande que la palma de su mano y de un grosor que apenas alcanzaba a llegar a un centímetro. “Es mi Lupazul” pensó. Se trataba de un dispositivo móvil, considerado alrededor del globo como la computadora más avanzada del mundo. Aquel aparato, que contaba con una pantalla táctil, permitía el uso de un ilimitado número de aplicaciones y herramientas, muchas de ellas se ejecutaban de manera automática al reconocer la voz de su único propietario y a pesar de su reducido tamaño desplegaba otro tipo de funciones al proyectarlas fuera de sí a través de un láser que era capaz de construir la materialidad virtual de una página en blanco, un teclado para escribir, una imagen a colores o cualquier otro tipo de elemento. Había recibido aquel hexágono a la edad de los catorce años, durante la ceremonia de grado que certificaba que su formación en los estudios básicos e integrales como habitante de la sociedad de Ulmuden se había completado. Un objeto personal que también fue entregado a cada uno de sus demás compañeros, como una afirmación de sus primeros pasos a la madurez. Desde entonces cada vez que deseara actualizar sus programas, renovarlo por la versión más avanzada o sencillamente arreglarlo de algún desperfecto en su funcionamiento, tenía el derecho de enviar la pequeña computadora a la Escuela de Tecnología más cercana para que los profesionales en la materia se hicieran cargo del trabajo. Por eso, aunque hubieran pasado más de diez años después de recibirlo, aquel aparato seguía estando provisto de las mejores virtudes científicas de la época.

Luego de quitarle el dispositivo móvil, vio cómo su maestro caminó hacia lo alto de la colina. Subió hasta allí tan sólo para dejar el hexágono justo debajo del trono y acto seguido acarició la cabeza de la escultura del perro dos veces. Sólo entonces regresó hasta donde se hallaba el abatido cuerpo del joven. Artemus levantó a su aprendiz agarrándolo por la espalda del gabán y lo descargó sobre su hombro derecho. La fría realidad morada seguía envolviendo al mundo de vacío: un silencio muerto que

adormecía todo el escenario del cementerio, impidiendo que el ritmo y el orden de las cosas estuvieran en movimiento. La única persona inmune a ese efecto era el hombre que acababa de retornar de la muerte, quien caminando con total calma se dirigió hacia el filo de la colina en donde apareció el misterioso personaje de piel azul ceniza.

En cuanto llegó a lo alto dio medio giro para poder contemplar su adversario con quien había luchado minutos antes. Artemus dio un chasquido con los dedos de su mano izquierda. Fue entonces cuando en un parpadeo los colores naturales del mundo regresaron a su lugar. El hombre vestido de naranja, que en ese momento les daba la espalda al maestro y su aprendiz, ejecutó la descarga que su puño tenía preparado. Al ver que su ataque sólo sirvió para golpear el aire, el guerrero se sorprendió al mismo tiempo que perdiendo el sentido de la orientación, se dejó llevar por la potencia de su vuelo, desplazándolo un par de metros antes de que el césped tuviera contacto con sus botas, las cuales, cómo producto de la fricción, dejaron marcadas dos largas líneas de tierra marrón. Artemus sonrió por un segundo al percibir lo desorientado que se encontraba su adversario, que empezó a mover su cabeza de un lado para otro buscándolo mientras a la vez intentaba dar una explicación acertada al cambio brusco que se había manifestado en la realidad.

—¡Kulten!—gritó Artemus.

Al escuchar su nombre, el personaje vestido de naranja se giró de inmediato. Observando a su rival, experimentó un terrible asombro que lo hizo preguntarse sobre cómo pudo llegar hasta ahí, acompañado con la carga de su aprendiz sobre el hombro, en tan poco tiempo. Entonces entendió que el combate ya estaba del todo finalizado y en su rostro apareció una sonrisa cargada de malicia, idéntica a la que esbozaba el otro guerrero en ese mismo instante. El hombre se impulsó con todas sus fuerzas para volar hacia lo alto de la colina, la incandescente llama de energía naranja seguía su trayectoria. Mientras tanto, Artemus vio cómo se acercaba en cuestión de milésimas de segundos hacia el sitio donde ambos se hallaban. Artemus sostuvo la sonrisa al mismo tiempo que le daba a su espíritu una orden que le permitiría desaparecer de aquel lugar en un abrir y cerrar de ojos. Los rostros de los dos guerreros se vieron frente a frente por última vez. En el filo de la colina la figura del maestro y el aprendiz se desvaneció, dejando apenas un delicado reflejo de su materia, como una imagen que parecía estar hecha de vapor. Kulten aterrizó en el filo de la colina, esfumando lo que aún quedaba del fantasmal aspecto. La cicatriz de la teletransportación se cerró de inmediato. Entonces una rabia e impotencia insoportable invadieron al guerrero: los había dejado escapar.

V. EN TIERRA SAGRADA

El eructo de oxígeno que brotaba de las entrañas del planeta se estaba demorando en ascender. A veces tenía la impresión de que esa tardanza ocurría por un simple capricho del Universo, para tentar la tranquilidad de su respiración y fastidiarlo, hasta que sentía que su sangre hervía ante el horror de morir ahogado. Su cuerpo se hallaba a doscientos metros bajo el agua, con sus piernas entrecruzadas en posición meditativa y sus dos manos formando un círculo frente a su cintura. Una larga cadena de acero indestructible estaba atada en torno a su cuello y su pecho para bajar de manera vertical medio kilómetro más antes de que su último eslabón se fundiera en un mordisco con un enorme cubo gris de metal. Por más que se esforzara no podía escapar de esa prisión en la que permanecía, donde su único consuelo era la monumental burbuja de aire que de vez en cuando surgía desde las profundidades de la tierra. Semidesnudo, apenas vestido con sus interiores de tela negra que lo cubrían casi hasta llegar a sus rodillas, el joven no sólo tenía que esperar la llegada del oxígeno, con los que saciaba la ansiedad de sus pulmones, sino que debía centrarse además en que sus pensamientos fueran lo suficientemente poderosos para que su voluntad lograra superar ese difícil examen. Según las indicaciones dadas por Artemus, el cubo que impedía su liberación pesaba cerca de cinco toneladas, por lo que si quería salir vivo de esa prueba, tendría que reunir la energía suficiente para volver a la seguridad de la superficie, venciendo primero el volumen de esa carga sobrehumana.

Durante las primeras horas había sido difícil calcular el ritmo de la burbuja, así que se veía obligado a emplear su visión mental para descender hasta el gran orificio desde el cual emanaba el eructo de oxígeno cuyo sonido era similar al de una suave erupción volcánica. Contemplaba entonces cómo la bolsa de aire subía metro a metro mientras sentía que su cerebro se congelaba y su piel se erizaba ante el conteo regresivo que indicaba el tiempo de respiración que aún podía contener su cuerpo. Diez, ocho, siete... cinco... la esfera que se deformaba durante el ascenso continuaba sin prisa su viaje. El meditativo joven llegaba al final del conteo y su mente, que ya no podía trasladarse para observar lo que acontecía en el mundo, se quedaba vislumbrando una oscuridad total. En una situación así de fría no tenía otra opción que pensar en la muerte, se dejaba acariciar por ella como si fuera su auténtica salvación y salida para semejante prueba tan demencial. De pronto, un marítimo abrazo celestial le devolvía el alma a su cuerpo. La inmensa burbuja, en cuyo núcleo el encadenado hombre tan solo era un pequeño punto, cumplía su cita con el destino justo en el momento más frío de su desesperación y entonces no podía evitar experimentar una verdadera vergüenza por lo débil que había sido su espíritu ante la amable tentación de la muerte.

Después de horas de estar sumergido sus ojos llegaron a acostumbrarse tanto al contacto del agua salina, que el ardor que sentía al abrirlos había desaparecido por completo y ahora cada vez que lo deseaba podía contemplar el panorama que existía bajo esa bóveda inmensa del mar: la intensidad de la luz del cielo era tan fuerte que los rayos solares atravesaban la capa de la superficie, dejando un conjunto de brillantes estelas aquí y allá que iluminaban las profundidades por completo. Aquellas estelas solares, que parecían enormes espadas de acero clavadas sobre la tierra, le permitían al discípulo de Artemus divertirse al observar el viaje de los peces, los hermosos corales y la vegetación marina. De vez en cuando sentía que una fuerza enorme intentaba penetrar en su meditación hasta el punto que no le quedaba otra opción que rendirse y abrir sus ojos, los cuales se conectaban de inmediato con la mirada clarividente de un gordo pez. Por un par de segundos, disfrutaba entonces de la redonda cara del animal, con sus redondos ojos grandes y azules, y con una boca ancha que revelaba unos dientes blancos con los cuales parecía sonreír. Tras un

parpadeo el pez sacudía su cola y continuaba su recorrido por las profundidades del mar hasta que se ocultaba detrás de una azul colina submarina.

Estuvo alrededor de dieciocho horas dormido. Durante el sueño, su mente se desplazaba por una isla grande de color ocre amarillo dotada con una rudimentaria red de túneles y aposentos que brindaban la impresión de que el lugar era una auténtica madriguera humana, a pesar de lo cual algunas de las habitaciones estaban provistas de puertas de madera. La primera vez que flotó por los cielos, descubrió que en el corazón de la isla existía un árbol grande y majestuoso en cuyas ramas florecía un millón de hojas verdes. Luego advirtió que, a pesar de las condiciones primitivas que reflejaba el lugar, en la cima de una de las montañas había una pequeña casa con forma circular provista de unas paredes rojas de metal. Aparte de la vivienda reconoció tres molinos de energía eólica situados en los puntos más altos del terreno de la isla. La vista esplendida del mar le resultó bastante familiar pero no recordaba con exactitud en qué sitio del planeta se podía apreciar un paisaje tan lleno de magia y fantasía.

La habitación en la que permanecía acostado era una esas cavernas grandes y redondas que no poseían puerta en la entrada. Justo en la pared contraria al marco de ingreso, la luz del sol se filtraba por una ventana circular de cristal. La cama en la que dormía consistía en un simple levantamiento de tierra rectangular que lo aislaba de las arenas del suelo. Toda su ropa, que había sido bien doblada y apilada, se hallaba en el piso junto a la cabecera de la rudimentaria cama. Durante los seis meses siguientes no tendría la necesidad de volver a vestirse y lo único que llevaría puesto sería su ropa interior. Entonces, cuando su cuerpo fue consciente de que el dolor del cuello se desvaneció y se sintió abrumado por el cansancio de permanecer tanto tiempo recostado, abrió los ojos por primera vez para observar el rostro moreno de su maestro quien permanecía de pie prestando toda su atención en él.

—¿En estado de hibernación?—le preguntó Artemus.

Sin mencionar palabra alguna, el hombre que regresaba de la muerte y aún portaba su elegante traje azul, dio media vuelta para salir de la habitación. El joven se apresuró para seguirlo por un túnel corto que descendía antes de torcerse hacia la izquierda en donde el camino se abría en un gran arco que otorgaba vida a un grueso corredor. Al final de éste existía una puerta doble de madera color caoba que estaba abierta de par en par, dejando a la vista la belleza infinita del océano. Artemus se detuvo justo en la orilla donde fijó su mirada en el sol que estaba a punto de fundirse con el agua. Por encima de este astro luminoso existía otro círculo amarillo que aún ostentaba todo su radiante poder. Mientras tanto su querido aprendiz que logró alcanzarlo, se maravilló con el atardecer malva que se fraguaba en el ocaso. Pasaron varios minutos de silencio antes de que el discípulo tuviera el valor de romperlo.

—¿En dónde estamos?—dijo fijándose en la llanura verde azul del mar.

La respuesta se hizo esperar tan sólo unos segundos. Las olas acariciaban los pies descalzos del inquieto joven. De pronto, la superficie ondeante de las aguas de vio interrumpida por una violenta erupción de la cual salió volando un enorme pez. El Aprendiz contempló el grandioso animal y retuvo la imagen en su memoria. Vio sus escamas redondas y doradas como si fueran pequeñas medallas, vio la curva que trazaba su espina dorsal que debía medir cerca de dos metros, vio su cara blanca con sus ojos claros y su expresiva sonrisa que parecía humana, vio su gordo y grueso cuerpo perlado por un haz de cientos de gotas azules que lo acompañaban en su magnífico salto sobre las olas del mar. La intuición le indicó la respuesta a su pregunta además de inundar su cuerpo de un tibio estremecimiento, tan igual de intenso al que experimentó en ese momento ante uno de los rayos del círculo solar que admiraba con sus ojos, el cual se filtró en su ser dejándolo sin palabras: la verdad era tan clara como la luz del día. Sin embargo, pese a que sabía que sus sentidos no lo engañaban, seguía sin creerlo. Al girar su rostro descubrió que Artemus le esbozaba una certera

sonrisa de complicidad. Entonces devolvió su vista al amplio océano y trató de aceptar lo que le parecía imposible. Estaba de pie frente a un mar lleno de misterios y dándole la espalda a una de las tantas islas que existían en la Tierra Sagrada de los Camedones, el hogar que según la tradición de la mitología antigua era el sitio al cual viajaban las almas para depurarse de los recuerdos de sus vidas pasadas. Según lo que sabía, aquel debía ser el mundo en el cual brillaba el resplandor de siete soles y en el que además orbitaba, muy de cerca sobre las islas, un enorme satélite natural de colores, parecido a una pequeña luna. Algunos escritos aseguraban que las noches duraban menos de cinco horas, tiempo que era aprovechado por los fabulosos peces camedones para entonar con sus gargantas unas deliciosas melodías que obligaban a todo ser viviente a rendirse ante el apetitoso deseo de dormir. Meses más tarde, comprobaría que todas las leyendas que existían hasta entonces sobre aquel fantástico planeta eran del todo ciertas.

La mente de El Aprendiz acabó de iluminarse cuando vio que el astro solar desapareció por completo en la línea del horizonte y se llevó consigo los colores purpuras claros que lo acompañaban durante su descenso. El segundo sol que quedó en su reemplazo aún le faltaba por lo menos dos horas antes de que una noche de una oscuridad total, llenara el cielo de incontables estrellas esparcidas aquí y allá en medio de la gigante nube multicolor de la galaxia más cercana. Aquella primera noche se grabaría para siempre en su alma, quien a esa hora de la tarde se entretenía con el esporádico salto de los enormes peces que parecían saludarlo con sus acrobacias en el aire. Una brisa tierna lo hizo parpadear y entonces le fue inevitable asimilar que estaba frente a la exuberante belleza del fantástico planeta de los camedones.

—Es increíble—dijo, aún sin salir del asombro—. ¿Acaso soy el primer mortal desde los tiempos del guerrero Artemus I en pisar este suelo? Mi tío me reafirmó hace poco que aquí solo pueden entrar las almas de los que han fallecido, a menos que se trate de un caso muy excepcional.

—No, no eres el primero ni el último—respondió el maestro con su mirada fija en el horizonte—. Te suena de algo el nombre de Amil Yulzulam.

—Sí, ¿acaso no es el mismo que escribió *El Libro de las Profecías*?

—Pues bien, estamos en la misma isla en la que el músico y poeta permaneció durante los ciento cuarenta días que necesitó para componer su famosa obra de predicciones. Se cuenta que cuando estuvo aquí compuso sus versos inspirándose en la música nocturna de los camedones; gracias a su afinado oído para la música dedujo del ritmo y las notas de las melodías, lo que los sagrados peces vaticinaban sobre el destino de Ulmuden. Ese libro fue escrito hace más de doscientos años, eso quiere decir que fue muchísimo después de la Batalla de las Nueve Copas. Así que tu tío materno se equivoca al afirmar que el gran guerrero que portaba mi nombre fue el último en visitar estos lugares. En realidad han existido muchas personas que a lo largo de los siglos han tenido derecho de entrar a aquí.

—Y ahora yo soy prueba de ello—dijo—. Pero de ser cierto lo que me dices, me causa una gran impresión saber que la obra de Amil Yulzulam sea hoy en día tan desprestigiada. Desde la misma publicación del libro se cree que los versos son solo producto de una imaginación infantil, desbordada y ridícula. Si alguien te sugiere que leas *El Libro de las Profecías* es porque te consideran tan inmaduro como el mismo autor.

—Lo sé, mi querido amigo, eso es lo que todo el mundo piensa—le respondió Artemus. Ahora recordaba con precisión todo lo sucedido desde que su maestro lo abatió con ese golpe en el cuello. El combate en el camposanto había quedado en su mayor momento de suspenso gracias esa extraña circunstancia que permitió que la realidad se detuviera. No sabía cómo explicarlo pero deducía muy bien que el responsable de crear ese sobrenatural efecto no era otro que Artemus, quien al verse lo suficiente libre,

decidió teletransportarse directamente desde el Jardín de la Vida hasta la isla. Pese a que seguía medio inconsciente, su memoria podía registrar aún lo que acontecía, así que el efecto que experimentó al trasladarse de un lugar a otro en cuestión de segundos le pareció fascinante. En el momento del salto, su mente contempló como la realidad del parque cementerio se arremolinaba, con una poderosa tensión, hasta que toda la materia se fundió en el tiempo y el espacio. Una fuerza gravitacional tremenda y asfixiante envolvió a los dos viajeros que en medio de la oscuridad fueron lanzados hacia la ruta de un vacío que los jalaba sin piedad. Todo aquello ocurrió en milésimas de segundos. Cuando ambos aterrizaron en las arenas amarillas de la playa, continuaba siendo cargado por su maestro y sintió en ese instante que un calor intenso le quemaba las entrañas.

Después de eso, Artemus lo llevó hasta la habitación cavernosa en donde lo recostó en la rudimentaria cama antes de despojarlo con mucho cuidado de su ropa. En las largas horas de sueño que tuvo, no podía evitar evocar el fabuloso combate representado por las dos estelas de colores, que se impactaban entre sí como si fueran rocas indestructibles. Pese a su conmoción por el rápido traslado a la isla, también le asombraba que Artemus se hubiera desplazado con tanta facilidad de un lugar a otro en el mundo físico; sabía que en el universo astral era posible hacerlo pero no fuera de éste. Todo lo que había visto esa mañana excedía por completo a todo lo que conocía hasta entonces sobre el mundo astral y su ilimitado potencial ante la naturaleza del espíritu. Ansiaba obtener un poder similar, capaz de unificar lo imaginado con el reino de la materia. Un plano donde la mente iba más allá de la libertad que ofrecía la delgada pero tangible realidad de los sueños. Ahora más que nunca su cabeza estaba rellena de dudas y enigmas que deseaba responder cuanto antes. Tenía la impresión que debía aprovechar de una vez por todas la presencia de su maestro para liberarse de esos interrogantes tan curiosos. Pero sobre todo anhelaba esclarecer cual era el misterio que encerraba la prematura muerte de Artemus, esa carga tan agobiante que lo perseguía desde hacía años. Un misterio al que ahora se sumaba el hecho de saber que aconteció durante sus años de ausencia.

—Sé que tienes muchas preguntas por hacerme—dijo Artemus al leer su pensamiento—. Estaremos aquí durante seis meses, el tiempo suficiente para disolver todas tus dudas. Por lo pronto disfruta de los secretos del mar.

Nunca imaginó que fuera a divertirse tanto en esas inesperadas vacaciones. Cada uno de los días que vivió en ese mundo fue una verdadera aventura. Todas las mañanas, después del desayuno, el joven se dirigía al árbol ubicado en el interior de la isla donde embadurnaba su cuerpo de la cera ambarina que brotaba sobre la corteza y bajo ese remedio casero su piel quedaba protegida contra los penetrantes rayos de los soles. Pronto entendió que aquella isla majestuosa les brindaba todo lo necesario para vivir. Aparte de los peces que les concedía el mar, en una de las estancias existía un magnífico granero provisto con cereales, frutas y verduras que se conservaban en excelente estado, tanto así que parecían que hubieran sido acabadas de ser recogidas de una granja. Tras varias semanas visitándola, fue consciente de que en la bodega iban apareciendo los mismos víveres que empezaban a escasear, como si se renovara por sí sola. Ninguno de los dos cocineros, que se turnaban el oficio de preparar las comidas, tuvo que preocuparse nunca por el agotamiento de los suministros. La vida en el mar les exigía alimentarse de manera continua.

Cuando hacía falta algo su maestro subía hasta la redonda casa roja de metal para buscarlo, tal como sucedió con las primeras ollas, sartenes y algunos platos que necesitaron para la cocina. Una mañana Artemus bajo de allí llevando en sus manos un par de gafas para buceo. Habían pasado ya dos semanas desde que llegaron a la isla, tiempo durante el cual el discípulo se entretuvo observando a los cangrejos, los caracoles y los crustáceos que se escondían en las rocas, sin dejar de lado sus

estudios sobre el mitológico pez caramedon, con los cuales era inevitable terminar jugando. Era un mundo fantástico en el que siempre estaba descubriendo sus secretos. Cuando aprendió a calcular los horarios del día, logrando diferenciar la mañana de la tarde y la tarde de la noche de acuerdo al hundimiento de los soles, sabía con exactitud el momento en que debía subir a lo alto de la isla para divisar en el horizonte la salida del fascinante satélite multicolor que orbitaba sobre el planeta. Seguía su trayecto hasta que desaparecía en la otra orilla del océano.

Ese día, sin embargo, tendría la suerte de ver más allá de lo que sus enrojecidos ojos le permitían ver a través de las aguas cristalinas. Fue entonces cuando comprendió la razón por la que a un kilómetro de la playa, se veía que el agua se estremecía en una ronca explosión. En ningún momento se atrevió a adentrarse a esas profundidades; recordaba aquella enseñanza que recibió en su más tierna infancia en la que aprendió que el mar merecía el más sagrado respeto: no tenía intención de ir tan lejos para saciar su curiosidad. Pero su maestro lo invitó ese día a perder el miedo, diciéndole que confiara en la inmensidad de un océano que ya había escrutado la bondad de su corazón. Así que ajustándose en su cabeza la correa de cuero de las gafas, se lanzó al descubrimiento de las aguas oceánicas.

En un principio pensó que la expedición se limitaría a ver el mundo marítimo desde arriba, con regulares descensos para luego regresar a la superficie a tomar aire. Muy pronto conquistaron un escenario donde se desataban misteriosas explosiones. Artemus se atrevió entonces a sumergirse; su cuerpo, apenas vestido con sus interiores, se introdujo en un mundo de rocas color ocre, arrecifes y hermosos peces de colores. La fabulosa fauna marina cobraba vida en un escenario donde los suelos despejados creaban un vistoso equilibrio. Entonces El Aprendiz contempló que a partir de allí, el ambiente bajo las aguas estaba repleto de una diversa cantidad de burbujas que aquí y allá ascendían igual que los diminutos globos de una gaseosa. Vio a su maestro descender verticalmente al mismo tiempo que una de esas burbujas le salía al encuentro en su viaje de ascenso. Fascinado por lo que contemplaba, el joven aprendiz se lanzó a la búsqueda de una de esas grandiosas esferas y tal como se lo revelaba su intuición cuando penetró en el corazón de ésta, sus pulmones se llenaron de aire. Era oxígeno puro lo que transportaban esas incontables esferas que brotaban de las estrías de la tierra. Cada diez o veinte metros existía una de esas heridas donde el aire reprimido en las entrañas del planeta tenía la oportunidad de escaparse para luego iniciar su marcha hacia el glorioso cielo. Gracias a ese providencial recurso, la expedición de esa mañana pudo prolongarse durante más de dos horas en las que no tuvieron ninguna necesidad de regresar a la superficie.

La poderosa luminosidad de los soles inundaba aquel mundo submarino de una claridad asombrosa. Los astros solares pegaban tan fuerte en las profundidades que se podía apreciar el brillo de las piedras preciosas y las doradas escamas de los caramedones, auténticas joyas que contagiaron el corazón del joven discípulo de una belleza exuberante e infinita. Todo era tan nítido y transparente que por un instante ambos exploradores experimentaron la misma libertad de los animales marítimos que los acompañaban. Y en esa ilusión tan consistente también aportaba mucho el cristal de las gafas que llevaban puestas. Más tarde, cuando retornaron de nuevo a la isla y al verlo sorprendido ante la pureza de los lentes, Artemus le indicaría que estaban hechos a base de una piedra tan fina como la de un diamante. Mientras tanto, en aquel viaje fantástico pudieron disfrutar de la grata presencia de las estrellas de mar, las tortugas, los calamares, entre otras especies, que sirvieron de mucha ayuda para que ambos tuvieran un recorrido menos solitario.

Los viajes siguieron repitiéndose, cada vez se atrevían a cruzar los límites dejados en la aventura de la jornada anterior por lo que cada expedición llegaba nutrida con extraordinarias novedades. En cierta ocasión se encontraron con un grupo de alegres

delfines a los que tras muchos juegos, se prestaron también para que pudieran subirse a sus lomos y cabalgarlos agarrándose de sus aletas; los caprichosos cetáceos los transportaba durante varios segundos en un violento paseo hasta que los pasajeros perdían el equilibrio por completo. Esa misma tarde también llegaron a una frontera donde ya no se podía contar más con las erupciones de oxígeno. A lo lejos vieron las gigantescas sombras de cinco animales prehistóricos cuya soberbia apariencia les exigió una alta dosis de terrible respeto, y el miedo que sintieron los impulsó a buscar el refugio de la isla cuanto antes, como si quisieran borrar de sus memorias la sensación de ser sondeados por la lejana vista de aquellos majestuosos seres.

Tras varios días de exploraciones, Artemus se levantó una mañana con el deseo de ir en busca de un pequeño tesoro. Luego de una hora de viaje los dos buceadores ingresaron a una cueva que permanecía iluminada por el brillo de las centeneras escamas dejadas por los caramedones a lo largo de los siglos, hasta el punto de crear un espeso y abundante colchón. Internándose más a fondo llegaron a una zona provista de una grande depresión en cuyo fondo la tierra adquiría un vistoso color azul pálido. El escenario estaba adornado con unos esplendidos corales y una vegetación marina dotada de una belleza singular que no tenía comparación alguna con los que habían contemplado antes. El Aprendiz no imaginó que la principal fortuna que su maestro deseaba adquirir no fueran los cuarzos ni las esmeraldas ni las amatistas ni el resto de piedras preciosas con las que surtieron la primera bolsa, sino que se tratara de ese barro denso que poblaba las profundidades. Un extenuante trabajo pulmonar les demandó conseguirlo ya que en ese sitio específico de la cueva las burbujas de oxígeno no brotaban de las estrías de la tierra. Pese a ello los dos hombres gozaron con la suerte de que los grandes techos que poseía la caverna les permitieran que en ese lugar determinado pudieran salir a flote para respirar. Aun así la distancia a la que tenían que sumergirse para extraer el barro era de unos cincuenta metros aproximadamente. Cuando regresaron a la superficie de la isla, la segunda bolsa de la expedición contenía una carga que pesaba un poco más de treinta kilos.

—Ahora tienes una tarea—le dijo Artemus a su aprendiz—, quiero que hagas tu propia copa igual que yo realizare la mía. Su forma y dimensiones serán idénticas a las que existen en Ulmuden, las mismas que rinden homenaje a los guerreros de la Antigüedad.

Esa tarde, después de la siesta del almuerzo, partieron la cantidad del barro a la mitad. En cambio, el saco repleto con la extensa colección de piedras preciosas quedó disponible para ambos en una de las bodegas. Cuando los siete soles se ocultaron tras la línea del horizonte y el cielo se pigmentó con la majestuosa noche que duraría menos de cinco horas, el maestro subió hacia lo alto de la isla para buscar el sitio en donde dejaría que su inspiración creadora lo guiara en la elaboración de aquel artefacto durante dieciséis jornadas de trabajo. Siempre iniciaba su tarea tras la caída de los soles y apenas concluía su labor, en el mar aparecía la delgada línea roja que anunciaba el pronto amanecer. Aparte del brillo de las estrellas y las nebulosas de colores de la galaxia que se veía desde aquella tierra mítica, lo único que alumbraba su actividad era un cuarzo enorme que destilaba una radiante luz azul. Gozaba además con la música de fondo del océano, donde el sonido de las olas era suavizado con el nocturno canto de los caramedones: sentía el eco que producían sus gargantas bajo el agua en su propio corazón, como si fuese solo allí donde en realidad se ejecutaba la divina sinfonía que componían aquellos peces. En las horas que pasaba manipulando y dando forma a la arcilla no podía librarse de evocar los recuerdos de sus días de mortal: pensaba en la soledad de su estudio personal de artista repleto con las obras, los materiales y las herramientas con las que podía desatar su pasión para liberar el mundo interior que creaban sus sueños. Recordaba sus días de pesca en el mar cercano al vecindario y sentía nostalgia por haberse marchado de ese planeta en el

que era tan querido por todos.

Su discípulo había respetado ese pacto con su soledad y en ningún momento se atrevió a subir para perturbar su concentración. A diferencia de Artemus, que iba forjando su copa a medida que ésta salía de sus manos, el joven aprendiz se tomó la tarea de elaborar un diseño a lápiz sobre un libro de páginas blancas. Mientras tanto el barro azul que lo esperaba, conservaba su humedad en una cerrada bolsa plástica que se hundía en las aguas del mar. Una vez finalizó su dibujo gastó tan solo nueve días de intensa dedicación para completar su obra: fueron largas jornadas de trabajo en la que permanecía bajo la sombra del árbol en el corazón de la isla. A veces no podía evitar distraerse con las risas de su maestro quien se divertía jugando en las aguas con los caramedones. En otras ocasiones su concentración quedaba nula por completo cuando escuchaba que las ramas del árbol se sacudían hacia el cielo, las hojas verdes se estremecían y su cuerpo se volvía tan liviano que sentía que tendría la suerte de flotar sobre la tierra. Era entonces cuando pasaba el monumental satélite de colores que circulaba por todo el planeta. El tamaño impresionante de aquel globo siempre lo dejaba perplejo y cada vez que pasaba detenía su actividad para verlo seguir su destino hasta que se ocultaba tras el horizonte.

Fue durante una de esas tardes en las que se entretenía con el movimiento del satélite que descubrió a su maestro de pie sobre una de las rocas próximas al mar. Al acercarse con su visión remota, vio su rostro fatigado y pálido como si su alma se estuviera deshidratando. Respiraba con dificultad mientras su mente luchaba contra una visión aterradora. Tuvo la tentación de acercarse pero en ese justo instante Artemus, quien se percibió observado, lo miró fijo a sus ojos a la vez que le suplicaba que respetara su soledad, por lo que decidió bajar de nuevo a la sombra del árbol, sin poder dejar de sospechar durante algunos minutos sobre lo que le acontecía.

En realidad, no era la primera vez que el gran artista de Combray se sentía trastornado de tal manera. Desde los primeros días de su retorno al mundo de los mortales, su mente se vio atraída por una energía capaz de conquistar las profundidades más íntimas de su espíritu. Aquella presencia se manifestaba como un círculo de color púrpura, nutrido en su interior de unos hermosos pétalos concéntricos. La ornamental esfera viajaba por una oscuridad total en la que de vez en cuando un relámpago siniestro iluminaba el suelo del escenario. En los confines de esa dimensión se podía escuchar el llanto de un bebé que gemía al verse extraviado en ese universo tan cerrado. Luego el sollozo infantil se apagaba dando paso a una voz de mujer que realizaba una y mil preguntas que la inquietaban. Artemus quedaba entonces atrapado por una ansiedad incontenible al tratar de respirar en ese mundo lleno de vacío, en el que el globo púrpura intentaba salir del encierro al que estaba condenado, pese a las prodigiosas capacidades que llegaba a revelar en los momentos de mayor desesperación por escapar.

Durante varias semanas esa visión alucinante lo seguiría persiguiendo hasta que logró crear un pacto que llenó de esperanza a las fuerzas de la burbuja, la cual decidió dejarlo en paz. Sin embargo, la tregua concedida le permitió al joven maestro explorar la dimensión con más calma. Los imprevistos relámpagos que a veces centellaban le dejaban intuir que se trataba de una población de alguna ciudad del mundo en medio de la cual se podía apreciar la sombra de un árbol negro y maligno. Artemus tuvo que hacer un esfuerzo superior para que ese malestar que lo perturbaría incluso hasta varios días después de marcharse de ese mundo sagrado, no quedara expuesto a los ojos de su aprendiz quien, según lo que percibió, no le concedió demasiada atención a lo que había observado esa misma tarde y siguió concentrado en la creación de su obra.

Tras los nueve días de trabajo, la copa del discípulo fue concluida y tan solo hizo falta pigmentarla, lo que le demandó solo un par de horas más. Al igual que su maestro, el

joven también tuvo que elaborar sus propios colores artesanales para pintarla. Los únicos pinceles que utilizó fueron sus propios dedos. Esa misma tarde, Artemus volvió a vestirse con su elegante traje azul claro. A partir de ese instante su aprendiz siempre lo observaría uniformado de esa manera, no volvió a sumergirse en las aguas y ni siquiera a la hora de cocinar se tomaba la precaución de quitárselo; lo curioso para el joven aprendiz es que el traje siempre permanecía igual de reluciente y limpio. Luego de vestirse, el maestro tomó su propia copa en una de sus manos mientras en la otra recibió la de su aprendiz, quien vio sus botas desprenderse del suelo para acto seguido elevarse en el aire como si su cuerpo fuera igual de liviano que la pluma de un ave. Luego se desplazó sin prisa por los cielos hasta una distancia desde la cual su aprendiz sólo era capaz de reconocerlo transformado en un punto negro, una pizca oscura situada en el amarillo luminoso de la tarde. El hombre que se quedó en la isla utilizó su visión mental con la que pudo apreciar su aterrizaje sobre el terreno de una roca grande y solitaria que sobresalía en medio de la llana superficie oceánica. Artemus dejó allí las dos copas que ante la luz radiante de los soles pasaron a convertirse en un par de sombras que se fundieron con la silueta de aquel minúsculo escenario. Minutos más tarde el maestro estaba de regreso en la playa, su discípulo seguía maravillado ante ese increíble vuelo capaz de humillar la rigurosa arquitectura de las leyes de la gravedad.

Así fue cómo pasaron los dos primeros meses de estadía en la isla. El tiempo seguía su transcurso implacable. De pronto, en el corazón de El Aprendiz volvieron a palpitar las grandes inquietudes que la tranquilidad y la belleza del lugar se encargaron de opacar. El joven entendía que en el momento más adecuado llegarían las respuestas. Desde el primer momento evitó acosar a Artemus con preguntas; conocía muy bien su carácter que parecía no haber cambiado en nada tras su paso por la muerte: seguía siendo el hombre sólido que conoció en su infancia, fiel a su pacto con el silencio y severo en las decisiones que le dictaban su gran sabiduría. De modo que en ese eco de vacío e incertidumbre, fue inevitable que entre ambos empezara a forjarse una disputa magnética. Una disputa en la que una pregunta buscaba una respuesta y una respuesta buscaba una pregunta. Ninguno de los dos se atrevía a expresar en palabras la inquietud compartida que los cautivaba. Una tarde, mientras el maestro contemplaba el descenso del último sol, el joven aprendiz, que se hallaba de pie en una de las rocas más altas de la isla, se atrevió a darle una ojeada en el mismo instante en que él giro su cabeza para que ambas miradas se conectaran en una sonrisa espeluznante. Sin embargo, esa noche a la hora de la cena, el expectante discípulo pudo al fin escuchar los secretos que encerraba uno de sus enigmas.

—El extraño personaje que alcanzaste a ver en el Jardín de la Vida—le explicó—, se llama Kulten. Es el soldado más fuerte que trabaja al servicio de la Orden de las Tinieblas. Puede que te resulte difícil creerlo pero aunque parece una idea extraída de las fabulas de nuestro hogar, este hombre, al igual que al jefe al que rinde su lealtad, no pertenece a nuestro mundo. Nació en otro planeta de otra galaxia donde hizo parte de una raza que fue derrotada y extinguida en una de las guerras más crueles que afrontó el Universo.

”Muy pronto entenderás que la paz que reina en Ulmuden ha sido preservada con el sacrificio y el esfuerzo de guardianes que trabajan en silencio desde el más profundo anonimato. Hace veinte años, el día que corresponde a la fecha de mi muerte, fuimos atacados por los miembros de esa comunidad de corazones corruptos. Ha sido la peor batalla a la que nos hemos enfrentado hasta ahora, aunque gracias a nuestra tremenda tenacidad logramos diezmar las fuerzas del enemigo principal.

”El líder de la orden es conocido con el nombre de Merfenés, un hombre de piel azul ultramar, pupilas de color naranja y un rojo cabello lacio que le llega hasta la mitad de su espalda. A pesar de su estatura promedio, posee una energía asombrosa que se ve

muy bien reflejada en la intensidad agresiva de sus combates: soportar la lucha contra sus poderes es un verdadero milagro. Entre otros de sus terribles dones está el de ser capaz de tentar la voluntad del corazón con solo perforarlo con el brillo de su mirada. Más adelante comprenderás el papel de nuestra misión en esta lucha.

Aquella narración congeló desde la punta hasta la raíz el espíritu del joven. Pero a partir de ese instante, se sintió comprometido con el destino de la paz de Ulmuden. De manera que no tardó en comprender que si se hallaba en esa isla mitológica era porque pronto recibiría un entrenamiento que le permitiría ascender de nivel para librar batallas tan extraordinarias como las libradas por su maestro esa mañana del reencuentro en el Jardín de la Vida. Se sintió fascinado ante la idea de que pronto tendría la oportunidad de convertirse en una de esas rocas indestructibles capaces de volar por los aires y crear con su energía esas incandescentes llamas de colores. La inquietud se apoderó de su mente durante varios días hasta que no pudo resistirse más. Esta vez se atrevió a expresar su deseo con la misma autoridad de estar reclamando un derecho ineludible.

—¿Cuándo empezará mi entrenamiento?—dijo.

—Ahora mismo—le respondió Artemus—, sólo estaba esperando que te sintieras preparado.

De inmediato subieron hasta la redonda casa roja de metal, situada en la cima de la isla. Cuando Artemus abrió la puerta, el joven aprendiz se sorprendió al ver que la estancia se hallaba vacía. No era una bodega repleta de materiales como lo imaginaba cada vez que su maestro descendía de aquel lugar acompañado de los objetos que necesitaban. Lo único que existía era un tapete en el centro de aquella amplia habitación azul, provista de cinco ventanas redondas de cristal ubicadas en el mismo orden y precisión que las puntas de un pentágono. Existía además una pequeña abertura por la que se podía apreciar el mar y el cielo amarillo de aquel mundo. Unos minutos después, el discípulo permanecía sentado sobre el tapete, con sus piernas cruzadas y sus manos formando un círculo frente a su cintura. Esa fue la postura más cómoda y relajada que encontró para que su cuerpo descansara en equilibrio.

—Por ahora sólo tienes que aprender a meditar—dijo su maestro antes de cerrar la puerta—. Intenta serenar tu mente hasta que logres pensar en absolutamente nada.

Fue una prueba difícil. En los primeros días se estresaba con facilidad por permanecer tanto tiempo en silencio en la misma posición; tenía que levantarse para estirar sus extremidades que a menudo se entumecían por la falta de circulación de la sangre bajo el sometimiento de la postura. Tras varias sesiones de introspección, consiguió que su mente quedara sumergida en un blanco total durante más de media hora. Después, esos treinta minutos se transformaron en una hora y a medida que se dejaba invadir por la serenidad iba prosperando. El oleaje del mar ayudaba a calmarlo para dejar su corazón libre de toda inquietud. La hora dejó de convertirse en una sola y se convirtió en dos, en tres, en seis. Al final fue capaz de durar un día entero sumido en el color de esa página blanco capaz de liberarlo, concediéndole la más preciosa paz a su espíritu pero aun así no tenía la más mínima idea sobre hacia donde se dirigía tanta concentración.

Una noche, sin embargo, tuvo la certeza de que su pensamiento se condensaba para adquirir una sólida consistencia. Aunque permanecía con sus ojos cerrados, al verse envuelto por la oscuridad de la estancia sintió la necesidad iluminarla imaginando tres gruesas velas de cera similares a las que ardían en los altares de los Santuarios. Luego, deseó contrarrestar el frío que se metía por la ventana, vistiéndose con un traje de color ocre al que tuvo el capricho de adornarlo con un ajustado cinturón de tela verde. Segundos más tarde, completó el conjunto soñando con un par de medias que abrigaron sus pies desnudos. Y por último, la fantasía quedó rematada cuando dejó que apareciera una deliciosa taza de café sobre la cual humeaba el sedoso vapor de su

calor. De pronto, experimentó unas ansias irresistibles de colocar a prueba su mente por lo que imprimió un poco más de fuerza a su abstracción, lo que permitió que el grupo de velas y la taza de porcelana levitaran en el aire. Entonces, en el punto de mayor concentración de su pensamiento la ilusión se quebró y abrió sus ojos. Le sorprendió percibir que la sala de meditación estuviera levemente irradiada por unos globos de luz, por lo que elevó su mirada y reconoció la existencia de los objetos que su mente había materializado. A pesar de ello una pizca de incredulidad lo llevó a cuestionarse si lo que veía era real o sólo fruto de su imaginación. Al dudarlo hizo que su vestido se desvaneciera y la taza de café cayó justo sobre su cabeza por lo que sintió el líquido caliente derramarse sobre su cabello e irritar la piel de sus hombros. Al captar el origen de la situación, retomó su fe en un instante para retener la caída de las velas a las que pudo ubicar junto al tapete sin derramar ni una sola gota de cera derretida. Un segundo después, Artemus abrió la puerta.

Su maestro lo dejaría descansar algunos días antes de pasar a la siguiente etapa de su formación. Con su confianza restaurada por todo lo aprendido en aquella prueba, el joven aprendiz sintió renovada sus energías, comprendió el mérito de tener una mente en su estado más puro de serenidad y muy pronto su espíritu se fortaleció ante la clara seguridad de verse protegido por las ilimitadas fuerzas del Universo. Sin embargo, la disputa magnética entre las preguntas y las respuestas se tornó a partir de entonces mucho más intensa. El Aprendiz percibía muy bien que ahora era el mismo Artemus quien lo incitaba a buscar el secreto del gran acertijo que envolvió su vida desde la infancia, el enigma que intentó permanecer dormido durante tanto tiempo hasta que cinco años atrás reventó en esa incesante inquietud por conocer la naturaleza del misterio. Por más que intentara evitarlo, no podía luchar con la presencia cotidiana de su maestro. Una tarde, reunió el valor suficiente y se atrevió a interrogarlo sobre las razones que lo llevaron a esa muerte a tan temprana edad que no tardó en convertirse en uno de los asuntos más intrigantes de la historia de Ulmuden. El artista más grande que jamás tuvo Combray, le dirigió una mirada agresiva y respondió:

—¿Y si te refuerzo la idea diciéndote que hubieras sido tú el que debió morir?

La sentenciosa frase fue directa a su corazón. Por un momento captó la mordacidad, el misterio y la verdad que ocultaban aquellas palabras. El joven se escudó de la abominable tensión del momento esbozando una sonrisa involuntaria que perduró en su rostro durante varios minutos antes de que fuera consciente de la tranquilidad y protección que ésta encerraba. Ninguno de los dos volvió a intercambiar palabra alguna en varios días. El aprendiz sabía que el maestro disfrutaba con su humilde silencio. La disputa magnética por revelar los secretos de los interrogantes se volvió menos tensa, aunque en el aire flotaba un crónico malestar que era una mezcla de orgullo y derrota. La idea que Artemus sembró en su mente demolió por completo sus incisivas inquietudes. Ahora advertía que de algún modo su existencia había quedado atada con ese hecho tan siniestro en el que él también pudo morir, un acontecimiento del que no podía escapar con facilidad y continuaba siendo un prisionero de éste por ser uno de los personajes más implicados en su misterio. La sentencia salvaje que le brindó su maestro aquella tarde tuvo la suficiente potencia para herir su espíritu hasta sus cimientos y resucitar una certeza de la cual pretendía escapar. Así era cómo se lo indicaba la intuición de sus ordenados sentimientos, pese a no ser capaz de escarbar más a fondo en el enigma. Una mañana, al cabo de tantas horas de reflexión solitaria, el maestro se acercó a su aprendiz quebrantando el silencio que los separaba. El joven discípulo, que se hallaba bajo la sombra del árbol, lo miró a los ojos percibiendo la misma ternura e inocencia con la que se amaron en esa edad nostálgica del vecindario. —Ha llegado la hora de que entiendas—dijo—porque la luz genera sombras al igual que las sombras provocan el resurgimiento de la luz.

Entonces ambos personajes abandonaron el corazón de la isla y se dirigieron a la playa

abanicada por el viento de las olas. Antes de dejarlo marchar, el maestro dio un fuerte abrazo a su aprendiz. Lo estrechó entre sus brazos durante más de un minuto, unos largos segundos de silencio que intimidaron al discípulo, no sólo porque apenas estuviera vestido en interiores, sino también por el gesto de Artemus, quien tomando su cabeza entre sus manos la inclinó sobre su hombro. Un gesto que le recordó el cariño de un padre a su hijo. Después de liberarse del abrazo, el joven se lanzó a las aguas y nadó sin descanso hasta que conquistó el kilómetro en donde iniciaban las erupciones de oxígeno submarinas. Según las órdenes que acababa de recibir, tenía que encontrar el sitio exacto donde una burbuja solitaria emanaba de la tierra. Esta vez fue difícil contemplar el mundo de allá abajo ante la falta de las gafas de buceo. A pesar de lo cual no tardó en lograr el hallazgo: era la única que se veía en cientos de metros a la redonda, la misma que se localizaba en línea recta desde la playa en la que Artemus se mantenía en pie. La segunda fase de la prueba era sumergirse a una distancia tan profunda cuyo límite sería establecido de acuerdo a la presión de agua que pudieran soportar sus tímpanos. La voz de su maestro, que resonaba en su cabeza metro a metro durante el descenso, lo motivaba a seguir adentrándose en ese reino fantástico del mar.

De pronto se detuvo, consciente de que estaba en el lugar perfecto para asumir el reto. Lo primero que hizo fue colocarse en la misma postura meditativa que aprendió durante su estancia en la casa roja de metal. Entonces tuvo que enfrentarse a la difícil tarea de permanecer en el mismo sitio a pesar de la fuerza de la monumental burbuja que lo empujaba hacia arriba y además de tener que aprovechar el oxígeno que ésta le brindaba de modo que pudiera conservar el ritmo de su respiración. Durante una hora entera batalló contra ese subir y bajar que interrumpía los escasos segundos de concentración que adquiría su mente. Tras la cual escuchó cómo en su corazón, en su cuerpo, en su materia, resonó el susurro de las palabras que Artemus le transmitía desde la playa de la isla.

—Te ayudaré colocándote una cadena que te mantendrá fijo en el mismo lugar.

Entonces los eslabones de acero se materializaron frente a sus ojos y el joven aprendiz quedó prisionero de aquel grueso hilo de metal, sin llegar a imaginar que a partir de ese mismo instante duraría dos semanas enteras, sin ser consciente del paso del tiempo, ya que la constante meditación lo mantenía en un estado de hibernación que concedía a su cuerpo el calor adecuado para sobrevivir en medio del frío de las aguas. Aquel estado de letargo lo llevó a olvidar del todo la necesidad de comer, su estómago percibía la densidad de la vida marítima y el silencio que reinaba allá, provocaba que su metabolismo estuviera sometido a un hechizo que lo ayudó a despreocuparse por sus necesidades fisiológicas. El reto más duro en un principio fue aprender a confiar en el ritmo de ascenso de las burbujas de aire, después de lo cual sus pensamientos se tornaron más livianos y pacíficos. A veces pasaba horas enteras en una oscuridad total sin sospechar que en esas horas estaba en realidad durmiendo. En cuanto se cumplieron los tres días de estar sumergido, la voz de Artemus volvió a palpitar en su mente revelándole los primeros conocimientos que debía saber para avanzar en su formación espiritual.

El joven maestro quien pasaba sus tardes observando el horizonte, le explicó a través de susurros, que hasta donde él mismo tenía conocimiento existían Siete Dimensiones que definían la unidad y belleza del cosmos que habitaban: diversas etapas por las que pasaría todo ser en el inicio de su larga aventura por la Vida. La primera de ellas correspondía al escenario del amplio Universo que abarcaba el todo y la nada, era el mundo donde la materia tomaba su real consistencia a través de la hermosa oscuridad del espacio negro salpicado de estrellas, las nubes de múltiples colores de las galaxias, los sincronía orbital de los planetas de los sistemas solares y los valles de hierba malva que germinaban sobre los valles terrestres. Después de ese escenario natural, se

hallaba el mundo de las almas, las cuales viajaban por la Primera Dimensión con la simple y fabulosa emoción de conocerla, se dejaban calentar por los rayos de los soles y se deleitaban experimentando los vacíos de las fuerzas gravitacionales. Aquellos espíritus, que nacían durante la gestación del cosmos en su expansión hacia el infinito, disfrutaban de su liviana existencia antes de dar el salto de ingresar al siguiente escenario, considerado como el Mundo de los Mortales. Era ahí donde toda la energía adquirida en su recorrido a través de las dos primeras dimensiones, el alma se convertía en el destino de un ser vivo, encarnándose en la apariencia de un animal, una persona, una planta o cualquier otra cosa que permaneciera en un escenario donde la leyes físicas habían originado la existencia del tiempo, un efecto inevitable que delimitaba el curso de una vida durante un periodo histórico. Durante dicho periodo cada espíritu tomaba consciencia de sus sentidos y reflexionaba sobre los íntimos secretos que surgían en ese viaje por las distintas edades que debía afrontar su materia.

Según las palabras de Artemus, la Tercera Dimensión, vista desde el concepto del tiempo concebido por los mortales, parecía ser el más largo y eterno de los siete escenarios trazados por la magia suprema de la Vida. Pero observado desde la historia del Universo, en realidad resultaba ser un periodo bastante corto de varios milenios en los que los seres vivos aprendían a tener consciencia de su mente hasta lograr acceder a la siguiente dimensión: aquella que se erigía a partir de la armonía de los paisajes del mundo astral. Era por eso que durante las etapas de evolución experimentadas a través de la Tercera Dimensión, los mortales tenían derecho a disfrutar de ese panorama misterioso, y muchas veces incomprensible, de los sueños. En el campo más avanzado de lo astral se podía tener conocimiento de todas las encarnaciones pasadas, todo lo vivido hasta entonces y el valor ilimitado que poseía la libertad del espíritu. Ante esta revelación, El Aprendiz no dudo de que su yo espiritual se encontraba ya en esa Cuarta Dimensión.

—Así es—afirmó Artemus al percibir su seguridad—, estas en el nivel en donde ya eres consciente de lo vasto e infinito que es la Vida. Una prueba de ello es que puedes volar libre como un ave por los cielos, que puedes invocar la presencia de objetos con solo imaginarlos, que puedes trasladarte de una calle del mundo a otra sintiendo como la energía orgánica del cosmos sopla sobre ti como si fueras arena. Ahora bien, si logras ser más fuerte que esta prueba obtendrás la potencia y sabiduría necesaria para conquistar la Quinta Dimensión.

Lo que Artemus deseaba era que la materia de su mundo físico se fusionara con toda la esencia del universo astral. Lo que Artemus deseaba era que la materia de su mundo físico se fusionara con toda la esencia del universo astral. Así alcanzaría un nivel donde todos los dones y capacidades que gozaba su espíritu en el territorio de los sueños podrían reflejarse en el mismo plano físico. Fue así como entendió lo cercano que estaba de poder tener las mismas cualidades que su maestro había exhibido en su batalla contra Kulten. La noticia de hallarse tan próximo a ese extraordinario ascenso místico, lo llenó de una emoción incontenible, tan intensa que por un instante se sintió liberado del peso de la cadena que lo amarraba a esa profundidad de las aguas. Se imaginó a si mismo impulsándose con todas sus fuerzas mientras en el aire se trazaba la estela de su aura, se vio resistiendo igual que una roca indestructible los más duros golpes de su enemigos, se sintió provisto de unas fuerzas abominables que estarían más allá de su efímera voluntad como ser humano. Entonces tuvo el sabio presentimiento de que tal como lo describían los relatos escritos por los antiguos monarcas, se convertiría en un mago cuya potencial mental le permitiría materializar en sus manos desde espadas afiladas, relojes de arena y libros de astronomía, hasta copas de metal y frascos medicinales.

Las últimas dos dimensiones que el maestro le describió consistían en los escenarios

entre los cuales se encontraba el alma de Artemus. Después de completar todo el ciclo y pasar por cada una de las etapas, llegando incluso a conquistar el nivel más avanzado de la Quinta Dimensión, toda persona debía aceptar con gusto el sabor de su propio deceso, un desenlace que no se parecía en nada a las sucesivas muertes y reencarnaciones que acontecían durante las dimensiones anteriores, sino que se trataba de un final donde el viajero ingresaba al territorio de la Sexta Dimensión, mejor conocida como el Más Allá. En ese estado de consciencia la voluntad de la mente se purificaba, borrando todos los recuerdos de sus vidas pasadas, seduciendo a que el corazón del espíritu aumentara su tamaño para ser útil al resto del Universo. En el reino del Más Allá, el alma disfrutaba dejando que su esencia adquiriera su punto de mayor sincronía con el resto del cosmos, lo que le concedía el mérito de acceder al último escenario del desarrollo vital, la Séptima Dimensión o El Mundo de los Dioses. Al conquistar esta posición, el viajero había completado su ciclo por todos los procesos y a partir de entonces el dominio de sus capacidades se encontraban en un plano de energía ilimitada: su aporte al cosmos era el de convertirse en una fuerza creadora, capaz de dar vida a las raíces de las semillas y alumbrar el oscuro cielo nocturno con su brillo, igual que una estrella titilante. Artemus se atrevió a confesarle que después de esa última fase, existían cinco dimensiones más, nombradas como Las Edades Divinas, acerca de las cuales los grandes sabios que conocía nunca se habían atrevido a revelarles nada al respecto.

—¿Y quiénes fueron tus maestros?—se atrevió a preguntarle.

—Solo tuve un guía, una mujer muy sabia—contestó Artemus con mucha amabilidad—. Algún día la conocerás.

Después de paladear en su boca el exquisito misterio de aquellas dimensiones que integraban las ilimitadas e inmortales sendas de la Vida, el joven aprendiz experimentó un apetito voraz de avanzar en esa exploración eterna capaz de tocar el Cielo de los Dioses. Se sumergió aún más profundo en su meditación, percibiendo como el aura de su energía dorada crecía en torno suyo, envolviéndolo en un manto brillante que llamaba la atención de los gordos caramedones, que eran los únicos seres capaces de extraerlo de su recogimiento. Al abrir sus ojos, observaba el rostro amarillo de los peces cuya boca dentada revelaba una amable sonrisa y sólo tras lograr el objetivo de despertarlo los mitológicos animales del mar decidían marcharse. La motivación tan tremenda que renació en su corazón no tardó en colisionar con el enigma que tanto misterio encerraba aquel suceso protagonizado por Artemus en los tiempos de su infancia y que ahora era más que necesario comprender si deseaba superar la lógica espantosa que suponía la existencia de cara a la muerte.

Esa inquietud lo mantuvo hechizado durante un par de días, intentando no buscar las respuestas en su maestro. Las largas horas de letargo se nutrían de un suave color púrpura que relajaba su mente en un estado mucho más intenso que el provocado por la pantalla blanca. Aún seguía sin entender que llevaba días enteros meditando en las profundidades del agua, que no llevaba la cuenta del radiante brillo de los soles ni de la intensa oscuridad generada durante las noches. Su atención seguía firme en sus propios pensamientos que para suerte suya ya no podían regresar a un nivel inferior.

Una tarde, tras muchos esfuerzos de hallar la solución en sí mismo, su campo de visión se transformó en una pantalla de un negro total: un lienzo oscuro en el cual se trazaron unas líneas fosforescentes que dieron forma a dos siluetas humanas de color azul, cada una de las cuales mantenía sus brazos cruzados. En medio de las dos figuras aparecía una curiosa escultura en la que se asomaba la mitad de un globo, como un planeta cortado en su centro. Un segundo después una radiante esfera, cuyo tono azul era idéntico al de las siluetas, apareció detrás de estas, tras lo cual un juego de múltiples colores fue desplegándose desde aquel círculo hasta inundar la oscuridad negra que aún existía en el resto de la pantalla. Era un hermoso cuadro en donde sus

colores vivos brillaban como si estuviera hecho de partículas de polvo estelar. Entonces el silencio de la pintura fue cortado por el susurro de la voz de Artemus.

—Hay que aprender a respetar lo sagrado que es la muerte, mi querido amigo.

La imagen de las dos siluetas humanas se difuminó para convertirse en la sala en donde el joven guerrero se enfrentó a Merfenés antes de morir. Era la misma pesadilla que con tanta nostalgia y tristeza recordaba Dolbener, el astrónomo de altamar. El Aprendiz tenía el presentimiento de que en algún momento de su vida ya había contemplado esa escena, que incluso conocía todo su desarrollo y su trágico final. Aquella intuición fue confirmada por el propio Artemus quien le indicó que su presencia no tardaría en manifestarse en medio de la batalla. En los ojos naranjas del malvado Jefe de la Orden de las Tinieblas se reflejaba la figura del joven maestro que protegía la estancia ubicada a sus espaldas. Pero aquella visión no estaba diseñada para repetir paso a paso lo acontecido veinte años atrás, sino que se desarrollaba develando los detalles más esenciales del suceso. La escena pasaba de inmediato a la lucha de las dos estelas enemigas y entonces aparecía la energía que prestaba su auxilio a Artemus. El joven aprendiz comprendió con solo verla que se trataba de su propio espíritu. En el juego tan asfixiante creado por las fuerzas en combate, el espectador meditativo intuyó con firme claridad que solo la muerte podría facilitarles la bendición de abatir a ese tenebroso hombre.

—Uno de los dos tenía que sacrificarse—dijo el discípulo.

—No lo hubieras soportado—sentenciaba el maestro—, tan solo eras un niño, mi responsabilidad recaía sobre ti.

La mente del discípulo se abrió por completo y entonces fue consciente de que no era la primera vez que contemplaba esa tenebrosa escena que se había repetido a lo largo de su vida en unos sueños tan angustiantes que nunca podía precisar la secuencia de sus imágenes. Ahora entendía que su propia energía se disparó esa noche cuando su mente reconoció que ya no existía ninguna otra salvación. Su corazón de niño fue testigo de ese evento, no sólo por la conexión tan fuerte poseía con su maestro, sino ante todo porque a esa temprana edad ya era sensible al plano de los viajes astrales aunque aún le faltaban muchos años para moverse libremente en ellos. Sin embargo, pese a su total devoción por ayudar, no poseía dominio alguno de la energía tan tremenda que ostentaba en ese momento de la lucha, por lo que debió aceptar con sumisión las ordenes que le dictaba Artemus. La voz de El Aprendiz que estudiaba la visión con detenimiento se adelantó a confesar una verdad:

—Nos tomó muchos años llegar a comprender todo esto.

Durante años los miembros de la comunidad secreta encargada de proteger a Ulmuden, se preguntaban sin llegar a entenderlo cómo el espíritu del aprendiz más famoso del mundo pudo ostentar un nivel tan alto de energía, una fuerza tan extrema que superaba incluso a la del guerrero más experimentado que poseía la asociación de guerreros. Ahora el misterio se resolvía. El maestro aceptó su muerte como el precio que debía pagar para proteger a su aprendiz, cuya esencia se habría disuelto al no controlar ese radiante fuego y quien en el caso de ganar el combate tan solo hubiera retenido a Merfenés un par de horas. Para encerrar al Jefe de las Sombras era necesario un conjuro mucho más potente que fuera equivalente a un sacrificio muchísimo más gigante. Por eso el discípulo alcanzaba a observar, como en los segundos de vida que aún le quedaba, el valiente guerrero asumía los riesgos de la batalla esbozando una admirable sonrisa, la misma que se marcó en su alma y en su rostro como una cicatriz que con el paso de los años le serviría de escudo para eludir durante su infancia la necesidad de resolver el misterio.

—A mi final y liberación—sentenció la voz de Artemus.

—Y nuestra conexión abierta con la eternidad—finalizaba la voz de El Aprendiz.

La imagen de la radiante energía, ascendiendo por los túneles que conducían a la

cocina donde fue encerrado Merfenés en la vasija blanca, desaparecía entonces al ser reemplazada de nuevo por la pintura negra donde se apreciaban las dos siluetas dialogando. El radiante sol azul aparecía como un vacío generado por la muerte del joven maestro, su intenso calor dejaba al descubierto una cálida sensación de seguridad. Con su muerte Artemus había creado una brecha en la que sus poderes y conocimientos iban más allá del plano físico. El joven aprendiz contemplaba entonces cómo del círculo radiante empezaban a surgir los hermosos colores que brotaban de la eternidad del más allá, llenado el cuadro con ese aire de perfecta protección, capaz de inspirar una profunda esperanza y serenidad.

Fue así cómo logró interpretar el misterio que agobiaba con mayor intensidad su vida desde los últimos cinco años. Ahora se sentía orgulloso de haber ayudado de algún modo con esa fatal misión donde la única muerte de su maestro justificaba la magnitud de lo que hubiera podido ser una gran tragedia. En la soledad profunda de las aguas experimentaba que sus conocimientos iban progresando, se expandían hacia ese infinito sagrado que lo acercaba al contacto con la Quinta Dimensión. Sin embargo, no se había consumido aún esa eufórica sensación, cuando tuvo la impresión de que en su mente se deslizaba una losa de suave color terracota, como si en el interior de su cabeza se estuviera creando una abertura que permitió que se filtraran las tonalidades de un mundo, que conocía como la palma de su mano, pero que durante esos meses estuvieron bajo el conjuro del olvido. Entonces se vio a sí mismo caminando por una calle empedrada, acariciado por el viento de las tres de la tarde y estudiando las ventanas de las casas de dos pisos de su vecindario. Su esencia se estremeció como si viviera en ese momento un recuerdo de una vida pasada e intentó calcular con horror cuánto fue el tiempo que aconteció desde la última vez que fue consciente del universo de su planeta natal.

—Me alegra que mi barrera hubiera funcionado—dijo la voz de Artemus—, tenía que aislarte del ciclo cotidiano de tu ritmo de vida para que centraras toda tu atención en el descanso y el entrenamiento. Aunque a partir de ahora quizá extrañes con mayor intensidad a tus amigos, no te dejare que viajes por los senderos astrales mientras permanezcas aquí. Después habrá tiempo de explicar los motivos de tu ausencia en Ulmuden.

Tras la explicación de su maestro, la ansiedad que lo asustó en un primer momento se disolvió, dándole la oportunidad de saborear esos recuerdos que ahora surgían en su memoria tan nítidos y claros. Se dejó hundir en ese fantástico recordar en el que vio a cada uno de los rostros de la comunidad de Los Viajeros Durmientes, presintiendo por un instante hacia donde los llevaría el futuro a todos cuando logran elevar sus capacidades hasta el nivel más extremo. El mundo espiritual en el que vivía se convirtió a partir de ese instante en un largo camino que quizá no tendría jamás un final. En su mente evocó de nuevo La Calle del Vidente en la ciudad de Nurbelad, la estación de trenes en la madrugada cuyas rutas conectaba con diversos rumbos nutridos con unos paisajes maravillosos, la pista de despeje de las tres aeronaves en las que Nekvin disfrutaba realizando acrobacias en el cielo, la gigante escultura del Arco de los Héroes en la población que el mismo diseñó tras leer esa novela de amor, la gata Lola que se convirtió en la mascota oficial que los acompañaba a través de sus viajes en esas dimensiones espaciales y el resto de escenarios a los que se podía ingresar al abrir una puerta o tocar la superficie de una fuente de agua.

Al recordar el rostro de su querida Bellumin sintió una profunda nostalgia, extrañaba la ternura íntima que ambos se profesaban, escondiéndose en los pasadizos secretos de ese universo, deseaba volver a verla para abrazarla y compartirle los misterios que hasta entonces había descubierto en esa soledad oceánica tan inmensa. También recordó el cariño maternal que inspiraba Musjem, esa mujer fantástica vestida con su traje de estilo antiguo, que durante los últimos tres años fue la maestra de todos los

miembros de esa pequeña comunidad, enseñándoles a combatir con todas sus energías, utilizar la intuición a la hora de escoger la mejor ruta del juego y comunicarse con sus mentes así estuvieran a kilómetros de distancia. Al final de sus recuerdos, se sintió atraído por la imagen de las lámparas de aceite que formaban en el empedrado esos círculos radiantes de luz amarilla que acompañaban a los elegantes Centinelas de la Noche, a quienes podía observar tanto en los territorios astrales como en el tejido de la realidad nocturna. Al llegar a este punto, se vio invadido por una terrible necesidad de abandonar su meditación y regresar a la paz de su mundo ordinario, pero enseguida su mente lo reconfortó de su melancolía indicándole que el ahí y ahora en el que estaba era el sitio perfecto donde el Universo lo destinaba a fortalecer la conciencia de su espíritu.

—Me entusiasma saber que aceptes tu destino—susurró la voz de Artemus en su corazón—. Ahora quiero preguntarte si alguna vez, durante todos tus viajes astrales te has encontrado con la forma de una anomalía estelar, un tipo de energía reprimida que intente jugar con ustedes e igualar sus fuerzas: una entidad similar a una flor.

El Aprendiz no tuvo que pensarlo demasiado. Con la sola sugerencia de la anomalía estelar, en su mente se plasmaron las presencias que a menudo entorpecían la armonía de la dimensión en la que se manifestaban, las dos esferas de distinto color que constituían un enigma en el mundo astral. Aquellos dos globos de energía que permanecían presos sin la oportunidad de recorrer libremente el inagotable infinito del universo de los sueños. Recordó que las dos presencias sólo generaban inconvenientes, perturbando no sólo a Los Viajeros Durmientes sino también al resto de almas que vagaban en su forma más primitiva. Ambas esferas constituían un misterio que ni siquiera Musjem había podido explicar. Según lo especificado por su maestro, era evidente que indagaba por la forma de vida que era mucho más retraída e impotente pese a sus magistrales esfuerzos por estar al mismo nivel que los demás, aquella cuyo color era de una suave tonalidad morada y en su núcleo poseía una exquisita fauna de pétalos concéntricos que giraban entre sí como los piñones de un sistema de engranajes.

—Así es—contestó—, le decimos la Sombra Purpura. No estamos muy seguros de sus intenciones. Aunque le es casi imposible comunicarse con nosotros, hemos observado que posee una admirable inteligencia.

—He estado percibiendo su energía durante estos meses. Cada vez me acerco más a los secretos que envuelven su existencia. Se trata de una persona de muy buen corazón que desea con todas sus fuerzas romper su cascara y escapar de las ataduras que la mantienen condenada en un encierro similar al de Merfenés. Muy pronto entenderás de quien se trata.

A partir de ese momento la meditación del joven aprendiz no volvió a ser interrumpida para nada, los susurros que le concedía su maestro para orientarlo desaparecieron, dejando su mente sometida a una soledad total que su corazón agradeció con gran devoción. El aura dorada que emanaba de su cuerpo seguía expandiéndose, proporcionándole una iluminación propia que incluso brillaba en medio de la oscuridad de la noche, era como si su existencia fuera igual que la vela de una llama ardiendo en las profundidades del océano. Se encontraba ya en la segunda semana y tan solo faltaban un día y medio antes de que se venciera el plazo trazado por Artemus en el cual podría contar con la suerte de ascender de nivel en su vida espiritual: si no era capaz de conseguirlo, según se lo indicaciones recibidas, su frustración lo estancaría sin remedio durante un par de años antes de volver a tener la oportunidad de liberar la magnitud de sus poderes. El hombre meditativo, quien era inconsciente del tiempo que aún tenía disponible, ya empezaba a percibir que a pesar de su tenaz concentración no lograría conquistar la Quinta Dimensión mientras su energía continuara igual de estable, sin atreverse a dar un paso más que la empujara más allá de su quietud.

En su memoria no dejaba de disfrutar el sueño de convertirse en un guerrero provisto de esas capacidades extraordinarias. Se imaginaba envuelto en una oscuridad total donde el primer signo de su triunfo emanaba de sus manos en forma de una esfera resplandeciente de energía, idéntica a la producida por su maestro durante su combate contra Kulten. Su propia intuición le informó, como si hubiera acabado de leer una página de un libro de una biblioteca, que esas bolas radiantes eran conocidas bajo el nombre de destellos. Y luego conoció un dato adicional: la certeza de que el tamaño que estos no reflejaba de la cantidad de energía que albergaba, sino que podían existir esferas no demasiado grandes en cuyo núcleo habitara una potencia espiritual tremenda. Esa verdad lo llevó al razonamiento de que en la Quinta Dimensión no se podía calcular las fuerzas de un individuo de acuerdo a su aspecto físico ni siquiera aún por su experiencia alcanzada por años de entrenamiento: todo dependía de la fe y fortaleza interna del propio corazón a la hora de aceptar el ilimitado valor supremo de la Vida. Al concebir este pensamiento ingresó a un terreno donde sintió que estaba a un solo escalón de superar las condiciones actuales de la dimensión en la que se hallaba. Pero entonces se enfrentó a un obstáculo imprevisto que lo agobió durante las horas que le restaban. La magnética aura dorada que lo envolvía inició un lento proceso en el que fue decreciendo su amplitud, se reducía en pequeñas proporciones minuto a minuto mientras percibía con sus ojos cerrados como la curiosidad de los caramedones que se había despertado al ver su paulatino descenso, produjo que éstos lo visitaran más a menudo, lo que fastidió su meditación, como si acabara de convertirse en el centro de atención más indignante del océano. La interpretación que daba al acontecimiento es que al cabo de tantos días de expandir su energía, ésta había decidido retraerse de nuevo al no ser capaz de llevarla a un nivel superior. Su cuerpo germinó una incipiente ansiedad que al llegar a su punto más extremo se convertiría en una desesperación infinita. Fue así cómo finalizó más de un día entero del lapso que aún le quedaban, el tiempo siguió fluyendo y muy pronto dedujo con una furiosa resignación que sólo le restaban algunas horas para cumplir su sueño. Ahora sentía el peso de la cadena y el bloque de cinco toneladas que lo condenaba a las profundidades, mientras la provocadora angustia ya intentaba zafarlo de su consagrada fe en la espera de la burbuja que alimentaba de oxígeno a sus pulmones.

De pronto se sintió derrotado. Tan cruel era la sensación de impotencia que dadas las circunstancias aceptó con gusto y orgullo la seguridad que le prometía su propia muerte, atreviéndose a pensar que si no tenía las fuerzas suficientes para superar esa prueba no merecía de ningún modo regresar a la superficie del mundo de los mortales. Entonces en la pantalla negra de su mente, la muerte le ofreció una hermosa contemplación de todo lo que había alcanzado hasta ese momento a lo largo de sus viajes por las dimensiones del cosmos. Al principio sólo era una molécula de aire que se transfiguraba en una célula solitaria que se regeneraba en más de un millón de partículas de su misma especie para construir una diminuta lombriz que crecía. En la visión, continuaron presentándose distintas conversiones de su materia: un pez en las corrientes de los ríos, una gaviota que disfrutaba del viento de los cielos azules, un gato que ronroneaba sobre los tejados durante la noche, un oso perdido en el interior de un bosque de pinos, un bebe que surgía de las entrañas de una madre. A veces las encarnaciones retornaban a un nivel inferior y en la siguiente se consolidaban en una que marcaba una distancia asombrosa, pero siempre se manifestaban revelando cómo en el transcurso de las etapas su consciencia de ser viviente progresaba, igual que una planta que crece y madura hasta conquistar la altura de un gigantesco árbol. Su viaje por el infinito del Universo le permitía nacer en distintas galaxias y luego morir para trasladarse a otro sistema solar en otra región de la Magna Creación. Las imágenes a lo largo de sus vidas pasadas exhibieron también los paisajes infinitos que desfilaron ante sus ojos, las montañas y las constelaciones, las verdes llanuras y las arenas de

los desiertos. Al mismo tiempo entendió que todos los oficios y conocimientos adquiridos en sus antiguas encarnaciones podían volver a ser reutilizados como si estuvieran escritos en la palma de su mano. Una certeza más llenó de alegría su corazón al asimilar que si lo deseaba podía materializarse en cualquiera de los seres, animales y personas a través de los cuales su espíritu inmortal viajó durante milenios. Entonces su mente regresó a una edad antigua en la que vio a un hombre sentado en medio de la penumbra de un monasterio donde existía un sagrado pacto con el silencio. Al reconocer su vestido naranja y su cabeza rapada, le fascinó saber que era idéntico a esos monjes descritos en las novelas de los monarcas de la Antigüedad, uno de esos personajes que consagraban sus vidas al estudio de las artes marciales y a los misterios de la meditación. En ese mismo instante, comprendió con total convicción que él era ese mismo hombre que vivió en un planeta muy lejano, varios siglos atrás antes de su nacimiento, el mismo que en esa época tan distante soñaba con un futuro donde a sí mismo se veía sometido en una prueba tan tremenda como la que él enfrentaba en ese momento, sumergido en las profundidades del océano. Ahora sabía la razón por la que su mente estaba tan adiestrada en las artes del combate: sus capacidades provenían de esa vida anterior, por lo que ya no era necesario repetir su formación si deseaba alcanzar el nivel de ese grandioso guerrero en el que deseaba evolucionar. El pasado, el presente y el futuro coincidieron en un mismo tiempo.

En ese momento el abrió sus ojos. El aura dorada de su cuerpo terminó por apagarse y la frustración que sentía al descubrir tan tarde todo ese potencial dormido se transformó en una desesperación sobrenatural que lo obligó a buscar la necesidad de respirar con toda la fuerza de sus pulmones. Unos segundos más de tiempo anclado en esas condiciones y su cuerpo colapsaría de un derrame cerebral que colocaría fin a su existencia. Entonces observó cómo la realidad se teñía de esa tonalidad púrpura que había visto antes en el Jardín de la Vida, todo el mundo se congeló y los peces que lo contemplaban en frente suyo perdieron su movimiento tras un lento efecto de agarrotamiento. Sin embargo, a diferencia de la ocasión anterior, tuvo la certeza de que en ese instante la naturaleza de su espíritu estaba más allá de la consistencia de ese efecto que lo retenía. En sus entrañas experimentó una intensa efervescencia, un calor intenso como si una espada fría le estuviera atravesando el ombligo. Un par de estrellas minúsculas empezaron a brotar de su cuerpo y pronto se vio rodeado de un grupo de rombos de color blanco y amarillo que parecían burbujas que ascendían en búsqueda de la superficie de las aguas. La desesperación contenida estalló sin respetar el cálido abrazo púrpura que intentaba dominarlo. Levantó su cabeza y contempló que allá arriba se veía el espejo claro de las aguas iluminadas por el sol del atardecer. Una franja vertical azul se trazó desde el cielo hasta el fondo del océano. Ahora sabía que sus energías y experiencias acumuladas a lo largo de sus edades pasadas se patentaban en su única y actual existencia. Era un miembro más en la historia del Universo que acababa de completar su ciclo por las dimensiones anteriores y ahora, como el alumbramiento de una estrella, gozaba de unos poderes ilimitados concedidos por su confianza en la eternidad del cosmos. El aura que se había comprimido en su cuerpo explotó sin poder contenerse más.

Artemus, quien permanecía en la playa de la isla siguiendo de cerca la meditación de su discípulo se estremeció ante el vigoroso temblor que surgía bajo las aguas. Apenas unas milésimas de segundos antes, el maestro, atemorizado por el estado de su joven aprendiz, impulsó a su espíritu para congelar la realidad de manera que contara con el tiempo suficiente de rescatarlo de la prueba que ya daba por perdida. Pero ahora acababa de acontecer un hecho tan impredecible como el ocurrido veinte años atrás durante la noche de su sacrificio: la energía del aprendiz más famoso del mundo había reventando hasta llegar a su nivel más extremo. Una columna de agua fue expulsada desde las entrañas del océano, seguida por la cadena de acero cuyo primer eslabón

mordía el enorme cubo de metal que trepó por los aires con facilidad, como si fuese una hoja soplada por el viento. El joven maestro tuvo que dar un salto de manera que pudiera evitar la bestial ola que se originó en el epicentro de la explosión provocada por el hombre que acababa de superar la prueba, quien flotaba en el aire envuelto de una serenidad envidiable. La distancia mayor a un kilómetro no impidió que el maestro y el aprendiz se miraran a los ojos y sonrieran al mismo tiempo. El bloque volvió a caer sobre las aguas generando otra ola gigantesca que volvió a ocultar a la isla en medio del océano.

Unos días más tarde, amaneció muerto un hermoso caramedon en la orilla del mar, lo que para ambos fue considerado como un homenaje concedido por los dioses para celebrar el ascenso del joven aprendiz a la Quinta Dimensión.

VI. LA COMUNIDAD DE LOS ASTROS

El día de despedirse de la Tierra Sagrada de los Camedones llegó, igual que las olas se acercaban a la playa, implacables, obedeciendo el ritmo natural de las cosas, eslabonadas en una misma cadena para crear el destino. Era la misma hora del primer atardecer que contempló El Aprendiz cuando despertó de su sueño de dieciocho horas y, al igual que en aquella ocasión, los dos hombres de la isla disfrutaron del espléndido paisaje por última vez. Artemus sostenía en su mano izquierda la copa en la que trabajó con tanto esmero, al igual que su aprendiz cargaba la suya en sus brazos, como si ésta tuviera la fragilidad de un bebe. Ninguna de las dos copas conservaba los colores artesanales con las que fueron pintadas: por lo visto el implacable efecto de los astros solares devastaron las tonalidades, dejando que el barro tomara la misma consistencia de una roca. El sol continuaba su descenso, ahora transformado en un círculo naranja, tan hermoso como el de un amanecer. Antes de marcharse de ese escenario el gran artista que jamás tuvo Combray deseó darle su último adiós a esa legendaria tierra, elevando una oración que bien fue entendida por El Aprendiz como las líneas de un poema.

*La muerte será tu gran compañera,
en tu viaje por los todas las edades
siempre su consuelo hallarás.
Así como las aguas siguen su cauce,
las flores renacen en los campos
y las aves disfrutan del cielo:
tú seguirás renaciendo
hasta que tu rostro sea iluminado
por el vino de la inmortalidad.*

Por primera vez en seis meses, el joven discípulo volvía a vestirse con la ropa que llevaba puesta cuando se presentó en el Jardín de la Vida. De pronto el amable silencio con el que se despedían del lugar llegó a su punto más glacial. Entonces el maestro miró con intensidad a los ojos de su aprendiz, antes de ser envuelto por un remolino de brisa tras el cual desapareció como si hubiera sido fulminado por un relámpago. En una fracción de segundo el joven observó una circunferencia brillante que disminuía su tamaño mientras en torno a ésta giraban dos líneas rectas. Antes de cerrarse por completo, el joven enfocó su espíritu en la pequeña fisura del disco para impulsar el peso de su materia por ese vacío. El fabuloso mundo de los camedones, tan mítico como fantástico, le susurró un hasta pronto mientras su esencia se deshacía como si fuera polvo.

Cuando abrió sus ojos de nuevo se hallaba en medio de unas majestuosas montañas. En el cielo salpicado de estrellas, lo primero que reconoció fue a la constelación de La Esfera Roja. Luego se fijó que enfrente de él estaba el corpulento y desnudo pellejo ocre de una montaña que se elevaba hasta ser rematada por el verde de la hierba. Si se hubiera aproximado a unos doscientos pasos de donde se encontraba con seguridad habría visto la turbulenta actividad del río azul que existía entre ambas montañas. El sonido de la furia de las aguas al correr en medio de las rocas llegaba hasta sus oídos. El contraste de los radiantes soles del mundo anterior con la oscuridad apacible del cielo, lograron que el joven experimentara un nervioso escalofrío que fue seguido por los intensos soplos de viento que erizaron los vellos de su piel. Intentó adivinar en que sitio se encontraban: lo sorprendió la gran torre de astronomía que existía a su derecha y a la izquierda una pequeña casa circular bastante similar a la

que estaba en lo alto de la isla que acababan de abandonar.

—Estamos en Yunzabit—dijo Artemus.

El maestro apreciaba en ese instante la escultura de tamaño humano situada en el pedestal gris que el joven aprendiz aún no había reconocido ya que le daba la espalda. Al girarse vio la figura de roca en la que un hombre vestido con una toga marrón sostenía entre sus manos los bordes de la capucha que cubría su cabeza. Era como si el personaje estuviera ensanchando el agujero de tela con la esperanza de ver más allá de las sombras. Aquella obra de arte estaba pintada con colores, lo que otorgaba a la figura del hombre una solemnidad real, como si en verdad hubiera una persona de carne y hueso allí. Al ver el hermoso manto, cuya tela se dividía a la mitad en el pecho y las mangas apenas llegaban hasta los codos, el joven visitante experimentó el fuerte deseo de portar una túnica similar, lo que provocó que, sin tenerlo previsto, apareciera una idéntica sobre su cuerpo.

En seguida vio que su maestro, quien se desplazaba hacia la pequeña casa, también llevaba puesta la misma toga. El Aprendiz lo siguió e ingresó en una amplia sala muy bien iluminada en donde existía una diversidad de barriles color café. En el centro del suelo existía una cuadrada cubierta de madera dividida en dos por unas artísticas bisagras. En cuanto Artemus se agachó y abrió una de las secciones para apoyarla sobre su otra mitad, apareció una larga escalera que descendía unos diez metros hasta llegar a un espacioso aposento, dotado de un marco sin puerta que comunicaba hacia los otros corredores de aquel baluarte subterráneo, cuyos interesantes secretos conquistarían con facilidad el corazón del joven aprendiz. Mientras bajaban por los anchos escalones el maestro le explicó que el lugar era en realidad una grandiosa red de túneles que se iban internando hasta llegar a los sitios más profundos del planeta.

—Es ahí donde conservamos—dijo—nuestras mejores armas y tesoros con los que nos hemos perpetuado la paz de este mundo durante los últimos siglos.

Cuando cruzaron el marco de aquella primera estancia se encontraron con un largo y grueso corredor principal. El Aprendiz levantó su mirada para observar las gruesas vertebrales de las vigas que formaban el esqueleto de madera que sostenía el techo. Mientras tanto su maestro caminaba hacia el fondo donde existía un portón abierto de par en par, dejando a la vista el inicio de un sendero color ocre que seguía su ruta en compañía de la corpulenta piel de la montaña. Desde allí era posible ver hasta donde se adentraba el turbulento río que se desvanecía en un diminuto hilo al llegar a la línea del horizonte. Cuando Artemus cerró la puerta doble, tomó el pliegue izquierdo de su toga e introdujo en uno de los espaciosos bolsillos de su interior la admirable copa creada de barro. Al ser consciente de la utilidad que le prestaba la túnica, el joven imitó el gesto de guardar su obra de arte.

Luego iniciaron un corto viaje a través de los túneles, en donde la oscuridad y la luz de las lámparas creaban un hermoso contraste. Artemus era consciente de la existencia de aquel lugar desde que era un niño de cuatro años y lo que más le fascinaba desde entonces era ese gran pacto generado por los faroles colgantes que, proyectaban en el suelo, esos círculos de luz que se distanciaban con un gran sentido del orden. El recorrido se interrumpió cuando llegaron al redondo marco de una estancia sobre la cual se filtraba la claridad de las tres lunas llenas del firmamento, que tras dos meses de rivalidad y lucha entre sus caras decidían sincronizarse en el segundo de los cinco espectáculos que podían verse anualmente. La ventana por la que se regaba la luz en diagonal, era un círculo de cuyo núcleo surgían de manera simétrica ocho barras de madera. Aquella sala estaba repleta con una cantidad de vasijas de arcilla blanca, lo que le recordó a El Aprendiz el granero que existía en la isla de los sagrados peces. Existía otra habitación contigua a la que se podía ingresar por un marco dotado con una doble puerta, una de las cuales se hallaba a medio abrir, lo que permitía escuchar las dos voces de una conversación:

—He dicho que es una orden de nuestro jefe—decía una tierna voz—, tenemos que crear nuevas rutas que nos comuniquen con cada una de las casas que están trazadas en este mapa.

—Pero sigues sin entender lo que quiero decir—argumentaba la voz ronca de su interlocutor—. Los vagones de mineros son demasiado pesados para subir por esas cuevas tan empinadas.

—Eso es lo de menos—replicaba el otro—. El paso de los años sigue quemándote las neuronas. En estas vías ferroviarias no se viajará con la misma velocidad de los trenes. Acaso ya olvidaste que Meldonbar se encarga siempre aplicar las energías suficientes para que a través de estas rutas un pasajero se traslade de un lugar a otro en tan solo unos segundos o minutos.

—¡Ah! Es cierto, algo parecido a lo que sucede con las Esferas de Cristal.

Entonces se sintió cómo la voz más infantil se aproximaba hacia la puerta que se abrió del todo al ser empujada por una pequeña mano situada a escasos centímetros del suelo. El bajito personaje con su rostro inocente y sus ojos grandes se quedó un instante observando a los dos visitantes. Entonces se llevó la mano a su sombrero puntiagudo, por el cual resbala su cabello mono, lo levantó de su cabeza y se inclinó para ofrecer una reverencia a los dos hombres. Detrás del tuldan salió su barbado compañero, Morlun, quien se impactó al reconocer a Artemus de modo que permaneció estático durante unos segundos en los que brotó un diminuto carcho de lágrimas en su par de ojos. El anciano hombrecito se acercó corriendo al maestro que al mismo tiempo se agachó para apoyarse en el suelo con una de sus rodillas.

—Mi estimado señor—dijo Morlun—, me parece que han pasado siglos desde la última vez que nos vimos.

Artemus jaló con cariño uno de los cachetes del rostro poblado de suaves arrugas del viejo y le quitó el sombrero puntiagudo, dejando expuesto su cabello canoso que acarició con sus manos. El Aprendiz contempló la escena con respeto e incluso sintió que se atrevía a violar la intimidad del momento por lo que sus ojos se enfocaron en Bilmor quien le ofrecía una marcada sonrisa. El tuldan se aproximó y le tendió su mano para saludarlo; la diferencia de estaturas era tan desproporcional que él tuvo que doblarse un poco a la hora de estrechársela. Mientras tanto, el breve momento de privacidad entre Artemus y Morlun finalizó.

—Buenas noches—dijo el personaje de rostro infantil—, toda la Orden de los Tuldanes te envía un cálido saludo, nos alegra que hayas podido regresar a la vida, así que cuenta con todo nuestro apoyo para lo que necesites durante tu estancia aquí.

—Gracias, Bilmor—contestó Artemus—. Después de veinte años, yo también los he extrañado.

—Espero que los suministros de comida que estuvimos llevándoles al granero de Camedon hayan sido de su total agrado.

—Así es, te agradezco sobre todo por las frutas frescas que nos enviaste—dijo—. Al igual que las botellas de vino y el arroz azucarado... nos fueron de gran utilidad a la hora de elaborar nuestras ensaladas.

Entonces el dialogo fue interrumpido por Morlun quien empezó a describir el trabajo realizado en el Jardín de la Vida después de que ambos escaparon de las manos de Kulten. Varios miembros de la orden de aquellas pequeñas personas aparecieron en el cementerio en cuanto el guerrero de piel azul desapareció de la colina. Agradeció a Artemus por trasladar el lugar de la pelea hasta ese escenario cercano al bosque, ya que sin duda habría sido muy extenuante para la comunidad de los tuldanes reparar las atracciones, esculturas y obras de arte que con seguridad hubieran sido destruidos bajo la intensidad del combate. De hecho, señaló que una de las alas de la escultura de un ángel guardián alcanzó a resquebrajarse por las poderosas olas de viento. Luego explicó cómo lograron colocar de pie a los arboles destrozados, ya que la fresca

ternura de los tallos recién cortados favoreció que pudieran ser erigidos de nuevo y tras la proclamación de un hechizo la herida de la superficie desapareció. Lo que más trabajo les demandó arreglar fueron las dos líneas provocadas por las botas de Kulten, ya que la fuerte energía con las que se grabaron en la tierra impedía que el tapete de césped verde volviera a su lugar original sin dejar ningún indicio de sospecha. Al concluir su relato, Bilmor extendió de nuevo su desnuda mano a El Aprendiz quien contempló cómo en esta se materializaba su Lupazul.

—Muchas gracias—contestó el joven—, estaba tan desconectado del mundo que ya había olvidado por completo la existencia de este objeto.

—Hicimos todo el trabajo que nos pidió nuestro Jefe Supremo—intervino Morlun—, sin duda en tu casa aún siguen creyendo que estás en tu viaje alrededor del globo, incluso enviamos a tu madre varias fotos que tomamos y en las que apareces, por ejemplo, jugando con bolas de nieve de los países del norte o disfrutando la belleza de los paisajes.

—¿A qué te refieres?—preguntó contrariado.

—Ya lo entenderás más adelante—se apresuró a intervenir Artemus.

—Los miembros de La Comunidad de los Astros—advirtió Bilmor—, los están esperando en el otro hemisferio, se encuentran en el estanque situado cerca del palacio de Meldonbar. ¡Oh! Por poco lo olvido, joven aprendiz, hay un mensaje para ti.

El pequeño tuldán se acercó a una de las vasijas que permanecía bañada por la luz generada por las lunas y retiró una de las tapas redondas. Un polvo frío empezó a brotar del interior, se fue condensando en una nube purpura que creció hasta invadir el espacio del techo donde una figura humana se formó para luego aterrizar en el suelo. Igual que en otras ocasiones en las que la había visto a aquella mujer, El Aprendiz observó que estaba vestida con una blusa de mangas largas del mismo color blanco que su pantalón. Llevaba además una chaqueta que se dividía a la mitad de su pecho, un grueso cinturón azul y unas zapatillas cuyas puntas se doblaban hacia arriba.

—Hola Musjem—dijo, hechizado por una incalculable felicidad—. ¡Ni te imaginas lo mucho que he avanzado en mi vida espiritual!

—Me alegra—sentenció la genio—. A partir de ahora tú mismo serás quien siga su propio camino, ya no tengo más que enseñarte, así que lo que tienes por aprender aún dependerá de lo descubras en tu viaje personal. Pero no sólo le pedí a Bilmor que me despertara de mi sueño para felicitarte. Quería decirte que durante estos meses que han pasado tus amigos astrales han preguntado mucho por ti, es evidente que te tienen mucho cariño, sobre todo el joven Nekvin. De manera que no tuve otra opción que decirles la mitad de la verdad, apenas les revelé que te encontrabas entrenando para mejorar tus poderes. Por supuesto que omití todos los demás detalles. Sé que es importante para ti que se mantenga en secreto todo lo que has vivido en este tiempo, así que no tendrás que justificar nada cuando vuelvas a contactarlos, ellos están esperando con mucha alegría tu regreso.

—Muchas gracias—respondió el joven soltando un suspiro de alivio.

En cuanto el maestro y el aprendiz se despidieron de los tuldanes, Musjem los acompañó por la ruta de otro túnel hasta que llegaron a un aposento redondo en el que solo existía un pedestal. La sala gozaba de una tenue iluminación propiciada por unas antorchas de metal de las que emanaba un fuego azul que ardía sin misericordia. Encima del pedestal se hallaba una esfera de cristal reluciente. Cuando los dos hombres se acercaron a ésta la genio se despidió y cerró las puertas dobles. El Aprendiz se sintió cautivado al reconocer la esfera que flotaba por sí misma en una bandeja plateada. Entonces Artemus tocó con su dedo índice el cristal y al instante las antorchas se apagaron envolviendo a la sala en una oscuridad total. De pronto, en la bola empezaron a brillar un millar de puntos radiantes como minúsculas estrellas que formaron una deliciosa penumbra en los rostros de los dos hombres. El maestro decidió

tocar uno de los titilantes puntitos, lo que provocó que surgiera la perfecta redondez de un planeta en cuyas aguas azules era posible distinguir la geografía de los seis continentes de Ulmuden. Luego, al igual que en una computadora de pantalla táctil, frotó la superficie y el globo terráqueo dio un giro que reveló el hemisferio que permanecía oculto. Entonces tomó la mano de su aprendiz y luego hundió su dedo índice en un lugar del mapa en donde existía un diminuto icono, similar a las puntas de colores que se encuentran en el núcleo de una brújula.

En ese instante El Aprendiz sintió en sus entrañas unas cosquillas intensas y al fijarse en su maestro vio que se desvanecía como si su fuese un hombre de arena cuya esencia se deshacía con un soplo. Cuando la mano que lo agarraba empezó a desaparecer, su cuerpo también inició el mismo proceso de disiparse. Un segundo más tarde los dos hombres se materializaron en un lugar rodeado por un círculo de árboles mientras en el centro permanecía un pedestal idéntico al de la sala anterior, con una esfera que dejó de gravitar para fundirse y ser envuelta con la consistencia física de la roca. En la estancia ubicada en el otro lado del hemisferio la otra bola también cayó sobre su plato, tras lo cual fue embadurnada con el mismo efecto, como si de la nada hubiera surgido una arcilla que escondió el reluciente cristal del artefacto.

Ahora se encontraban en el continente del noreste, en el país de Molsarb. Aun era de noche. Faltaban menos de dos horas para el amanecer. El círculo en el que estaban se interrumpía dando inicio a unas escaleras que descendían, permaneciendo a cada lado protegidas bajo la guardia de unos hermosos y gruesos árboles. Al llegar al final del trayecto, se encontraron frente una superficie llana de césped verde. Un grupo de personas se hallaban reunidas en torno a un amplio estanque como si éste fuera una mesa de reunión sobre la que inclinaban sus rostros para estudiar las aguas. Desde la distancia se notaba que un tenue y débil vapor emanaba de aquel gran pozo.

—Que el Ser y la buena de estrella de cada uno los guíen siempre por el buen sendero—dijo Artemus.

El saludo arrebató la concentración de las cinco personas allí presentes, todos arropados con la misma toga de la escultura de Yunzabit. La primera en girar su cabeza fue una mujer que tras reconocer a Artemus corrió enseguida hacia su dirección. Ambos se fundieron en un fuerte abrazo igual que si fueran una pareja novios que se amaban desde toda la vida. Luego la mujer se acercó al joven discípulo y lo saludó. El joven aprendiz la reconoció de inmediato sin experimentar sorpresa alguna: sabía quién era a la perfección. De hecho, conocía muy bien su biografía gracias a las diversas páginas virtuales que consultaba a través de su computadora y también había leído varios de sus libros en los que presentaba sus investigaciones más serias sobre la historia del arte. Era Lirdini: un personaje famoso cuyo rostro había aparecido muchas veces en las páginas de los periódicos, en los que de vez en cuando se publicaban sus más recientes artículos. Era además distinguida por prestar su voz para narrar documentales de televisión sobre la vida de la naturaleza y las edades cronológicas de Ulmuden. Pero la razón por la que aquella mujer era distinguida a nivel mundial se debía al hecho de que era la Jefe Suprema de la Casa de las Artes.

De modo que no era la primera vez que El Aprendiz y ella se veían en persona. En el trabajo que la mantenía ocupada, Lirdini debía viajar a menudo visitando diversas escuelas en donde tenía reuniones importantes sobre sus respectivos procesos académicos o en las que su presencia daba inicio a ciertas ceremonias. Sin embargo, aunque ella conocía de sobra los talentos y los dones ocultos sin despertar aún del famoso aprendiz, siempre se mantuvo indiferente, ignorándolo como si fuera un estudiante ordinario, pese a que en su corazón le era irresistible admirarlo. Después del cálido saludo, se aproximaron al estanque donde él no pudo evitar sonreírse al reconocer los rostros de los cuatro personajes que los esperaban.

—Es un honor verte—dijo un anciano barbado de baja estatura—. ¡Feliz madrugada!

Era Solumdeg, el Jefe Supremo de la Casa de los Santuarios. A pesar de su avanzada edad, aquel viejo con su larga barba blanca gozaba de una fuerte musculatura que podía percibirse en los desnudos brazos que mantenía cruzados en ese instante sobre su túnica color marrón. En su mano derecha sostenía un bastón de árbol de pino, rematado con una rustica bola como si el báculo fuese en realidad una antigua rama extirpada del grueso de un tronco. El anciano jefe era un personaje célebre por su gran sentido del humor que podía ser apreciado en sus incontables narraciones, muchas de ellas extraídas de los acontecimientos que nutrieron los rumbos de su vida, lo que a su vez reflejaba la inmensa memoria que poseía. En su mirada existía siempre el brillo de una alegría capaz de iluminar la sutil penumbra creada por el sombrero de ala ancha que sólo se quitaba a la hora de dormir. Se le consideraba un hombre dotado de una gran sabiduría que se ajustaba a la perfección como el gobernante que debía representar en el destino espiritual de la sociedad de Ulmuden. Su trabajo, aparte de ser director general de las decisiones que se tomaban en las otras cuatro casas, consistía en ofrecer las ceremonias de gratitud y petición celebradas por los devotos en los Santuarios donde se rendía homenaje a la rebotante vida del mundo natural.

Junto al sonriente viejo estaba un hombre con una espesa barba negra cuya edad estriaría por los cincuenta años. El joven aprendiz sabía que su nombre era Kamus, quien estaba a cargo de la administración de la Casa de la Agricultura. La mujer que se hallaba a su lado era Femna, una distinguida docente responsable de dirigir la Casa de los Descendientes.

Aún faltaban dos personajes más en esa comunidad: Sarmilad y Milenus. Eran dos mujeres, para nada distinguidas en la vida pública, que se encargaban de vigilar los continentes del mundo turnándose su horario de trabajo cada dieciséis horas; lo que permitía que una descansara mientras la otra centraba su atención en custodiar los eventos que ocurrían en el planeta. Aunque a menudo consistiera en un oficio que no presentaba mayor novedad, la persistente tarea radicaba sobretodo en estar alerta del surgimiento de las circunstancias más extremas en las que fuese necesario informar a los demás miembros de la comunidad secreta. Esa madrugada, El Aprendiz tuvo por primera vez en su vida la suerte de disfrutar de la compañía de los cinco directores más reconocidos de todo el mundo, ya que allí se encontraba también Dolbener, el gran astrónomo de la torre en altamar. Así que le fue inevitable sentir en su corazón una verdadera mezcla de humilde orgullo que a su vez lo hizo sentir el importante papel que tendría que protagonizar su existencia en la historia de la guerra contra las sombras.

Al cabo de los amables saludos con los recién llegados, la reunión continuó. Entonces todos prestaron atención a las aguas del estanque en donde se podía apreciar los puntos titilantes de un conjunto de estrellas sembradas en un fondo azul oscuro. A pesar de que todas eran similares, existía una ubicada justo en el centro de aquel mapa estelar, una cuyo brillo multicolor sobresalía entre las otras. Dolbener tocó con su mano la superficie del agua y las ondas provocadas con el contacto se esparcieron al mismo tiempo que se generaba una nueva imagen en la que quedó ampliado el territorio en donde se hallaba el astro central. La constelación del Caballo del Rey, el Árbol del Fruto Sagrado y el Sendero de los Magos estaban ahí ofreciendo su compañía al bonito rombo de colores que abría sus relucientes brazos en el espejo del firmamento. El astrónomo retomó el tema que había sido interrumpido por la llegada del esperado maestro junto a su aprendiz. En su relato explicaba de manera concreta las observaciones logradas por los estudios de la Escuela de los Astrónomos frente a la revolucionaria noticia de la resurrección de la estrella. Uno de los descubrimientos más asombrosos indicaba que la intensidad de la luz que golpeaba el cielo nocturno gozaba de un poder diez veces mayor que el resto de los astros del planeta. Pero lo aún más sorprende fue percibir que durante todos esos meses de investigación, aquel

maravilloso rombo titilante se estaba aproximándose con suavidad hacia la constelación del Árbol del Fruto Sagrado, lo que a su vez revelaba que la estrella se desplazaba en la oscuridad del negro espacio a una velocidad increíble, desafiando todas las leyes conocidas hasta entonces en la comunidad científica. Al apuntar con su dedo índice el mapa del estanque, la estrella empezó a moverse hasta que se ubicó a medio metro de la constelación hacia la que marchaba su rumbo. Dolbener afirmó que según los pronósticos, cuando el misterioso astro se ubicara sobre esa región se detendría para desaparecer del cielo al cabo de unos meses, carbonizando su esencia en una bellísima explosión de tonalidades.

—Eso quiere decir—intervino Kamus—que las visiones que ha tenido Meldonbar sobre nuestro destino son del todo ciertas.

—Así es—retomó Dolbener la palabra—, este astro llegará a su punto máximo de resplandor en catorce días. Es la fecha que debemos aprovechar para emplear su energía en beneficio nuestro. Luego iniciará su proceso de despido. Resulta evidente entonces que los meses que restan coinciden con el fin del año de gracia que tiene Artemus de habitar entre nosotros.

—Después de lo cual—intervino el famoso artista de Combray—mi misión en este mundo se habrá completado, lo que me concederá la libertad de fundirme con la eternidad.

Hubo un silencio total. El comentario hirió por igual a todos en el corazón. La tierna noche se transformó en ese instante en un presentimiento terrible, la ausencia de un hombre consagrado con una comunidad que tendría que despedirlo para siempre. El retorno de Artemus al mundo de los mortales representaba, para los miembros de toda la vida de aquella sociedad secreta, una esperanza que justificaba la muerte del resto de los guerreros caídos en combate. Después del ataque sufrido veinte años atrás, el enorme grupo comprometido con preservar la paz de ese mundo, se había reducido a esos escasos miembros que por suerte aún contaban con la ayuda de unas fuerzas que ellos mismos estimaban celestiales: la Orden de los Tuldanes, la Orden de los Genios Maravillosos, la Orden de los Ángeles Guardianes y la Orden de los Centinelas de la Noche

—Dolbener—dijo Kamus cortando silencio—, ¿cómo ha seguido tu relación con Kulten?

El Aprendiz se asombró por la dimensión de la pregunta pero enseguida comprendió el secreto que ésta envolvía, aunque algunos días más tarde se enteraría por completo de toda la verdad. Algunos meses después de la batalla ocurrida en la que se encerró el espíritu de Merfenés, el astrónomo de altamar, recibió en la gran fortificación la visita de aquel hombre de piel ceniza y turbante sobre su cabeza. Tras enfrentarlo en un tenaz duelo en el que comprobó los grandes poderes del que estaba dotado aquel personaje, Dolbener no tuvo otra opción que rendirse. Sin embargo, el objetivo de Kulten no era aniquilarlo sino que hechizó su mente para convertirlo en un informante secreto al servicio de las sombras. A pesar de lo cual, en La Comunidad de los Astros no tardaron en descubrir, por su extraño comportamiento durante las reuniones que se siguieron celebrando, el efecto de aquel encantamiento. Meldonbar, el jefe superior a cargo de los guerreros, tomó entonces la decisión de revertir el maleficio pero sin erradicarlo del todo, de manera que el astrónomo se transformara en un intermediario que comunicaba sus secretos a los dos bandos enemigos. Tal como lo presentía el sabio director de la sociedad secreta, la naturaleza del alma de Dolbener siguió inclinándose hacia su destino natural, rindiendo toda su lealtad a la protección de Ulmuden.

Esa madrugada, el agente doble describió su último encuentro con aquel hombre del turbante. Ocurrió una noche a los pocos días de ser percibida la resurrección de la Estrella de Artemus. Lo que a Dolbener le pareció bastante curioso fue que tuviera un

gran dominio de los astros del cielo y relacionara con tanta perspicacia el pronto regreso del artista más grande que jamás tuvo Combray. “Me causó intriga que estuviera tan enterado sobre las interpretaciones proféticas escritas por El Gran Vidente. Es como si las conociera igual que las palmas de sus manos” comentó el astrónomo. De acuerdo a su explicación, lo único que el guerrero de piel azul ceniza deseaba, era saber la fecha y la hora exacta en la que retornaría Artemus: una solicitud que indicaba una ciega fe en los acontecimientos del futuro.

A partir de entonces la reunión giró en torno a la amenaza que representaba Kulten para el rumbo de la historia del planeta. Todos los miembros de la comunidad sabían que aquel guerrero era el único que decidió quedarse en la soledad del mundo donde el Jefe de la Orden de las Tinieblas había sido encerrado, como si presintiera que su destino era esperar la hora en la que su maestro escapara de su prisión. Las dos mujeres que también conformaban el grupo de las sombras se fueron de la faz de la tierra sin dejar rastro alguno, un hecho que fue asegurado tras una profunda investigación que Meldonbar pidió realizar a la Orden de los Genios Maravillosos.

La determinación de Kulten de vivir oculto en los bosques, llanuras y selvas del planeta acabó por convertirse en una presencia fría con la que aprenderían a convivir los consagrados guardianes de Ulmuden. Con el paso de los años su fuerza se fue incrementando, fruto del entrenamiento personal que cumplía durante su aislamiento, el cual sólo se veía interrumpido cuando decidía atacar a los círculos de seguridad de las poblaciones. En los primeros años, apenas era capaz de resistir un combate en la que podían participar hasta tres genios a la vez. Luego la cifra de sus adversarios fue aumentando mientras descubría nuevas técnicas de ataque y defensa. Ahora era capaz de luchar hasta abatirlos, con dieciséis miembros de esos seres maravillosos, logrando así atraer la presencia de varios de los protectores de La Comunidad de los Astros, donde las batallas alcanzaban la furiosa tensión de una cruda pesadilla.

Según lo que afirmaban todos los que habían luchado con él, parecía que gozaba con esos brutales enfrentamientos, ya que cuando los peleadores alcanzaban su punto máximo de poder, entonces se retiraba voluntariamente del combate. Además, según la opinión que la comunidad sostenía, era evidente que su objetivo no era vulnerar la paz de las regiones, sino simplemente el de aumentar sus fuerzas. Así que después de veinte años, los protectores de la tierra aprendieron tolerar la incertidumbre pacífica que suscitaba su presencia en el mundo. En más de una ocasión lograron determinar el sitio en el que se hallaba meditando durante días enteros: sólo habría sido necesario mover unas cuantas tropas de genios maravillosos que lo contuvieran en caso de emergencia y convocar a todos los guerreros disponibles de la comunidad para reducir sus fuerzas hasta precipitarlo al fatal destino de su muerte. Pero por algún motivo el Jefe de La Comunidad de los Astros no se atrevía a dar la orden de aniquilarlo. Lo que era aún más incomprensible, es que a pesar de sus avanzados conocimientos y las fuerzas adquiridas durante tantos años de soledad, aún le siguiera rindiendo culto y obediencia a Merfenes, ese personaje malévolo de ojos naranja del cual él era un simple subalterno.

—Siempre he tenido la impresión—argumentó Kamus—que su ambición es la arrancarle todos los conocimientos de su maestro para gozar del don de la inmortalidad. Quizá hasta sueña con la oportunidad de derrotarlo y convertirse en el nuevo Jefe de las Sombras.

Antes de que Kamus acabara con su comentario, Artemus metió su mano en el bolsillo interior de la toga para sacar la copa esculpida con el barro azul extraído de la cueva en medio del océano de los caramedones. Luego dirigió una profunda mirada a su joven aprendiz y le susurró con su mente un mensaje telepático: “Más adelante, cuando te lo ordene, tu harás lo mismo con tu artefacto”. Entonces el consagrado artista impactó la obra de barro, en un golpe fuerte contra la superficie de piedra del estanque.

Su discípulo experimentó un susto terrible, una ofensa diminuta en su espíritu al ver cómo los esfuerzos dedicados durante días se quebraban en ese sonido sordo y seco que desbarató la estructura de la copa. Pero un instante más tarde sintió un profundo alivio al observar que los terrones de arcilla deshidratada al caer, desenmascaraban una copa de metal que por lo visto había absorbido el brillo de los colores artesanales de la capa que la protegía.

—Si hubiera contado con esto—sentenció Artemus—, con toda probabilidad lo habría derrotado.

Entonces lanzó la copa al centro del estanque en donde permaneció flotando a escasos centímetros del agua. La obra de metal empezó a girar por sí sola a una lenta velocidad que permitió a todos los asistentes apreciar su belleza. Igual que las copas de los guerreros de la Antigüedad, la sección superior tenía una gruesa franja, en la que era posible contemplar el viaje que trazaba un astro luminoso sobre una secuencia de episodios históricos: la estrella pasaba por la fauna fabulosa de los tiempos prehistóricos, después seguía su rumbo mientras orientaba los caminos solitarios trazados por los primeros hombres de la tierra, luego sus chispas brillaban por encima de los palacios de los monarcas y por último se detenía en el cielo purpúreo de un amanecer donde iluminaba con ternura las casas de las poblaciones. Al girar en su mismo punto, la animada secuencia resultaba bastante mágica y atractiva, como si en realidad fuese la colorida franja la que se desplazaba como el rollo fotográfico de una película. El resto de la copa era de una verde superficie escamosa, a excepción de los bordes de color oro de la parte superior e inferior. Ambas partes permanecían conectados por un delgado cuello provisto del mismo brillo dorado. Las personas allí presentes se dejaron encantar por belleza de aquella obra.

—¿Es entonces ésta la copa que representará la salvación de nuestro mundo?—preguntó Kamus.

—Sin duda continuas siendo un gran artista—dijo Lirdini—. Es increíble que nuestras esperanzas dependan ahora de este sagrado artefacto.

—Es cierto—reafirmó Solumdeg—. No puede existir un guerrero sin su copa. Aun conservamos en el palacio de Meldonbar el cáliz que se estalló en pedazos el día de tu sacrificio.

—Ya no lo necesitaremos—dijo Artemus—, la orden que recibí fue muy clara. Nuestro mundo debe restaurar su naturaleza, el curso de las cosas debe seguir su rumbo para no estancarse en el pasado.

En realidad él no presumía de sus poderes al afirmar que gozaba de todo el potencial para eliminar por sí solo al mejor soldado de Merfenés. La sola descripción de su enfrentamiento con aquel guerrero en el Jardín de la Vida en la mañana del primer día de su retorno, demostraba la tenaz fuerza que su espíritu había acumulado durante tantos años en la eternidad, una energía reconcentrada que, como bien presentían los miembros de la comunidad, debía ser empleada en su totalidad en el mejor momento para definir el destino del planeta.

—Es natural que puedas derrotarlo—intervino Femna—, sólo que Kulden no es nuestro objetivo principal. Además, como bien sabes nuestro jefe aún persiste en la idea de que no debemos abatirlo.

Mientras todos los asistentes acababan de contemplar la belleza de su obra, Artemus explicó que, durante su combate contra Kulden, alcanzó a leer su mente, descubriendo que éste le prometía respetar su vida a cambio de que revelara el hechizo bajo el cual permanecía Merfenés condenado al encierro. Luego aquel maestro no pudo evitar reírse ante la idea de que alguien, que consagró su destino hasta la muerte, se atreviera a caer en esa tentación y lo que resultaba aún más ilógico es que Kulden considerara que podía apagar lo que aún quedaba de vida a una persona ya fallecida. Tras lo cual siguió un comentario por parte de Solumdeg que certificaba aún más la

insensata locura de esa propuesta:

—No tendría ninguna utilidad que conociera el conjuro. Es imposible que pueda volver a penetrar en el refugio de Yunzabit igual que sucedió veinte años atrás, a menos que el jefe de nuestra comunidad decidiera quitar la tremenda barrera que mantiene a esa zona al margen de las fuerzas oscuras.

El anciano terminó de explicar su planteamiento describiendo que aún en el inconcebible caso de que el hombre del turbante lograra filtrarse en los túneles sin ser percibido, la extraordinaria fortaleza gozaba del don de protegerse a sí misma creando en la mente de los intrusos una dimensión en la que los caminos y los aposentos cambiaban de manera constante, condenándolos a vagar en un eterno laberinto. Por lo que sería improbable que Kulten lograra llegar algún día hasta la sala en donde permanecía la valiosa vasija.

De pronto, El Aprendiz dirigió su mirada a un sitio determinado del firmamento, igual que lo hicieron el resto de los presentes como si todos hubieran sido jalados por una cuerda invisible. En el azul oscuro del cielo se trazó el suave movimiento de un punto blanco, un fenómeno parecido a una estrella fugaz raspándose en el espacio celeste, sólo que aquella chispa siguió su lento descenso hacia la línea del horizonte. Un segundo más tarde se observó que la chispa, tras chocar en la tierra provocando un tierno estallido, se transformó en una estela que volvió a saltar y se fue acercando con una asombrosa velocidad similar a la de un cohete pirotécnico. En cuanto estuvo a veinte metros del estanque, la estela aterrizó en el suelo para adquirir la forma de una silueta humana. La radiante figura blanca se fue acercando de manera lenta, sin espantar a ninguno de los presentes. Caminaba con unos pasos fuertes y sólidos que producían un ligero crujido en el tapete del césped. Entonces, cuando la figura se detuvo a escasos metros del estanque, empezó a desvanecerse el radiante brillo blanco y surgió del centro, la belleza de un hombre rubio quien llevaba puesto un elegante gabán negro, un pantalón azul oscuro y unas botas de cuero marrón claro. Su rostro blanco sin una pizca de barba, poseía unos ojos castaños en los que dominaba una mirada seria, penetrante, tan intensa que bien podía matar a una persona emitiendo un simple destello de su poderoso espíritu. La sola presencia de aquel hombre inspiraba respeto y una obediencia ciega a su legítima autoridad. El Aprendiz se quedó mirándolo por unos segundos apreciando la hermosa y eterna juventud que lo envolvía mientras intentaba recordar en que parte del mundo lo había visto antes. En su mano sostenía el corto cuello de un bonito y redondo frasco de cristal, bastante similar a los utilizados para almacenar el vino en los estantes de las casas. Era Meldonbar.

—Buenas noticias—dijo con entusiasmo—, nuestras suposiciones son del todo correctas.

El rubio hombre terminó de acercarse a los personajes allí presentes donde apenas dirigió su saludo al joven maestro y su aprendiz, casi ignorando con total educación a los demás a quienes ofreció una leve inclinación de su cabeza, como si las veintisiete largas horas en las que se ausentó de la compañía de los cinco Jefes Supremos de las Casas apenas hubieran sido un par de minutos. Cuando estrechó la mano de Artemus concedió los mismos alegres honores que hasta entonces todos sus antiguos amigos rendían al verlo de nuevo al cabo de tantos años. Luego siguió el turno del El Aprendiz, quien se sintió indefenso al experimentar el fuerte apretón de su mano cuya piel aún tibia transpiraba la intensa energía con la que acababa de materializarse. Sin duda aquel hermoso hombre estaba dotado de un respetable e inmenso poder.

—He estado dialogando con Belmidra—declaró Meldonbar—, sin duda estamos muy cerca de extirpar la pesadilla que hemos soportado durante tanto tiempo: la energía contenida en las entrañas de Yunzabit será de nuevo condenada a una prisión perpetua, si todo sale como esperamos.

Entonces el sabio jefe de la comunidad explicó que el retorno de Artemus al mundo, tal como sólo el gran artista de Combray lo sabía en su corazón, representaba que su existencia seguía ligada a una misión que debía completarse para liberar su espíritu y alcanzar la última perfección del alma. El joven maestro guardó silencio pero no pudo evitar sonreír un poco al sentir la total desnudez a la que acaba de ser expuesto con esa revelación, aunque percibía muy bien que Meldonbar no había descubierto esa íntima verdad por sí solo. A partir de ese momento la reunión de la comunidad empezó a girar en torno al plan de acción que muy pronto tendrían que ejecutar. Pese a que todos entendían que, al cabo de tantas experiencias, no se podía confiar en ninguna estrategia, debido a los azares y cambios drásticos que siempre se presentaban. Después de tantos años de investigación y serias suposiciones lograron diseñar una táctica de ataque que les permitiría zafarse del cáncer que mantenía el destino de Ulmuden en suspenso. Un plan que ahora se veía reforzado y cobraba mayor credibilidad ante la resurrección de las fuerzas brindadas por la Estrella de Artemus. Los pasos que debían seguir continuaban siendo los mismos estudiados durante tanto tiempo. Sin embargo el hombre rubio de gabán negro dio una última indicación que desafiaba por entero todas las medidas de seguridad hasta entonces consideradas. La persona que más se desconcertó por la propuesta fue Solumdeg quien concebía como un peligroso riesgo atreverse a retirar la más poderosa defensa que poseía el corazón de Ulmuden.

—Dolbener—dijo Meldonbar mirándolo a los ojos—, necesito que informes a Kulten de nuestra próxima maniobra. Asegúrate que te crea que abriré las puertas de la fortaleza de Yunzabit.

—Lo que ordenes, mi señor—respondió el astrónomo de altamar.

Para El Aprendiz resultó bastante asombroso que un personaje de vida tan avanzada, con su rostro marcado de arrugas y un cabello bastante matizado por el blanco de las canas, aceptara con total obediencia una orden dada por aquel hombre, cuya joven apariencia lo incitaba a sospechar que aún no superaba los treinta años de edad. Las brisas suaves de la madrugada acariciaron a los miembros de La Comunidad de los Astros quienes paladeaban el sinsabor de un futuro incierto. Por muchas precauciones y estrategias que tuvieran previstas, no podían asegurar cual sería el desenlace de los acontecimientos que muy pronto debían de protagonizar. Sabían que la historia no estaba aún escrita, que cada aventura que asumían podía convertirse en un riesgo fatal, que por gigantescos que resultaran sus esfuerzos no podían descifrar cuales serían los juegos del destino que definirían la luz o la oscuridad que reinaría en el planeta. De pronto el malestar que gobernaba a la reunión fue interrumpido, como si hubiera sido cortado por el filo de una espada:

—¡Meller!—dijo Meldonbar—que esperas para saludar a nuestro nuevo invitado.

—Como tú digas—susurró una voz invisible.

El Aprendiz sintió entonces que el aire era agitado por un aleteo. A través de un soplo dorado de arena fue surgiendo la presencia de una persona alta de cabello largo y rubio. Aquel personaje iba vestido con una larga túnica de una suave tonalidad amarilla que le llegaba hasta los pies, los cuales estaban calzados con unas zapatillas de tela dorada. Sintió un pequeño infarto al observar las dos grandes alas blancas que surgían de su espalda y entonces comprendió que por primera vez en su vida tenía la suerte de contemplar la belleza física de un ángel, tan fantástico y mitológico como los representados en tantas obras de arte realizadas a lo largo de la historia, en las que se intentaba conquistar esa gracia divina que bien podía ser noble y severa al mismo tiempo. Estaba tan impactado que tardó unos segundos en reconocer que el hermoso rostro del ángel lo estaba saludando con un cariño irresistible que emanaba de sus ojos claros. La intimidad de ese instante alcanzó su punto máximo cuando aquel ser divino esbozó una dulce sonrisa que dejó al descubierto su resplandeciente dentadura blanca.

Entonces logró escapar del hechizo cuando experimentó la presión de estar siendo observado por las personas reunidas en torno al estanque.

—¿No lo habías percibido aún?—preguntó Lirdini—, por lo visto aún te faltan muchas cosas por aprender.

El color malva del amanecer anunciaba ya que en pocos minutos el astro solar iniciaría su ruta por el cielo. Meldonbar entregó el frasco de cristal al ángel quien dio un suave salto con el cual pudo flotar en el aire durante unos segundos antes de desvanecerse. El jefe de La Comunidad de los Astros pidió a los presentes que se trasladaran a su palacio. Mientras se internaban por el bosque Lirdini le explicó al joven aprendiz que si bien entendía que no hubiera sido capaz de percibir la energía del ángel, durante todo el rato que estuvieron reunidos junto al pozo de agua, Meller había estado a la vista de todos, ya que una vez que uno de esos seres alados decidían manifestar su corpórea apariencia a una persona determinada, a partir de entonces ésta tenía la oportunidad de volver a reconocerlo siempre y cuando la bondad del corazón advirtiera la tranquilidad que inspiraba su presencia. Aquel comentario reconfortó al joven quien ya empezaba a preocuparse por la ingenuidad que no le permitió reconocer al divino Meller.

A la salida del bosque se podía apreciar un valle desierto. Las primeras personas a la cabeza del grupo descendieron por unos anchos escalones de piedra hasta que llegaron a la planicie verde y solitaria. El joven aprendiz sólo fue consciente de la magia que protegía a ese lugar cuando se fijó que a medida que avanzaba por la ruta, ésta iba develando un camino empedrado como si una cortina de humo desapareciera a medida que daba sus pasos. Su admiración fue mayor cuando descubrió que a cada lado del trayecto iban surgiendo también unos preciosos jardines cargados de flores. Luego, su asombro se multiplicó al sentir que su cuerpo atravesaba una cortina invisible mucho más sólida y entonces levantó su vista para contemplar el hermoso palacio gigante frente al cual le pareció que su existencia era un minúsculo punto. La enorme fortificación que poseía un hermoso amarillo claro, similar al color de la túnica de Meller, era una apoteósica muralla de mármol que sostenía en su núcleo una hermosa cúpula en torno a la cual El Aprendiz apenas alcanzaba a ver dos de las cuatro torres de techo arqueado que la acompañaban. La entrada principal era una pared inmensa, provista en su interior de un grueso rotulo tallado con líneas ornamentales de las que surgían unas misteriosas runas. Después de aquella existía un enorme arco que daba la bienvenida a un gran espacio cubierto. Dicho espacio finalizaba con una gran pared seccionada en dos: en la parte superior existía un balcón con una ventana y en la inferior otro rectángulo que se iba minimizando hasta convertirse en un portón de entrada, relativamente pequeño comparado con las dimensiones del palacio. El Aprendiz apenas estaba observando la faz principal compuesta por tres de las doce caras que daban forma a esa fantástica mansión. Nunca antes en toda su vida había visto una obra de arte tan majestuosa, ni siquiera los palacios de los monarcas antiguos ostentaban un tamaño tan extravagante ni mucho menos una belleza tan inimaginable.

—Qué esperas para entrar—dijo Femna desde el portón doble puerta—. Tenemos una sorpresa para darte.

De no ser por el llamado de atención de aquella mujer no habría podido escapar del encantamiento en el que se hallaba en ese instante. Subió las escaleras dejando atrás unos jardines de flores cuyos pétalos salpicados por el rocío empezaban a disfrutar del brillo del sol. Al ingresar en el palacio, El Aprendiz volvió a quedar fascinado por el maravilloso arte que gozaba el lugar, por lo que Femna respetó su contemplación observando cómo en los ojos del joven se reflejaron los niveles superiores sostenidos por el grueso de las columnas, la fuente de agua central en la que se encontraba una mujer sosteniendo una vasija de la cual se derramaba el líquido cristalino y las

coloridas pinturas colgadas a lo largo de los corredores. El éxtasis del momento fue interrumpido por la mujer que lo invitó a seguirla hasta una recámara cuyas puertas dobles permanecían abiertas.

El tranquilo silencio que reinaba en el palacio desapareció cuando sobrepasaron el marco de la entrada. La espaciosa sala se hallaba vacía a excepción de un amplio tapete rojo ubicado en el centro del suelo de embaldosado azul claro. Sin embargo se escuchaban unos fuertes estallidos y unas oleadas de viento inundaban el lugar. Un segundo más tarde el joven comprendió la razón por la cual eran provocados los ruidos y fue entonces cuando guiándose por sus sentidos logró percibir las dos estelas que combatían en aquel aposento. Una de las estelas era de un color rojo mientras que la otra gozaba de una tonalidad azul: ambas conservaban el mismo brillo radiante. La lucha se prolongó durante varios minutos sin que El Aprendiz lograra descifrar quienes eran los personajes que encarnaban esos singulares colores. Cuando las dos pinceladas chocaban entre sí, apenas existía una minúscula fracción de segundo en la que se podía observar la fugaz apariencia del hombre y la mujer que se debatían, pero no era el tiempo suficiente para identificar bien a los dos adversarios, por más que se presionara para que sus dones pudieran captar bien la imagen. Tras analizar el ritmo y la tensión del rudo enfrentamiento, el joven se sintió cautivado ante la idea de que pronto conocería a dos guerreros cuyo nivel de energía espiritual era bastante similar al suyo.

—Llevan casi cuatro horas y media entrenando—dijo Femna cómo si leyera su pensamiento—. Dentro de poco no resistirán más.

—¿En serio?—preguntó el joven aprendiz—. Entonces ambos tienen un poder de pelea mucho más alto que el mío.

—Quizás—dijo Femna mirándolo a los ojos—. La joven mujer que veras a continuación es mi discípula.

Las estelas de los luchadores dieron un último impacto y entonces las dos personas adquirieron su forma natural para realizar una acrobacia en el aire antes de caer sobre el suelo. El joven se conmocionó al reconocerlos. A la izquierda estaba un joven alto y delgado de cabello crespo, con un rostro color canela que en ese instante sonreía. Era Gorhad. Mientras que en el otro lado se encontraba una mujer de estatura promedio, con su cabello lacio negro que le llegaba hasta un poco más abajo de sus hombros y una piel blanca que la iluminaba a sí misma. Al verla directo a sus ojos, El Aprendiz experimentó que su mirada lo traspasaba con cariño, una mágica sensación que lo sedujo a corresponder con el mismo brillo de su espíritu dejando que, por un instante que pareció una eternidad, los dos jóvenes enamorados volvieran a llenar el vacío acumulado durante los meses de ausencia. Bellumin fue la primera en trotar hacia donde se hallaba para apretarlo entre sus brazos en un tierno gesto que los alivio a ambos del amor reprimido durante la ausencia. Luego Gorhad se acercó, abrazó a su amigo y le preguntó con una alta dosis del sentido del humor si era cierto que se habían quedado durmiendo en las playas de Camedon.

Aquel reencuentro entre los tres miembros de Los Viajeros Durmientes los llenó de una alegría ilimitada, fascinados ante el presentimiento de que ahora estaban en un mismo nivel espiritual en el que tendrían la suerte de continuar compartiendo sus conocimientos. Sintieron con orgullo que el Misterio de la Vida los volvía a reunir como líderes de un destino que cada vez anunciaba estar cargado de insólitas e increíbles aventuras, igual que ya lo habían experimentado en los viajes astrales. Exceptuando la única vez en que El Aprendiz y Gorhad se vieron frente a frente por un par de segundos junto la fuente de agua en la que acordaron encontrarse, aquella era la primera vez que los tres se veían en persona, así que estuvieron hablando durante casi cuatro horas seguidas sin interrupciones. Ni siquiera cuando fueron llamados a desayunar pausaron su incansable charla: Gorhad masticaba los alimentos mientras

explicaba que apenas una semana atrás había llegado a ese palacio en compañía de Kamus, quien asumió el cargo de ser su maestro. Bellumin les explico que a pesar de llevar quince días en el palacio aún seguía encantada con la exuberante magia de los secretos y misterios que habitaba ese inmenso hogar que según sus pronósticos no alcanzarían a reconocer ni en una vida entera viviendo, lo que para ellos resultaría ser cierto, ya que en los años futuros aquella mansión gigantesca seguiría ofreciéndoles intrigantes adivinanzas, como las puertas que conducían a otros pisos, los despertadores relojes de arena que provistos de pequeñas alas volaban por los aires condenando al durmiente a saltar de su cama, las tazas que se llenaban por si solas de café caliente cuando una persona así lo deseaba y los baúles que al abrirlos estaban colmados con todos los objetos que se justamente se necesitaban.

Cuando la conversación llego a su final, los tres se encontraban junto a una fuente de agua ubicada en los jardines de flores. Artemus apareció durante unos segundos sobre el portal para autorizarle a El Aprendiz que ya podía quebrar su cáliz de barro contra el borde de piedra del estanque. El joven, cuya curiosidad por reventarla ya se había disuelto, la estalló de inmediato dejando conocer su belleza. Era una copa roja, en cuya franja central de la parte superior había tallado una noche hermosa en la cual era posible contemplar la escultura del trono de Artemus sobre una verde colina. Al examinar la secuencia de la franja, aparecían las verdes ondulaciones del cementerio, sobre las cuales se reflejaba la luz celeste de las tres lunas que se distanciaban al apropiarse cada una de su propio espacio. Tras contemplarla, Gorhad materializó en un instante la suya, la cual era de color azul. En la banda central plasmó una imagen en la se veía un astro solar rodeado por los siete planetas a los que iluminaba con su calor. El joven moreno trazó con mucho cuidado cada una de las líneas orbitales por las que giraban los globos terráqueos, matizados de distintas tonalidades. Cuando se giraba la copa, ésta brindaba la agradable sensación de que los mundos se desplazaban en el vacío del espacio negro. Luego el artista confesó que aquel sistema solar era el mismo en el que se encontraba Ulmuden, lo cual se podía deducir al observar a la cuarta esfera planetaria.

Por último, Bellumin también invocó la presencia de su obra de arte. Era un cáliz cuyas escamas eran de una radiactiva tonalidad dorada y los bordes superiores e inferiores de la obra estaban coloreados con un color plateado. En la sección dedicada a la conmemorativa y singular ilustración, la joven se inspiró en los ciclos de los siete soles de Camedon. A lo largo de la franja se veían las rocosas islas que flotaban sobre los mares, mientras en el cielo los astros solares se repartían los periodos de actividad sobre unos atardeceres, en medio de los cuales, una sola noche triunfaba, otorgando a quien estudiaba la escena, un reconfortante respiro en el que no sólo se apreciaba el titilar de las estrellas, sino que un insomne pez sagrado saltaba en medio de la oscuridad.

Así que los tres jóvenes, con un minucioso esfuerzo que demostraba que en algún momento de sus vidas tuvieron la suerte de pasar por la formación básica dada en Escuela de Artes Plásticas, lograron construir aquellos valiosos objetos cuyo auténtico poder aún desconocían. Esa misma noche, sin embargo, tendrían la suerte de descubrir cuál era el misterio que ocultaba su belleza cuando Meldonbar anunció después de la cena que había llegado la hora de evaluar el calibre de las fuerzas de los invitados.

Aquella prueba se realizó en el gran salón que se hallaba en el corazón del palacio. Era una recamara inmensa, con ocho portones situados en cada una de las paredes del perfecto octágono geométrico que daba forma al vacío lugar. Justo encima del amplio salón estaba la enorme cúpula central de la mansión: la distancia que existía entre el suelo y el punto máximo de aquel techo arqueado brindaba una sensación abismal. El admirable jefe de la comunidad lideraba el recorrido del grupo. Al ingresar a la

recámara donde se desarrollaría la prueba, Meldonbar se dirigió hasta detenerse en centro del suelo embaldosado de un color crema. Los aprendices se acercaron a él sin darse cuenta que los avanzados maestros dejaron de acompañarlos deteniéndose a varios metros de distancia, sin sobrepasar la línea del círculo color rojo más cercano a las puertas. Los tres amigos fueron invadidos por un sentimiento de abandono, reforzado además por la autoridad de aquel hombre quien esbozó una frágil sonrisa ante el nítido nerviosismo que les intentaba estrangular la respiración. Meldonbar señaló la línea del círculo en el que se encontraban y los jóvenes reconocieron que existían otros ocho pequeños círculos, los cuales coincidían en línea recta con la ubicación de las puertas.

—Pueden sentarse—sugirió el hombre rubio.

Entonces se acomodaron en el suelo en posición meditativa. Cada uno situó su respectiva copa de metal enfrente de sus piernas. Ninguno de los tres cerró aún sus ojos, ya que tal como habían sido educados por sus maestros esperaban las órdenes que debían seguir. Un segundo más tarde apareció de la nada Meller, quien sostenía entre sus manos una fruta gris cuya forma era bastante similar a una pera. El ángel se acercó al centro del círculo donde depositó la fruta provista aún de un delgado tallito donde se sujetaban dos hojas negras. Tras lo cual Meldonbar empezó a caminar alrededor de los tres aprendices, quienes no pudieron evitar al mismo tiempo experimentar el miedo respetuoso que inspiraba el jefe de la comunidad. Por un momento se sintieron minúsculos, impotentes y despreciables ante el incontenible poder que brotaba de sus firmes pasos sobre las baldosas. El Aprendiz tuvo la leve sospecha de que si se arriesgaba a mirarlo directo a sus ojos, aunque fuese por un solo segundo, moriría de inmediato como el único precio que debía pagar por su osadía. Así que no tuvo otra opción que seguir con su rostro inclinando, esperando recibir la orden de poder cerrar los ojos que le permitiría sumergirse por entero en la meditación, dejando que su mente quedara invadida por la total oscuridad. A pesar de lo cual, aún tendría que tener paciencia un par de minutos más antes de escapar a la terrible ansiedad que lo dominaba.

—Espero que si están aquí—dijo Meldonbar—, es porque están dispuestos a ofrecer toda la voluntad y fuerza de su espíritu para ser admitidos en La Comunidad de los Astros.

—Sí, maestro—respondieron en una misma voz.

El jefe de la comunidad se detuvo detrás de la espalda de Gorhad y apoyó su mano sobre su hombro. Entonces le solicitó que le entregara su computadora personal. El joven de piel morena metió su mano en el interior de su gabán para extraer del bolsillo izquierdo el polígono de seis lados que depositó en la palma desnuda del Meldonbar, quien sólo le bastó una mirada a los otros dos aprendices para que obedecieran la misma orden. El autoritario hombre continuó caminando en torno a ellos mientras un pequeño frasco de aceite se materializó en su mano derecha. La joven Bellumin sintió que su cabello se humedeció ante el contacto del líquido que también fue derramado sobre la cabeza de los dos hombres. Ni una sola gota del denso aceite resbaló del sitio donde fue regado.

—Lo que están a punto de enfrentar—dijo—definirá si merecen ser miembros de esta comunidad. Me temo que a pesar de la ofrenda que acaban de concederme, sino logran ser capaz de superar este examen no podré recibirlos en esta comunidad. Por lo que sólo puedo sugerirles que consagren todas sus energías en esta prueba. ¡Ahora pueden cerrar sus ojos!

La orden los sentenció a sellar sus parpados de inmediato. Nunca llegaron a saber cuánto tiempo pasó desde que fueron conscientes de la oscuridad total provocada por sus ojos cerrados. De pronto sintieron un escalofrío visceral que llegó acompañado por un ligero temblor de tierra. Entonces en el centro del círculo, la fruta empezó un

proceso de envejecimiento que tras ser surcado de arrugas, se agrietó liberando un vapor rancio y oscuro. Aquel gas venenoso siguió fluyendo, dando la ilusión de que la pera grisácea se derretía mientras en su núcleo existía un espacio infinito capaz de albergar semejante cantidad de vapor que se condensó para dar vida a una oscura bestia de corpulentas patas, que fue creciendo y creciendo hasta convertirse en una monumental obra siniestra cuya altura ya rozaba con el techo donde iniciaba la cúpula. Tenía las mismas proporciones de un gorila, sólo que su cabeza con el mismo aspecto que la de un toro era cuadrada, no poseía cuernos y en la intersección de sus fauces llevaba una anilla dorada que iluminaba su rostro, provisto de unos ojos color fuego. A pesar de que sus zarpas eran gruesas y pesadas podía moverlas con total libertad. La bestia abrió sus fauces, proclamando un furioso rugido que estremeció a la sala por completo: a través de su grandiosa garganta poblada de pelo se vio que en su interior ardía un irritante fuego celeste que al ser eructado por su boca saturó la sala de un irrespirable olor a azufre. De inmediato Meldonbar dio una palmada que permitió que un conjunto de lámparas flotantes de luz amarilla dejaran en penumbra la inmensa sala.

El primero en levantarse del suelo fue Gorhad, quien en comparación con el inmenso enemigo era casi igual de alto que el diámetro de la anilla colgada en sus fauces. Ejecutando un rápido salto, se trasladó volando hacia la monumental cabeza donde tras realizar una acrobacia descargó una potente patada que fue capaz de destruir uno de los colmillos de la bestia, la cual respondió dando un zarpazo que su él alcanzó a esquivar. Un momento después aprovechó, cuando la boca del animal se abrió para efectuar un segundo rugido, y descargó una agresiva patada en su mandíbula inferior. El impacto del joven fue tan consistente que unos segundos después la bestia perdió su equilibrio y se derrumbó sobre una de las paredes creando un gran agujero sobre ésta. Pero la bestia se incorporó de inmediato, revestida ahora con una furia y energía increíble que desató una ola de viento dentro de la sala. Así que la batalla continuó, sólo que esta vez Bellumin y El Aprendiz saltaron a los aires, integrándose a la acción de los acontecimientos.

Un segundo más tarde el gigantesco animal recibía los ataques simultáneos de los tres valientes guerreros. En la inmensa recámara, levemente iluminada por las lámparas flotantes, el cuerpo era impactado por unos golpes que creaban unas bonitas circunferencias azules en cuyo núcleo estaban sus adversarios. Pronto la bestia se vio agobiada por esos redondos círculos casi transparentes que aparecían aquí y allá mientras ésta intentaba defenderse lanzando sus zarpazos al aire, como si intentara librarse de moscas que revoloteaban en torno suyo. El desarrollo de las circunstancias otorgó la sensación de que la bestia no tardaría en ser derrotada, afligida por unos asaltos tan rápidos y violentos frente a los que no tenía tiempo alguno de defenderse. Pero entonces, al sentirse acorralada, la bestia proclamó de nuevo un violento rugido con el cual logró reunir sus mejores fuerzas para continuar al frente del combate. Después de lo cual su respuesta a los ataques resultó ser mucho más efectiva. Ahora sus movimientos y embestidas demostraron ser más ágiles. De modo que llegó el momento de la venganza del animal, que de un fuerte coletazo tumbó a Gorhad contra el suelo mientras que Bellumin fue barrida de un solo manotazo que la empujó hacia una de las paredes donde, tras experimentar la consistencia de la roca, cayó en picada. La suerte de El Aprendiz no estuvo exenta de sufrir un golpe similar: cuando intentó perpetrar una sólida patada sobre uno de sus ojos, recibió un fuerte cabezazo que acto seguido le brindó al adversario la oportunidad de arrastrarlo por el piso empleando su frente. Los maestros allí presentes, que por lo visto tenían una orden estricta de no intervenir durante la prueba, apenas tenían que desplazarse en un parpadeo a la hora de evitar ser agredidos por la majestuosa bestia.

Los tres guerreros no tardaron en reponerse. El negro animal percibió cómo el joven

moreno inició un vuelo que pudo retener al dar un enérgico zarpazo: por poco logra impactarlo de no ser porque en ese instante, la olvidada copa del guerrero, que aún estaba fija en el mismo sitio donde la dejó al comenzar la prueba, se desplazó a toda velocidad para detenerse en medio del ataque. Gorhad fue empujado por una brisa refrescante hacia una de las paredes, a donde lo siguió el cáliz azul que de manera voluntaria se acopló en su mano derecha. En ese mismo momento, la copa de Bellumin y la de El Aprendiz se desprendieron del centro de la inmensa sala para salir disparadas a las manos de sus propietarios.

A partir de entonces los tres jóvenes fueron conscientes de la utilidad que podían darle a esas bonitas joyas de metal: éstas al cobrar vida propia les transmitieron todos los conocimientos necesarios que necesitaban a la hora de emplearlas. La joven Bellumin fue la primera en atacar. Creó un destello de energía que se alargó para convertirse en una afilada hoja que de un tajo amputó la cabeza del enorme animal. Luego El Aprendiz forjó una tormentosa red de relámpagos que obligaron al monstruo a retroceder hacia una de las paredes de la sala sobre la cual se volcó. Y por último Gorhad, quien se empujó con sus botas realizando una admirable acrobacia, generó otro destello cortante que partió en dos el lomo de aquel siniestro engendro nacido del vapor de la fruta gris.

Saturado de nuevo por la impotencia que le inspiraba ser violentado por aquellos personajes tan inferiores a su magistral tamaño, las partes de la negra bestia volvieron a juntarse por sí solas. Y mientras el animal volvió a colocarse en pie, su cuerpo se fue agigantando y la estructura de la inmensa sala fue estremecida por un temblor. Apoyado en sus patas traseras, el monstruo abrió sus brazos al aire derrocando el techo del palacio. La mitad de su cuerpo se asomó al exterior de la gigantesca mansión a la vez que volvió a recargar sus energías liberando un desgarrador grito que retumbó sobre todo el valle y las montañas cercanas. Aprovechando la brutal transformación, El Aprendiz dio un salto que le permitió escaparse por el agujero donde antes se hallaba el techo arqueado de la cúpula. El ojo color sangre de la bestia registró su vuelo hacia el cielo azul nocturno. La bestia lo dejó fugarse un centenar de metros antes de que esbozara una sonrisa fatal que reveló sus afilados dientes. En ese mismo instante dio un tremendo salto que la elevó por los aires que era justo lo que el joven aprendiz deseaba que aconteciera, permitiéndole así ejecutar una viva acrobacia con la que logró caer en picada a una velocidad extrema. Cuando estaba a escasos metros de colisionar con los incisivos, ejecutó un poderoso puño que fragmentó la muralla dental. Acto seguido, tras cruzar la oscura garganta del animal cayó en el interior de sus entrañas. Sosteniendo su copa entre sus dos manos, el joven dejó que ésta creara en torno suyo un globo de energía que estalló golpeando en las paredes del oscuro vientre. El animal que aún se hallaba a medio camino en el aire fue sacudido por un frío relámpago que afectó a todo su sistema nervioso, así que perdiendo toda su voluntad fue atraído por la gravedad hacia el suelo poblado de escombros y grandes bloques de mármol.

El joven continuaba dentro de las entrañas del animal, sólo que ahora era rodeado por un globo de luz dorada en cuyo núcleo se hallaba su silueta oscura, como si el joven fuese un feto que vivía en el cavernoso estómago de la bestia. Entonces Bellumin y Gorhad tuvieron la necesidad inmediata de apoyar la intención que su compañero fraguaba en ese instante. La joven mujer dejó que de la boca de su cáliz brotara un redondo destello, que tras arrojarlo hacia el vientre iluminado, fue absorbido a través de la piel. El núcleo dorado donde permanecía el discípulo de Artemus, se tiñó de unas nerviosas líneas rojas que incitaban a pensar que aquel globo poseía la misma belleza que el iris de un ojo. Un segundo después Gorhad lanzó con su copa de metal su destello azul que al entrar en contacto con las dos energías provocó una reacción en cadena que estremeció a la voluptuosa panza a la vez que se escuchó un ruido

burbujeante en su interior. El monstruo negro dio un agonizante suspiro mientras elevaba su cabeza hacia el cielo, recordándole a los presentes que aún permanecía vivo.

Pero El Aprendiz fue valiente e implacable con su fatal determinación: una bestia tan agresiva y despiadada no merecía continuar con vida en un mundo tan puro como el de Ulmuden. Contempló la franja de su copa y la hizo rotar hasta detenerse en la sección donde se apreciaba el trono de Artemus sobre la colina verde. Entonces descubrió que existía un puntito brillante justo sobre la escultura de mármol, que al tocarlo desató una furia incontenible que le concedió la gracia de sentir que en el interior de su copa, al igual que en la de Bellumin y Gorhad, existía la energía radiante del corazón de una estrella. De manera que las tres fuerzas siderales al conjugarse en una sola generaron una impresionante explosión que descuartizó las entrañas del animal salvaje y llenó la inmensa sala de una brillante luz que encegueció a todos los presentes.

Bellumin despertó abrumada por una respiración asfixiante, con su rostro bañado en sudor mientras su maestra Femna sostenía una de sus manos sobre su pecho y la otra en su espalda, como si intentara contener que su corazón no fuese zafarse de su cuerpo. Artemus y Kamus realizaban lo mismo con su respectivo discípulo. Gorhad levantó sus ojos hacia el arqueado techo de la cúpula: el palacio de Meldonbar se hallaba intacto, con sus cimientos igual de fijos y consistentes como lo estaban desde los siglos pasados. Lo único que estaba fuera de su lugar era la pera gris que recostada sobre el piso describía sobre sí misma una serie de giros frenéticos hasta que su materia se deshizo para convertirse en una pequeña montaña de arena blanca. El jefe de la comunidad, quien permanecía de pie junto a ellos, lanzó al suelo una pequeña bolsa de cuero en la cual el polvo se vio obligado a introducirse por su abertura que fue cerrada por un cordón en torno a su cuello. Luego el hombre rubio miró a los ojos a cada uno de los valientes amigos. La fría ilusión en la que sus sentidos fueron embrujados llegaba a su fin, una pesadilla que fue lo suficiente aguda y siniestra para que cada uno dejara que su espíritu utilizará al máximo todo su potencial. Después de aquella batalla tendrían que descansar un par de días antes de reponerse de la prueba. Aquellos tres valientes personajes sabían que acababan de perder cierta parte de su inocencia como aprendices, pero aunque continuaban siéndolo, ahora ya se comportaban con la misma madurez de un líder espiritual. La ceremonia de graduación se había completado. Ahora, a pesar de estar sometidos a una fatiga extrema que apenas les permitía reponerse del frío agonizante de la ilusión, eran conscientes que la hazaña les había concedido el título de ser admitidos en La Comunidad de los Astros. Unos días más tarde, Meldonbar le regaló a cada uno, un sistema de correas de cuero con las que podían llevar colgada junto a su cintura su respectiva copa de metal, igual que la llevaban los guerreros de la Antigüedad, como si ésta fuese una afilada espada.

VII. AMILUNA

La sala a la que descendieron los miembros de La Comunidad de los Astros estaba ubicada en las entrañas más profundas de la fortaleza de Yunzabit. Era un aposento amplio de ásperas paredes rocosas que permanecía iluminado, desde los últimos veinte años, con la compañía de varios grupos de velas esparcidas aquí y allá en torno al cubo del altar central, sobre el que se hallaba la vasija blanca en la que estaba encerrado Merfenés. En torno a la tapa de aquel recipiente de barro, había crecido una maleza negra que se transformaba en unas gruesas ramas, las cuales se dirigían a diferentes direcciones antes de pulverizarse con el contacto del círculo de cera creado por los cirios consumidos. En el techo de la grande habitación existía un redondo agujero por el que se observaba una claridad azul que otorgaba una elegante belleza a la tenebrosa vasija, aunque al levantar la vista se podía apreciar que no existía un conducto que comunicara con los niveles superiores, sino que era una delgada película de agua la que se encargaba de emitir el brillo.

Para llegar hasta allí, Meldonbar los guió a través de la red de túneles de la fortaleza hasta conquistar una estancia provista de una redonda piscina de agua azul en cuyo fondo podía apreciarse la luz de otra sala similar. Ninguno de los presentes, ni siquiera los Jefes Supremos de las Casas, habían tenido la oportunidad de estar allí antes. El jefe de la comunidad fue el primero en arrojarse en el líquido que no salpicó ya que su consistencia era parecida a la de una densa gelatina. Todos observaron con asombro cómo descendía de manera lenta hasta que en un determinado punto la gravedad volvió a ejercer su presión natural y el hombre aterrizó con fuerza en el suelo. Cautivada por el fenómeno, Bellumin fue la segunda en lanzarse y se sorprendió que en el interior de esas fascinantes aguas pudiera respirar con la misma libertad que le ofrecía el aire; incluso tuvo la impresión de que disfrutaba de un oxígeno mucho más limpio y saludable.

Unos segundos más tarde, el hermoso hombre rubio explicaba a los guerreros que acababan de caer, que aquella piscina servía de barrera entre los límites de la dimensión superior e inferior. Algunos meses después de trasladar la vasija, desde la habitación de la cocina hasta esas profundas entrañas de la fortaleza, Meldonbar descubrió que el ser capturado se resistía a quedarse quieto, por lo que la energía con tanta furia contenida que brotaba del recipiente estaba gestando un mundo paralelo que buscaba alimentarse y esparcirse en la salud del planeta. Así que patentó aquella capa gelatinosa que retenía la perversión que reinaba allá abajo.

No necesitaron caminar demasiado para llegar al escenario donde empezaría la arriesgada misión. El suelo de aquella estancia contaba con un empedrado similar al de las calles de las ciudades, lo que les recordó a todos el serio compromiso que debían asumir sino querían que la fuerza selvática que crecía en torno a la vasija creciera hasta derrumbar la paz del mundo. A pesar de que ahora se encontraban a una enorme distancia de la superficie de la tierra, cada uno de los consagrados guerreros experimentaba en su corazón la potencia radiante que les proporcionaba la Estrella de Artemus. En las últimas noches, los residentes del palacio se reunían en los jardines para observar el rumbo del astro, escrutando su brillo como si éste fuera a revelar sus secretos más íntimos. Los miembros de la secreta comunidad seguían a la expectativa del cercano día en el que tendrían que asumir el reto de enfrentarse de nuevo con el poder de las sombras de Merfenés.

En una de esas noches el artista más grande que jamás tuvo Combray, ingresó en una de las salas del palacio donde se dedicó a meditar durante los días enteros que restaban para ejecutar el ataque. A través de las puertas abiertas de la grande habitación era posible contemplarlo justo en el centro del suelo, envuelto de un silencio

perpetuo al mismo tiempo que su cuerpo flotaba a escasos centímetros de las baldosas. Para los que lo observaron, respetando su pactado silencio, les resultó fabuloso ver el aura celeste que emanaba Artemus, un calor magnético que atraía la atención de todos, invitándolos a aproximarse y tener contacto con ese fuego azul que se fue expandiendo hasta rellenar por completo la extensión de la sala.

A la hora del atardecer de la esperada fecha, justo cuando en el cielo empezaban a titilar las primeras estrellas, se sintió un temblor tremendo en el palacio. Una fuerza sobrenatural que sacudió y estremeció a la gigantesca obra de arte pero que no se propagó más allá de los jardines, dejando en total calma las montañas del valle. De pronto, el resplandor celeste de la sala en la que permanecía Artemus estalló como un poderoso globo radiante, lo que empujó al espíritu de todos los presentes para que contemplaran una visión alucinante. Sus mentes viajaron a millones de años luz en el Universo hasta aproximarse a final del fuego transmitido por la espléndida estrella, que tras dejarse observar por un segundo emitió una explosión de colores que los condenó a regresarse con una velocidad aún más frenética por la misma ruta ya trazada. La visión astral les brindó un ángulo desde el cual sintieron que iban a estrellarse con el techo del palacio, pero un instante antes de impactar, el ojo descriptivo de la escena se posó desde una colina para que vislumbraran cómo un grueso e intenso rayo de luz colisionó con la esencia de aquella gigantesca mansión sin vulnerar en lo absoluto su estructura arquitectónica. A los miembros de la comunidad les pareció que acababan de sentir el infinito de la eternidad, lo que a su vez los saturó de una fe renovada que los incitó a presentarse de inmediato en la fortaleza de Yunzabit: la hora había llegado. Sólo tres de los miembros reunidos aquella madrugada junto al estanque, cuando Artemus regresó en compañía de El Aprendiz, no participarían en aquella misión. Meldonbar pidió al anciano Solumdeg y a Lirdini que intensificaran la protección del planeta junto a las mujeres guardianes que esa noche no podrían alternar su horario de trabajo sino que estarían al mando de dirigir los batallones de los genios y el servicio de los tuldanes; los errores y descuidos cometidos dos décadas atrás no tenían por qué volver a repetirse. La Comunidad de los Astros tenía muy en claro que si en el peor de los casos la operación fallaba tenían que estar preparados con sus mejores fuerzas para enfrentar el crudo destino de ver un mundo desequilibrado por la disputa entre el bien y el mal. Dolbener por su parte, retornó cinco días antes para mantener su comunicación con Kulten. Todas las esperanzas estaban puestas en aquellos siete personajes reunidos en torno a la vasija.

Durante un par de minutos se respiró en aquella sala una efervescente ansiedad mientras aguardaban que Artemus diera el primer paso de la ceremonia de expiación. Luego de soltar un suspiro, se aproximó a la vasija. Entonces abrió su mano derecha sobre la cual se materializó una daga de un verde esmeralda cuya afilada hoja de metal era una línea serpenteante de tres ondulaciones. Después de cortar la negra maleza que brotaba del recipiente, apoyó sobre las paredes de ésta sus desnudas palmas. Luego tras un minuto de intensa concentración, que se vio reflejada en la tensión de su cuerpo y la sonrisa apretada de su rostro, logró desanclar la endemoniada olla del sitio en la que se hallaba desde hacía tanto tiempo, lo que sorprendió a Meldonbar quien años atrás logró desplazarla, con un agotador esfuerzo durante un mes entero, desde la cocina en la que se hallaba en un principio hasta aquel lugar. Artemus agarró la vasija con su brazo para sostenerla contra su pecho mientras en la sala se experimentó la tensión de un sismo tras el cual varios de los ladrillos del suelo se desprendieron del organizado empedrado, empezaron a flotar dejando observar unos agujeros negros que succionaron con violencia y aridez el aire que aún existía en las profundidades de la fortaleza. El cubo del altar se partió en dos pedazos, la parte superior quedó levitando igual que algunas de las piedras rectangulares; la otra sección se hundió con desesperación en el vacío llevándose consigo uno que otro de los bloques del

empedrado del piso y la vasija que el maestro dejó escapar voluntariamente del abrazo que la protegía. Los miembros que estaban de pie contemplaron el abismal espacio oscuro que surgió en aquella sala: era como un cielo negro que al instante fue salpicado por un centenar de estrellas, lo que a su vez produjo una tremenda fuerza gravitacional que asustó a todos los presentes al sospechar que pronto serían jalados al interior de ese fisura estelar.

Pero la abominable tensión fue anulada cuando el lugar fue inundado por una claridad purpúrea que congeló por completo la actividad que existía en aquel escenario. El único que podía moverse con total libertad en ese espacio sin vida era Artemus, quien desató su copa verde de las correas de cuero que la mantenían atada al lado izquierdo de su cintura y entonces la depositó justo en el centro de lo que aún quedaba del cubo del altar. Al depositarla experimentó cómo la extraordinaria energía que él ostentaba, la cual alcanzó su punto más sobrenatural y extremo esa noche, se redujo hasta la mitad: un poder que nunca hubiera conquistado aunque tuviera la consagrada voluntad de entrenarse con total rigor durante un par de miles de años. Por lo que aún conservaba fuerzas de sobra para mantenerse activo en el resto de la misión.

La tensión morada seguía palpitando en la sala, suprimiendo la posibilidad de que los allí presentes pudieran contemplar que era lo que estaba sucediendo en ese instante. Ni siquiera Meldonbar podía desafiar la magnitud de ese evento quien se mantenía estático en una fría imagen en la que se le veía resistiendo igual que los demás el efecto de la fuerza gravitacional. Artemus se introdujo en el interior del gran agujero donde desapareció la tonalidad morada existente de allá arriba. Su cuerpo flotaba en ese campo en el que las estrellas giraban, el aire que respiraba allí era intensamente liviano y saludable. Se dejó hundir con tranquilidad en ese vacío, sin experimentar ningún miedo de extraviarse mientras buscaba la estrella luminosa que definiría el curso del destino. No tardó en encontrarla y entonces se acercó a ésta impulsándose con su habilidad de volar. Como el interior de la fisura estelar seguía rotando, cuando faltaban pocos metros para aproximarse al astro, su viaje lo realizaba desplazándose con su cabeza dirigida hacia abajo. Artemus extendió la palma de su mano de la cual brotó una minúscula bombillita de luz. Entonces giró su cuerpo, observó la grieta que comunicaba con la sala de allá arriba y arrojó la diminuta lucecita que salió disparada hacia lo alto. Al salir al escenario que permanecía envuelto aún por la tonalidad morada, la bombillita decidió resguardarse en la depresión de la copa en la que bien podía servirse un buen trago de vino.

Un instante después, Artemus fue succionado por el astro que se hallaba a sus espaldas. Con la misma violencia con la que desapareció de la fisura estelar, su existencia volvió a materializarse en un mundo en el que reinaba la oscuridad. Tardó algunos segundos en poder abrir sus ojos, lo que produjo en su corazón una sensación idéntica a un despertar. El escenario se encontraba inundado por el peso de una densa sombra en la que de vez en cuando se apreciaba el destello de un nervioso relámpago. Sin embargo, el sitio en donde el genio artista se hallaba de pie estaba iluminado por un círculo de luz que proyectaba la estrella por la que acababa de ser arrojado, la cual se ubicaba a cientos de metros de su cabeza. Artemus contempló su brillo, fascinado por el calor tibio que emanaba de sus rayos celestiales que acariciaban sus ojos otorgándole un exquisito placer. Luego centró su atención en el redondo espacio empedrado cuya soledad le pareció muchísimo más abominable que el vacío gravitacional experimentado en la sala de Yunzabit.

Artemus extendió su mano para materializar en su palma una pequeña escultura de roca. Durante sus largas sesiones de meditación en el palacio de Meldonbar, su íntimo diálogo con el resplandor de su estrella le permitió conocer que sería necesario contar con esa figura. Artemus pudo crearla sin necesidad de interrumpir sus horas de abstracción: su espíritu se transportó hacia una región deshabitada donde pudo extraer

un trozo de roca de una montaña de mármol. Empleando la voluntad de su mente esculpió la forma de un legendario animal que se hallaba sobre un pedestal, tras lo cual abandonó la artesanal obra bajo la protección de las tres lunas del planeta.

Depositó la figura en el centro del círculo empedrado y tras fulminarla con una intensa mirada, la roca empezó a crecer conservando sus proporciones. Ahí estaba el imponente animal. En la parte superior se veía un hombre de brazos y pectorales corpulentos que llevaba en su cabeza un turbante. A partir de la cintura el singular personaje se transformaba en un caballo cuyas patas estaban dotadas con la misma robusta musculatura. Era una escultura idéntica a la descrita en los relatos mitológicos de los antiguos monarcas. Artemus se acercó a la obra y frotó sus manos en las paredes del pedestal, estudiando la belleza y consistencia de la roca. Luego cerró sus ojos para contemplar de nuevo la grieta estelar, su mente se deslizó de nuevo en la sala morada y acto seguido ordenó a su corazón que anulara ese encantamiento que mantenía presos a los miembros de la comunidad. El maestro alcanzó a retirarse con rapidez de la sombra que proyectaba el orgulloso animal para contemplar cómo un conjunto de relámpagos impactaron en torno al círculo empedrado sobre el que se levantaba la escultura. Un viento salvaje sopló de la nada esfumando las fibras radiantes de energía que envolvían a los seis personajes que acababan de aterrizar.

La presencia y unión de las fuerzas de los siete guerreros concedió que en torno a cada uno de ellos surgiera un globo de luz que disipó la intensidad de las sombras. Ahora el mundo era mucho más perceptible, se podía ver más allá de la fría densidad de las tinieblas. Bajo la orden de Meldonbar, se agruparon para seguir una misma ruta lo que permitió que la suma de todos los radiantes globos creara un amplio y reluciente disco amarillo en el suelo. Artemus los guió hacia el norte, justo hacia donde miraban los ojos del fornido hombre de piedra. El escenario por el que avanzaban era siniestro, parecía un sueño donde las cosas se movían de un lado para otro con voluntad propia, a veces siguiendo una lógica inconcebible: un coche rojo pasó despacio enfrente de ellos antes de desmaterializarse en un millar de cuadritos, una lámpara de aceite que viajaba por el aire se transformó en una paloma, un conjunto de varias tazas de café se desplazaban por sí solas raspando los adoquines de las calles, entre otros efectos igual de absurdos como lo fue una botella de cristal que se reventaba en mil pedazos para segundos después reconstruirse a sí misma y el gato negro que tras caminar un pequeña distancia se desvanecía antes de reaparecer con el objetivo de repetir el mismo trayecto infinito. Lo espeluznante del recorrido fue que a medida que se internaban, más comprendían que ese mundo era similar a una población de cualquier ciudad de Ulmuden, una especie de réplica en la se podía apreciar las calles y las casas además de los restantes objetos que daban vida al lugar como las lámparas, las bancas de los parques o las esculturas erigidas en las fuentes de agua. Era una visión atemorizante, una pesadilla en la que presentían cómo acabaría el planeta entero si no extirpaban bien ese cáncer que amenazaba con estallarse algún día.

Tras caminar cerca de dos kilómetros el camino empedrado empezó a cicatrizarse brotando de éste una gruesa raíz oscura que se prolongó durante un centenar de pasos más hasta conquistar un sitio donde se hallaba un monumental árbol negro. El tronco, que era bastante ancho, debía tener alrededor de unos noventa metros de altura. Sus amplias ramas estaban pobladas de millones de hojas grises que se desprendían para mantener viva la colcha que se acumulaba en el lugar en el que se encontraban los siete espectadores de su tenebrosa belleza. Las raíces que brotaban de la base del árbol crecían en dirección a cinco caminos distintos. Gorhad creó un destello con su mano y lanzó el balón luminoso con el fin de que éste se paseara en torno al oscuro monumento. Entonces se fijó con cuidado en los gruesos brazos del árbol y descubrió una que otra pera de color gris colgada de las ramas.

No hizo falta ninguna explicación. Los presentes sabían muy bien que estaban frente al

núcleo del universo forjado por la perversidad de Merfenes, la cual había encontrado una forma de desarrollarse y crecer como su único remedio al alcance para propagar sus reprimidas fuerzas. Entonces Artemus contempló una anomalía que cautivó toda su atención. De la superficie del tronco que poseía varios violentos cortes y heridas fluía una purpúrea savia espesa. La misteriosa sangre se deslizaba por las estrechas arrugas de piel oscura del árbol. Entonces se acercó para tocar con las yemas de sus dedos aquel líquido gelatinoso que al instante se encendió, su brillo se expandió por todo aquel oscuro monumento de tal modo que el enorme cuerpo quedó iluminado por una radiante red nerviosa. El efecto resultó a la vista de los presentes tan mágico y fascinante que algunos retrocedieron con el deseo de contemplar mejor la reacción en cadena provocada por los dedos de Artemus, la cual siguió expandiéndose en esa luminosa y palpitante red neuronal hasta llegar a la copa de la impresionante planta. Un fenómeno que a su vez inspiró un agradable sentimiento de confianza en medio del desolado mundo en el que estaban.

Después de lo cual Artemus apretó en su mano la daga de color verde esmeralda y sin previo aviso decidió clavarla en el centro del ancho tronco. La hoja del puñal era tan afilada que sin mayor esfuerzo el hombre que la portaba pudo realizar un amplio corte, una línea que descendía como el rasguño ocasionado por un monstruoso animal salvaje. De la herida fluyó sin compasión un implacable torrente de la misma sangre púrpura.

Artemus dio un total de catorce pasos para retirarse del árbol y apreciar mejor lo que presentía iba a ocurrir. El palpar radiante de la savia se detuvo, el líquido dejó de circular por la superficie y entonces del gran corte del tronco fue emanando un vapor que se fue condensando en un círculo de calor en cuyo interior habitaba una exquisita arquitectura de pétalos concéntricos de un pálido color morado. En ese mismo instante el artista más grande que jamás tuvo Combray comprendió porque desde su regreso al mundo de los mortales, en sus sueños no dejaba de perturbarlo esa presencia que suplicaba con horror su ayuda y protección en su afán por ser liberada, pese a que en otras circunstancias era capaz de revelar la magnitud del auténtico poder que ostentaba. Bellumin, El Aprendiz y Gorhad se impactaron al reconocer de inmediato la figura. Era la Sombra Púrpura.

—Vamos a necesitar a mi hermana—dijo Artemus rompiendo el silencio.

El único que no se sorprendió por la autoritaria decisión fue Meldonbar, quien dijo que no había tiempo para explicaciones. Ordenó a los presentes que siguieran las indicaciones que daría aquel maestro quien a partir de entonces asumiría el cargo de líder. Entonces el hombre rubio pidió a El Aprendiz que lo acompañara. Los dos desaparecieron entre las sombras al alejarse unos cuantos metros del radiante globo en el que permanecían los demás. Sin embargo, al internarse de nuevo en la oscuridad, aun conservaban el mismo calor que los mantuvo en comunión con los otros: una antorcha que tras ser aislada del fuego de la hoguera aún persistía en irradiar la misma incandescencia que acaba de heredar. Así que ambos pudieron caminar a través de varias calles antes de que Meldonbar creara un destello que se adelantó varios metros para iluminarles el camino.

—A pesar de que nos encontramos—dijo el hombre rubio vestido con su eterno gabán negro—en un mundo forjado por el alma de Merfenes, por mucho que nos esforzamos en mantenerlo al margen de la vida de Ulmuden sigue existiendo un pequeño vínculo que conecta a ambas dimensiones. De no ser así el espíritu su líder no habría podido generar una réplica tan similar a las de nuestras poblaciones. Ha logrado extraer un poco de la esencia vital de las entrañas del planeta, sin lo cual aquel majestuoso árbol nunca hubiera germinado.

Después de superar la prueba que aconteció en su palacio, Meldonbar lo trataba ya como a un igual, por lo que muy pronto perdió el miedo que lo reprimía de mirarlo a los

ojos. Ahora que caminaban juntos, el joven aprendiz pudo palpar la profunda ternura que inspiraba su incalculable poder, que era en realidad un reflejo perfecto de la protección que podía brindar, igual que la autoridad de un padre educa a su hijo con la sagrada fe de guiarlo por su mejor destino. El escenario por el que marchaban seguía poblado de curiosas anomalías: un reloj de una torre tirado en el suelo que nunca podía marcar la hora porque sus manecillas jamás se colocaban de acuerdo, las páginas que se arrancaban por sí solas de unos libros para luego ser empujadas por el viento mientras ofrecían a la vista los retazos de unos fantásticos paisajes, una disputa entre dos sables antiguos que por lo visto no eran controlados por la voluntad de una presencia humana invisible, y la mirada siniestra de dos ojos al final del camino que parpadeaba antes de continuar alejándose hacia atrás como si huyera de sus espectadores. Al llegar al final de una calle, existía una sola casa en todo el vecindario que contaba con una de sus ventanas iluminadas por un color azul. En la cortina se podía apreciar la silueta de una mujer que al parecer contemplaba la desolación del universo físico donde vivía. Luego la cabeza de la fantasmal figura giró para observar a los dos hombres de la calle.

Decidieron entrar en la casa con cautela. Subieron por las escaleras sin realizar mayor ruido y entonces descubrieron la puerta abierta de la habitación inundada por la claridad azul. El trayecto entre el sitio donde iniciaban las escaleras y el marco de la entrada les resultó larguísimo, parecía que la distancia se alargaba igual que una tira elástica. Cuando al fin pudieron entrar en la habitación, el espectro de la ventana ni se inmutó en reconocerlos. En el pequeño lugar existía una cuna de bebe, una cama de sabanas verdes, un escritorio pegado contra una pared, una repisa repleta con juguetes y un armario doble puerta de color marrón. Aunque la estancia era medianamente grande los objetos allí organizados parecían debatirse por el control del espacio, a veces se aproximaban de modo apretado entre sí y luego tomaban distancia generando la armonía natural que debía poseer el recinto.

Luego ocurrió un fenómeno igual de absurdo a los acontecidos en la soledad de las calles. Una niña de tez morena y cabello negro apareció sentada en medio del cuarto, jugando con un par de muñecas, cuyos ojos vivos le informaron sobre la presencia de los dos hombres que la observaban desde la puerta. La niña que no debía tener más de cinco años miró hacia el marco de entrada con una mirada vacía, como si no percibiera la existencia material de los visitantes. Entonces la infantil mujer era borrada del lugar para reaparecer de nuevo con otra edad durmiendo en la cama. El juego de presencias y ausencias siguió desarrollándose, a veces se convertía en un bebe que lloraba en la cuna, después una mujer joven que hojeaba las páginas de un diario sobre el escritorio y en otras ocasiones una chica en plena pubertad que se sentaba en una silla mientras su mirada perdida revelaba la inquietud de sus pensamientos. Era un desastre temporal que permitía estudiar las etapas de toda la vida de esa mujer, pese a que en ninguna de sus manifestaciones llegaba a superar una edad que estaría alrededor de los veinte años. Lo único que no se alteraba de la habitación era la figura espectral junto a la cortina de la ventana: a veces el bombillo de color amarillo, que se desenroscaba del techo, pasaba por su lado y su brillo dejaba a la vista por un segundo el vestido que llevaba puesto.

Meldonbar se infiltró con cuidado en la estancia, caminando con mucho tacto, intentando no tropezarse con los juguetes esparcidos en el suelo, como si presintiera el peligro al que se exponía al interrumpir la privacidad de la mujer. Luego minimizó el globo del destello que seguía acompañándolo desde que se despidieron del árbol y lo lanzó en búsqueda del bombillo que en ese momento vagaba de aquí para allá. El contacto entre ambas luces logró que la claridad azul de la habitación se apagara por completo, pese a que aún sobrevivía la penumbra blanca de la ventana, sobre la cual se recortaba la figura expectante de lo que acontecía en el exterior. Un segundo

después, el globo de vidrio se encendió de nuevo pero esta vez con una fosforescencia naranja un fuego que titilaba en su interior proyectando un débil calor, como una antorcha en la oscuridad. Ahora reinaba un tranquilo ambiente de intensa armonía que extirpó el efecto del desastre temporal creados por los fragmentos de aquella vida. La cuna se desvaneció, al igual que la repisa con los juguetes y el armario. En la habitación actual sólo quedaba el escritorio y la cama donde El Aprendiz, después de unos segundos en los que sus ojos se adaptaron a la negrura del espacio, contempló a la joven que dormía boca arriba.

El hermoso hombre rubio tomó la silla del escritorio y se sentó. El joven aprendiz no tuvo otra opción que permanecer de pie. Entonces Meldonbar estiró su mano, colocó sus dedos a escasos centímetros del centro de la frente de la mujer y contuvo la respiración. Luego dejó caer su índice en la piel morena, presionando con tal intensidad que no tardó en forjarse un círculo dorado en el punto donde ejercía el contacto. Un segundo más tarde retiró su dedo de la frente y fue en ese instante donde inicio la visión, una magnífica secuencia que los dos hombres allí presentes también pudieron contemplar con tan sólo fijarse en el círculo luminoso: las imágenes llegaban a sus mentes como si las estuvieran observando con sus propios ojos.

El hermoso y alucinante espejismo iniciaba con la belleza de un escenario con colinas ondeantes y extensiones de campo verde, iguales a las que existían en el Jardín de la Vida. Era una noche de cielo azul ante la cual el lugar gozaba de una luminiscencia propia que emanaba de la misma superficie de la hierba, lo que provocaba que reinara un ambiente saturado de colores vivos. De pronto, mientras el relajante espacio evocaba la inmortalidad del alma y la perfección de la juventud eterna, la voz suave de Artemus susurró con una amable severidad como si estuviera recitando los versos de un sabio poema:

—Sé por lo que has pasado durante todos estos años... es difícil crecer en compañía de un fantasma... conozco tu temores y miedos más profundos. La vida siempre nos guiara por caminos que van más allá de nuestra voluntad, así que la muerte es un suceso inevitable, capaz de abrirnos los ojos hacia horizontes desconocidos.

Un par de plumas de ángel se deslizaron por el ojo del lente que registraba la visión invitando al surgimiento de un segundo ambiente. En la soledad de su cuarto, una niña descansaba sobre su cama a la vez que una red de hilos blancos brotaba alrededor de su cuerpo como si fuesen formando una telaraña. En el sueño en el que estaba ella veía la habitación de su hermano, sola, abandonada, con un recorte con forma de arco en una pared lateral a través de la cual podía apreciarse el silencio de la noche. Entonces un temblor relajante y sobrenatural invadió la estancia, revistiéndola de un aire saludable que llenaba de calma la inquietud del corazón. Era una sensación hermosa que venía acompañada con la fría nostalgia de una ausencia humana que jamás retornaría a ese cuarto. La niña, cuya existencia se había materializado en la soledad del lugar vio de repente como las paredes eran traspasadas por un grupo ángeles, con sus alas enormes y sus divinos rostros. En medio del suave aleteo, un último ángel ingresó a la habitación sosteniendo en sus brazos el cuerpo del guerrero que acababa de sacrificarse. Con mucho cuidado, aquel personaje alado que bien denotaba ser el jefe del escuadrón de guardianes, depositó al joven sobre su cama y lo abrigó arropándolo con las sábanas. Mientras los demás seres se desvanecían, el jefe del grupo se volteó para dirigirle a la niña una intensa mirada que la devoró en un resplandor blanco que anuló la intensidad del sueño.

Era ahí donde empezaba su pesadilla. La ausencia de su hermano a lo largo de tantos años no habría sido tan perturbadora si nunca hubiese sido testigo de esa escena provista de esa magnífica nitidez que al llegar a su plateado final, daba paso a una oscuridad en la que ella podía observar el sufrimiento de una sonrisa que apenas era perceptible por una suave delineación grisácea, una sonrisa que también se grababa

en su piel. En medio de esa oscuridad, la ansiedad provocada por la incertidumbre generaba una puerta entreabierta por la que se filtraba una línea amarilla de luz, apenas lo suficientemente gruesa para que la estancia gozara de una amable claridad en la que se veía a la pequeña niña jugando en el suelo. Artemus, con su elegante porte de hombre adulto y con su admirable vestido de difunto, surgía de la nada formando en torno suyo un círculo naranja que brindaba un mayor calor al oscuro lugar, donde los objetos adquirieron una bonita fosforescencia, develando así que se trataba de la misma habitación que fue invadida por la presencia de los ángeles. Ahora podía observarse que la chica jugaba con pequeñas esculturas de arte en medio de un piso tapizado por un desorden de hojas de papel, delgados pinceles, tubos de pintura de óleo y desnudos lienzos blancos. La voz del joven que la contemplaba susurró por segunda vez.

—No puedo justificar mi ausencia durante todo este tiempo, no pude evitarlo, fue mi sacrificio, mi final, mi liberación... sé que ha sido duro para ti vivir bajo la sombra de un hermano que pudo haberte brindado la protección y el cariño que esperabas... sin embargo, siempre he estado junto a ti, aún eres la niña que tanto amé en mis días de mortal... solo yo y tú entendemos el fuerte vínculo que nos une. Por lo que es natural que pienses en mí, tú fuiste la última persona en la que pensé antes de morir...

La niña empezó a crecer demostrando de manera gradual las etapas por las que pasó su esencia a lo largo de su vida. Ahora era una mujer sentada en el suelo, con sus piernas cruzadas en posición meditativa y sus ojos cerrados disfrutando del amable negro de sus parpados. Se hallaba en la misma postura como se alcanzaba a ver en un antiguo recuerdo de su memoria que no lograba reconocer de quien lo había heredado. En su mente contemplaba lo que una y otra vez acabó por convertirse en una obsesión: un muro sombrío en el cual existía una fisura, una línea resquebrajada que amenazaba con derrumbar la tenue seguridad que inspiraba esa pared: una pared que aparte de constituir un misterio también bloqueaba su entendimiento.

La mujer realizaba un esfuerzo tremendo cada vez que se acercaba a esa herida brillante. A través de la agrietada rendija podía reconocer un mundo oscuro que intentaba ganarse su confianza, ansiaba atraerla a su reino seduciéndola con una fuerza gravitacional suave: una cálida sensación que lograba que en su mente intentaran despertar los dones que poseía. Un relámpago iluminó aquel escenario negro y cuando el resplandor empezó a apagarse, una presencia se interpuso del otro lado de la fisura como si fuese una persona que aprovechaba la ocasión para sorprenderla y quizá introducir una de sus manos para agarrarla. Solo que no se trataba de un hombre o una mujer, era un ser que tenía la apariencia de un globo flotante, provisto de un triángulo equilátero en cuyo núcleo existía un punto negro.

La secuencia de imágenes revelaba cómo pasaban los años mientras ella se debatía contra ese muro, sin ser consciente que su inquietud estancaba el despertar de sus virtudes en sus primeros y reprimidos viajes astrales. Mientras tanto un color que emanaba de su cuerpo, el púrpura, se difuminaba por la rendija con la sana intención de mantenerla a salvo. Y entonces su mente acudía a la paz que inspiraba su hermano: la nostalgia que emanaba de la eternidad y el recurrente deseo de haber tenido tiempo para estar junto él se unificaban en un sentimiento tan intenso como el que vivía cuando visitaba la tumba de Artemus y depositaba una rosa sobre el trono.

Pero entonces, aunque intentara huir de la provocación acudiendo a la figura protectora de su hermano, su resistencia siempre era derrotada y le era inevitable volver. Sus ojos se asomaban por la grieta percibiendo cómo esa dimensión reclamaba su apoyo, una petición que la envolvía y la condenaba a permanecer en la forma de la Sombra Púrpura. Pero esa noche, en la que Meldonbar presionó sobre su frente para irrumpir su mente con aquel espejismo, pudo al fin darle la vuelta al enigma. El muro fue derrocado, como si una entidad superior lo hubiera ordenado: sintió el peso de una

daga crujiendo por las fibras más profundas de su corazón y luego la roca de la pared se fue rasgando hasta derrumbarse, dejando a la vista la rivalidad que existía entre ambos escenarios: dos mundos que luchaban por sobrevivir.

Fue entonces cuando comprendió que a lo largo de su vida aquella barrera, instaurada involuntariamente por Artemus con la sangre de su muerte, sirvió para mantenerla al margen de esa fuerza gravitacional oscura que pretendía buscar a través de ella una ruta de escape, por el simple hecho de poseer una energía similar a la de su hermano. Así que mientras más batallaba por ascender en su destino espiritual más debía adoptar la forma de esa burbuja, dotada con esos hermosos pétalos concéntricos, y que esa visionaria noche pudo al fin reventar, permitiendo que la mente de la joven mujer se zafara de la represión. En ese instante tuvo la total certeza de que sus dones durante tanto tiempo reprimidos habían sido por fin liberados.

—Pronto entenderás que la muerte no tiene límites—volvía a susurrar la voz—, que las aguas de los ríos siempre se juntan en la inmensidad de los océanos... tus sueños se volverán realidad si sigues el sendero trazado por tu corazón. Si escuchas mi voz, muy fácil encontraras el camino y más allá de lo imposible nuestros destinos estarán de nuevo juntos.

La visión retornaba entonces al primer escenario donde había iniciado. En el campo verde con sus superficies ondulantes se veía el cielo centellado por las estrellas y una brisa angelical brotaba de todas partes diluyendo con su frescura los temores más secretos del alma. En una de las colinas apareció de pronto la figura de un hombre de pie y el ojo que registraba la secuencia de las escenas fue acercándose parpadeo tras parpadeo como si la visión se amplificara igual que el sistema de una cámara fotográfica. El hombre que se hallaba allí presente tenía puesto un elegante uniforme de gala azul claro y cuando el lente dio un último giro brusco, la cara aquel personaje quedó revelada: un rostro que miraba al espectador directamente con su par de ojos que destilaban un brillo cargado de amor. Artemus sonrió con una graciosa y poderosa fatalidad que le concedió a la joven que experimentaba el sueño, la profunda certeza de que de algún modo inimaginable tendría la suerte de volver a estar junto a su hermano. Finalmente, la imagen se recortaba en dos por la nerviosa línea de un relámpago que se ensanchaba dejando su mente en blanco.

Cuando faltaban sólo unos segundos para que la visión concluyera, Meldonbar se levantó con rapidez de la silla y ordenó a El Aprendiz que lo siguiera. Al salir a la calle un viento frío arrastraba las cosas sin cesar, levantando nubes de polvo amarillo que luchaban por disolver el sinsentido de los fenómenos. Parecía que los libros de lomo rojo, los autos de colores, las puertas de las casas, las tazas de café humeante y los demás objetos restantes que viajaban por los aires eran succionados por la boca de un vacío que saciaba su apetito tragándose los sin compasión. A pesar de la furia de las brisas, los dos hombres podían caminar con facilidad aunque debían ser lo suficientemente hábiles para que ninguno de aquellos trastos fuera a impactar contra sus cabezas. Tras quince minutos de andar en las espesas sombras vieron al fondo de la oscuridad la estrella del cielo que alumbraba la estatua del mitológico animal.

En cuanto se encontraron bajo el empedrado círculo de luz, ambos dieron un impresionante salto con el objetivo de ascender hasta el sitio donde se hallaba aquel rombo radiante que al tocarlo con sus manos los jaló con una fuerza electrizante. Solo el jefe de la comunidad pudo observar en una fracción de segundo, como atravesaban con una velocidad tremendísima, el negro agujero estelar hasta que lograron conquistar la grieta que conducía a la sala donde se encontraba el cáliz de metal verde, en cuya boca permanecía aún el minúsculo brillo de la bombillita creada por Artemus.

Al serenarse tras el fugaz y violento viaje, El Aprendiz comprendió que la diminuta estrella servía de nexo entre ambas dimensiones. Pero no pudo terminar de calmarse al ver que Meldonbar empezó a correr a toda prisa, internándose por los túneles,

consciente de que a partir de ese instante el tiempo jugaría en contra del desarrollo de la misión. El hombre rubio sólo se detuvo cuando llegó al largo corredor al que descendió el joven aprendiz, en compañía de su maestro, tras llegar a la fortaleza. La puerta doble que existía en el extremo final permanecía cerrada en ese momento, impidiendo visualizar el paisaje nocturno donde el hilo del río se fundía con el horizonte. Meldonbar se acercó a ésta y la abrió de par en par. Fijándose en el paisaje dejó que su corazón palpitará con la respiración de la naturaleza hasta que su espíritu percibió lo que buscaba.

Existía una fuerte energía que se hallaba vagando en un radio de cien kilómetros a la redonda de la fortaleza de Yunzabit. Pese a que conocía muy bien quién era el propietario de ese poder, el hombre rubio se desplazó con su mente hasta el origen de ésta y entonces contempló a Kulten, vestido con su traje naranja y su turbante en la cabeza. Al instante dedujo que los saltos de un lugar a otro, generados con la técnica de la teletransportación, los estaba realizando para mantener la voluntad de su energía activa mientras esperaba con total fe la oportunidad que tendría de jugar en el destino de aquella historia. La segunda energía que sintió a una distancia ubicada más allá de los tres mil kilómetros, viajaba a una velocidad no demasiado alta. En ese mismo instante tanto Meldonbar como El Aprendiz experimentaron en seco un llamado de atención impresionante, como si a través de sus sienes cruzara la línea de un rayo milagroso e impactante, una cálida sensación reconfortante que les brindó una fraterna seguridad. Luego escucharon una voz en el interior de sus cabezas.

—La fe será nuestra antorcha de salvación—sentenció la voz de Artemus—. Que el Ser, que nos ilumina con sus estrellas, nos guíe a la victoria de esta misión.

A partir de ese momento todas las mentes involucradas en la misión se conectaron entre sí para crear el cuerpo de una sola. Todos los miembros de la comunidad eran conscientes de las decisiones que cada uno tomaba. Ahora las explicaciones sobraban pero si lo deseaban podían comunicarse telepáticamente aunque se encontraran en dimensiones distintas. El jefe de la comunidad se retiró de la puerta para dirigirle una intensa mirada al joven aprendiz quien comprendió el arriesgado papel que muy pronto tendría que desempeñar. Meldonbar extrajo de uno de sus bolsillos una llave dorada que arrojó en dirección a El Aprendiz quien la atrapó en el aire.

—Dentro de veinte minutos te reunirás con la hermana de Artemus—dijo—. Ve a buscarla en el Jardín de la Vida.

El joven se introdujo por uno de los túneles de la fortaleza y bajó a través de unas largas escaleras hasta que llegó a un escenario provisto de varias vías ferroviarias. Era una cavernosa sala iluminada con globos de luz azul colgados del techo de roca. Se inclinó sobre uno de los rieles, insertó la llave en una ranura del frío metal y la giró. Tuvo que esperar unos segundos antes que surgiera de una de las rutas arqueadas de la cueva un vagón gris de minería. Entonces se subió a éste y se colocó sobre su cabeza un casco que portaba una farola de luz en su frente de metal. La radiante iluminación que proyectaba la pequeña linterna eléctrica permitía visualizar a grandes distancias el camino que él emprendió al jalar una palanca que se apoyaba entre las piedras del suelo. A través de un fabuloso viaje cargado de emoción y giros bruscos de la máquina, tardó nueve minutos en arribar a la estación a la que se dirigía, pese a que bien habría podido llegar en cuestión de segundos, si se lo hubiera propuesto.

Después de salir del vagón, en el cual abandonó también el casco, se aproximó a una pared en cuya desnudez estaba un lienzo del tamaño de un pliego pintado al óleo, donde se podía contemplar un hermoso árbol rodeado por un río circular. El joven tocó una de las ramas de la pintura, lo que provocó que un grupo de palomas espantadas por el movimiento huyeran escapando por una de las circulares ventanas. El cuadro, que giró por sí sólo dejando a la vista la existencia un lienzo idéntico a sus espaldas, le permitió saltar hacia el interior de la otra estancia. Tras lo cual la obra de arte retornó a

su posición original, sellando la entrada. Justo a la izquierda existía una puerta que conducía a la dependencia en la que se vestían los hombres y mujeres que oficiaban los ritos de gratitud celebrados en el Santuario. El Aprendiz subió por las escaleras de la arquitectónica y gigante obra de arte en cuyas paredes colgaban varios globos de luz, lo que envolvía el escenario de una amable penumbra.

En ese momento la hermana de Artemus, que se desplazaba sola conduciendo su automóvil, se encontraba ya en la mitad del camino que la llevaba al parque cementerio. Tras despertarse por la nitidez de la visión, la joven se incorporó en la cama y se asombró al reconocer que no estaba vestida con sus prendas de dormir sino que llevaba puesto su preferido jean color azul oscuro que hacía juego con una camiseta negra sin mangas. En seguida percibió que lo vivido en el sueño era del todo real, por lo que no tenía derecho alguno a permanecer estática en su habitación. Sin necesidad de encender ninguna luz de la casa descendió por las escaleras y se internó en el garaje. Un minuto más tarde el coche azul de estilo minimizado y provisto de redondas farolas salió a la calle mientras el portón automático iniciaba la tarea de cerrarse. Durante su viaje apenas se alcanzó a cruzar con cerca de diez autos, acompañados por el círculo de luz emitido por los faros, que viajaban sin prisa por esa ruta pavimentada en la que existía a cada lado una hilera de altos árboles de pino. La joven se aferró al timón, observando la belleza azul del cielo salpicado de estrellas y respirando el fresco aire de la noche que se filtraba por la ventana a medio abrir. Conducía sin prisa alguna, dejándose guiar por la naturaleza del tiempo y el ritmo de la energía vibrante que se generaba en su espíritu a medida que se desplazaba, una sensación parecida al sabor de una melodía cuyas notas musicales no podían acelerarse, por lo que debía respetar su sincronizado orden que la acercaba al sitio que susurraba la voz de su hermano en su mente.

Al llegar al estacionamiento del cementerio, su emoción se tornó mucho más fuerte pero aún así tuvo la resistencia de conservar la calma. En cuanto estuvo a escasos metros del marco sin puerta de la entrada este se aproximó con cuidado para observar la lámpara de aceite dejada en el muro de la izquierda. El calor que irradiaba el candil iluminaba las rosas rojas que crecían a sus espaldas y también se derramaba sobre el suelo empedrado. La joven estuvo a punto de tomarla pero desistió de la idea al recordar que no la necesitaría, ya que al ingresar, las luces automáticas y sensibles al movimiento humano del camposanto, se fueron encendiendo por donde caminaba, lo que creó un camino dorado en medio de la oscuridad de la noche. Ahora corría a toda prisa, deseándoles la paz a los difuntos, por lo muy pronto tuvo que subir la colina que miraba hacia el sitio donde se encontraba la escultura del trono de Artemus. En cuanto llegó a lo alto de la superficie, le llamó la atención que el luminoso sendero que había creado durante su trayecto por los caminos empedrados empezó a desvanecerse. Uno a uno los postes del alumbrado público se fueron apagando hasta que se sintió abandonada en la oscuridad total. La débil voz de su hermano que la guiaba también desapareció.

Entonces al girar su cabeza logró distinguir en la penumbra concedida por el azul del cielo que existía una sombra sentada en el trono de mármol. La figura se levantó mientras de su silueta emanaba un calor dorado que, tras varios segundos de mantenerse ardiendo como la llama de una antorcha, permitió que la negrura de la sombra con forma humana fuese disipada para revelar al hombre que se hallaba en su interior. Era un joven que sonreía de la misma manera que ella, quien al fijarse en el brillo de sus ojos experimentó una fuerte sensación que invitó a que en sus entrañas se desatara una reacción química que fue dominada por la voluntad de su mente. No sabía explicarse de que se trataba aquel evento, pero al instante se sintió inundada de una providencial energía eufórica.

—Me da gusto de verte en persona, querido—gritó la joven mujer.

—Las mejores cosas llegan sin ser esperadas, Amiluna Artemisa—contestó El Aprendiz.

El joven dio una fuerte brazada diagonal en el aire como si estuviera dando una orden con su mano derecha. Un enorme círculo de luz se fue desplegando desde donde se hallaba, extendiéndose por las colinas de todo el Jardín de la Vida. La hermana de Artemus percibió una fuerte oleada en el aire que arremetió sobre todas las cosas de aquel lugar dejando limpia la realidad: un poderoso soplo que arrasaba con las sombras de la noche y llenaba de colores el parque cementerio. Amiluna quedó impactada al observar que ahora ella también estaba envuelta por un halo similar al del joven aprendiz, una luz purpura que infundía en su corazón una tremenda convicción espiritual. Sentía que su existencia había alcanzado un poder irrefutable y sobrenatural.

—¿Por qué me escogieron a mí?—dijo la hermana de Artemus.

Mucho antes de que ella pronunciara la pregunta, la mente del joven aprendiz percibió la respuesta de ésta en un susurro que su Artemus, desde la dimensión remota en la que se hallaba, hizo vibrar en su mente.

—Tienes la misma marca que me hizo mi maestro—respondió—, la sonrisa te delata.

Era la primera vez en veinte años que se veían en persona. La última vez que estuvieron cara a cara, ambos eran un par de niños a la hora de un atardecer cuando ella y sus padres abandonaron el vecindario en un coche rojo que arrastraba el remolque con las últimas cosas del trasteo. Era un recuerdo tan antiguo que ya casi estaba a punto de anularse en sus memorias. En varias ocasiones Amiluna se tomó la tarea de consultar su perfil en la red social de Mundo-Naranja, lo que le brindó la suerte de ver algunas de sus fotografías que revelaban las distintas edades de su crecimiento como hombre. Sin embargo, ahora que lo veía en frente suyo pudo apreciar que era un joven de un gran atractivo, con su cabello corto, su piel trigueña y sus ojos color café que destilaban tanta bondad. Sintió una gran admiración por aquel personaje tan amado en todo el mundo por ser el heredero de la fama de Artemus, pero al instante reconoció que el tierno cariño que hasta entonces le había inspirado a lo largo de su vida no era el que podía sentir por un novio, ni siquiera por un amigo, sino como el que concedía la protección de un hermano. Cuando logró salir de la abstracción de sus pensamientos llegó a su mente el recuerdo de la última parte de la visión, la que se refería a la oportunidad milagrosa de comunicarse con el espíritu de Artemus.

—Me ayudarás a conocer a mi hermano—preguntó Amiluna.

—No solo eso, querida...—dijo El Aprendiz.

La frase quedó cortada cuando el joven se trasladó, desde el trono hasta la colina en que se encontraba la mujer, en un abrir y cerrar de ojos, en un pequeño milisegundo en el que fue capaz de saltar de un lugar a otro con la misma rapidez de un relámpago. Para Amiluna, el fenómeno fue tan impresionante que aceleró el pulso de su corazón, al mismo tiempo que se dejó fascinar por la sonrisa resplandeciente de él, quien agarró su antebrazo derecho de tal modo que su femenina mano quedó realizando contacto con el codo del gabán que llevaba puesto el joven.

—Trabajas para él—dijo concluyendo la frase.

Luego la mujer contempló en su rostro el brillo de sus ojos cuya atención parecía estar centrada en un lugar que sólo existía en su mente. En cuestión de milésimas de segundos, Amiluna experimentó en cámara lenta cómo las auras de energía que los envolvían giraban en torno a ellos sin mezclarse. Luego vino la tensión abismal que los desmaterializó en un espectro de partículas que tras un fulminante rayo los consumió para desaparecerlos. El resplandor que mantenía vivo la iluminación del césped desapareció, dejando en calma total el escenario del Jardín de la Vida.

Meldonbar, quien se hallaba en la cima de la montaña ubicada frente a la fortaleza de Yunzabit, observó cómo los dos personajes aparecían justo frente a la estatua de piedra del hombre vestido con la toga marrón. El momento de mayor incertidumbre de

la misión había llegado. Ahora sólo podían contar con la suerte de que Kulten cayera en la red de la trampa que tenían preparada. Dolbener se encargó de convencer al mejor soldado de la Orden de las Tinieblas de la existencia de tres planes distintos de acción, ya que según la lógica de su falso argumento, no se sabía con exactitud cuáles serían los pasos a seguir de acuerdo a las circunstancias que se presentaran. Lo único cierto de esos tres planes es que en algún momento determinado el poderoso conjuro que mantenía a la fortaleza a salvo tendría que suprimirse para, según las falacias descritas por el astrónomo de altamar, llevar al exterior la vasija en la que permanecía Merfenés quien sería abatido de una vez y para siempre por la furiosa energía de la Estrella de Artemus en un ritual que sólo el joven maestro sabía celebrar. Por lo visto Kulten no dudaba de sus palabras en vista de que, a la hora final del atardecer, también él tuvo la suerte de experimentar el poder gigantesco que desplegó el aquel astro tras conectarse con los largos días de meditación Artemus en el palacio de Meldonbar. Un hecho que confirmaba las primeras pautas que señalarían el inicio del plan de acción.

El Aprendiz se retiró de la joven mujer y prestó su atención en la cima de la montaña que se levantaba más allá del cauce del río. Tras deslizar su mirada por la escasa hierba verde que se asomaba, pudo percibir la débil cortina invisible que ocultaba al jefe de la comunidad. Entonces, sin perder más tiempo incitó a que su espíritu ardiera con toda su energía mientras acompañaba la furia que le quemaba las entrañas con un prologado e intenso grito. La joven Amiluna que lo observaba de espaldas contempló como la llama de la antorcha de fuego dorado que cubría su cuerpo flameaba sin descanso. De pronto, en el momento más intenso de la concentración del joven, un proyectil de energía amarilla salió disparado hacia lo alto del cielo.

Meldonbar, quien también disfrutaba con la abrasadora combustión generada por El Aprendiz, observó cómo en un solo segundo se desactivó la barrera que mantenía a la fortaleza de Yunzabit a salvo. Después de despedirse del joven y verlo correr hacia el túnel en búsqueda de la caverna provista con los vagones de mineros, el hombre rubio se permitió volar hasta lo alto de esa montaña para luego rogar a la fuerza de los dioses, los astros del cielo y la vida infinita de la naturaleza, que le concedieran la gracia de anular la misma muralla espiritual que él mismo había construido desde hacía varios siglos. La última vez que la fortaleza estuvo libre de su protección aconteció hacia veinte años atrás, bajo la presión de unas circunstancias inesperadas que fueron aprovechadas por Merfenés y su tropa de soldados para internarse en la red de túneles. Tras diez minutos de profunda concentración, el aire de esa región se tornó áspero e irrespirable, parecía que un peso monumental e invisible estuviera emergiendo de las entrañas de la tierra. Meldonbar se sintió abrumado por el agotador esfuerzo, unas gotas de sudor resbalaron por sus sienes antes de que sus piernas se doblaran y cayera de rodillas sobre la hierba. Tuvo que apoyar ambas manos en el suelo mientras dejaba que su respiración inundara sus pulmones. Sólo aquel hombre rubio podía percibir la consistencia de esa voluminosa capa compuesta por miles de millones de partículas. Ahora sólo faltaba una orden final que invitara a que cada una de esas moléculas chocara una contra la otra, generando así el caos que destemplería la rigidez y consistencia incorpórea de la barrera. La esperada orden provino entonces de la llama ardiente que envolvía a El Aprendiz, cuando la bengala amarilla fue lanzada hacia el aire y estalló con las partículas generando por un segundo una oscuridad total que fue seguida por un trueno que retumbó en medio de la noche apacible.

En ese mismo instante Kulten abrió sus ojos. Al cabo de varias horas de calentar su espíritu teletransportándose de un lugar a otro sintió que su cuerpo gozaba de la energía suficiente para enfrentar el gran reto que le prometía esa noche. Durante los últimos minutos de espera, se dedicó a meditar en la profunda oscuridad de un bosque. Tenía el sano presentimiento que todo saldría a la perfección, consciente de lo que a lo

largo de tantos años de soledad había aprendido en la belleza más íntima de las sombras. De un solo golpe encendió su aura naranja y dio un tremendo salto que se convirtió en un vuelo que se desplazaba a una velocidad aterradora. Su objetivo se hallaba a un poco más de sesenta kilómetros que cruzó en menos de medio minuto mientras dejaba tras de sí el color de su radiante estela espiritual. Con su visión mental se adelantó para reconocer la depresión de la montaña de donde emanaba la energía que lo empujó a salir de su abstracción en el bosque. Contempló entonces el escenario en el que estaba la torre de astronomía a un lado, la pequeña casa en el otro y los dos jóvenes que permanecían junto a la escultura. Una milésima de segundo más tarde Kulten se detuvo en seco en el aire y El Aprendiz levantó su cabeza para verlo en el justo momento en que frenó sin piedad. Tras lo cual se dejó caer por el peso de su cuerpo a la vez que ejecutaba una acrobacia admirable.

El hombre del turbante aterrizó creando un fuerte impacto con sus botas en el suelo, olfateó el aire igual que un perro y reconoció las dimensiones del entorno con una calma infinita antes de dirigir una mirada mordaz al joven aprendiz. Ambos se quedaron contemplándose a los ojos como dos fieras salvajes que calculaban al mismo tiempo el poder de sus fuerzas. El Aprendiz, que no podía negar la abismal diferencia existente entre sus dimensiones y consciente de que la experiencia de su enemigo en las artes espirituales era muchísimo más avanzada que la suya, se sintió igual que un niño frente a un gigante. Amiluna quedó asombrada por la naturaleza de aquel hombre tan extraño, experimentando en su esencia el calor maligno que se desprendía del aura naranja y negra que lo acompañaba. Su terror fue aún más enorme cuando Kulten le dirigió a ella una mirada tan intensa que por un instante sintió que su alma era tan frágil que bien podía quebrarse como un cristal. Luego el hombre esbozó en su rostro una sonrisa cargada de malicia. La tensión insoportable que tenía presos a los tres personajes allí presentes se derrumbó en un solo instante, cuando en un parpadeo el maligno adversario vio cómo el aura púrpura y dorada se fundían convirtiéndolas a ambas en un color verde que huyó con desesperación hacia la puerta abierta de la redonda casa de metal.

Para sorpresa del jefe de la comunidad secreta, que aún permanecía invisible en lo alto de la montaña, el personaje vestido de naranja continuó estático en el mismo sitio, permitiéndoles escapar, por lo que no tuvo que lanzar el destello de energía que ya preparaba con la total seguridad de que éste lo retendría durante un par de segundos mientras El Aprendiz y Amiluna se introducían por los túneles. Meldonbar dio entonces un chasquido con sus dedos, anulando así el segundo obstáculo en el que quizá podría perderse Kulten: el laberinto eterno que generaban los túneles y las estancias al percibir la presencia de los intrusos. Entonces, al verlo que iniciaba su discreta marcha, tuvo la extraña intuición de que el hombre del turbante esperaba esa autorización antes de entrar. Pero a continuación le resultó asombroso la manera cómo se acercaba a la casa de metal ya que caminaba con una pasividad tan tranquila que el hombre rubio empezó a estresarse por la arrogante confianza de su determinación. Sin embargo, la preocupación desapareció de inmediato en cuanto vio que Kulten descendió por las escaleras de la doble puerta de la vivienda de metal amarillo y aumentó el ritmo de su velocidad.

Mientras tanto El Aprendiz corría con la mayor agilidad posible que le concedía su espíritu. Amiluna, por su parte se dejaba arrastrar por la sublime rapidez, como si ella fuera una liviana hoja soplada por un viento inclemente. La aceleración era tan fugaz que por un momento tuvo la sensación de que viajaba en uno de esos carritos que se lanzaban en picada en las Montañas de Giros que existían en los parques de diversiones. El efecto de aquella extraordinaria carrera había iniciado cuando el joven aprendiz la tomó de su brazo izquierdo sobre el cual se esparció un calor electrizante y luego sufrió el potente jalón que la impulsó a sumergirse en aquella frenética travesía

en la que apenas podía reconocer los largos túneles de piedra perforada, las lámparas de luz azul colgadas en los techos y las puertas con forma de arco que conducían a otras rutas. Solo tardaron once segundos en recorrer la larguísima distancia que los separaba de la sala en donde se hallaba la copa verde de Artemus, la cual permanecía levitando en el centro de lo que aún quedaba del altar de roca que flotaba sobre la oscuridad del negro agujero estelar. El Aprendiz se detuvo entonces en medio del escenario empedrado. La tremendísima fuerza gravitacional que se instauró en un principio cuando su maestro abrió la grieta ya no existía. Ahora se podía sentir incluso la refrescante respiración que palpitaba allí adentro. Sin perder más tiempo se arrojó al vacío con su compañera, a la vez que percibía los agigantados pasos con los que se aproximaba el adversario. Los dos jóvenes cayeron sobre el círculo en medio del cual se erigía la grandiosa estatua del animal mitológico. Con la miedosa desesperación que ahorcaba su espíritu, Amiluna se lanzó hacia la oscuridad de las sombras en cuya ternura se sintió protegida. A pesar de lo cual, El Aprendiz alcanzó a retenerla al tomarla por su muñeca.

—Espera—dijo con una amplia y marcada sonrisa en su rostro—, no tenemos por qué huir. Hay algo que no quiero perderme.

La hizo retroceder y él se giró para observar el radiante círculo adoquinado. Amiluna quien aún permanecía tensa levantó su mirada para contemplar el rombo brillante que se hallaba en el aire a cientos de metros de distancia. Aguardaba con terror lo que su intuición le indicaba que sucedería: no tardaría en llegar a ese mismo lugar aquel personaje de piel azul ceniza. En cambio El Aprendiz lo esperaba con una emoción irreprimible, aunque los segundos se prolongaron más de lo que suponía, por lo que de modo involuntario llevó su mano a un lado de su cintura donde estableció contacto con el frío de su copa roja de metal, la cual se mantenía atada a su cuerpo con su elegante sistema de correas. A la hermana de Artemus le pareció muy curioso que la mano del joven se aferrara en el vacío con tanta fuerza; ella, que no podía reconocer las bandas de cuero ni las proporciones de la copa, no se atrevió a preguntar nada porque no era el momento para explicaciones. Mientras tanto Kulten seguía sin aparecer.

La razón de la tardanza se debía a que en cuanto llegó a la sala de la grieta estelar se detuvo para meditar bien si se atrevía a caer en la trampa en la que bien sospechaba estaba a punto de ser atrapado. Había logrado seguir por la laberíntica ruta por la que viajó El Aprendiz no sólo por el calor que desprendía su aura sino también dejándose llevar por la percepción de su olor natural, el cual le informó que la pareja de jóvenes acababan de arrojarle con total fe al vacío negro. El hombre del turbante pensó durante unos segundos en la soledad reinante de la fortaleza, consciente de que la casualidad de su desamparo no era gratuita. Sabía muy bien que esa no era la manera de actuar de La Comunidad de los Astros, la cual nunca antes en toda su historia tomaba la valiente decisión de bajar su guardia hasta ese nivel. El soldado de las sombras cerró sus ojos, desdobló su mente de su cuerpo para desplazarse de nuevo al exterior de la fortaleza y se entregó a la contemplación de la tranquilidad que inspiraban las montañas. No pudo evitar que al abrir sus ojos de nuevo éstos brillaran con malicia: una vez más confirmaba que lo que estaba aconteciendo en ese momento era tal como lo imaginaba. Kulten pensó unos segundos más en los guerreros con los que se enfrentaría allá abajo, lo que revitalizó su ser con una eufórica energía al comprobar que dadas las circunstancias ninguno de los miembros de la comunidad estaba en ese momento a la altura de combatir contra él. Luego permitió que su aura naranja mezclada con negro volviera a encenderse, elevó el poder de su espíritu hasta que adquirió su consistencia más profunda y tras lo cual dejó que se desvaneciera como la llama de una vela que se apaga por un soplo. Sólo entonces se dejó caer con suavidad en el vacío de la grieta.

Meldonbar, quién estaba en extremo pendiente y alerta de lo que sucedía en el interior

de la fortaleza, sintió cómo la esencia del temible adversario desapareció. No tuvo necesidad de volar hacia la vasta extensión donde permanecía la torre de astronomía, la estatua sobre el pedestal y la casa amarilla de metal, sino que con sólo pensarlo se trasladó desde la alta superficie de la montaña hasta la sala que sirvió de hogar durante tantos años para la condenatoria vasija en la que Merfenes luchaba aún con profunda devoción en su constante y frustrado esfuerzo por escapar.

Se acercó al escenario iluminado donde la copa verde sobre el altar levitaba en el aire al igual que varios de los ladrillos que conformaban el suelo empedrado. Subió a través de varios de los adoquines y llegó a una posición en la que se encontró frente al altar de la copa, la cual tomó entre sus manos después de absorber el pequeño brillo de energía que Artemus depositó en la concavidad. A partir de ese momento, Meldonbar ejerció una abominable presión sobre el cáliz verde que descendió algunos centímetros con una terrible dificultad debido a la resistencia casi infinita que ofrecía aquel bello objeto de metal. Pese a ello, el hombre rubio dejó que la tenaz voluntad de su corazón liberara por completo las energías contenidas de su espíritu las cuales empezaron a arder, envolviendo su existencia de una llama que ardía en una bellísima fosforescencia que se alternaba en múltiples colores. Entonces, el fluido del tiempo se ralentizó, disminuyendo la respiración de su ritmo normal hasta crear un vacío que condenaba a que las milésimas de segundo marcharan a una sorprendente velocidad minúscula. La abrumadora operación en la que se centraba la atención del hombre rubio apenas duró un solo segundo pero el efecto entre la resistencia de la copa y la gravedad interna de la fisura estelar pareció durar toda una eternidad.

A medida que la copa se hundía hacia la grieta, varios de los ladrillos que fueron absorbidos al principio cuando Artemus retiró la vasija, fueron retornando a su posición original del mismo modo que aconteció con los que flotaban en el exterior. Sin embargo, la única pieza que no haría parte de aquella reconstrucción sería la sección inferior de las dos partes en las que se había fragmentado el altar, la cual nunca regresaría ya que había sido devorada por el negro agujero. Meldonbar siguió involucrándose en el firme descenso de la copa. Muy pronto el empedrado del suelo se reconstruyó con su idéntica apariencia anterior y sólo quedó en el aire el recuadro que constituía el espacio del cúbico altar que, ante la ausencia de la sección inferior, obligó al hombre rubio a presionar aún más el cáliz hasta que pudo sellar la grieta de una vez y para siempre. Un hermoso resplandor azul se filtró por las intersecciones de los ladrillos como la garantía final de que todo acababa de salir a la perfección. Sin embargo, Meldonbar no pudo evitar que una sola lágrima resbalara por su mejilla izquierda para caer justo en la cavidad redonda de la copa, fruto de la impotencia y el temor que experimentaba al pensar que ahora el destino dependía de los guerreros que permanecían allá adentro. El durísimo trabajo de empujar la copa verde que clausuró la herida astral y la extenuante tarea de levantar la barrera de protección de la fortaleza, acabó por reducir sus energías en casi un cien por ciento, por lo que ahora sólo ostentaba las mismas fuerzas que las de un ser humano ordinario. Ya no podía ofrecer más sus servicios a La Comunidad de los Astros, por lo menos hasta no descansar lo suficiente, lo cual bien podía tardar varios días o incluso semanas. A partir de ese momento la lucha contra las sombras quedaba en manos de los restantes miembros.

Mientras tanto, en el mismo momento en que Meldonbar luchaba en el exterior de la grieta por cerrarla, en la otra dimensión Kulten cayó como un relámpago sobre el círculo radiante de luz. Su vista, tan acostumbrada a ver más allá de la oscuridad, pudo reconocer la extensión y la naturaleza del mundo en el que estaba. Pero no perdió demasiado tiempo en contemplaciones, sino que se fijó de inmediato en su adversario quien continuaba aferrando en su mano la copa de metal. Los dos rivales se hallaban a escasos veinte metros de distancia mientras la joven Amiluna trataba de ocultarse

detrás de la espalda del joven aprendiz. Esta vez el saludo era del todo distinto. El par de hombres esbozaban una misma sonrisa desafiante, llena de cólera y alegría, un gesto matizado por una alta dosis de provocación. El Aprendiz alcanzó a percibir un débil brillo en los ojos de Kulten y entonces ocurrió lo que tanto esperaba. En el lugar donde se hallaba el hombre del turbante, un conjunto de líneas amarillas dispuestas aquí y allá empezaron a brotar en dirección al cielo como si fueran puntos dorados que se evaporizaban dejando tras de sí su delgada estela. En ese justo instante Meldonbar acabó de empujar la copa de Artemus logrando sellar la herida estelar, lo que a su vez generó una reacción en cadena tan tremenda que la potente fuerza gravitacional que se comprimía en ese espacio, que fue nutrida por el calor de los astros que allí giraban, no tuvo otra alternativa que salir disparada por el vacío existente en el otro extremo. Las líneas doradas que ascendían eran solo un efecto preliminar de la gran embestida de la energía sideral y extraordinaria que fue lanzada a través de la esfera luminosa del cielo, un globo de chispas que descendió para estallar bruscamente contra el suelo, una explosión que formó un pequeño cráter de diez metros de ancho en medio del cual el soldado de las sombras no le quedó otra alternativa que rendirse.

El Aprendiz se acercó al borde del agujero en donde el cuerpo del hombre permanecía acostado y abatido besando con sus labios la superficie empedrada. Se sorprendió al reconocer que la estatua del animal mitológico seguía intacta, se había hundido sin desplazarse de su posición original y la consistencia de su roca gozaba ahora de una brillante belleza como si estuviera embadurnada de aceite. Mientras seguía concentrado en la catastrófica depresión, Amiluna se fijó que el rombo de luz por el que acababa de desbordarse el golpe sideral se fue disolviendo hasta desaparecer, lo que a su vez produjo que el cielo se aclarara en una deliciosa claridad azul que desmaterializó el tejido de las sombras. Después de presenciar el providencial ataque que el discípulo de Artemus esperaba con tanta confianza, la joven sintió que su fe se restauraba, asimilando a su vez con sólida convicción que en el sitio donde se encontraba ahí y ahora era el mismo en donde el destino confiaba de su participación.

Cuando El Aprendiz percibió el efecto de la tierna penumbra azul, le dio la espalda a su contemplación del derrotado Kulten y siguió la invisible línea recta que conducía hacia el monumental árbol oscuro. La hermana de Artemus lo seguía con cautela, observando con cuidado ese escenario tan repleto de objetos extraños por sus calles; por un momento pensó que era similar al cuarto de un niño desordenado con sus juguetes. El fenómeno absurdo provocado por las cosas que cobraban vida por sí solas dejó de existir en ese mundo, ahora ni siquiera los caminos empedrados ni las casas de esa población se desplazaban sin razón alguna. Pese a ello de vez en cuando se sentía que en aquella población fantasma se presentaba un parpadeo, como si la realidad estuviera tratando de redefinirse de la misma manera que se sintonizaba un canal en uno de esos televisores antiguos que se fabricaban un siglo atrás.

—Hemos llegado—dijo el joven aprendiz.

Ahora, se encontraban al final del trayecto, frente al majestuoso y oscuro árbol que se erigía solitario en medio de la calle. Ya no quedaba indicio alguno que evocara la presencia de los otros miembros de la comunidad. Mientras tanto, en la piel surcada de arrugas del tronco y en el largo de sus ramas, aún se esparcía la brillante sangre purpura. Amiluna contempló el árbol con tranquilidad, percibiendo el hechizo de sus sombras e ignorando la tentación maligna con la que buscaba ganarse la confianza de su corazón. La joven observó con respeto aquel monstruo silencioso con el que llevaba debatiéndose a lo largo de casi toda vida. Entonces al sondearlo mejor con la intuición de su espíritu pudo reconocer al fin el punto débil que nunca antes había podido descifrar. En ese mismo instante, en el interior de su cabeza escuchó el resonar de unas palabras cuyo delicioso sabor, al reflejarse en el espejo de su entendimiento, le concedieron la oportunidad de revalidar sus sospechas con una certeza total.

—Sé que lo entenderás—susurró la invisible voz de Artemus—, eres una mujer inteligente.

Aquel mensaje también pudo escucharlo El Aprendiz en su mente, quien observó cómo la joven mujer se acercó al tronco para estudiar el arañazo que su hermano realizó con la daga verde esmeralda que al final del violento rasguño aún permanecía incrustada en el cuerpo del árbol. Amiluna tocó con la yema de sus dedos el líquido espeso cuya consistencia le pareció igual al de la miel producida por las abejas. Luego se despidió de su compañero regalándole una amable mirada y acto seguido degustó en su boca el sabor dulce de la savia morada. Un viento arenoso la desvaneció del lugar y entonces el monumental árbol empezó a resplandecer con una luz propia. La herida del tronco empezó a brillar con una intensa tonalidad plateada. Después, en un breve instante, el joven aprendiz que estaba maravillado por el hermoso efecto de la iluminación, alcanzó a percibir los colores vivos de la majestuosa planta, el verde de las hojas y el marrón de su grueso cuerpo. Un segundo más tarde la claridad se desvaneció.

A partir de ese momento él se convirtió en el único guardián del frondoso árbol. Tras escasos minutos de espera en pie decidió arrastrar una mesita de noche que se hallaba en medio del reguero de cosas que existía en la calle. Durante la siguiente media hora estaría allí, fijándose en la penumbra del cielo que bien parecía anunciar un amanecer, aunque sabía a la perfección que en ese mundo no gobernaban las leyes físicas que se vivían en el exterior. El tiempo era tan relativo como el de los viajes astrales. El joven allí sentado tenía muy en claro que por lo pronto su tarea, en la misión que todos afrontaban, era la de mantenerse alerta en ese lugar tal como se lo indicaba la intuición de sus sentimientos.

De pronto justo cuando levanto su mirada para observar las ramas del árbol, se asombró cuando surgió de éstas un pequeño círculo de luz morada. Entonces se levantó de la mesita de noche presintiendo lo que pronto sucedería. Eran unos globos cuyo tamaño era inferior al de una pelota que bien podía ser agarrada en la palma de una mano. Una a una aquellas esferas de luz fueron surgiendo para adornar la oscuridad del árbol, esparcidas en el mismo desorden que los globos de las luciérnagas en el azul de la noche. Al cabo de un par de minutos existía ya un centenar de círculos que giraban en torno a las frondosas ramas, las cuales se aproximaban cada vez más al nivel en donde él permanecía. De pronto las esferas pasaron de la luz purpúrea a un dorado amarillo en donde era posible contemplar distintas escenas en movimiento, fragmentos extraídos de episodios de la vida humana y bellos paisajes del mundo exterior. Cada uno de aquellos sucesos poseía una tonalidad gris y negra como si hubieran sido dibujados por un lápiz. El joven aprendiz se maravilló cuando uno de los pequeños globos se desplazó frente a sus ojos y se vio a sí mismo en una escena de su infancia, un niño que sonreía frente al pastel de su cumpleaños. Entonces siguió el impulso que palpitaba en su ser, tocó con su dedo índice el núcleo de la esfera amarilla y desapareció en el silencio de la oscuridad de la calle. El árbol volvió a quedar abandonado, recibiendo apenas la compañía de la hermosa radiación de aquellas luciérnagas doradas.

VIII. LOS ESPEJISMOS

Un poderoso viento caliente y árido sopló con una fuerza monumental en medio de la tenebrosa población. Las cinco personas que permanecían bajo el majestuoso árbol negro sintieron la desgarradora violencia de esa poderosa ola invisible que por lo visto ansiaba eliminar la presencia de esos hombres que se atrevían a perturbar la soledad de su mundo. La Sombra Purpura, con su hermoso diseño de flores concéntricas, fue desintegrada en ese instante por aquel aliento arenoso. Un millar de hojas se desprendieron de las ramas para caer con melancolía en el suelo adoquinado y reventado por el grueso las raíces.

—Muy bien, a partir de ahora—dijo Artemus destruyendo la expectativa—nuestra misión será de atentar contra la consistencia de las dimensiones que Merfenes ha logrado cimentar. Lo más seguro es que estos escenarios hayan logrado realizar contacto con las partículas de otras eras y edades del Universo, pero a pesar de ello continúan siendo un espejo, una simple ilusión que intenta imitar las leyes de la naturaleza. ¡No se dejen confundir, nuestro objetivo es el de corroer el simulacro de esa realidad! En cuanto lo consigan entenderán a lo que me refiero.

Artemus reconocía muy bien la magnitud del problema frente al que se hallaban, era como si estuviera leyendo las líneas de la palma de su mano: todo lo que sabía era un reverso de lo que estaba grabando en su propia alma. La oscura alma del Jefe de la Orden de las Tinieblas había hecho una profunda mella en su ser y ahora que el nexo que los separaba al cabo de veinte años acababa de ser abierto, su comprensión sobre la naturaleza de aquel misterio era total. Después de analizar bien las raíces que brotaban del árbol, repartió entre los cinco las direcciones que debían tomar. En ese momento cada uno creó en su mano un redondo y luminoso destello que a partir de entonces les serviría de lámpara para guiarse a través de la oscuridad de ese mundo.

Artemus fue el primero en separarse de los demás, cuando decidió rodear el árbol y tomar la ruta que iniciaba detrás de la columna del tronco. Siguió el camino que realizaba la gruesa raíz al mismo tiempo que se divertía observando los absurdos objetos que volaban por los aires o poblaban el pavimento empedrado. La raíz fue perdiendo su vitalidad a medida que perseguía su sendero y entonces el hombre descubrió que ésta concluía en el interior de una casa de dos pisos que se encontraba medio destruida. Un relámpago crujía de vez en cuando detrás de aquel miserable hogar cuya desastrosa arquitectura invitaba a pensar que era ilógico que la edificación se sostuviera por sí sola. Era curioso ver que al lado de puerta roja de entrada, la pared de la sala estuviera derrumbada, esparciendo sus grises bloques aquí y allá. Artemus ingresó entonces en la sala donde una llovizna ligera surgía de repente acariciándolo con frialdad pero incapaz de humedecerle su ropa. En la mesita de centro que estaba rodeada por muebles, libros y tazas de café, existía el globo de un mapamundi. Lo observó con mucho cuidado, reconociendo que los seis continentes no coincidían con las zonas geográficas que habitaban sobre los océanos de Ulmuden.

La curiosidad cautivó su corazón cuando descubrió que aquel atlas esférico poseía miles de pequeñas anotaciones con letra minúscula que representaban los nombres de los mares y los territorios de los países. Cuando colocó su dedo índice en una de las diminutas palabras envueltas en un halo resplandeciente de azul, sintió en sus entrañas un agudo rasguño que lo lastimó, una sensación que al instante su mente interpretó igual que el efecto de una carnada clavándose en un anzuelo. Luego experimentó que el rasguño de su interior se dilataba antes de ser desvanecido de ese mundo por un fuerte tirón.

El largo nervio de un relámpago impactó sobre un campo verde en donde Artemus adquirió la consistencia de su cuerpo. Ahora se encontraba en medio de un círculo

rodeado de árboles en cuyo núcleo estaba un estanque lleno de agua sobre el que se podía apreciar la escultura de un bonito barco de roca gris. El joven maestro se fijó en las nubes del cielo verde azul, las cuales eran arrasadas con violencia como si fuesen impulsadas por un viento seco, mitológico, que contradecía por completo la quietud del aire que respiraba el guerrero. Sus ojos pronto descubrieron que en la circunferencia de árboles había un corredor que indicaba que la existencia de una red de caminos en ese bosque desierto.

Artemus sabía que acababa de llegar al sitio exacto en donde debía estar. Se aproximó a la fuente de agua donde apoyó sus manos sobre la piedra circular. Encima de la pequeña embarcación apareció una botella de cristal azul que se giró derramando su líquido interior de color naranja en el agua. Luego, apareció una bolsa de cuero que vertió el polvo arenoso que fue recogido por Meldonbar después de la prueba de la ceremonia de admisión de los tres jóvenes aprendices. Por último, el hombre vestido de azul, dejó que apareciera en el aire una vértebra de la espina dorsal del caramedon que fue hallado muerto meses atrás en la playa de la isla, el cual se derritió mientras el agua naranja del estanque empezó a hervir, como si la presencia de aquel prodigioso hueso la irritara con total desesperación.

De pronto, el agua de la fuente se fue revolviendo así misma en torno al barco. Fue entonces cuando Artemus se elevó con cuidado de la tierra para situarse a veinte metros sobre el estanque. Alcanzó a ver la belleza ilusoria de esa realidad, vio los lagos cercanos y más allá de las montañas un conjunto de edificaciones enormes que parecían sugerir que aquel mundo era el hogar de una civilización de gigantes. Pero él tenía muy en claro no que estaba en esa dimensión para dejarse confundir por esa nitidez tan maravillosa. Así que inclinó su cuerpo, apretó sus puños y dejó que su espíritu liberara toda la furia de su interno poder. Tras un minuto de concentración, la tierra fue sacudida por un inesperado temblor mientras su materia fue envuelta por una radiactiva aura de color blanco. Las nubes del cielo se arremolinaron con violencia dejando en el aire un agujero que se fue cerrando a medida que la energía de Artemus se expandía y estremecía la tranquilidad de ese universo silvestre. El agua naranja del estanque cuya superficie estaba plagada de grandes burbujas salió disparada generando una columna que por un instante ocultó al radiante hombre, quien abrió sus brazos permitiendo que la sopa que ni siquiera había humedecido su vestido estallara en un millón de partículas que se esparcieron hasta los confines ilusorios de ese territorio que parecía ser el simulacro de una realidad virtual producida por una computadora. El joven maestro continuó suspendido en el aire, enfocado en la tarea de reconcentrar su propia energía que se desgastaba al mismo tiempo que la tierra se erosionaba forjando enormes cicatrices a causa un enfurecido terremoto.

Entonces los pliegues de la superficie del mundo se levantaron igual que si fuesen la sabana de una cama soplada por el viento. Las cuatro puntas de esa alfombra se fueron acercándose, dejando en su interior una zona cóncava como el interior de una olla. El cielo inició el mismo proceso de caer hacia la tierra, por lo que el hombre muy pronto percibió que se hallaba en el núcleo de una esfera que se iba compactando, contrayéndose mientras él sentía que surgía una tremenda fuerza gravitacional. Artemus impulsó a su ser para que se fundiera con su propia energía hasta que se convirtió en un brillantísimo rombo blanco que explotaría cuando esa dimensión se cerrara sobre sí misma por completo, lo que produjo un resplandor de colores en medio de una oscuridad total.

—La fe será nuestra antorcha de salvación—gritó—. Que el Ser, que nos alumbra con sus estrellas, nos guíen a la victoria de esta misión.

Aquellas palabras fueron escuchadas por todos los miembros de La Comunidad de los Astros, repercutieron en todos los escenarios en los que se hallaban como si fueran transmitidas por la frecuencia modulada de una radio. Kamus comprendió su

significado en su espíritu, teniendo la certeza de que a partir de ese instante, a pesar de las infinitas distancias que pudieran existir entre las dimensiones que los separaban, todos trabajarían al mismo tiempo como si fueran una misma persona. El hombre barbado se asomó por una de las ventanas del castillo en el que se encontraba y vio el árido desierto que rodeaba ese reino pese a que existía un círculo de hermosas flores en torno a ese desolado palacio donde apenas residía un rey en compañía de un triste personaje de rostro maquillado. Después de su contemplación, el miembro de la comunidad se acercó de nuevo al trono del rey quien permanecía afligido apoyando su puño derecho sobre su mejilla. La melancolía que inspiraba aquel gobernante era tan grande que cualquiera que mirara su rostro experimentaba una terrible compasión que a su vez incitaba al espectador a sentirse culpable de su desgraciado destino.

Kamus había llegado hasta allí después de seguir la gruesa raíz por la que caminaba junto a su discípulo Gorhad. Cuando el brote se dividió en dos tal como lo pronosticó Artemus, decidió que el joven se haría responsable de la misión que iniciaría al tomar ese desvío. El maestro siguió un camino que muy pronto empezó a descender a la vez que el adoquinado fue separándose permitiendo que en sus fisuras crecieran diminutas flores de colores y a medida que fue avanzando aquellas plantas fueron tornándose más vigorosas hasta que se internó en una verdadera fauna de rosas. El camino concluía con una pared medio destruída en cuyo centro existía una puerta roja. En cuanto la abrió, el hombre de espesa barba negra se encegueció por un segundo ante el brillante color del día que ofrecía el mundo del otro lado. La puerta se cerró en automático, desapareciendo un segundo después cuando ingresó a ese escenario poblado de rosas entre las cuales se creaba un sendero que conducía hacia el gran castillo gris que contemplaba, cuyo tamaño era por lo menos diez veces inferior al palacio de Meldonbar. Kamus siguió el sendero mientras sentía que su rostro era golpeado por el aire seco de ese día donde centellaba un sol de poder angustiante.

Muy pronto pudo infiltrarse, a través de una puerta abierta, en aquel palacio en el que reinaba una inmensa soledad. Durante más de cinco minutos, el Jefe Supremo de la Casa de la Agricultura estuvo paseándose por esos lugares abandonados, a menudo provistos con largos tapetes rojos que conducían a estancias adornadas con un gran sentido de la estética. De pronto, obligó a su mente para que le revelara un mapa completo de la arquitectura de aquel palacio de modo que no pudiera perderse en ese universo tan desolado. Tras algunos segundos se dirigió hacia uno de los pabellones donde su espíritu fue consciente de una numerosa actividad de energía aunque estuviera repartida en minúsculas proporciones. En cuanto abrió las grandes puertas arqueadas, descubrió que había en medio de la sala un largo comedor de madera cuya superficie estaba poblada de diversos platos con huesos, ollas repletas de frutas podridas y jarras de cerveza amarilla, un manjar asqueroso que servía de alimento a los centenares de ratas que se hallaban allí. En el aire flotaba un olor nauseabundo que sumada a la visión espeluznante de gusanos muertos sobre el mantel y las manchas verde de moho que germinaban en torno a los restos de manzanas del suelo, provocaron que las vísceras del hombre expectante fuesen estremecidas por el asco. Un momento después de cerrar la puerta, el sonido de una voz le hizo olvidar lo que acababa de ver.

—¡Tráeme otra botella de vino!—gritó la voz decaída.

El maestro de Gorhad activó sus sentidos, permitiendo así que sus oídos percibieran con mayor intensidad los débiles pasos que repicaban en las baldosas del palacio. A medida que se desplazaba el personaje, el maestro siguió una de las rutas trazadas en el mapa de su mente de modo que no tardó en encontrarse con el hombre, cuyo rostro estaba maquillado de blanco, sus labios eran rojos y tenía un parche negro con forma de estrella en uno de sus ojos. El gracioso personaje se presentó inclinándose en una reverencia, anunciando que era el bufón del rey. Luego el payaso admiró de arriba

abajo el vestido del inesperado visitante del castillo. Su uniforme era de color verde, llevaba una túnica manga larga y unos bombachos rematados por sus botas de cuero color ocre. Tenía puesto además un cinturón de tela color idéntico al de su calzado. Cuando el bufón volvió a mirarlo a sus ojos, Kamus realizó también una reverencia advirtiéndole que había sido enviado por los dioses para liberarlos de la anomalía que existía en el reino. Abrumado por una nueva esperanza, el hombre de rostro maquillado pidió al visitante que lo acompañara a una de las bodegas subterráneas en la que existían miles de barriles de vino. Una vez allí, los dos hombres se dirigieron hacia el fondo, hasta que llegaron a un estante repleto de botellas.

Unos minutos más tarde, el bufón y el maestro ingresaron al amplio salón, provisto de un largo tapete rojo en cuyo final se hallaba el trono del melancólico rey de barba blanca, quien llevaba una corona sobre su cabeza y sostenía en sus manos un cetro de color dorado. Aquel anciano no demoraría en iniciar el relato de su desdichado destino, el cual llegó a su final tras casi veinte minutos cargados de una estupenda narración.

—Unos días más tarde—dijo el monarca—, mi esposa fue tentada por el deseo de ver a mis hijos. Así que por disposición suya, varios de mis hombres viajaron durante toda una noche hasta la seca región donde antes estaba el mar y ahora sólo es un desierto poblado de embarcaciones de pesca. Los cincuenta servidores caminaron cerca de dos kilómetros, apenas acompañados por la débil luz de sus lámparas de aceite, para llegar hasta uno de los barcos más grandes donde lograron desatar esta enorme ancla de metal que ves ahora junto a esta ventana.

”Entonces, decidimos que uno de nuestros criados fuese atado en su cintura con una nueva cuerda que anudamos al ancla. Luego lo arrojamos al vacío. Como era de esperarse nuestro hombre fue absorbido por el cielo, se elevó igual que una cometa que ascendió lentamente hasta llegar a la población de allá arriba. Cuatro horas más tarde volvió al palacio trayendo consigo una canasta con tapa provista de manzanas, naranjas y duraznos. Nos informó que allá arriba todo marchaba a la perfección, que ya empezaban a adaptarse a sus nuevas condiciones de vida y que a diferencia de lo que pasa aquí abajo contaban con agua de sobra para apagar la sed.

”A la mañana siguiente, aprovechando que yo aún me hallaba dormido, mi mujer decidió atarse ella misma la cuerda sobre su cinturón y se arrojó a esa desconocida fuerza gravitacional que atrae a los objetos hacia el cielo. La gruesa soga cayó de allá arriba a eso de las dos de la tarde, indicando que había tomado la decisión de quedarse en el cielo en compañía de mis hijos. Mientras sea de día, este palacio es la única fortaleza en la que podemos residir sin el miedo de ser atraídos por el mundo de allá arriba. Si quieres observarlo ve ahora a las ventanas que están a tu derecha y utiliza ese telescopio inventado por uno de nuestros artesanos. Ten cuidado de no enfocarlo directamente a la luz del sol. Hace años, uno de mis servidores se atrevió a hacerlo, quemándose sus ojos, y aunque perdió su vista volvió a recobrarla gracias a uno de nuestros magos.

Entonces Kamus se aproximó al delgado aparato y enfocó su ojo derecho en la mira. A través del sistema de espejos del telescopio pudo apreciar lo que sucedía en ese mundo aéreo. Había una delgada capa de agua cristalina a través de la cual era posible ver toda la población que existía en torno al gran castillo del reino. Muchos de los caminos empedrados se encontraban desnivelados, por lo que los niños debían saltar con cuidado a la hora de ir de un lugar a otro, aunque cuando resbalan y caían la mitad de su cuerpo se asomaba por la fina capa de agua para que unos segundos después fuesen absorbidos hacia ese territorio tan similar a los existentes en sus viajes astrales, donde la lógica y la gravedad desbarataban los elementos del mundo dejándolos esparcidos en un delicioso desorden. Vio las burbujas de agua que flotaban en las calles, las huertas de legumbres que germinaban en el aire, las casas en las que los habitantes podían infiltrarse a través de sus ventanas y las vacas que nadaban en

busca de los campos fragmentados de hierba verde. Luego se retiró de la ventana, sin poder evitar torcer sus labios en un gesto de completa decepción por la cómica tragedia a la que estaba sometido ese universo.

Era absurdo. Para Kamus era increíble que Merfenés, una persona tan instruida en las artes de la nigromancia, se atreviera crear una dimensión tan infantil y ridícula. Si bien no sabía a qué tendría que enfrentarse más adelante, cuando escuchó la advertencia de Artemus sobre no dejarse engañar por las dimensiones a las que viajarían, pensó que tendrían que sobrevivir a unos escenarios violentos, tenebrosos y angustiantes, en los que la voluntad del corazón sería tentada. Por lo menos esperaba luchar con un ambiente de lógica más aplastante, similar al de la población en la se encontraba el majestuoso árbol, pero no a un universo con forma de chiste como ese.

—Ante la falta de agua—dijo el bufón, interrumpiendo sus pensamientos—, hasta ahora hemos sobrevivido bebiéndonos las botellas de vino de las bodegas. Aunque el queso ya empieza a saturarse de gusanos y las reservas de nuestro granero empiezan a agotarse.

—Tienen alguna idea—dijo Kamus—, acerca de cómo se originó este desastre.

—Bueno, pues hace algunas semanas—contestó el hombre—, escuchamos un poderoso rugido que estalló de las entrañas subterráneas del castillo, después de lo cual inició el caos en el que contemplamos cómo las personas, las casas y el resto de las poblaciones fueron atraídas hacia el cielo. Enviamos una legión de hombres a que investigara lo que sucedía pero ninguno logró regresar. Hace solo diez días nuestro monarca envió la última tropa, conformada por quince valientes soldados, para que enfrentaran a lo que suponemos debe ser una enorme bestia.

Kamus cerró sus ojos para meditar sobre lo que acontecía en aquella fortaleza y fue así cómo percibió que aparte del peso monumental que poseía la edificación, existía una fuerza aún superior que la mantenía atada a los cimientos de la tierra. Se trasladó con su mente hasta los oscuros subterráneos pero le fue imposible descubrir con sus capacidades la presencia de una bestia que gobernara allá abajo. Buscó en el mapa de su mente la ruta que conducía hacia los tenebrosos antros del castillo y abandonó la sala mientras el soberano rey le gritó horrorizado que si estaba seguro de su fatal decisión. Unos minutos más tarde empezó a descender por las oscuras escaleras con forma de caracol que eran iluminadas de vez en cuando por antorchas situadas en las paredes. A medida que bajaba sentía que el aire se tornaba más pesado e irrespirable. Luego, fueron apareciendo en los escalones diversos huesos que se estremecían por sí solos cuando pasaba junto a ellos.

Al llegar a este punto, tuvo el reconfortante presentimiento de que lo que abajo lo esperaba allá, coincidía de algún modo con las oscuras artes de Merfenés. A medida que descendía sintió pesar por la situación que atravesaba aquel reino y dicho sentimiento extendió en su ser la alegría de que pronto se convertiría en su salvador, cuando se enfrentara al mal que germinaba allá abajo, logrando así restaurar la realidad a su inocencia original. Fue justo en ese momento que su ser fue seducido por las invisibles y discretas fuerzas de Merfenés.

Kamus había bajado su defensa al juzgar como infantiles las condiciones de esa dimensión y pensar que sus capacidades eran mucho más maduras que ésta. Esa osadía tenía que pagarla, por lo que un deseo irresistible por dormir se apoderó de su mente y confiando en que solo le bastaría un minuto para apagar ese deseo, apoyó su mano sobre una pared, dejó que su cuerpo descendiera lentamente hasta quedar sentado en el borde de un escalón y recostó su cabeza contra un ladrillo.

Entonces sintió la magia negra que gobernaba aquel lugar. El oscuro taumaturgo que servía de guardián de ese mundo, no se hallaba presente en el castillo pero aun así percibía la arrogancia de su tenebroso corazón. Sin tenerlo previsto en su mente se filtró la imagen de un rostro color ceniza, un hombre calvo con dos pequeños cuernos

en la frente, cuyos endemoniados ojos color sangre traspasaron su espíritu. Kamus tuvo la certeza de que aquellos peligrosos ojos lo estudiaban a través de un sueño que seguía su curso desde otra dimensión paralela. Al atreverse a mirarlos, un fuego intenso y agonizante lo atrapó durante un segundo que le pareció una eternidad. Su espíritu fue envuelto con ese calor infernal, sometiéndolo a una furiosa alucinación llena de gritos, estrés y resentimiento: una pesadilla ardiente que lo llevó a imaginar que su esencia se desintegraría por completo. Después la intensidad de ese calor se suavizó hasta que su ser quedó suspendido en un dulce y cálido color naranja. Con toda seguridad su alma nunca hubiese escapado de ese agradable estado de no ser porque Artemus alcanzó a percibir su estancamiento. Kamus sintió un golpe durísimo en su cabeza que lo despertó y después escuchó el susurro de su voz: "El truco está en ver las cosas con la claridad de la mente y no con la del corazón. Recuerda que te encuentras en una ilusión temporal".

Aquellas palabras lo llevaron a que percatarse de que hasta ese momento la vida de ese palacio y la población que existía allá arriba era tan irreal como la de un espejismo. Las personas que nadaban en el aire, los gatos que perseguían a las libélulas dando saltos de hasta diez metros, los restos de alimentos en la sala del comedor, las hermosas flores de los jardines, e incluso, el rey y su bufón eran igual de frágiles que las vulnerables alas de una mariposa muerta que se vuelve polvo con sólo tocarla con un dedo. Su misión no era la de restaurar la paz del palacio como intentaron de engañarlo sus sentimientos, sino de ir más allá y derrocar la ilusión que brindaba a sus personajes la ciega voluntad de crear vida a través de su triste empeño. No acababa de aclarar su mente con esas ideas cuando llegó al nivel más profundo del castillo donde finalizaban las escaleras.

Ahora estaba frente a una oscura y amplia estancia que permanecía envuelta en una penumbra verde generada por una lámpara que colgaba del techo. El débil fuego no sólo le permitió al maestro ver las rejas de las cárceles que existían alrededor de las cuatro paredes, sino también observar que el suelo de piedra estaba repleto de huesos y cráneos blancos. En el centro de la sala existía un estanque de aguas podridas sobre el que se asomaba la mitad de una esfera negra.

Una vez dio un paso al interior de aquel escenario y sin tardanza un conjunto de huesos se estremecieron para luego crear un esqueleto de forma humana. Luego, una espada se elevó por sí sola del suelo y se dirigió a la mano descarnada de aquel guardián, un arma que de nada le sirvió ante el único golpe ágil y contundente con el que Kamus logró desbaratar la articulada osamenta. Un segundo más tarde, todos los huesos y cráneos de la sala empezaron a vibrar antes de estructurarse en un ejército conformado de por lo menos unos cincuenta esqueletos. El hombre de espesa barba negra los observó durante un instante percibiendo lo inferiores que eran sus fuerzas. Así que se lanzó al escenario de combate, divirtiéndose cuando los desintegraba con tal sólo descargar un potente puño sobre sus costillas. Muy pronto se formó un círculo, en donde ingresaba uno o dos esqueletos con la firme tarea de enfrentarse con al guerrero, quien disfrutaba de la lucha mientras empleaba sus acrobáticas técnicas marciales. Entonces, en un intento desesperado por derrotarlo, el escuadrón completo se lanzó formando una montaña sobre él, que se vio obligado a soportar sobre su espalda el peso del medio centenar de guardianes. Pero Kamus permitió que su cuerpo reuniera la energía suficiente para luego estallarla y lanzar por los aires a los miles de huesos de sus adversarios.

Sólo entonces pudo acercarse con tranquilidad a la fuente de aguas oscuras. Se fijó en la esfera negra, reconociendo que en realidad se trataba de una enorme bola de metal. Cuando estuvo a punto de tocar con sus dedos la esfera, escuchó que detrás de él crujían de nuevo las dispersadas osamentas que anhelaban volver a reconfigurarse. Pero esta vez sintió sobre su cuello un fétido aliento caliente, por lo que decidió

lanzarse de inmediato hacia la pared que tenía en frente donde ejecutó una acrobacia que le permitió caer con su rostro mirando hacia su enemigo. Ahora no se enfrentaría contra un ejército de guardianes: su enemigo era el cuerpo de un esqueleto, envuelto en llamas verdes, cuya estatura sobrepasaba a los cinco metros. Aquel monstruo dio un poderoso rugido y luego salió al encuentro de una turbulenta batalla en la que Kamus tuvo que ofrecer un verdadero esfuerzo para estar en el mismo nivel de energía de su rival, al cual impactó con sus puños y patadas en un centenar de oportunidades mientras experimentaba en su piel el calor de su fuego verde. A menudo el maestro debía correr por las paredes evitando el peso de sus ataques y eludiendo la llama de fuego, acompañada de un furioso rugido, que liberaba cuando abría sus mandíbulas. En medio de la lucha, el guerrero podía percibir en su corazón el profundo odio del mago que gobernaba y custodiaba con sus artes oscuras aquel lugar: ese otro nigromante designado por Merfenés. Sentía que el monstruo esquelético contra el que batallaba adquiriría mayor poder mientras la maléfica mente que lo controlaba tenía que penetrar aún más en el sueño desde el cual emitía sus órdenes.

Tras ver el rumbo que tomaba el combate, Kamus llevó su mano a la cintura y agarró su copa de metal. Se dejó caer en el suelo y sin soltar el cáliz lo empujó con tal fuerza que de la boca del artefacto se desprendió un pavoroso viento sobrenatural que arrasó con el fuego interno que emanaba de los millares de huesos del enemigo. Después dio un salto, volvió a colocar la copa junto al sistema de correas de su cintura y forjó en sus manos un enorme destello que lanzó a la columna vertebral de su rival, el cual se derrumbó contra un rincón.

Kamus cayó entonces sobre el borde del estanque. En ese momento agradeció a los dioses por haber librado ese combate que le concedió la oportunidad de calentar sus fuerzas, por lo que al agarrar a la esfera de metal le resultó tan fácil como si levantara la hoja de un árbol, pese a que la tarea que estaba a punto de realizar consumiría casi todas sus energías. No tardó en descubrir que la enorme bola estaba mordida por la mitad de un eslabón grande a partir del cual crecía una corpulenta cadena. Tras acomodarse la cadena sobre su hombro derecho, el cuerpo del hombre se vio envuelto por una llameante energía verde para luego ejecutar un prodigioso salto cuya tremenda potencia le permitió destruir la incontable serie de techos de piedra que lo separaban del cielo soleado en el exterior del palacio.

El rey y su bufón experimentaron con horror cómo la sala donde permanecían quedó perforada por un hueco enorme del cual emergía la gran cadena. Los dos hombres miraron hacia el cielo en donde sus sentidos tuvieron la suerte de reconocer por un instante al inesperado visitante que se desplazaba con una tremenda velocidad hacia el espejo de agua del cielo. La sala fue sacudida por un segundo temblor, el escenario se partió en dos, lo que condenó al monarca, junto a su fiel servidor, a ser expulsado por una de las ventanas. Antes de caer en el suelo, los dos personajes se desvanecieron cuando fueron conscientes que la realidad que observaban sus sentidos era tan débil y frágil como la de un sueño. El mismo destino sufrirían las pequeñas almas que existían en el mundo de allá arriba, al que se aproximaba Kamus mientras jalaba la corpulenta cadena que cuyo extremo existía una carga gigantesca que era fruto de un desorden en el cual se hallaban, entre otras cosas: una pirámide rodeada por enormes esculturas, baúles repletos de oro, el gran bloque de un diamante azul, la torre de un faro de luz, millares de libros antiguos, casi treinta toneles de vino y tres hermosos barcos para navegar en altamar. Aquella alucinante bola de cosas, cuyo tamaño era superior al del palacio ahora destrozado en dos, estaba bajo la protección de un monumental ciempiés rojo que se enroscaba alrededor de la cadena. De manera que cuando aquella pesada esfera exorbitante entró en contacto con la población de allá arriba se generó una increíble paradoja en las leyes de la gravedad que de inmediato obligaron a que el espejo de agua empezara a girar, arremolinándose con una

velocidad tremenda, al mismo tiempo que absorbía todas las cosas dispuestas en el mundo de allá abajo hasta que el mismo sol fue tragado por ese cómico suceso y entonces aquel universo se oscureció en una nada total.

—He terminado mi parte del trabajo—gritó la voz de Kamus con alegría—, ahora despiértense cuando pase el temblor.

Gorhad no pudo evitar reírse al escuchar la última frase. Apenas estaba en la mitad de su tarea, por lo que aún tendría que esperar antes de conocer lo que era estar sometido en un vacío tan negro como en el que se hallaba su maestro. Por lo pronto se encontraba en medio un jardín frente a una estatua de mármol en la que una mujer tensaba la cuerda de su arco mientras sostenía una flecha entre las yemas de sus dedos. Junto a ella un ciervo con cuernos la acompañaba en su arte de cazar.

Según el reloj ubicado en la biblioteca, debían ser un poco más de las cinco y media de la mañana, razón por la cual el día ya empezaba a colorearse de un fucsia incipiente que desplazaba el suave malva del cielo. Al joven le pareció curioso que en la historia de esa dimensión, el día y la noche compartían un periodo de doce horas, a diferencia de lo que sucedía en Ulmuden donde la actividad del sol culminaba tras dieciséis horas de trabajo. Gorhad se acercó a la tarima de la escultura para colocar una pequeña baldosa cuadrada, la cual representaba la única pieza que faltaba al conjunto entero de aquella obra de arte. De inmediato se activó un mecanismo que desató un ruidoso sonido de poleas y engranajes que tras unos segundos lograron desplazar a la creación de mármol hacia la derecha, revelando que debajo de su posición original existían unas escaleras que descendían a un aposento subterráneo provisto de paredes de piedra gris. Al descender, observó que había una puerta de metal que logró abrir con la llave dorada que descubrió en uno de los cajones del escritorio de la biblioteca. Fue entonces cuando descubrió que las escaleras se prolongaban aún más a través de una oscuridad que era rematada por un rectángulo de color ocre cuya intensidad prometía que allá abajo lo esperaba el calor de un ambiente muy bien iluminado.

Impulsado por el miedo y la curiosidad bajó los setenta escalones que lo separaban de ese sitio donde se iniciaba una red de túneles excavados a través de la tierra marrón amarillo. A lo largo del techo existía un cable de electricidad negro que cada tres metros era interrumpido por una lámpara. Tomando el camino de la izquierda mientras en sus oídos percibían suaves murmullos similares a opacas voces que conversaban en el corazón de esas cavernas. Muy pronto se encontró frente a un gran agujero que daba vida a un precipicio de cuyo fondo emanaba el triste y pausado eco de gotas salpicando contra el agua. Gorhad creó un destello que arrojó al vacío, permitiéndole así contemplar la amplia distancia de un poco más de un kilómetro que existía en ese túnel vertical. Un momento después se lanzó hacia lo profundo, consciente que su caída sería amortiguada por las aguas de allá abajo pero se llevó un gran susto cuando a muchos metros abajo de la superficie, vio que las paredes de aquel monumental círculo de piedra estaban pobladas por múltiples rostros de un azul verdoso, los cuales parecían sufrir la eterna agonía de haberse ahogado en ese ambiente.

Sin perder tiempo, el joven activó su energía de modo que pudiera escapar y regresar al espejo de la superficie, donde descubrió que existía un arco de piedra que daba inicio a otro trayecto cavernoso. Para el valiente guerrero era curioso que a pesar de hallarse en las profundidades, el largo camino contara con luz propia. Tras algunos minutos de recorrido llegó al final del túnel: ahora estaba frente a una majestuosa sala de paredes marrones en la que él eran tan minúsculo como lo podía ser cualquier otra persona ante el palacio de Meldonbar. El suelo de roca se hallaba revestido por millares de capas de paja amarilla y seca. No había acabado de reconocer las dimensiones de la sala cuando se espantó al percibir a un gigantesco hombre recostado contra una de las paredes. El rostro gris de aquel monstruo poseía unas

largas y puntiagudas orejas, era calvo por completo y sobre su frente crecían dos pequeños cuernos. La panza de aquel personaje se inflaba y desinflaba mientras su respiración resoplaba por sus labios, dejando expuesto por unos segundos sus colmillos sucios y podridos. Al verlo, vestido apenas con un cinturón rojo, un pantalón de tela negra y calzado por unas botas marrones, Gorhad entendió que estaba frente a uno de esos tenebrosos diablos descritos en los libros que tuvo la suerte de leer en la biblioteca de la mansión.

No tenía la más mínima intención de enfrentarse contra aquel demonio cuyos musculosos pectorales y la robustez de sus brazos indicaban lo poderoso que podía ser en el combate, sin contar con las artes de magia negra que debía dominar, según lo que descubrió a través de las líneas de *El Libro del Vagabundo*. En un silencio total, terminó de contemplar el escenario en el que estaba hasta que reconoció lo que esperaba encontrar. Justo en el centro de la sala existía una montaña de estiércol sobre la que brotaban una gran cantidad de esferas de lechugas color naranja. Aquel vegetal era el ingrediente máspreciado de la receta que absolvería a ese mundo de la maldición que lo gobernaba.

Entonces dirigió su mirada hacia lo alto, donde percibió que a una enorme distancia existía un disco radiante que era el mismo que proporcionaba la iluminación a ese lugar. Luego, al acercarse con su visión remota, comprendió con claridad lo que en realidad era ese círculo en medio del techo de roca, entendiendo además que aquella sería su ruta de escape. Gorhad tomó aire por un momento y reflexionó sobre todo el camino que tuvo que recorrer para llegar hasta ese ambiente subterráneo.

Recordó su dialogo al encontrarse con el cocinero de la mansión, que era un hombre de rostro moreno y cuadrado, y su cabeza estaba coronada por su blanco sombrero de chef profesional. En cuanto el joven apareció sobre la banquetta de madera, aquel personaje lo miró a los ojos durante un segundo hasta que concluyó que no se hallaba frente a un fantasma. Gorhad se fijó en el mesón que los separaba a ambos sobre el cual el chef, con su afilado cuchillo de carnicero, cortaba en finas rodajas las zanahorias, las cebollas y las aceitunas. El cocinero, poseía una estura tan baja que debía pararse sobre un pequeño taburete. El joven estudió durante unos segundos la espaciosa estancia donde se encontraban: el suelo estaba tapizado por un intercalado de baldosas de rombos blancos y azules, el color de las paredes era de un verde claro y sólo existían dos ventanas ubicadas tras su espalda por las que se podía apreciar la oscuridad de la noche. Junto a la puerta roja que conducía al granero, colgaban de una barra un conjunto de sartenes y cuchillos. Un momento más tarde Gorhad descubrió en el techo el redondo bombillo amarillo por el cual su alma se había filtrado hasta esa dimensión.

Cuando se despidió de su maestro, la ruta que trazaba la raíz del árbol fue perdiendo su grosor hasta que se convirtió en un cable de electricidad que estaba rematado por un antiguo bombillo de cristal cuya luz parpadeaba en medio de la oscuridad total. Entonces sus dedos fueron tentados y sin resistirse más apoyó sus yemas sobre la delgada fibra de vidrio que se reventó produciendo un crujido. Las sombras lo atraparon antes de que fuese absorbido por un relámpago que lo transportó a ese escenario donde ahora sólo se escuchaba la voz del hombre, el sonido del cuchillo rebanando los alimentos y las frenéticas burbujas de la sopa que hervía en la única olla sobre el antiguo fogón de leña.

—Nuestro amo, el señor Hartwood—decía el cocinero—falleció la semana pasada. Según el reporte de los médicos se envenenó al tomarse el frasco azul lleno de cianuro que había sobre su escritorio junto a su cama. Fue un auténtico suicidio.

Gorhad se extrañó al escuchar la última palabra pronunciada por el hombre.

—Es una lástima que un artista—prosiguió el cocinero—dotado con semejante talento haya fallecido sin acabar de disfrutar la fortuna que había heredado. Su padre era un

famoso industrial de este país. Estoy seguro que si esa noche hubiera cocinado la sopa de cebollas y espinacas que tanto amaba, su mente no hubiese quedado presa a las tres de la madrugada por la visita de los demonios.

Mientras acababa de recitar aquellas palabras, el hombre abrió la olla que ardía sobre el fogón y empleando un cucharón de metal sirvió en un plato cóncavo la humeante sopa de color blanco que ofreció al joven que había aparecido de la nada. Gorhad miró el exquisito caldo espeso adornado en su centro con una ramita verde. Cuando empezó a tomarla se dejó embrujar por un instante por la mágica ilusión que le proporcionaba a sus sentidos aquel delicioso sabor. El cocinero, que se secaba sus manos con un trapo, se sintió halagado al observar la alegría en su rostro. Pero un segundo después, el joven experimentó que la sensación se tornaba amarga en su paladar por lo que obligó a que su garganta pasara con desesperación el trago que aún habitaba en su boca.

Entonces, repentinamente, aquel escenario fue invadido por la presencia simultánea de diversos hombres y mujeres muy bien vestidos que se paseaban por allí como si la cocina fuese el salón principal de una fiesta en la que participaban los miembros más distinguidos de una sociedad. Después, los personajes se transformaron en un millar de sombras fantasmales que se fueron condesando en una sola hasta que el hombre de baja estatura abrió la tapa de la olla grande y negra ubicada bajo el conducto de la chimenea.

—¿Lo has visto?—dijo—. Lo llamamos el Espectro del Infierno, por lo visto adora refugiarse en lugares cerrados. Algunos de los criados de la mansión aseguran que esas eran las sombras que nuestro amo veía antes de morir. ¡Sabes!, desde hace varios días venimos pensando que quizá, si me ayudas un poco, podríamos traer de vuelta al amo Hartwood dándole a la magia negra un poco de su propia medicina. Pero para ello tendrías que rumiar unos cuantos libros.

Antes de levantarse de la silla, se desató una tormenta imprevista y furiosa que tras unos segundos de actividad descargó un peligrosísimo relámpago que suprimió el servicio de luz eléctrica de la mansión, un acontecimiento que incitó al joven a sospechar que ese mundo ya empezaba a horrorizarse con su presencia. Después de lo cual se escuchó el sonido de algo que se rasgaba que fue rematado por el minúsculo brillo de una cerilla. Bajo la compañía de una lámpara de aceite que le entregó el encargado de la cocina, Gorhad salió a las negras sombras de la enorme casa maldita. Ahora parecía un centinela de la noche en las calles de su país, rodeado por el círculo de luz que proyectaba el farol que sostenía en su mano derecha. De vez en cuando, por las ventanas se veía el desgarrador nervio de un rayo que iluminaba por un instante los lugares por donde se desplazaba. No tardó mucho en llegar a las puertas dobles detrás de la cuales existía una amplia sala provista de estantes repletos de libros.

Una vez dentro, buscó un sitio ideal en donde depositar la lámpara que terminó dejando en suelo, justo en el centro de la biblioteca. Entonces creó un pequeño destello y abriendo una de las cuatro puertecitas de la lámpara introdujo allí el radiante círculo de luz, lo que provocó que la estancia fuese alumbrada casi por completo. A partir de ese instante, mientras el destello continuara en el interior del farol, su propia energía empezaría a desgastarse aunque fuese en muy pequeñas proporciones. Entonces un libro fue arrancado de los estantes, navegó por los aires y sólo fue a detenerse cuando él lo agarró con su mano. Tras abrir su boca en un amplio bostezo, empezó a hojear las páginas hasta que se detuvo en el párrafo exacto que su mente le sugería leer. Investigar sobre lo que necesitaba saber no fue una tarea difícil, ya que era su propio espíritu el que se encargaba de percibir con mucha agudeza las claves más valiosas que vibraban sobre aquellos volúmenes cuyas tapas de colores bien podían ser azules, rojas, verdes o naranjas. Uno a uno los tomos de la biblioteca sufrieron el mismo destino de salir disparados de las repisas para ir a detenerse junto al joven que

estudiaba en silencio las historias antiguas, los versos misteriosos y los diagramas esotéricos expuestos en esos folios matizados de un color pergamino por el efecto curtido de la vejez. En una de las tantas líneas no tardó en reconocer la extraña palabra que pronunció el cocinero mientras describía la muerte del amo de aquella enorme casa. Así que consultó su inquietud en una enciclopedia de la época: "*Suicidio*: acción que comete una persona al quitarse la vida de manera voluntaria. Existen diversas formas de cometer semejante acto, ya sea ahorcándose con una soga, empleando un objeto corto punzante, utilizando un arma de fuego o también bebiendo una pócima de veneno, entre otras posibilidades". Tras leer la definición, el joven moreno soltó con desprecio el pesado volumen tratando de concebir cómo era posible que existiera un alma tan ruin capaz de atentar contra la propia naturaleza de la Vida. Sin embargo, aquel dato le sirvió más adelante a la hora de comprender en otro de los libros que las personas que se atrevían a cometer tan macabro acto pasaban a convertirse en Espíritus Burlones, los cuales estaban condenados a vagar por toda la eternidad en un infierno sin salida.

De vez en cuando su lectura era interrumpida por un retroceso en el tiempo similar al que experimentó en la cocina. Veía a las personas que vivieron allí en otra época, los sirvientes encargados del aseo de la sala, los historiadores que calmaban su apetito escrutando los mapas de los volúmenes, los niños que jugaban a divertirse entre los pasillos de los estantes. A veces se escuchaban voces y gemidos agonizantes como si provinieran de las entrañas de la mansión. Hubo un momento en que la sala se oscureció dejándola apenas iluminada por un conjunto de velas en medio de las cuales se trazaba en el suelo un dibujo geométrico realizado con tiza blanca. En otra ocasión tuvo la sensación de que alguien lo miraba desde la oscuridad y cuando giró su rostro tuvo que cubrirse con uno de los libros, el cual fue atravesado por un afilado cuchillo. Aquella inesperada agresión logró extraerlo de su apasionada lectura, por lo que fue entonces cuando se percató de la cantidad de libros que se esparcían sobre el escritorio y el suelo de la biblioteca: la tentación de aquella realidad lo había dominado y se dejó someter por el encanto de los secretos de esas páginas.

Sólo hasta entonces fue consciente de que llevaba más de dos horas, lo que en el tiempo exterior a esa dimensión, equivalían a casi cuarenta minutos. Se fijó en las manecillas del reloj que se hallaba sobre el marco de entrada de la espaciosa sala recordando que la primera vez que lo observó cuando recién ingresó en aquel lugar, tardó un par de segundos en reconocer que los números de las horas apenas estaban señaladas del uno al doce, un hecho que le permitió presentir cuanto duraban los ciclos del día y la noche en ese universo.

Consciente de que ya había estudiado lo suficiente para seguir adelante con su misión, decidió abandonar la biblioteca. Antes de levantarse de la silla, su corazón advirtió que del interior del escritorio emanaba el débil calor de una energía que se esforzaba en no darse a conocer, por lo que se vio seducido a abrir uno de los cajones en donde descubrió la llave dorada. Luego volvió a tomar la lámpara de aceite, no sin antes extraer el pequeño destello de su interior, que al regresar a su espíritu le proporcionó una agradable sensación, similar a la de tomarse una taza de café caliente. Mientras bajaba de regreso, le llamó la atención que existiera un cuarto de baño, con su puerta a medio abierta, a través de la cual era posible observar un haz de luz. Al abrirla por completo, el joven se sorprendió que la estancia estuviese iluminada por un bombillo, lo que contradecía la ausencia total de energía eléctrica de la mansión. El presentimiento de que allí encontraría una pista más que le ayudaría al desarrollo de su misión no tardó en realizarse. Tras jalar la puerta del espejo del compartimiento que se situaba arriba del lavamanos, encontró la pequeña baldosa con la que activaría el mecanismo secreto de la estatua.

Al retornar a la cocina, lo primero que observó fue al cocinero adobando un pernil de

ternera. Gorhad se acercó al mesón para estrechar durante un segundo la mano del bajito hombre cuya mente fue consciente en ese instante de las claves que debía ejecutar para colaborar con la liberación de todos los males de ese mundo. Como si estuviese hipnotizado aquel cocinero se colocó a trabajar de inmediato. De manera que cuando el joven salía por la puerta principal de la mansión a la claridad fucsia incipiente del amanecer, el chef ya estaba de regreso de su visita al granero de donde extrajo siete dientes de ajo, tres manzanas, una zanahoria, una botella de vinagre y una bolsa de tela repleta con sal; a pesar de lo cual necesitaría un último elemento el cual se convertiría en el detonante final. Tras dejar todo sobre la mesa, aquel singular personaje inició el oficio de cortar en pequeños trozos los alimentos que luego depositó en un mortero donde los trituró hasta que se fundieron en la capa gelatinosa que surgió del jugo que aún conservaba la materia de los ingredientes. Aquella fue una tarea en la que tuvo que invertir varios minutos ya que ahora su concentración era troncada con mayor frecuencia por los imprevistos retrocesos en el tiempo que poblaban a su sitio de trabajo de sombras y fantasmas. Luego, colocó una olla en el fogón donde vertió la emulsión y agregó además todo el vinagre y toda la sal. Después de lo cual, se pasó su mano por su frente perlada de sudor, se dedicó a esperar y muy pronto que vio como aparecieron las primeras burbujas sobre aquella pócima que podía encontrarse en el segundo tomo de *Las Recetas de Shaitan*.

En ese mismo momento, Gorhad se acercaba con total calma a la montaña de estiércol cuyo tamaño era mucho más grande de lo que le hizo pensar su primera impresión. A medida que avanzaba sus sentidos, que eran engañados por aquella ilusión temporal, fueron reconociendo un olor horrendo que lo tentaban a no continuar en el desarrollo su misión. En cuanto estuvo frente a la cumbre color marrón, el joven dio un salto para situarse junto a una de las lechugas color naranja que brotaban allí, la cual poseía un tamaño un poco superior a los dos metros de altura. Por un segundo, ahora que se hallaba frente alpreciado elemento que buscaba, desconfió de que su tarea hubiese sido tan fácil: su entrenamiento le indicaba que en una situación así, donde todo parecía tan sencillo, era inevitable deducir que existiera una trampa. Sin embargo, conservaba la esperanza de que fuera capaz de salir de allí sin ser percibido. Pero al sujetar la legumbre y arrancarla de su sitio original se escuchó el estruendo del sonido de un cuerno, una señal de alarma que hizo que del interior de la montaña surgieran tres monstruosos escarabajos. De modo que en el momento en que intentó salir volando con la lechuga, los tres insectos salieron en su persecución por lo que tuvo que soltar la preciada esfera color fuego.

Lo primero que hizo Gorhad al retornar a tierra fue observar al titánico demonio que para suerte suya aún permanecía dormido. No tuvo que lidiar demasiado con los grandes insectos, ya que tras decidir utilizar su copa, creó un destello afilado que partió a cada uno de los animales en dos. Mientras los tres escarabajos descendían, el joven salió corriendo en busca de la redonda legumbre que esta vez, tras tomarla entre sus manos, arrojó con todas sus fuerzas hacia el círculo de luz que constituía su ruta de escape. Un instante después se impulsó a sí mismo con un monumental salto, de modo que no tardó en alcanzar a la esfera, lo que le permitió empujarla.

De pronto, ocurrió lo que era inevitable esperar. Allá abajo se desató un bramido tremendo con el cual el demonio gigante pudo calentar las energías dormidas de su cuerpo. Luego, la sala en su totalidad fue sacudida cuando el robusto hombre emprendió su poderoso vuelo en busca del diminuto personaje que había vulnerado la tranquilidad de su refugio y que ahora escapaba llevándose a uno de sus valiosos alimentos.

El círculo de luz era en realidad la enorme roca de un diamante que destilaba su brillo gracias a su belleza interna. Aún viajando en el aire a una gran velocidad, Gorhad se dio la vuelta para apreciar el potente vuelo con el que se acercaba su enemigo y

calculó que en menos de cinco segundos estarían frente a frente. El joven dejó que su materia se cargara con toda su energía y se aproximó a la bola naranja que sujetó firmemente. Cuando faltaba un solo segundo, los dos adversarios se miraron a los ojos desafiándose. Luego el demonio dio un grito antes de propulsarse con todas sus fuerzas y en ese mismo instante el joven moreno se teletransportó con el objetivo de aparecer justo debajo de las botas del gigante, quien por la fuerte velocidad con la que se desplazaba no pudo evitar estrellarse contra la roca del diamante lo que produjo que el resto del techo gris del refugio empezara a desplomarse. Gorhad alcanzó a ver cómo el demonio con sus ojos cerrados se llevaba la mano a la herida de su frente ensangrentada, un amplio rasguño provocado por el filo del diamante que ahora caía en dirección al suelo tan distante. Aprovechando la circunstancia dejó que su cuerpo se inundara con su radiactiva aura azul, recuperó la lechuga que también descendía y salió disparado por el hueco forjado por el gigante. Un momento después, su materia incandescente se encargó de perforar el techo de roca, formando un túnel a medida que avanzaba, hasta que su lucha agresiva contra aquel obstáculo de piedra se suavizó cuando entendió que ascendía por los niveles de tierra que existían bajo los jardines de la mansión.

La admirable hazaña del joven le concedió el honor de salir de las profundidades con sus manos en alto, cargando sobre éstas la enorme legumbre color fuego. Entonces la arrojó en dirección a una de las paredes de la primera planta de la enorme casa, en el sitio exacto donde se encontraba la cocina. La gran bola cayó en el suelo y rodó un par de metros antes de destrozar la pared de la estancia en donde el cocinero retrocedió desesperado hacia una de las puertas de salida. El hombre se asomó por el enorme agujero creado por el impacto y reconoció en el cielo al joven visitante de su dimensión. —¡Qué esperas—gritó Gorhad—, ya sabes lo que tienes que hacer!

No había acabado de pronunciar la orden cuando justo debajo de él la tierra fue sacudida por un temblor que en realidad fue un anuncio previo a la llegada del corpulento gigante que emergía de las profundidades. El hombre de la cocina, que en ese momento filtraba a través de un embudo la poción de la olla a una botella vacía de vino, alcanzó a contemplar con horror cuando aquel monstruo salió disparado hacia el cielo del amanecer. Luego, sin perder tiempo, tomó su cuchillo de carnicero y empezó a golpear en un sitio determinado de la capa exterior de la legumbre. Mientras tanto, el joven luchaba contra aquel demonio cuya avanzada mente le concedía el privilegio de adivinar desde mucho antes los ataques de su adversario. Gorhad no quería continuar desgastándose teniendo un combate cuerpo a cuerpo contra ese gigante que sin duda lo derrotaría si le brindaba el tiempo que necesitaba, así que tomó su copa y dejó que ésta fuese inundada con casi la totalidad de las energías de su espíritu, por lo que el artefacto adquirió una furiosa consistencia como si fuese una roca sacada de las entrañas de un volcán. Luego la lanzó a la boca del estómago del gigante. Para su sorpresa, el cáliz traspasó sin dificultad el vientre corpulento, formando un ardiente agujero cuyo rojo color se fue expandiendo por toda la piel del demonio, quien segundos más tarde se deshizo en un sople de ceniza.

El joven guerrero se dejó caer entonces sobre el suelo, consciente de que por lo pronto no podía ofrecer más a su misión. Ahora su fe estaba puesta en el chef quien tardó un par de segundos más para crear al fin un agujero en el cual introdujo la botella a la que antes de sellarla le agregó un frasco de bicarbonatado de sodio para después de agitarla con violencia. Entonces apoyó sus manos sobre la base del recipiente de modo que cuando el corcho salió disparado por la fuerte reacción química, a éste no le quedó otra opción que adentrarse aún más en las capas de la lechuga hasta que logró incrustarse en su núcleo, lugar en el que se hallaba reconcentrada toda la rabia y perversión que ostentaba aquel retoño cuya saludable apariencia era capaz de tentar la voluntad del corazón más puro. Cuando aquel centro de energía, que ardía igual que el

magma rojo en las entrañas de un planeta, entró en contacto con el agrio licor creado por el cocinero, se forjó en el tiempo y el espacio un vacío sideral que inició un tremendo proceso de absorción, invitando a que todas las cosas fueran a derretirse en ese fuego interno que ya había fundido todas las capas de la enorme legumbre. Un viento huracanado se desató en torno a esa gran esfera radioactiva que fue devorando todas las cosas de la mansión, incluyendo el último e inesperado retroceso temporal en el que aparecieron las sombras y las formas humanas de los personajes que habitaron aquel lugar en tiempos pasados.

En medio del caos, Gorhad, quien se esforzaba por no ser atrapado por el núcleo, extendió su mano al aire para agarrar su copa que ya buscaba la energía de su propietario. De pronto, no pudo oponerse más y se dejó atraer por el furioso cataclismo. Justo antes de ser consumido por ese calor sideral su mente se zafó de su cuerpo permitiéndole observar cómo las esquinas del gran tapiz que constituía ese universo empezaron a desprenderse del suelo para ir en búsqueda de ese punto de fuga engendrado por aquella bomba de energía maligna. Cuando él se integró con el hambriento y ardiente núcleo su memoria se inundó de una oscuridad total al mismo tiempo que era consciente que todo ese universo sufriría su mismo destino.

En ese mismo instante Femna y Bellumin se encontraban disfrutando del resplandor del sol de una hermosa tarde. Ambas se deleitaban con ese esplendido paisaje como una forma de despedirse de esa dimensión. En medio de las dos se hallaba, sentada en el suelo de piedra, una hermosa y joven mujer que sostenía entre sus manos una plateada flauta traversa: estaba descalza y vestida con una túnica roja. Sobre su hombro izquierdo había un bonito pajarito cuyo pico se entrecerraba mientras trinaban sus canciones. Un momento después la mujer de la flauta se levantó y se llevó la boquilla del instrumento a sus labios rosados.

Fue entonces cuando una amable melodía empezó a dulcificar a todo ese pequeño universo. Bellumin se fijó en las monumentales ballenas azules que nadaban con toda tranquilidad en medio del aire del cielo. Aquellos enormes animales se unieron con su canto gutural a la sinfonía que inició la joven artista con la flauta, cuyo sonido se expandía con facilidad por las moléculas de la atmosfera. Las tres protagonistas de pie sobre aquella roca, sabían muy bien que la gran extensión del océano que reinaba allá abajo también servía para propagar los sonidos gracias a la acústica que se producía con ese espejo marítimo.

Aquel mundo estaba poblado de un centenar de grandes piedras flotantes de cuyas entrañas brotaban chorros cristalinos de agua. Pero de pronto, bajo el efecto delicioso de la melodía, las islas de roca empezaron a organizarse en un mismo nivel, algunas se veían obligadas a descender mientras que las más cercanas al extenso mar eran impulsadas a subir. Aunque aún se encontraban separadas a grandes distancias, la proximidad brindaba la sensación de que era posible trasladarse por todo ese escenario saltando de una a otra por aquellas rocas pobladas de musgo verde. Luego, la hermosa composición de los sonidos continuó y las notas conquistaron un tono alto e intenso que produjo que de las entrañas del mar de allá abajo, una diversidad de objetos fuesen expulsados hacia el cielo, muchos de los cuales tuvieron que arrastrarse por los bordes de las rocas antes de lograr salir a la superficie del aire. Eran en total un millar de elementos como bañeras de metal blanco, televisores antiguos, ruedas dentadas, sillas de madera, relojes despertadores, ventiladores de aspas, entre otra cantidad de cosas que ascendieron cerca de seis metros sobre el nivel donde se encontraban las mujeres y permanecieron suspendidas hasta que las rocas se fueron agrupando, formando una única capa terrestre. Aquel conjunto de diversos elementos cayó al suelo generando un fuerte estruendo. Bellumin alcanzó a crear un agujero, expulsando de la palma de su mano una onda de viento, de modo que la lluvia de objetos no fuera a impactarse sobre sus cabezas.

La intérprete de la flauta traversa continuaba fiel al ritmo de su melodía y las ballenas seguían acompañándola con su canto mientras nadaban en medio de ese espacio aéreo sin gravedad. La intérprete ni siquiera se inmutó cuando en el musgo de la capa terrestre empezaron a brotar pequeñas florecitas de distintos colores. Un instante después, a través de las fisuras de los pequeños islotes se filtró el agua del océano, que subió disparada hacia el cielo creando gruesas paredes azules en medio de las estrías que se creaban entre las pequeñas islas. De pronto, la llanura de roca fue empujada hacia arriba gracias al inmenso poder del océano que emergía dominado por la cólera, como si en sus entrañas se hubiera originado una explosión sobrenatural. Femna miró hacia lo alto y se impresionó al ver que en el cielo claro de la tarde los turbulentos chorros de agua eran retenidos, unificándose en un mismo estanque cóncavo, lo que brindaba la ilusión de que en el techo existía un gigantesco plato de cristal. La tierra seguía siendo impulsada con tal fuerza que la estructura compacta de las rocas, se deformó cuando la presión forzó a que muchos de los islotes sobresalieron de la superficie llana. Luego, el turbulento ascenso fue deteniéndose de manera lenta. El poder del mar se fue paralizando gracias a la tensión generada por una fuerza invisible que existía en el aire.

Entonces, la mujer vestida de rojo desprendió sus labios de la boquilla de la flauta, concluyendo la melodía, cuyo volumen musical se había sobrepuesto al ruido de las rocas y la furia del mar embravecido. El silencio abrasivo que reinó en ese instante surgió como una advertencia previa al efecto que se impregnó sobre la realidad: se instauró una atmósfera donde el tiempo marchaba a una velocidad microscópica mientras aquel universo se debatía en ese insoportable punto que mantenía el cielo y la tierra en una disputa por respetar su propio espacio. Un segundo después, las fibras de aquel insólito mundo se fueron fragmentando igual que un espejo que se rompe, generando así grandes puntos de fuga a través de los cuales el escenario de arriba y el de abajo empezaron a ser absorbidos. Y a medida que los colores escapaban por las grietas, el peso de la gravedad fue recobrando su intensidad natural por lo que la dimensión se comprimió, condenándose a sí misma a estallar en mil pedazos antes de forjar una oscuridad total.

Lograr aquella hazaña no había sido una tarea sencilla. Desde el principio de la misión todo parecía indicarles que les esperaba una extenuante prueba. Antes de ingresar a esa dimensión las dos mujeres tuvieron que realizar un gran esfuerzo para filtrarse por las apretadas paredes del camino que las conducía al sitio exacto donde estaba el nexo por el que podrían viajar. En cuanto abandonaron el majestuoso árbol negro en el centro de la población oscura, siguieron la ruta que les trazaba la raíz hasta que estuvieron frente a un estrecho callejón inaugurado por diez escalones. A partir de ese momento el trayecto estaba matizado por una triste melodía infantil cuyas notas morderían con ternura la mente de las dos mujeres, las cuales avanzaban por ese pasadizo que iba cerrándose mientras se encontraban con velones colocados aquí y allá en el suelo.

La raíz del árbol continuaba con su rumbo con total facilidad. En un principio se les ocurrió a ambas que la mejor manera de viajar por aquella ruta era dejando que su materia se transformara en un animal pequeño, como un insecto, un ratón o una paloma, lo cual se atrevieron a realizar a lo largo de varios trayectos pero pronto tuvieron que descartar la idea cuando la intuición les informó que Merfenes empezaba a ser consciente de esos repentinos cambios y que él terminaría aprovechando el estado inferior al que se trasmutaban para aplastarlas sin piedad. A partir de entonces la maestra y su aprendiz tuvieron que luchar contra el apretado espacio, empujando con sus fuerzas aquellos muros contruidos con bloques de color gris. Se demoraron tanto en hallar el nexo hacia la otra dimensión que fueron en esas mismas calles tan comprimidas donde percibieron el mensaje de Artemus que anunciaba que sería la fe la

mejor inspiración que los mantendría unidos para seguir adelante. Varios minutos más tarde ambas lograron entrar a un redondo sitio de suelo empedrado provisto de diversas velas blancas de cera en medio de las cuales se hallaba una bonita caja musical. Sobre ésta flotaba una bailarina que danzaba con sus manos juntas sobre su cabeza. Ahora sabían de donde provenían los melancólicos sonidos y arpegios de aquella canción infantil. Femna caminó con cuidado a través de las pequeñas llamas de fuego, llegó al centro de la estancia y entonces levantó con sus manos la caja musical. Luego tomó la bailarina entre sus manos pero contrario a lo que pensaba, tuvo que aplicar más fuerza de lo que estimaba cuando deseo liberarla del cable invisible que le permitía estar en el aire. En ese instante, tras romper la ilusión de la danza, apareció una estrella blanca que expandió sus cuatro puntas hasta nublar la realidad de un resplandor total.

Luego, la estrella con sus cuatro puntas se fue achicando, girando sobre su propio eje mientras dejaba a las dos mujeres en medio de un camino polvoriento, custodiado a cada lado por un grupo de árboles. El sendero continuaba en línea recta hasta detenerse al inicio de una caverna rocosa junto a la cual estaba la joven vestida con su túnica roja, quien en ese instante sostenía entre sus manos una caña de pescar. La chica que aparentaba tener una edad inferior a los veinte años estuvo a punto de perder su herramienta de trabajo cuando giró su rostro y se sorprendió al observar a las dos imprevistas visitantes que se aproximaban, pero en el instante que la caña escapó de sus manos Bellumin dio una orden con uno de sus dedos de tal modo que ésta permaneciera estática en el aire. Así que la joven pudo continuar con su tarea mientras ellas terminaban de acercarse.

En cuanto estuvieron reunidas Femna fue la primera en reconocer el sistema de poleas en el cual trabajaba la cuerda de nylon. La joven les regaló una rápida y educada sonrisa de modo que pudiera seguir ocupada en su actividad. Tras un minuto de esfuerzo logró que una canasta de mimbre subiera a la superficie del bosque, a la cual se acercó con cuidado para recogerla. Fue hasta ese momento que las dos mujeres, que en un principio creyeron que el brillo que rodeaba el bosque era provocado por el espejo de un lago, escaparon de esa ilusión y fueron conscientes de que en realidad permanecían de pie en un islote que levitaba por sí mismo en medio de ese cielo resplandeciente.

—Buenas tardes—dijo la chica al regresar—, veo que son nuevas en este lugar.

—Así es—contestó Femna—pero sólo estaremos durante poco tiempo.

El dialogo fue interrumpido cuando se escuchó el eco del canto de una ballena, por lo que las dos visitantes se vieron obligadas a inclinar su cabeza hacia arriba, lo que les permitió contemplar el gigantesco animal que transitaba sobre la isla. Entonces Bellumin, se elevó de la tierra para contemplar el vasto mundo en el que se encontraban. En efecto existía un auténtico océano a un centenar de metros más abajo. Después de describirle a su maestra la fabulosa imagen que contemplaba, la joven decidió descender. Fue en ese momento cuando volvieron a prestarle atención a la chica quien ahora las veía a ambas horrorizada, retrocediendo lentamente hacia la cueva. Femna la miró directo a sus ojos captando lo que ocurría en su ser: “¡Ellas también tienen la capacidad de volar! De seguro que han sido enviadas por ese demonio”. La maestra, que aún tenía las indicaciones de Artemus frescas en su cabeza, intentó seducir su miedo sembrando en su pensamiento otra idea: “Eres solo una ilusión. El mundo que habitas no existe. Tu temor no tiene ningún fundamento”. Pero aquel susurro representaba una idea demasiado compleja, por lo que la joven siguió retrocediendo, llena de desconfianza y ansiedad ante las forasteras.

Bellumin se vio en la obligación entonces de dar un chasquido con sus dedos de modo que pudo transmitirle una fulminante sensación con la que pudo conquistar su mente. Luego le dio la orden de que se acercara. Ella obedeció la sugestión y en cuanto llegó

junto a ellas, imitó la acción de las dos que se sentaron en el suelo de aquel bonito pero ilusorio bosque. Femna levantó su dedo índice para situarlo justo en la frente de la nativa mujer y tras sembrar una pregunta en su volátil esencia, ella empezó a hablar.

Según lo descrito por la joven, vivían en aquel desastre desde una mañana en la que todos los habitantes de la aldea se despertaron para descubrir que se hallaban sobre esas islas flotantes que con el paso del tiempo continuaron fragmentándose hasta que cada persona tuvo la suerte de apropiarse de su propio pedazo de tierra, lo que resultó una verdadera estrategia de supervivencia ya que en ocasiones, el mar producía un eructo que expulsaba hacia el cielo los diversos objetos que atesoraba en su interior, lo que les proporcionaba la suerte de que a veces entre las llantas de caucho, las ollas de metal, las tazas de porcelana, los teléfonos de cable en forma de espiral, entre otros objetos cuya utilidad desconocían, aparecieran hermosos peces de escamas plateadas como los que ella había logrado pescar aquella tarde. A través de unos puentes colgantes de madera lograron interconectar la mayoría de los lugares, lo que les permitió así compartir los alimentos que vomitaba el océano.

En cuanto se le preguntó quién era demonio al que temía, respondió que se trataba de un gigante de piel gris ceniza. Su enorme cabeza era calva y en su frente brotaban dos cuernos pequeños. Según lo descrito por ella, una vez cada tres días aparecía para secuestrar una de las grandes ballenas que nadaban en el aire. Era entonces cuando lo veían volar tan frágil como una pluma en el cielo, exhibiendo la musculatura de su pecho y brazos desnudos. Siempre iba vestido con un grueso cinturón rojo de tela, un pantalón negro y unas botas marrones. Los aldeanos sabían a la perfección que ese maligno personaje era el artífice no sólo de aquel desastre en el que vivían, sino que también el que generaba las imprevistas erupciones de cosas del mar, ya que cada vez que se producía un estallido se escuchaba su áspero ronquido como si acabara de deleitar su paladar. La chica también indicó que le fascinaba aterrorizar a la población jactándose de los peores tormentos que les haría vivir si continuaban lanzándose al mar con la esperanza de arrancarle más objetos a las profundidades. Así que cada vez que caían, ya fuese por error o voluntariamente, existía un hechizo que les permitía regresar a la superficie. En varias ocasiones aquel monstruo les había confesado que lo único que deseaba era que buscaran con todo su empeño una estrategia que fuera capaz de vulnerar sus poderosas virtudes de hechicero, prometiéndoles que a cambio los dejaría en paz, restaurando la armonía de su hogar.

—Y al cabo de este tiempo—preguntó Bellumin—¿han logrado encontrar algún punto débil?

—Pues... no sabría qué decir—comentó la joven—, pero una mañana nuestro aldeano más anciano descubrió en su isla una flauta de madera que le permitió, por primera vez en muchos meses, tocar las primeras notas de una antigua melodía de nuestra aldea. Ese enorme demonio se presentó de inmediato al escuchar el sonido del instrumento pero a medida que se fue aproximando, sus parpados se volvieron pesados y fue derrotado por el sueño, cayendo en el mar donde desapareció. Esa misma noche, el anciano volvió a tocar varias melodías y por un instante las islas se desplazaron de su posición con el fin de aproximarse entre sí y formar una sola. Pero hizo falta que los sonidos de la canción fueran más intensos para lograr la hazaña, así que los territorios de roca volvieron a separarse y se mecieron durante un par de horas antes de quedarse de nuevo en su estática posición. Desde entonces, cada vez que el mar realiza sus vómitos de cosas hacia el aire, lo primero que hacemos es buscar nuestras pérdidas flautas que por lo pronto constituyen nuestra esperanza. Sin embargo desde que el anciano tocó su flauta por primera vez, aquel gigante ha regresado con dos grandes corchos ajustados en sus oídos.

En ese momento Femna cerró sus ojos con el ánimo de localizar la presencia de aquel monstruo. Su mente viajó a través de las profundidades del océano, hundiéndose en

unas aguas azules y cristalinas que le permitieron observar con nitidez las grandes montañas de desechos. Llegó a un punto donde su visión remota tuvo que perforar una densa y gruesa capa de dicho basurero, un verdadero mundo donde los tubos oxidados, las redes de pesca, las esculturas de mármol, los arboles ahogados y otro montón de cosas más, se apretaban entre sí creando una abominable barrera que parecía no tener fin. Pero tras un agotador esfuerzo, Femna logró superar dicho colchón y su memoria se instaló en un ambiente provisto de una fría penumbra donde apenas ardían tres grandes antorchas de fuego verde. Era una atmosfera pesada y viciada de un asqueroso olor, tan insoportable que una mente frágil que se atreviera a respirar de ese aire se asfixiaría con facilidad mientras sus pulmones eran invadidos por un calor ardiente. En medio de esqueletos gigantes en los cuales aún quedaban trozos de carne en descomposición e infectaba de gusanos, se hallaba el gigante con sus grandes corchos en sus orejas.

Era idéntico al que Gorhad había visto en su dimensión, solo que éste se diferenciaba porque su cuerpo estaba repleto de cicatrices, una de las cuales aparecía emblemáticamente sobre uno de sus ojos: iniciaba por encima de su sien derecha y trazaba una línea diagonal que concluía por debajo de la fosa nasal, bastante cerca al labio. Cuando la mente de Femna se acercó, confiada de que aquel demonio simplemente se hallaba dormido, se asustó al percibir como los pensamientos de aquel ser trabajan en silencio gestando un universo paralelo donde se escuchaban los gritos agonizantes de infinitas personas que clamaban el derecho a vivir. Aquellas suplicas enternecieron su corazón y entonces experimentó que su mente era jalada lentamente hacia ese infierno. Un vacío gravitacional se creó entre ella y el gigante.

Bellumin, quien continuaba sentada en el islote de allá arriba, contempló cómo en el rostro de su maestra apareció el sufrimiento y la resistencia de oponerse a esa fuerza. De inmediato acudió con su mente a rescatarla y, tras descender por el océano y traspasar la enorme capa de despojos, alcanzó a llegar a tiempo para empujar su espíritu y sacarla fuera de la seducción. Ambas permanecieron algunos minutos observando la naturaleza de aquel ser tenebroso, cuyas habilidades, tal como ellas lo intuían a la perfección, eran mucho más fuertes en los territorios astrales. Quizá tendrían que luchar contra él para llevar a buen término la tarea que debían realizar en ese mundo. Pero en dicho caso, el combate no debía librarse en esa madriguera en penumbra donde vibraba la energía fría de aquel nigromante. Lo mejor sería despertarlo desde allá arriba y aprovechar la libertad del cielo, pero para enfrentarlo tendrían que asumir primero el desafío de arrancar de sus oídos aquellos corchos que parecían haber sido sacados de la boca de dos gigantes botellas de vino. Entonces, anulando el don de la visión remota, ambas decidieron retornar a sus cuerpos.

Femna se levantó del suelo. Ella era una mujer precavida y discreta, un don que conservaba y había adquirido en su larga vocación como profesora y Jefe Suprema de la Casa de los Descendientes. No podía arriesgarse a provocar aquel demonio porque no estaba segura de si era necesario derrotarlo para acabar el hechizo de esa dimensión. Era cierto que de él emanaban las leyes que daban forma y sostenían la arquitectura de esa realidad. Pero su entendimiento le indicaba que de acuerdo a la manera como trabajaba Merfenes, el derrocar a ese guardián no sería el detonante final de esa misión. Quizá, y esa era su esperanza, podrían salir victoriosas sin necesidad despertarlo.

Mirando hacia el infinito de ese mar, ella dejó que sus pensamientos se saciarían sobre esas aguas revestidas de una soledad inconmensurable, vio las distintas islas flotantes con su musgo verde y los chorros cristalinos que brotaban de su interior como si dentro de las rocas hubiese un espacio infinito. De pronto, su mente quedó suspendida en una calma total y ésta cayó al océano al ser jalada por un hilo invisible. Tras un corto viaje por las profundidades, su campo de visión se detuvo frente a una montaña de libros. En

uno solo de aquellos tomos, brillaba una pequeña estrella que llamó toda su atención. En el libro, titulado como *El Navegante Maldito*, se hacía referencia a aquel monstruo, el cual era conocido como El Diablo de los Siete Mares. Tras leer un párrafo cercano a la mitad de la obra, comprendió que aquel demonio era alérgico a los sonidos agudos debido a la acústica que le proporcionaban sus puntiagudas orejas. Un par de páginas más allá leyó que durante sus viajes en altamar, el pirata James Drake acostumbraba llevar a bordo a un músico que sabía tocar a la perfección una magnífica flauta traversa, fabricada por un genial y famoso inventor de la época. El artista tenía la tarea de interpretar melodías durante horas enteras de modo que el viento las esparciera por los mares. Con el paso de los años y el constante uso que le dio el músico a la flauta, las notas que emanaban de ésta pasaron a ser tan intensas que ni siquiera las rocas que astutamente empezaron a utilizar aquellos seres malignos en sus oídos les sirvieron de escudo para librarse del efecto de las melodías. Sin embargo, de acuerdo con el relato de los sobrevivientes del naufragio, el flautista murió a causa de altas fiebres contraídas por una enfermedad, por lo que una noche de luna llena la tripulación fue asaltada por uno de esos titánicos monstruos que tras partir en dos la embarcación del siglo XVI, se hundió en las profundidades del océano junto a todos los valiosos tesoros del capitán.

En ese momento, Bellumin se acercó a su maestra que tras salir su abstracción levantó su dedo índice y al tocar el mismo dedo de su aprendiz, ésta recibió todos los conocimientos que acababa de extraer del libro, el cual había revelado que la clave que destronaría a los poderes de ese mundo se encontraba en la flauta, no una ordinaria como las usadas por los nativos, las cuales eran de madera, sino una cuya magia ya había sido utilizada contra ese demonio. Entonces ambas miraron desde esa altura a la infinita extensión del océano azul. Tal como lo esperaban, al cabo de un poco más de diez minutos lograron localizar la nave sepultada bajo las aguas, que aparte de estar destrozada, se hallaba bajo la protección de los largos, enormes y afelpados brazos de una tarántula gigante. Fue una visión espeluznante, provista de un ambiente tan terrible y siniestro como el que existía en la madriguera del gigante, pero eso no impidió que la visión remota de las dos mujeres visitara el interior de la nave hasta que llegaron a uno de sus niveles inferiores donde encontraron un baúl rodeado de joyas, piedras preciosas, cráneos humanos y miles de monedas de oro.

Luego, ellas se trasladaron con su cuerpo astral hasta ese escenario. La joven nativa aún sentada sobre la hierba, que las contemplaba de pie al borde de la isla, tuvo la sensación de que las siluetas de ambas, recortadas bajo el sol luminoso, poseían un profundo desencanto. Le resultaron vacías e insulsas como un tronco de árbol abandonado y solitario en un bosque rebosante de vida. La esencia de ellas se encontraba en ese momento buscando, en medio del tesoro que rodeaba el cofre, la llave con la cual abrirlo. Sin embargo, cuando fueron conscientes de que nunca la encontrarían sencillamente porque que allí no estaba, ambas decidieron violentar al viejo arcón de metal, sin imaginar que al hacerlo el enorme demonio despertaría en su madriguera al percibir violentado uno de sus sagrados secretos. Aquel universo empezó a temblar por completo, desde las más remotas profundidades hasta lo más alto de los cielos y entonces las islas flotantes empezaron a caer por el potente estremecimiento. El aire se llenó de una horrible tensión estresante.

Los cuerpos astrales de Bellumin y Femna regresaron en un parpadeo a la isla y sujetando cada una un brazo de la joven, volaron con rapidez en medio del cielo de la tarde. Mientras se transportaban en el aire, las dos visitantes contemplaron la red de puentes colgantes, las islas de piedra y las enormes ballenas, preguntándose al mismo tiempo cómo era posible que el alma de Merfenes hubiera podido crear un escenario tan fantástico y hermoso. En medio de la catástrofe observaron a los demás miembros de la aldea que intentaban salvarse del desmoronamiento de los islotes corriendo a

través de los puentes colgantes hasta que no les quedaba otra opción que caer sobre el océano, donde el hechizo que los regresaba a tierra firme había sido anulado por el caos y ahora su materia se desvanecía ante el simple contacto con el agua. Mientras tanto ellas continuaron ascendiendo cerca de un kilómetro antes de posarse sobre la roca donde la joven tocaría más tarde la melodía que destruiría aquel mundo.

Como era de esperarse, una explosión surgida en medio del océano levantó una inmensa columna de agua, en medio de la cual apareció el demonio para detenerse frente a ellas, flotando en el aire y con sus ojos inyectados de sangre, como si deseara fulminarlas con su mirada. Bellumin y Femna ni siquiera lo dejaron respirar. En un solo segundo, las dos elevaron su energía hasta su punto más alto por lo que el cuerpo de cada una quedó revestido con el fuego ardiente de su aura cósmica. Lograr ese repentino y drástico cambio de estado implicaba el hecho de que extensas proporciones de energía tuviesen que desgastarse: era como si ambas hubieran invertido la mitad de la mitad de su poder total para encender esas dos antorchas hasta su máximo nivel. Pero en ese momento no tenían para consideraciones y debían dar el todo por el todo.

Así que las dos mujeres atacaron al demonio: aquel ser tenebroso fue golpeado por diversos puntos alrededor de su cuerpo. Aquí y allá iban surgiendo globos casi invisibles que eran fruto del fuerte impacto otorgado por sus agresoras. La nativa mujer observaba conmovida la batalla, apreciando cómo la piel del gigante se hundía ante cada golpe recibido. Pero tras algunos segundos de resistencia, éste respondió ejecutando un potente puño que descargó contra a Bellumin, enviándola en un estado de semiinconsciencia hacia las profundidades de las aguas, mientras que Femna recibió un codazo que la hizo salir disparada contra un islote flotante, el cual se partió en mil pedazos cuando su materia incandescente colisionó con la roca, pero ello no impidió que continuara con su trayecto en el cielo hasta que se sobrepuso al ataque. Se había desplazado por lo menos un kilómetro del sitio donde levitaba el enemigo, quien se mantenía en una marcial posición de defensa y la estudiaba sin subestimar sus virtudes de guerrera.

De pronto, aquel demonio se trasladó volando en milésimas de segundos hacia el sitio donde ella estaba. Cuando fue consciente de que lo tenía frente a sus ojos, se asustó por su terrible velocidad. Al levantar la vista, contempló que él tenía sus brazos en alto con la intención de ejecutar uno de las arremetidas más elementales que todo luchador debía saber: aquella técnica en la que los dedos de las manos se entrelazan formando un único puño para luego utilizarlo como si fuera un mortero. Femna tuvo tiempo suficiente para escapar de la agresión y volvió a la ofensiva transformándose de nuevo en esa circunferencia que surgía sobre su oponente cada vez que lo lastimaba con sus puños y patadas. El demonio muy pronto analizó su estilo de pelea y ambos iniciaron un combate en el que a pesar de la marcada diferencia de las estaturas, los dos se comportaban como guerreros que se hallaban en el mismo nivel. Sin embargo, al cabo de un par de minutos resultaría evidente que el gigante era mucho más fuerte y que la experiencia de aquel enfrentamiento lo dotaba de la inteligencia necesaria con la superaría con facilidad los poderes de su rival.

Pero justo en ese instante, Bellumin despertó de su pesado estado y salió disparada hacia lo alto. En vez de unirse directamente a la lucha ella tomó en sus manos su copa color dorado y la agitó para generar un conjunto de cadenas que fueron a enredarse sobre la piel del gigante cuya movilidad fue bloqueada por unos segundos al mismo tiempo que el metal de los eslabones que poseían una fuerte carga magnética electrocutaron sus sentidos. Esta situación fue aprovechada por Femna quien tras aproximarse al rostro del gigante descargó una potente patada capaz de fragmentarle en múltiples pedazos el tabique. El golpe fue tan intenso que no solo su cabeza retrocedió brutalmente, sino que también los corchos de sus oídos se zafaron de su

lugar habitual y cayeron al océano. Cuando recobró su estabilidad, de su nariz resbalaron dos gotas de sangre color púrpura, una de las cuales fue a detenerse sobre la musculatura de su pecho y la otra fue a dar en el mar, donde hizo combustión como si fuese un ácido alérgico a la densidad de las aguas.

Aquella humillación hizo que el gigante se exasperara y emitiendo un fuerte grito concentró toda la furia interna de su ser, lo que incrementó su poder de una manera terrible mientras los eslabones de las cadenas volaron hacia todas las direcciones. En el cielo brilló un relámpago que por un instante oscureció al cielo en su totalidad, después de lo cual su materia fue envuelta por una llama de color negro. Tras aquel furioso gesto, tomó la decisión de dividirse en dos, por lo que una réplica de sí mismo se desprendió de su cuerpo. Esta partición hizo que su energía y estatura se repartieran de manera equitativa. Ahora existían dos hombres corpulentos, que aunque parecían trabajar por separados serían dominados por la misma mente. Fue ahí donde inició la segunda etapa del combate, en el cual Bellumin y Femna se apropiaron de su respectivo enemigo. El enfrentamiento no tardó en adquirir un calibre similar a la batalla que Artemus libró con Kulten en el Jardín de la Vida: el escenario se inundó de burbujas de aire que estallaban generando ráfagas intensas de viento.

En el cielo solo se contemplaban las cuatro estelas impactándose entre sí lo que además generaba un despiadado sonido explosivo. Lo fascinante del combate es que las dos mentes de las guerreras se hallaban tan conectadas que en ocasiones cambiaban con facilidad de adversario. Así, cuando Bellumin golpeaba a toda velocidad el rostro de uno de ellos, aprovechaba la fuerza del choque para salir disparada hacia el otro demonio. Femna realizaba lo mismo, dejando tras de sí la estela de su aura de color magenta. Pero al igual que otorgaban fuertes golpes ellas también los recibían, lo que a su vez implicó un mayor desgaste de energía. Al cabo de catorce minutos de lucha, aquellas guerreras se encontraban ya en el límite de sus energías y al percibir que de continuar así serían derrotadas por el cansancio y la falta de fuerzas, ambas acogieron la idea de ejecutar ataques más contundentes. Fue así como Bellumin efectuó una potente patada en la garganta de su oponente, obligándolo a retroceder mientras se llevaba las manos al sitio de la agresión.

Entonces, exasperado por la arremetida el demonio forjó en sus manos un destello que constituiría un error garrafal. El inmenso globo de energía, que poseía un diámetro similar a la estatura de las dos mujeres, salió en persecución de Bellumin, siguiéndola hacia cualquiera que fuese su destino. La turbulencia con la que se aproximaba aquella energía, le hizo presentir a la mujer que muy pronto su calor le consumiría sus botas y luego abrasaría su cuerpo entero. En su mente vislumbró una solución sencilla y entonces salió en búsqueda de su oponente. Luego cuando faltaban escasos metros para estar frente a éste, creó en sus manos un pequeño destello que arrojó hacia su rostro gris. Esa distracción repercutió en la velocidad de la esfera, otorgándole el tiempo suficiente para teletransportarse y aparecer en las espaldas del enemigo. Mientras tanto el globo de energía traspasó el abdomen del demonio, el cual se transformó en ceniza antes de ser disuelto por el viento. Al aniquilarlo, la esfera radiactiva perdió parte de su poder, lo que permitió que ella ganara un poco de distancia.

Femna por su parte continuaba con su lucha contra la otra parte del demonio, el cual también había perdido parte de su energía tras ser derrotada su identidad gemela. De pronto, percibiendo cómo su aprendiz se aproximaba, le propinó un golpe en su nuca y éste se desplazó en el aire una distancia de diez metros. Esa circunstancia fue aprovechada por Bellumin para dirigir el destello hacia a él, por lo que antes de que el agredido lograra reponerse del impacto, su cuerpo fue vulnerado por ese globo de fuego cósmico.

Al igual que el monstruo anterior, éste también se convirtió en ceniza que cayó sobre el

mar. De pronto, las cenizas fueron agrupándose hasta que adquirieron la antigua forma del abatido adversario, con su gran estatura y la imponente musculatura que lo caracterizaba: su cuerpo permaneció en silencio, flotando sobre las aguas. Aquella reconstitución dio la impresión de que se estuviera esforzando para resucitar, pero luego empezó a desmaterializarse en un acto de combustión similar al que sufrió la gota de sangre al resbalar de su nariz. Su carne y sus huesos se fueron disolviendo en medio de unas burbujas naranjas mientras en el aire se escuchaba un ruido recalcitrante, como si aquel nigromante estuviera fritándose en un sartén cuyo aceite hervía a una temperatura de mil centígrados.

Mientras tanto, ahora que la alquimia que gobernaba sobre esa dimensión había sido corroída, el cielo y la tierra vibraban suavemente como si estuvieran reponiéndose de un escalofrío. La superficie del mar empezó a poblarse por una multitud de objetos que emergían del fondo de las aguas, entre los cuales los más enormes resultaron ser: una campana de cobre, un ancla oxidada de diez metros, un antiguo reloj de arena y el barco del navegante James Drake, el cual seguía bajo el abrazo de las exorbitantes patas de aquella majestuosa araña, ahora igual de muerta e insignificante como los poderes del guardián que le había otorgado la vida.

En cuanto su materia del demonio se deshizo por completo, en medio de las burbujas apareció un manojito de llaves. Femna se prestó toda su atención a éste y tras percibir la energía de cada una de las llaves identificó de inmediato que allí se encontraba la que abriría el cofre. Unos minutos más tarde, ella y su discípula posaron sus botas sobre la isla donde las esperaba la joven que utilizaría la flauta. Entre ellas surgió un amable silencio que las invitó a contemplar el hermoso paisaje de esa tarde, un momento que las dos guerreras de La Comunidad de los Astros aprovecharon para intentar descifrar la lógica tan espeluznante con la que debía trabajar la mente de Merfenes a la hora de crear ese paisaje tan hermoso y tan contrario a la voluntad de su oscuro corazón.

De pronto esa ilusión se rompió cuando de la nada, como si un telón invisible acabara de caer, un grupo de pequeños pajaritos viajaron por el cielo y al pasar frente al disco solar sus siluetas se tiñeron de negro. Una de aquellas aves abandonó el grupo y fue a posarse sobre el hombro de la mujer, donde inició el trinar de sus melodías. Al cabo de un minuto, la nativa se colocó de pie y se llevó la boquilla de la flauta a sus labios.

IX. EL SECRETO DE ARTEMUS

La oscuridad era total, tan profunda e intensa que ni siquiera un par de ojos condenados durante mil años a vivir en ese espacio lograrían adaptarse para ver más allá de la misma espesa negrura. Los cinco guerreros que se habían despedido bajo las ramas del monumental árbol volvían a reunirse en ese ambiente que en esencia era apacible, tranquilo, saturado de un amable vacío en el que sólo se escuchaban las voces de los miembros de la comunidad, las cuales conversaban como si fuera una reunión de fantasmas. Ninguno de ellos tenía la más mínima idea de cuál era la forma exacta que poseía ese mundo, ya que a veces sus pies lograban pisar terreno firme y otras volvían al mismo aire liviano en el que podían flotar. Además, por mucho que lograran distanciarse, la acústica del lugar les permitía que dialogaran igual que si estuvieran frente a frente. Al reencontrarse de nuevo, aunque fuese en un sitio donde en vez de contemplar sus caras podían percibir el nivel de sus escasas energías, todos fueron invadidos por una emoción fascinante que restauró la fe que tenían enfocada desde un principio en el desarrollo de aquella alucinante misión. Eran conscientes que todos jugaron un papel importante en la increíble geografía de esas dimensiones. Durante todo ese tiempo muerto, sus voces resonaron en un dialogo que parecía ser infinito hasta que de pronto surgió el exquisito interrogante sobre lo que seguiría a continuación.

—Mi hermana no tardará en aparecer—respondió Artemus.

Fue entonces cuando el gran artista de Combray declaró que cómo bien podían advertir, a diferencia de ellos aún conservaba la mitad de sus fuerzas iniciales, ya que desde que forjó la grieta estelar al arrancar la vasija de barro de su posición original, su intuición no dejaba de señalarle que sería su energía la que sellaría la peor parte del trabajo de aquel proceso de purificación que estaban gestando mientras desafiaban a la perversa voluntad de Merfenes. Semejante confesión, en vez de aterrorizarlos por el futuro que aún los esperaba, renovó de una auténtica satisfacción el espíritu de Bellumin y Gorhad, Femna y Kamus, quienes revaloraron en ese momento todo el esfuerzo que hasta entonces habían consagrado. Después de lo cual volvieron al torrencioso río de palabras de la conversación que se condensaba como la única salvación para no dejarse engañar por la tierna e inescrutable soledad en la que se hallaban.

De pronto, tuvieron la maravillosa sensación de que esa nada total que los envolvía se estaba modificando. Un suave color azul fue dando claridad a diversos sitios en los que pudieron apoyar sus pies mientras de la presencia de cada uno brotaba su propio resplandor, lo que les permitía diferenciarse en medio del espacio negro. Aquí y allá, los cinco guerreros permanecían erguidos sobre diferentes niveles, como si cada uno estuviera ubicado sobre una casilla flotante de un tablero de ajedrez.

Luego, la oscuridad empezó a poblarse con un conjunto de esferas doradas del tamaño de una pelota de mano. Femna analizó uno de los globos de luz, descubriendo que el dibujo a lápiz de su interior revelaba un episodio de su vida en el que elevaba una cometa por los aires en compañía de sus padres. Y a medida que aquellas imprevistas luciérnagas fueron acercándose al resto de los miembros de la comunidad, cada uno fue expresando con alegría el acontecimiento que podía recordar a través de éstas. Un momento más tarde, ya no sólo contemplaban escenas de sus propias vidas, sino también las de sus otros seres queridos hasta que todos comprendieron que estaban siendo testigos del más grande tesoro de la historia de Ulmuden, conformado por esas partículas radiactivas en la que se hallaba encapsulado diversos fragmentos del tiempo: la noche entera en la que un músico disfrutó de la melodía de su piano, la tetera que silbaba anunciando a una madre que ya era la hora de servir el té, el sol que

se filtraba por una ventana abierta en la que un joven dormía sobre el escritorio de su habitación, el padre junto a su hijo reparando el motor del auto en el garaje, el piar de un pájaro ante las primeras luces del alba, y otra cantidad infinitas de sucesos, que enamoraría el alma de cualquier otro espectador que deseara descifrar el gran Misterio de la Vida.

De pronto la contemplación fue interrumpida cuando, tras ser anunciado por un suave relámpago de energía, un joven alto y sonriente apareció sobre otra de las casillas azules de esos pedestales invisibles de alturas arbitrarias. Estaba vestido con un gabán, camisa color amarillo claro y el nudo de la corbata frente a su garganta. Era El Aprendiz, quien había logrado llegar hasta allí tras no resistir la tentación de tocar la esfera luminosa en la que se vio a sí mismo siendo un niño junto al pastel de cumpleaños. Cuando el inesperado visitante se restableció del repentino cambio de dimensión, pronto se sintió inundando por la emoción que le transmitían los cinco amigos situados aquí y allá en medio del espacio negro.

—¿Y Amiluna?—preguntó Gorhad.

—No sé en donde esté ahora—respondió—, desapareció tras degustar el sabor de la sangre del árbol. Luego la herida del tronco brillo durante unos segundos y entonces me quedé como guardián de esa planta gigante hasta que toqué una de esas esferas de luz que me trajo hasta aquí.

—Qué extraño—intervino Bellumin—. Hemos posado nuestras manos en más de un centenar y lo único que ocurre es que se desvanecen.

Artemus pensó en su hermana, intentando percibir en qué situación se encontraba. Toda su fe estaba depositada en ella. Por un momento pensó en los veinte años de ausencia que quizá aún tenía tiempo suficiente para pagárselos, siempre y cuando tuvieran éxito en aquella desesperada misión cuyo rumbo no era capaz de predecir. Por lo pronto sólo podía evocar la imagen que le transmitió su aprendiz al describirle su desaparición frente al árbol negro. Pero a pesar de su inquietud, aquel maestro permanecía tranquilo.

La joven Amiluna también pensaba en él en ese mismo momento, mientras avanzaba heroica en el desarrollo de su tarea. Después de llevarse el licor de la savia del árbol a su boca, su esencia se introdujo en un vasto campo de energía blanca. Tuvo la sensación de que su cuerpo viajaba por un flujo infinito de electricidad, como si fuese un punto brillante que recorría la ruta de un nervioso relámpago. En ese momento sus sentidos y capacidades astrales, retenidas durante años, se intensificaron como si recobrara todo el tiempo perdido al que fue condenada durante su represión. Amiluna sentía que su espíritu estaba siendo empujado por un impulso eufórico y a medida que aumentaba su velocidad por ese mundo radiante, sabía que se recargaba con los conocimientos y habilidades que su materia reclamaba con total derecho. Sin embargo, a pesar de que ahora poseía el mismo talento que cualquiera de Los Viajeros Durmientes, que incluso lograba ostentar las mismas fuerzas que Bellumin, El Aprendiz y Gorhad adquirieron tras ascender al quinto plano espiritual, sus dones sólo serían provisionales durante el tiempo que tardaría en cumplir aquella misión, ya que el estado sobrenatural en el que se hallaba, el mismo que le permitía dejar de lado su razón y aceptar la fantástica aventura en la que estaba, era fruto de la compacta retención de energías que acababan de liberarse, como una sed acumulada por la impotencia que se apagaría tras saciarse y redimirse al final de su labor.

Ella sabía muy bien que tenía a su favor la marca que su hermano había hecho mella en su espíritu antes de morir. La sonrisa que tanto la caracterizaba representaba ahora la partícula viva que dejó Artemus en su alma. A diferencia de la que existía en El Aprendiz, la marca que residía en la joven contaba con el mismo calor de la sangre y los siglos de tradición espiritual que existía en la generación de la familia Artemisa, lo que permitió que aquella molécula de vida resultara tan apetecida por la esencia

corrupta de Merfenes, quien confundido y desesperado cerró sus brazos en torno a la joven ansiando descubrir en ella las claves de su liberación, sin llegar a imaginar que de ese modo germinaría en el interior del árbol una sola gota de sangre de bondad, lo suficientemente atómica para que en su negro poder brotara una saludable enfermedad que se expandiría como un cáncer: el peso de una contraparte que se convirtió en la pugna entre el bien y el mal que existía entre Amiluna y el Jefe de la Orden de las Tinieblas. Así, aunque la tenebrosa planta tardara miles de años, algún día tendría que dar luz a una semilla cargada con la bondad que ya residía en su sangre purpura. Y ahora que estaba en su interior, comprendía que su trabajo se limitaba a crear una poderosa reacción en cadena que derrumbara la sed constructora de dimensiones a través de las cuales Merfenes se mantenía en equilibrio, perpetuando las intenciones de su corazón. Esa reacción poderosa era la que se estaba desarrollando y repercutiendo mientras avanzaba a través de ese vacío luminoso, como un sueño totalmente blanco.

Consciente de estas verdades, que se revelaban tan claras como el agua cristalina y tras atacar las arterias de maldad con su bondad, se dio la oportunidad de serenar su corazón de tal modo que la radiante luz por la que se desplazaba se fue disolviendo mientras era remitida al centro mismo de aquel tenebroso universo, al cabo de casi una hora de viaje. Su existencia se materializó frente a un palacio gigante que se levantaba en medio de una bella penumbra nocturna. Tras ingresar por las enormes puertas dobles, se encontró frente a un escenario cuya oscuridad estaba suavizada por una agradable claridad, provocada por las miles de velas blancas depositadas aquí y allá en el suelo.

Después de fijarse bien en el piso de baldosas pentagonales descubrió que junto al calor generado por las pequeñas llamas de fuego estaba una cantidad incalculable de frascos de barro tapados en su boca por un corcho. Luego, observó que justo en el centro de la amplia sala existía un enorme reloj de arena que tras juzgar su tamaño, dedujo que debía ser diez veces mayor que su propia estatura. Empezó a caminar con cuidado por encima de los frascos y las velas para ir en búsqueda del sitio central en donde se ubicaba aquel lujoso cronómetro cuyo color interior se alteraba de acuerdo al ángulo en que se mirase su estructura de cristal: a veces podía ser un verde claro, otras un suave celeste o un delicioso dorado. En cuanto estuvo frente al reloj, evaluó los minúsculos granos de arena que en vez de caer obedeciendo a la lógica de la gravedad, ascendían hacia el nivel superior.

Amiluna estuvo meditando durante varios minutos cual era la actividad esencial que se instauraba en aquel lugar, el factor de la naturaleza cuya presencia debía revertir. Un momento más tarde observó que un frasco de barro se materializó de la nada para llenarse con la arena que brotaba de los bordes de la tapa superior del reloj. Fue en ese instante cuando comprendió que el enemigo comprimía y retenía el flujo de las arenas del tiempo de tal manera que éste jugara a su favor, brindándole así la oportunidad crear fisuras en el espacio por las cuales se permitía filtrar y propagar su poder. La solución al dilema era simple: había que destruir el reloj.

De pronto, percibió un ruidoso estruendo por lo que se vio obligada a cerrar sus ojos para intentar deducir que era lo que acababa de acontecer. Lo único que logró interpretar es que apenas hasta ese instante, tras expandirse a través de todas las fibras existentes de aquel universo, llegaba a ese lugar la repercusión del magnífico desastre engendrado por los guerreros en las cuatro y principales dimensiones forjadas por Merfenes. Entonces observó la manera en que el cristal de la parte inferior del reloj empezó a llenarse de estrías y cicatrices. La capa transparente no tardó en reventarse y derramó en el suelo las infinitas partículas de arena, las cuales empezaron a girar en torno al lujoso cronómetro. Segundos después el enorme artefacto se hundió sin remedio a través del suelo. Los frascos y las velas también fueron succionados por el

agujero de polvo que se revolvía como el ojo de un huracán, creciendo de tamaño en medio del oscuro palacio. El techo de aquel lugar se fragmentó en varios pedazos antes de caer en su totalidad después de que las columnas que lo sostenían se derrumbaran.

La hermana de Artemus, que se había retirado del reloj en cuanto éste empezó a reventarse, se dejó atrapar por el vertiginoso caos y tras mezclarse con la turbulencia de las arenas su esencia se convirtió en un sueño, dejando de ser la mujer que era consciente de su cuerpo mientras caminaba para convertirse simplemente en una mente que contemplaba los acontecimientos como lo haría una persona al dormir. El ojo de su mente se sumergió en la visualización de toda una cantidad de retazos de sucesos, un inmenso catálogo compuesto por imágenes, recuerdos e impresiones que no tardó en reconocer como las millones de fibras que componían la realidad existente en todo el planeta de Ulmuden: las olas del mar acariciando las arenas de las playas, los niños que jugaban formando un círculo entre todos en medio de un parque, la hora de la muerte de una anciana que evocó en su último pensamiento al cariño de su esposo, el perro que disfrutaba ir en búsqueda de la rama de un árbol lanzada por su amo, la minúscula hormiga que arrastraba una migaja de pan de la mesa en donde desayuna una familia, el chef que cocinaba en su sartén un trozo tierno de salmón adobado con especias verdes y una noche azul poblada de titilantes estrellas que después se convirtieron en los rostros de millones de personas sobre un fondo celeste como si fuera el árbol genealógico de toda la historia de la humanidad. Si ella lo deseaba, podía tomarse el atrevimiento de ingresar en una de esas caras y estudiar en un solo segundo todo el contenido de su vida. Por un instante tuvo la sensación de que se encontraba en el mismo nivel de una diosa que tenía acceso a cada una de las líneas escritas en las memorias del universo. Fue entonces cuando dejó que su espíritu se inundara con toda su energía disponible mientras continuaba disfrutando con la secuencia infinita de las imágenes. Se concentró tanto en la actividad de encender el calor sideral de sus entrañas que muy pronto, sobre la escena en la que un joven se daba un beso con su novia mientras contemplaban el amanecer, el círculo amarillo del sol se reventó, dejando que de sus bordes redondos se derramarse un líquido oscuro que disolvió los colores del cuadro.

Aquel espacio negro empezó a poblarse con diminutos puntos blancos parecidos a las estrellas que existían en la fisura estelar creada en la fortaleza de Yunzabit. De hecho, los puntos empezaron a girar suavemente en ese vacío. Mientras tanto, las imágenes de la realidad de Ulmuden, que se habían filtrado a través de la mente de Amiluna, empezaron a surgir en ese escenario bajo la apariencia de bonitas y pequeñas esferas de luz. La joven mujer era poseída por un placer celestial cuando éstas se liberaban del interior de su cuerpo. Se sintió contenta por la cálida composición que inspiraban aquellos globos de luz en medio de la negra oscuridad, salpicada por esos puntos brillantes, los cuales en cuestión de segundos pasaron a convertirse en los puntos de fuga a través de los cuales fueron escapando aquellas bonitas células de tiempo. La tarea estaba completa: su ser había purificado y suprimido todas las posibles conexiones con el mundo exterior al que Merfenese deseaba ingresar a través de ella.

Mientras veía escapar a las pequeñas esferas por las diminutas fisuras, Amiluna recordó los versos de un poema escrito en las brutales novelas de Rocam Madour que afirmaba que aun cuando la desesperación, el miedo y la tristeza derrocaran la alegría del mundo, hasta el más débil resplandor de una microscópica luz sería capaz de restaurar la belleza del universo entero.

Entonces, su campo de visión empezó a moverse, como si aquel sueño estuviese controlado por otra persona cuyo magnetismo la jaló suavemente hacia un punto azul y a medida que se fue acercando a éste descubrió que en realidad era remolino que giraba y giraba sin descanso. Al entrar en contacto con aquel fenómeno, su cuerpo

volvió a materializarse y fue succionada por una increíble turbulencia que la impulsaba por un túnel provisto de una atmosfera liviana y dulce. Volaba a través de un agujero que parecía estar compuesto por la densidad nebulosa y fantástica de una galaxia. A menudo aquel trayecto describía una serie de curvas y giros bruscos, pero sin embargo, ella viajaba con total tranquilidad, como si estuviera siendo guiada por el dedo índice de un dios que entraba en sintonía con las virtudes que palpitaban en su corazón de guerrera, un viaje que duro alrededor de veinte minutos hasta que percibió que al final del túnel existía un pequeño rasguño brillante que fue aumentando su tamaño a medida que se aproximaba. Entonces, mucho antes de antes de cruzar por la herida, aprovechó su visión mental para ver el escenario del exterior que la esperaba. Vio un conjunto de caballos arrastrando carrozas sobre el horizonte del mar, un antiguo barco de madera que navegaba por los aires, un par de islas provista cada una con su propia torre de astronomía, unas hermosas pirámides amarillas dejadas al azar en medio del aquel paisaje desordenado y surrealista.

Mientras tanto, en la dimensión de las casillas de ajedrez flotantes, en la que aún caía la suave lluvia de las luciérnagas de tiempo, todo se fue oscureciendo con una agradable suavidad, como si aquella realidad fuese el ojo de un gigante cuyos pesados parpados se cerraron con una lenta pereza para dejarlo todo en un negro total. Menos de un minuto después los mismos parpados enormes se abrieron, sólo que esta vez con mayor velocidad, ofreciendo un amplio paisaje aéreo y luminoso. La preciosa imagen inundó por completo la mente de cada uno de los miembros de la comunidad quienes enseguida captaron la extensión del universo al que acababan de ingresar. Ahora se hallaban en una macro dimensión en cuyo infinito tamaño cabían con total comodidad los cuatro mundos que recién habían sido destrozados y también una cantidad incontable de escenarios similares, dotados con la misma magia y alquimia que les concedía tanto a sus habitantes como a su propia materia, la profunda sensación de que eran reales por completo. Lo que originaba ese resplandor que hería la visión de los que contemplaban el escenario, era la terrible ilusión de espejos y espejismos en la que se sumergían esos humildes retazos de frágil realidad imaginaria. Los seis miembros de la comunidad se mantenían en el aire empleando su habilidad para volar, ya que a pesar de toda la catástrofe cosmológica en la que los árboles, los barcos, los gatos, las rocas, las casas y todas las cosas que allí estaban y que parecían flotar, existía una ley gravitacional que intentaba empujarlos hacia el vacío infinito de las zonas terrestres y marítimas. Entonces el cielo fue sacudido por un ruidoso e impresionante relámpago que transformó la radiante claridad del día en un tenue y dulce color purpura, como si un insólito atardecer acabara de apoderarse de la totalidad de esa macro dimensión. El feroz cambio repentino les hizo creer por un instante a los tres jóvenes aprendices que de la nada iba a resurgir la maravillosa genio Musjem. Pero la verdadera causa de aquella fantástica reacción, tardó solo una milésima de segundo más en darse a conocer, como si el mismo Universo le rindiera sus honores al talento, la sabiduría y las capacidades del artífice, quien con su consagración a su tarea firmó el inicio del cataclismo que daba fin al drama de esa aventura.

—Miren allá, junto a esa isla color naranja—gritó Artemus, emocionado—. ¡Es mi hermana! Sabía que sería capaz de lograrlo. Toda mi fe estaba puesta en ella.

Los demás miembros de la comunidad se fijaron al mismo tiempo en el pequeño punto negro que se trasladaba en el abismo de allá abajo. Todas las mentes se fusionaron en una sola para observar a la mujer que volaba a toda velocidad mientras su sombra se veía reflejada sobre la superficie de las aguas. Luego, la joven se impulsó hacia arriba, describiendo una curva monumental hasta que su fugaz y turbulento desplazamiento se detuvo con un estallido cuando se encontró a la misma altura de los demás guerreros que la esperaban. Amiluna alcanzó a sostenerse en el aire por unos segundos,

consciente de que su precoz habilidad de flotar en pleno cielo, sólo se debía a la carga atómica y sideral que la envolvía en ese momento. Lo cual quedó en evidencia en el instante en que saludó a todos con una sonrisa antes de perder su equilibrio e, irónicamente a las leyes que pesaban en el aire, caer liviana como una pluma hacia el vacío. Su hermano se aproximó de inmediato, agarrándola con su mano cuyos dedos se apretaron con fuerza en torno a su antebrazo.

Ella lo miró sorprendida, con un asombro que estremeció cada de una de las fibras de su ser. Su hermano era igual como lo había visto toda la vida a través de las fotografías de la familia, las imágenes de los periódicos y los retratos de los museos. Su fe se tambaleó en ese instante: su entendimiento cayó en la incertidumbre y buscó apoyo inmediato en su razón, tratando de explicar si era cierto todo lo mágico y sobrenatural que estaba viviendo, si era verdad que había salido de su casa a una hora de la madrugada para unirse a esa sobrenatural aventura. Artemus le sonrió, eliminado por el momento esa inquietud y apretándola con fuerza, le transmitió una buena dosis de su propia energía, lo que le permitió a ella crear en su espíritu la reacción química que necesitaba de modo que pudiera volver a sostenerse en el aire.

El firmamento seguía dominado por ese suave color púrpura cuya intensidad iba en aumento, lo que a su vez dejó expuesta a las infinitas burbujas amarillas con sus pequeños fragmentos históricos, las cuales empezaron a girar como diminutos planetas en torno al eje central de esa inconmensurable universo. Entonces el tono púrpura del cielo se fundió en un tierno azul oscuro. Tras un momento de tensa calma, como una maravillosa advertencia de lo que pronto sucedería, se desató el cataclismo. Las pequeñas luces se fueron agrupando, formando pequeños soles que luego salían disparados hacia el núcleo sobre el cual orbitaban. Los espejos de otras dimensiones, los fragmentos de realidad, la inmensa diversidad de objetos y los minúsculos personajes que habitaban esos desarticulados mundos, fueron atraídos hacia esa matriz aérea que definía las leyes que debían reinar en esas pobres escenas: mundos paralelos que estaban allí como un frustrante reflejo de la vida, la imaginación, la magia y el poder de la materia. Un ejemplo de la manera como Merfenés intentaba buscar salida a su encierro, aprovechándose de la inocencia de esas mentes, esos ilusorios personajes que intentaban salir adelante frente las pruebas que debían encarar, ya fuese igual que un conjunto hombres y mujeres de tiempos pasados que intentaban regresar a la nostalgia de una mansión maldita o un grupo de aldeanos que soñaban derrotar a un demonio gigante con el sonido de sus flautas o la población de un reino que intentaba reconstruirse desafiando a la autoridad de un rey atrapado en su palacio o los tres ancianos que se reunían bajo la sombra de un árbol a tratar de eslabonar los acontecimientos de sus vidas pasadas o los gatos que jugaban con una bola de estambre o todo aquello que tomaba consistencia en esos frágiles espejismos con la esperanza de adquirir la fuerza necesaria para algún día conquistar la gracia de ser admitidos en la Historia de la Vida, el Tiempo y el Universo.

Ahora, la falsa promesa con la que Merfenés manipulaba a esa ilusoria vida, no podía sostenerse más mientras el núcleo de esa macro dimensión era bombardeado por las incontables células de tiempo resplandecientes: burbujas luminosas que no tardaron en formar un auténtico y bestial sol en medio del azul intenso de esa inesperada noche. Aquellas luciérnagas entraron en contacto con la materia, con los débiles retazos de realidad, con los espejos de ilusión, con los fragmentos de nada, revelándoles a cada una de las moléculas de éstas el melancólico hechizo en el que permanecieron durante los veinte años de historia en los que el miserable ser encerrado en la vasija intentó sublevarse creando esa ficción de lógica delirante y sin sentido. El desastre adquirió entonces una fascinante belleza, el sol seguía engordando y a medida que crecía las llantas de caucho, las bicicletas oxidadas, las puertas de las casas, los bloques de las paredes y todo un millón de cosas más iban siendo atraídas y devoradas por su

resplandor, limpiando el desorden que reinaba.

Entonces el monumental globo de energía llegó a un punto máximo de expansión donde no tuvo otra alternativa que empezar a retraerse, creando así un abominable vacío que invitó a que las fuerzas de los vientos fuesen absorbidas con violencia, como si aquel ser majestuoso deseara refrescar el hambre de sus entrañas. A pesar de la furia de las brisas, los guerreros que flotaban observando el desarrollo de los acontecimientos, sentían que gozaban con suerte al no ser jalados hacia el astro que ahora se encogía, un suceso cuya explicación residía en el hecho de que ellos era los únicos mortales presentes que provenían de un auténtico mundo real. Los siete espectadores de la catástrofe lo comprendieron en ese mismo instante, como si la misma esfera radiactiva les revelara aquella verdad desde el fuego ardiente de su núcleo. Sin embargo, un momento después fueron sacudidos por un brusco jalón que los obligó a ceder de su estática posición mientras un viento huracanado los seducía a dejarse llevar al interior de ese centro de energía magnética. Ahora sentían que el globo los invitaba a integrarse en sus entrañas, comunicándoles que no debían temer por su futuro. De pronto, cinco de los guerreros allí presentes tuvieron la sensación de que las escasas energías que ostentaba cada uno en ese momento iban disminuyendo de manera suave, gradual, como si la resistencia que oponían en ese instante estuviera siendo intimidada, desnudando con ternura el poder de los guerreros, solicitándoles que se unieran a ese proceso de unificación con todas las cosas. Artemus y El Aprendiz eran los únicos cuyas fuerzas no habían sido desmoronadas por ese curioso efecto. El joven maestro sabía muy bien que los acontecimientos de aquella misión seguían respetando la integridad de sus energías, con la intención de que éstas fuesen empleadas en el momento esencial que ya no tardaría en llegar. Mientras tanto, su discípulo se sorprendió al percibir que en vez reducir su potencial, éste aumentaba como si se estuviera nutriendo del que poseían los demás, lo cual lo llevó a pensar que quizá el Misterio de la Vida le concedía la gracia de resguardarlo con la intención de tenerlo disponible para una futura circunstancia.

La esfera radiante continuaba seduciéndolos a que ingresaran a su delicioso vacío, persuadiéndolos con las olas de brisas refrescantes que los envolvían. Amiluna fue la primera en aceptar la oferta de entregarse por lo que fue absorbida mientras el viento dejaba que su cuerpo describiera una inmensa curva. Luego siguió Gorhad mientras Bellumin, Femna y Kamus se dieron el capricho de contemplar el cataclismo un par de segundos hasta que no se resistieron más a la dulce tentación de dejarse jalar. Por último, el maestro y su aprendiz se sonrieron el uno al otro antes de ser absorbidos.

Entonces, el círculo luminoso, idéntico a un astro solar se cerró por completo creando una oscuridad total. Unos segundos después los siete personajes salieron expulsados del tronco monumental de árbol negro que se hallaba en la población. Gorhad cayó de cabeza contra el suelo adoquinado para desplazarse sobre éste realizando una serie de volteretas, como si fuera una hoja arrastrada por el viento. Sus demás compañeros sufrieron un mismo destino, algunos de ellos experimentando en sus mejillas el raspón generado por la superficie áspera del empedrado. Artemus fue el primero en colocarse de pie y prestó toda su atención en la planta gigante que justo en ese instante empezó parpadear como si en el interior de su materia existiera una radiante fuente de luz. El árbol se encendía y se apagaba igual que un corazón palpitante. Cuando los demás lograron levantarse del suelo, en las raíces, el tronco y las ramas del majestuoso icono de la oscuridad, brotaron unas nerviosas líneas luminosas que hacían pensar que su materia se estaba fragmentando. Lo que en efecto sucedió, provocando que todo el árbol estallara, desatando una explosión de viento a la que los guerreros debieron enfrentar con todas sus fuerzas: centímetro a centímetro sus botas eran empujadas hacia atrás mientras se escudaban de las astillas cubriéndose con sus codos cruzados frente a sus ojos.

Entonces, la furia de la brisa en cuyo núcleo habitaba una brillante luz blanquecina perdió su demoledora fuerza y se recogió de nuevo en su interior. Una ola poderosa de viento giró en torno a los siete personajes que contemplaron cómo el árbol había desaparecido dejando en su lugar una esfera radiactiva. Ahora ya no existía rastro alguno del oscuro mundo forjado por Merfenés. Las casas y los objetos también fueron arrasados de la superficie. Sólo quedaba el pavimento adoquinado que poseía un radiante color blanco y en el cielo una amable tonalidad azul empezaba a esparcirse con velocidad. De pronto, la esfera radiactiva se descuartzó expulsando a todas las direcciones unos rayos amarillos y la olvidada vasija salió disparada hacia el aire con una velocidad tremenda. La tensión expectante de los allí presentes era tan grande que permanecieron inmóviles mientras veían que aquel recipiente descendía de nuevo. Bellumin tuvo el infernal presentimiento de que la olla se reventaría en cuanto impactara contra la superficie adoquinada, pero le resultó fascinante ver que ésta permaneció inmune al golpe: cayó sobre el empedrado como si en su interior contuviera un peso exorbitante de incalculables toneladas.

El mundo resplandeciente de blanco se suavizó en ese momento de una hermosa penumbra nocturna, una noche deliciosa cuyos colores fueron expandiéndose desde la vasija en el suelo, en la cual siguió perdurando su brillante luminiscencia. Artemus pidió a los demás que conservaran la calma, anunciando que en cuestión de segundos contemplarían uno de los fenómenos más fabulosos que hasta entonces sólo él había tenido la suerte de presentir en sus sueños. De los bordes de la tapa de la vasija se filtraron unas líneas de vapor blanco que fueron cuajando en la silueta de un hombre de estatura promedio. Luego la figura fue pigmentándose dando vida a un personaje de rostro azul, cabello lacio rojo y unos endiablados ojos color naranja. Aquel personaje, cuya edad aparentaba estar alrededor de los veinticinco años, estaba vestido con un camión de mangas largas sobre el cual llevaba puesta una túnica café que le llegaba hasta un poco más abajo de sus rodillas donde se podía observar la continuidad de unos pantalones rojos rematados por unas botas de color negro. En su cintura tenía un cinturón negro que se anudaba frente a su abdomen dejando que las dos franjas restantes cayeran sobre la túnica.

Merfenés se hallaba inmóvil, con sus ojos fijos en el vacío, como si sus pupilas muertas estuvieran enfocadas hacia la larga extensión del horizonte de esa noche repentina, a la vez que ignoraba a los personajes que lo rodeaban. De repente, dos hilos de vapor surgieron del borde inferior de sus párpados y se condensaron sobre su cabeza. Después de lo cual, en el resto de su cuerpo fueron emanando más de aquellas franjas de neblina amarilla lo que incitaba a creer que su esencia se estaba evaporándose en la nada total. Los miembros de la comunidad observaban con terror la presencia de aquel hombre que se derretía en esas tiras de humo. Artemus sonreía con malicia viendo la transfiguración que estaba a punto de acontecer. A partir de ese momento la apariencia del hombre inició un rápido proceso de envejecimiento: su rostro fue poblado por numerosos surcos de arrugas, el colorido de su cabello fue adquiriendo un tono pálido y su estatura empezó a decrecer al mismo tiempo que su enérgico porte juvenil se fue desmoronando, encorvándose igual que un anciano que ya no soporta el peso de su existencia.

—Kamus—dijo el joven maestro—, entrégame el frasco.

El hombre de espesa barba negra dio un chasquido con sus dedos y el hermoso recipiente de cristal apareció sobre el aire; era la misma botella elegante que Meldonbar había traído consigo la madrugada en que los maestros estaban reunidos en el estanque de agua cercano al palacio. Kamus la lanzó y en cuanto lo agarró entre sus manos, Artemus se impulsó con sus pies y mientras se aproximaba utilizó su mano libre para crear una onda de viento que empujó a la nube y a la figura del envejecido Merfenés. Al desplazarse por la onda de viento, la nube se transfiguró en un líquido

ambarino que se derramó sobre el suelo adoquinado, formando un charco de licor espeso, sobre el cual cayó la forma que adoptó la imagen del hombre: una redonda semilla del tamaño de una pelota de mano. Lo primero que hizo Artemus al dejarse caer junto al pequeño lago, fue quitar la tapa del frasco y acto seguido concentró todas sus energías en una despiadada tarea que le permitió que aquella agua brillante fuese elevada del suelo creando un chorro que, orientándolo con su mano, se filtró en el interior del recipiente: hasta la más ínfima molécula adherida a la piel de la semilla se vio jalada por el peso de la fuerza gravitacional que ejercía aquel guerrero. Los seis personajes que observaban su trabajo, percibieron en su rostro agonizante y asfixiado el calibre del sufrimiento que padecía en ese instante. Para él aquello era un esfuerzo tan abominable, tan exponencialmente superior, que por un momento en su mente vislumbró una terrible imagen en la que su ser era una pequeña partícula luchando contra la densa nube de colores de una galaxia gigantesca. Era el precio que debía pagar en su anhelo de atrapar el pesado licor en esa hermosa botella. Cuando al fin logró cumplir su objetivo, Artemus se sintió desfallecer, su codo izquierdo probó la firme dureza de los adoquines mientras obligaba que sus pulmones se inundaran de aire.

En ese instante los demás percibieron cómo la energía del gran artista de Combray, decreció hasta conquistar su nivel más bajo. Al igual que Meldonbar cuando logró sellar la grieta estelar, aquel maestro ahora sólo contaba con las fuerzas de una persona ordinaria. El cercano final de aquella agotadora misión seguía reduciendo la tenaz voluntad del espíritu de cada uno de los miembros de la comunidad, lo que produjo entre todos una sensación desoladora y fría al comprender lo desamparados que se encontraban en medio de esa nada, esa dimensión ahora desierta que fue capaz de desgastar sus extraordinarias fuerzas. La desesperación germinada por la fatiga y el peso del sudor, los abrumaba. A pesar de lo cual un respiro general de alivio saturó la asfixia del aire, restaurando sus esperanzas mientras consideraban que ya lo peor había pasado.

El más fuerte de todos los guerreros, el líder a cargo de dirigir la batalla interna que se libró en aquel escenario, continuaba abatido sobre el suelo pero de pronto Artemus tomó entre sus manos la redonda semilla y reunió las escasas energías que aún poseía para levantarse. Entonces arrojó la pequeña pelota hacia Amiluna, quien la agarró con su mano derecha. La penumbra deliciosa de aquella noche adquirió un colorido saludable. En medio de todo ello, la vasija de barro blanca aún permanecía solitaria, abandonada y melancólica en el suelo: una fatigada sonrisa se esbozó en cada uno de los guerreros allí reunidos mientras observaban aquella pequeña prisión que los acompañaba. Era el final de una pesadilla contenida durante más de veinte años.

Amiluna continuaba fascinada ante la presencia de su hermano que en ese instante se aproximaba a Bellumin para entregarle en sus manos el frasco de cristal. Al recibirlo, la joven se asombró al percibir que era mucho menos pesado de lo que estimaba pero enseguida sintió que en ese justo momento liberaba a Artemus de un peso que ya no podía resistir y que ella, al igual que cualquier otro de los presentes, se hallaba en la condición de soportarlo. Tras mirarse a los rostros durante unos segundos de silencio, decidieron que ya era la hora de regresar a la superficie por lo que iniciaron su regreso a la estatua dejando abandonada aquella vasija.

Pero fue la escultura del animal mitológico la que llegó hasta ellos. De pronto sintieron un fuerte estremecimiento que provenía de la dirección a la deseaban dirigirse. Los adoquines de la calle empezaron a entrechocar entre sí ante el temblor imprevisto que emanaba y repercutía desde el fondo. A pesar de que el escenario donde permanecían sólo contaba con un pavimento llano, la amplia distancia no les brindaba la oportunidad de estudiar qué era lo que acontecía en el sitio que se hallaba frente a sus ojos. Cuando Femna intentó utilizar su visión mental para aproximarse, el suelo fue sacudido por un segundo temblor que resultó ser mucho más poderoso que el anterior.

Entonces, todos los miembros de la comunidad contemplaron que en el nocturno cielo azul se trazó una estela de color naranja que tras conquistar una elevada altura se detuvo durante un breve instante. Gorhad observó horrorizado cómo aquel hombre que flotaba en el aire arrojó con una fuerza violenta el bloque de mármol de la estatua, la cual se acercó hacia ellos con una velocidad extrema, como si su peso fuera igual de liviano que una pequeña roca que giraba con facilidad en el aire. En cuestión de milésimas de segundos había cruzado la distancia que los separaba de modo que todos se vieron obligados a saltar al mismo tiempo, logrando así evitar ser lastimados por el peso de la escultura que se arrastró en el pavimento donde se creó un trágico y destrozado sendero de roca molida.

El hombre de la radiante estela en el cielo tardó otro par de milésimas de segundos en trasladarse desde la distancia en la que se hallaba en el aire hasta el inicio del frustrante sendero. La realidad efímera de aquel mundo fue invadida por una triste oscuridad que aumentó la penumbra de la noche. Los miembros de esa comunidad de guerreros se dejaron caer en el suelo rodeando a su enemigo, vestido con su uniforme naranja, el cinturón negro que se anudaba a un lado de su cintura y calzando sus botas del mismo color. Artemus, Femna y Kamus no podían creer que aquel demonio de piel azul ceniza hubiera podido soportar el magistral golpe que le concedió Meldonbar tras sellar la grieta estelar. Los cuatro jóvenes tampoco cabían en su asombro ante la fatal presencia de ese hombre, quien se tomó los segundos necesarios para atravesar el alma de cada uno de ellos mirándolos fijamente a los ojos.

A todos les resultaba imposible aceptar que semejante bestia hubiera logrado reponerse en tan poco tiempo del tremendo impacto que contenía la furia comprimida de una estrella. Nunca pensaron que fuera a presentarse un error de cálculo tan gigantesco, el cual los embargaba de una rabiosa impotencia al recordar que sus energías se hallaban diezmadas. Lo peor de todo es que aquel monstruo de ojos púrpura parecía conservar aún toda la magnitud de sus fuerzas, como si la agobiante descarga que sufrió junto a la escultura mitológica hubiera sido un simple un rasguño. Aunque conocían muy bien el calibre de sus poderes, sólo un milagro podía haberlo salvado de ese atentando contra su materia. “Sólo un dios—pensó Kamus—habría sobrevivido a semejante golpe. Se suponía que en las circunstancias más nefastas para nosotros, Kulten tardaría aún muchísimas horas antes de sobreponerse al ataque sideral”. Su insólita aparición congeló la sangre de todos los presentes. El Aprendiz, al igual que Gorhad, apretó su mano derecha sobre la copa de metal. Bellumin por su parte sabía que en ese momento su única misión era la de sostener aquel frasco de cristal con su pesado líquido ambarino.

—Así que pensaban marcharse—dijo Kulten—, dejándome aquí adentro.

Artemus tuvo la horrible sensación de que a partir de ese instante todo estaba perdido, que el único remedio que tenían al alcance de sus manos era aceptar la condena de permanecer encerrados por el resto de la eternidad en ese mundo vacío, desolado, donde los días y las noches seguirían su nostálgico proceso de sucederse sus turnos, como un recuerdo que quizá tardaría un par de años en disolverse. Después de lo cual aquel universo cerrado navegaría por el Universo igual que una isla perdida. Kamus, quien percibió su pensamiento, creó en un parpadeo un destello de energía que arrojó de inmediato a la escultura del animal mitológico cuyo rostro besaba los adoquines fragmentados. Pero justo cuando la esfera de energía estuvo a punto de colisionar con el bloque de piedra, ésta se tuvo que desviar de su ruta al ser empujada por otro destello de color naranja, por lo que ambos globos describieron una enorme curva antes de perderse en la profundidad del cielo azul.

—Que torpes son todos ustedes—sentenció Kulten—, por muy limpio que sea el sacrificio ofrecido a los dioses, la daga que lo comete siempre quedará manchada de sangre.

El mejor soldado de las sombras se acercó a la escultura mitológica, dio un salto para sobrepasarla y luego dio un giro de modo que su rostro pudiera contemplar de frente a sus adversarios. Entonces apoyó una de sus botas sobre el corpulento abdomen del personaje de piedra. En su rostro apareció una marcada sonrisa que dejó al descubierto sus pulidos dientes blancos. Tras lo cual el cuerpo de aquel hombre se incendió de una llama naranja matizada de estelas negras antes de que esa misma energía estallara en mil direcciones paralizando los sentidos de los miembros de la comunidad quienes acto seguido percibieron como una ola poderosa de viento se desprendió de Kulten, creando una increíble fuerza gravitacional que empezó a jalarlos hacia la sitio donde permanecía la estatua. Todos alcanzaron a ver el brillo malicioso en los ojos purpuras del hombre que a continuación emitió otra descarga de energía que logró envolver aquel mundo de un fuego ardiente. Después, aquel caluroso efecto se apagó en un instante para convertirse en una oscuridad total.

Solo un segundo más tarde los siete valientes personajes a cargo de la misión, comprendieron que acababan de escapar de aquel desolado mundo. Al igual que cuando fueron expulsados del tronco negro del árbol, todos fueron despedidos del núcleo de la teletransportación colectiva, donde el único que permaneció en pie fue Kulten que aún descargaba su pie sobre la escultura.

El primero en levantarse fue Artemus, quien a pesar de su intenso cansancio sentía que su obligación era combatir hasta el final. El lugar en el que se encontraban era un amplio territorio de hierba verde desde el cual se podía contemplar las grises formas de las edificaciones de una población cercana, la cual dormitaba en medio de la paz silenciosa de una noche que les permitía estar al margen de los acontecimientos. Los únicos que percibieron la presencia de los imprevistos visitantes, fueron los genios maravillosos y los centinelas nocturnos que se hallaban en medio de las solitarias calles de aquella localidad.

Uno a uno los demás miembros presentes se fueron levantando. De pronto fueron invadidos por un miedo traumatizante al ver que la vasija blanca también viajó con ellos hasta ese lugar y se hallaba ahora a escasos metros del hombre del turbante, cuya expresión llena de picardía en su rostro indicaba que esperaba a que sus adversarios lograran reponerse del repentino cambio de escenario. Con un profundo desprecio, Kulten empujó con su pie la maltratada escultura que a pesar de su dura consistencia ya empezaba a rajarse. El bloque de mármol dio una serie de giros sobre la hierba antes de detenerse junto al barbado Jefe Supremo de la Casa de la Agricultura.

—¿Qué esperas Kamus?—dijo Kulten con provocación—. Ahora si puedes destruir la única ruta de escape que teníamos allá adentro. De manera que estaban dispuestos a ofrecer su sangre para que estuviéramos encerrados en esa tétrica dimensión hasta el fin de los tiempos: incluso a un hombre como yo me hiela la sangre pensar que estuvieran dispuestos a agonizar allá adentro.

”Qué tristeza tan enorme me inspiran todos ustedes. Aún si hubieran logrado salir a salvo de ese universo, les aseguro que el alma de Merfenes y la mía volverían a servir de alimento a un futuro corazón corrupto, saturado con nuestras mismas ambiciones. Y la responsabilidad de engendrar semejante malestar habría recaído sobre ustedes al querer consumir el mal con otro mal.

Entonces les dio la espalda, se aproximó a la vasija blanca y se sentó sobre sus talones mientras pasaba sus dedos sobre la redonda tapa de barro: en su espíritu experimentó el frío que se condensaba allá adentro. Femna aprovechó ese instante para cerrar sus ojos durante un instante en el que pudo concentrarse lo suficiente y enviar a través de su mente un mensaje que de inmediato llegó a oídos de los restantes miembros de La Comunidad de los Astros, situados en distintos puntos alrededor del globo terráqueo. Pero por mucho que se esforzaran en trasladarse hasta allí aún tardarían cerca de diez minutos en llegar, ya que en ese mismo instante en

respuesta a la acción de la mujer, Kulten hizo que estallaran cinco potentes bombas de energía oscura que ubicó estratégicamente en distintos lugares del planeta.

Durante los últimos veinte años aquel personaje oscuro y meditativo, oculto en la tierna negrura de un bosque, estuvo gestando ese inesperado recurso para ser utilizarlo en una emergencia única y similar a la de esa noche. Una estrategia que era de esperarse de un hombre que era consciente del riesgo que asumía al trabajar individualmente. De modo que Sarmilad, Milenus, Lirdini, Solumdeg y Dolbener no tenían otra opción que acudir primero a esos lugares en donde se llevarían la magna sorpresa de que tan sólo era una astuta falacia de distracción. Aquel soldado tenía además las condiciones del tiempo a su favor, ya que al teletransportarse, escogió una zona geográfica ubicada en el sitio más remoto del planeta. La población cercana que se contemplaba desde allí se hallaba en la costa de Almendanuc, un país situado en la isla continental de Omunad. Después de caer en la trampa propiciada por las bombas de energía, los cuatro miembros tendrían que cruzar los océanos volando, ya que si se aproximaban a través de una serie consecutiva de teletransportaciones quizá nunca llegarían por el agotamiento y en el caso de lograrlo de esa manera no gozarían de las fuerzas suficientes con las cuales enfrentar aquella situación.

Mientras tanto, Kulten aún continuaba de espaldas, agachado, frotando sus dedos por la hermosa vasija prisión tan repudiada y deseada durante los últimos veinte años por los dos bandos que protagonizaban ese conflicto espiritual.

—Es una lástima que La Comunidad de los Astros—dijo al levantarse del suelo—, ya no es lo que era antes. ¿En dónde están sus bonitas copas de metal, con sus núcleos recargados con la energía del corazón de una estrella, tal como ustedes presumen?

En ese momento la provocación llegó a su punto más crítico de modo que Femna y Kamus se vieron obligados a romper el hechizo que los mantenía estáticos con sus pies sobre la tierra. Ambos se lanzaron como proyectiles que recorrieron en el aire la distancia que los separaba del enemigo, quien miró sobre su hombro para calcular su contraataque. El hombre dio un giro impulsándose con su pierna izquierda que fue a impactar en el abdomen de la mujer que cayó al suelo, de espaldas, donde se arrastró un par de metros. Luego, antes incluso de que su bota izquierda volviera a caer sobre tierra, Kulten observó la manera en que Kamus tenía su brazo retraído justo en el momento en que empezaría a desplazarlo con el objetivo de estrellarlo contra su mejilla, así que respondió levantando uno de sus codos que de inmediato descargó sobre su nuca. El Jefe Supremo de la Casa de la Agricultura se derrumbó al mismo tiempo que la llama verde de energía que lo envolvía desapareció. Artemus observó con total decepción cómo sus compañeros eran abatidos frente a su rostro y el sentimiento resultó ser tan nefasto, que sumado al cansancio que lo abrumaba, no tuvo otra opción que caer rendido sobre sus rodillas antes de que se derrumbara por completo sobre la hierba.

—Solo hay una persona con la que deseo combatir—gritó Kulten—, la misma que se atrevió a mirarme a los ojos esta noche y desafiarme como si fuera de igual a igual: el famoso aprendiz de Artemus.

Aquellas palabras resonaron en el aire igual que una promesa que comprometía el honor y el orgullo del guerrero. De manera voluntaria, Gorhad apartó su mano de la copa. Desde que sujetó el artefacto cuando se hallaban en el escenario anterior, tenía la impresión de que los tres maestros darían la orden de un ataque simultáneo el cual, a pesar de sus reducidas energías, les permitiría llegar a dominar al enemigo. Ahora que su única esperanza se había disuelto, entendía que era del todo insensato atreverse a enfrentar a Kulten. El hombre del turbante observó a los impotentes jóvenes que se hallaban en pie. Entonces abrió sus piernas y tras inclinarse un poco impactó su puño izquierdo sobre la palma de su mano, lo que provocó que de su cuerpo emanara un amplio resplandor blanco que invadió a todo el escenario,

atrapando a todos los allí presentes, revistiéndolos de un brillo tan intenso que sus colores se desvanecieron por completo. Cuando el halo radiante volvió a contraerse hasta su núcleo, el territorio de hierba verde quedó sumergido en una soledad total.

Un segundo más tarde, tras ser sacudidos por una poderosa ola de viento, los cuatro jóvenes percibieron que acababan de transportados a otro lugar, el cual permanecía dominado por la oscuridad. Era un ambiente que a diferencia del anterior estaba rodeado de árboles y la atmosfera era mucho más pesada, como si las partículas que forjaban esa realidad estuviesen sometidas por el hechizo de un corazón oscuro. Kulten les concedió todo el tiempo que necesitaban para reconocer el sitio donde la vasija de barro estaba ubicada en el centro, en torno a la cual estaban los cuerpos abatidos de los tres maestros. Una vez pudieron dar su primer suspiro de horror, la voz aguda del enemigo les informó que se encontraban en su propio santuario, un espacio donde sólo gobernaban las leyes que brotaban de su propio espíritu, un escenario remoto en el que reinaba la profundidad de sus pensamientos y un territorio en la que les sería imposible comunicarse con los restantes maestros de La Comunidad de los Astros.

—Es como si estuviéramos en mi propio mundo—sentenció la voz de Kulten.

Luego de dar la noticia, el hombre dio un manotazo al aire que obligó a que Amiluna, Bellumin y Gorhad, como si estuvieran dominados por un irresistible hechizo, sintieran el peso de una abominable gravedad que los sentenció a caer en el suelo. El Aprendiz quedó en pie atreviéndose a observar los ojos purpura de su rival, quien se infiltró en su mente, prometiéndole que podrían disfrutar de un magnifico combate sin que sus artes de nigromante intervinieran en el desarrollo de los acontecimientos. El joven tuvo la certeza de que no mentía. En ese momento le pareció entender porque ante el desenlace de la misión que derrocó por completo a las dimensiones patentadas por Merfenés, la Vida eligió que solo él conservara la integridad de sus fuerzas. “Por lo que presiento—reflexiono en silencio—los inescrutables caprichos del Universo, me castigan por la osadía de imaginar que me hallaba en el mismo nivel de este hombre. Sospecho que el cosmos se va a divertir con esta batalla en donde ahora no tengo otra opción que emplear todo mi potencial”. En ese instante, motivado por esa convicción, dominado por la cólera y sofocado por su propia impotencia, dejó que su cuerpo se inundara de su radiante aura dorada. Entonces se impulsó con todo su coraje hacia el enemigo de dos metros de estatura quien recibió un fuerte golpe sobre su abdomen. Kulten se desplazó hacia atrás mientras El Aprendiz realizó una rápida acrobacia que le permitió ejecutar una potente patada sobre su cuello, por lo que salió disparado con tal velocidad que no tardó en morder la hierba oscura del campo.

Sin perder tiempo, el joven se lanzó a su búsqueda pero estando a escasos centímetros de llegar a su destino, el hombre del turbante se incorporó dando un magistral salto que lo elevó por el cielo color grisáceo. El discípulo de Artemus apoyó sus pies en el suelo y se lanzó al aire donde inició la batalla cuerpo a cuerpo. Fue entonces cuando la lucha se manifestó en una incansable descarga de puños y patadas ejecutadas por ambos guerreros quienes entre el tormentoso intercambio de golpes a veces lograban defenderse recurriendo a bloqueos marciales. Los impactos de los golpes resonaban como explosiones que estremecían a esa dimensión gobernada por las sombras.

En medio de la cruda disputa, El Aprendiz alcanzó en una fracción de segundo a agarrar su copa la cual blandió igual que una espada generando así un destello largo y cortante que su rival pudo esquivar con suerte. Luego siguió otra serie de destellos afilados que rasguñaban el cielo mientras Kulten lograba escaparse a escasas fracciones de segundos. Pronto comprendió que por más que se esforzara su rival siempre adivinaría sus ataques, por lo que se le ocurrió efectuar un amague con el cual pudo advertir cual sería el sitio exacto a donde se desplazaría su oponente, una

circunstancia que aprovechó para impactar su abdomen utilizando el retroceso de su codo. El golpe fue tan intenso e inesperado que el aire del estómago de aquel soldado quedó vacío por completo, por lo que estuvo flotando en el aire durante un par de segundos, abrazándose el vientre. Luego, cuando el joven esgrimió su arma con el deseo de cortarlo en dos, se sorprendió de que el filo de la hoja de energía lo traspasara como si el araño tuviera una frágil e invisible consistencia.

Kulten irguió su cabeza y expulsó de sus ojos dos rayos que fueron a detenerse sobre la garganta del joven aprendiz, produciendo en su cuerpo un terrible escalofrío que lo dejó sin guardia y empezó a descender ante la momentánea pérdida de sus sentidos. Sin embargo, tras caer al suelo volvió a recobrase, dio un salto e inundándose con su magnética aura dorada volvió al campo de batalla aérea donde ambos continuaron en el intercambio siniestro de impactos propinados por sus puños y patadas. De pronto, los dos luchadores, que se debatían desplazándose a una incalculable velocidad, se transformaron en las estelas de color que representaban su propia energía. El Aprendiz se sintió orgulloso en ese momento al volver a ostentar el mismo poder de una roca indestructible, tal como lo había experimentado durante los combates cuerpo a cuerpo contra su maestro Artemus, los cuales acontecieron semanas antes de abandonar la fantástica isla en Camedon. Fue entonces cuando su espíritu fue invadido por la sensación de que teniendo en cuenta el matiz de su resistencia en el combate, se encontraba en el mismo nivel de su enemigo.

—No seas ingenuo—dijo Kulten leyendo su pensamiento—, apenas me estoy divirtiendo contigo. Tienes mucho por madurar aún. Ahora conocerás el castigo que te mereces, insolente.

El hombre del turbante le propinó un fuerte codazo sobre su cabeza que dejó al joven aprendiz medio inconsciente. Después de lo cual tuvo que sufrir una implacable arremetida que saturó todo su cuerpo de incontables golpes de modo que ante la impotencia, la desmoralizada energía de El Aprendiz fue disminuyendo hasta su nivel más bajo hasta que apenas le quedó suficiente fuerza para mantenerse flotando sobre el aire. Luego, su adversario lo tomó por una de sus piernas y descendió a toda prisa hacia el campo oscuro de allá abajo. A escasos metros de conquistar la superficie del suelo, el fuerte soldado lo lanzó con una brutal sacudida de tal modo su cuerpo se estrelló con violencia contra la tierra firme. Tras lo cual, Kulten se dejó caer a su lado y entonces, empleando sus dos robustas manos, levantó sobre su cabeza al joven aprendiz, quien al hallarse boca abajo observó la altura superior a los dos metros y medio que lo distanciaba de la hierba negra. Ya no podía negar que sus fuerzas se habían agotado por completo. Mientras aquel hombre lo sostenía, su mente irritada por el cansancio y la impotencia suplicaba a los dioses del firmamento que tuvieran compasión de su cuerpo torturado. Pero todavía tenía que afrontar un último y desgarrador golpe, cuando Kulten lo descargó con violencia para que su abdomen recibiera el impacto de la sólida pierna que levantó como si anhelara quebrarlo a la mitad. El Aprendiz se deslizó sobre la tela naranja del pantalón antes de caer al suelo, con su estómago vacío de aire y un par de lágrimas irreprimibles saliendo de sus ojos, producto del agonizante sufrimiento que lo embargaba. Ahora todos los miembros de la comunidad degustaban el sabor de la derrota con sus rostros aplastados en la hierba, pese a que sus mentes zafadas de sus cuerpos aún seguían de cerca el curso de los acontecimientos.

Kulten sonrió con malicia. Se acercó al lugar donde se hallaba tendido Artemus, se agachó para sentarse sobre sus talones y con su mano derecha agarró el cabello del joven maestro con el objetivo de voltear su rostro de modo que pudiera respirar el aire de la noche. Sabía muy bien que, a pesar del tormentoso agobio que experimentaba aquel maestro, aún poseía la suficiente vitalidad con la que podría interrogarlo y enterarse del secreto ansiaba obtener. Su código de honor como guerrero le indicaba

que ya no podía utilizar más su agresividad aunque presentía que le sería inevitable utilizarla frente a la resistencia que opondría su antiguo rival.

—Bien Artemus—dijo—, me alegra que hayas retornado a este mundo. Gracias a ti pronto conoceré el hechizo que mantiene encerrado a Merfenes en esa famosa vasija. Es mejor que no te resistas, en este momento eres tan débil que ni siquiera podrías congelar el tiempo como lo hiciste conmigo en el Jardín de la Vida y aunque lo hicieras de nada te serviría mientras estés bajo las reglas de mi propio santuario.

Artemus guardó un silencio que en vez de reflejar su agotamiento sólo manifestaba que no pensaba revelar nunca las claves que condenaban al Jefe de la Orden de las Tinieblas, quien a su juicio debía terminar de pudrirse en esa olla por el resto de la historia y ahora con mayor razón en vista de que habían conseguido desmoronar la única vía de escape con la que esperaba huir. Entonces su interrogador se colocó de pie antes de darle un puntapié en su estómago con tal efecto que el joven maestro se elevó de la hierba para luego agarrarlo por su espalda. Tras un brusco movimiento de tal modo que ambos quedaron frente a frente, Kulten apretó sus puños sobre la tela cercana al cuello de su chaqueta azul. Los musculosos brazos del guerrero de la oscuridad lo sostenían en el aire dejando que sus botas permanecieran a casi medio metro del suelo. Sólo hasta ese momento el desgastado Artemus abrió débilmente sus parpados.

—Así me quiebres todos los huesos—dijo con un débil susurro—, no te pienso conceder el lujo de que liberes a tu maestro.

—Dime el secreto—gritó el hombre con furia—, por más que te resistas lograré saberlo. Es mejor que lo hagas de una buena vez antes de que pruebes lo cruel que puede ser mi voluntad.

Para probarle que no mentía, el hombre del turbante corrió un par de metros y cuando adquirió la velocidad suficiente aplastó la cara del joven maestro contra el suelo mientras los dos trazaban un árido camino al ser refrenados por la grama. La mano de color azul ceniza agarró el cabello de su adversario y volvió a exponer su rostro boca arriba. La piel de Artemus estaba libre de heridas y moretones; en sus mejillas y en su frente tan sólo estaban impresos los arañazos que la hierba produjo al ser arrastrado. El frío corazón del enemigo, volvió a tomarlo por su ropa pero esta vez al colocarse de pie no lo sostuvo en el aire sino que permaneció casi arrodillado mientras sentía como los ojos purpuras desafiaban la sólida voluntad de su ser.

—Es la tercera vez que te lo pido, Artemus—dijo Kulten—. Indícame cuales son las claves para liberar la tapa de la vasija. Si esta vez no me lo concedes me veré en la obligación de utilizar mi mejor carta.

—No tienes manera de persuadirme—contestó el adolorido joven—, entre más me golpees, más se agotaran las energías que me quedan y ya podrás conocer tu ambición.

Entonces el corpulento soldado impactó su cabeza contra la de Artemus quien cayó sobre tierra y ofreció a continuación un gesto que revelaba su convicción de permanecer en silencio: se levantó con dificultad de la húmeda hierba pero enseguida se derrumbó hacia adelante. El puño de su mano izquierda se apoyó en el suelo al igual que una de sus rodillas y acto seguido realizó un fatigado sobreesfuerzo con el que logró elevar su cabeza con el desafiante objeto de mirar el rostro de Kulten, quien en ese instante se llevó su mano izquierda al turbante y tomando una de las fajas de tela empezó a jalarla de manera que ésta fue describiendo una serie de giros que fueron desmoronando la perfecta unidad que representaba el gorro. Cuando la larga tela trazó la última vuelta, liberándose de la tensión que la sujetaba a su frente, aquel hombre la arrojó al aire en un gesto despectivo. En la corona de su cabeza brotaba un mechón de pelo negro que dejaba calvas por completo las demás zonas de la piel de su cráneo, lo que a su vez indicaba que no se trataba de un estilo de llevar su cabello

sino que ese era el efecto natural de su genética como ser vivo. En ese momento, las mentes de los miembros allí presentes fueron estremecidas por un cruel presentimiento. Artemus percibió, con un horror insólito que nunca antes había experimentado en su vida, que en la frente azul ceniza del enemigo existía un tercer ojo provisto de una mirada profunda y alucinante capaz de develar los secretos más íntimos del alma.

—Este es el lamentable fin—pensó—de todos nuestros esfuerzos en esta noche.

Artemus intentó conservar la calma y pensar en otra cosa del todo distinta a las claves que su ser ansiaba ocultar. El corpulento soldado volvió a tomarlo por la ropa de su pecho y esta vez lo atrajo con violencia de tal manera que los dos quedaron cara a cara. El joven maestro no pudo resistirse a la tentación de observar directo hacia el ojo central de la frente de Kulten, cuyo color púrpura perforó su alma en busca de sus más íntimos secretos. Agobiado, aplacado por el dolor y la desesperación, no pudo defenderse de la sonda de energía mental que se infiltraba a través del agujero negro de sus pupilas. El hombre que lo sostenía, viajaba por una red neuronal que le permitía estudiar los recuerdos de su vida: una noche de verano en la que ardía una fogata en medio de una playa, la bella soledad de su estudio de artista donde trabaja en silencio durante horas, una ventana abierta por la que caía la luz solar que acariciaba a un perro de raza dóberman que dormitaba sobre un tapete, la tarde de lluvia en la que el gran artista de Combray presintió con valor que sus días estaban contados. Entonces el ojo púrpura tocó la fibra sensible que se oponía y descifró la primera de las claves.

—Cuando la luna llena de Onuldam—recitó Kulten como si leyera un verso—, ofrezca su lado oscuro al sol de la galaxia, el frío del espacio negro sea más intenso que el que habita el corazón de los glaciales y la estrella maestra de Aldebarán emita su luz naranja, si la sabiduría de los dioses así lo requieren, se podrá romper el sello invisible de la vasija a la que he condenado con toda la fortaleza de mi espíritu para que sea la prisión de ese terrible nigromante.

De pronto una nube oscura alcanzó a deslizarse entre el ojo púrpura y la fibra de la que extraía sus secretos. Dominado por una rabia insoportable, el Kulten ejecutó con su puño derecho un duro golpe que asestó en el vientre de Artemus quien describió una curva en el aire al mismo tiempo que su enemigo en un parpadeo persiguió su desplazamiento para luego descargar sus dos manos con sus dedos entrelazados sobre su garganta. El arruinado guerrero que experimentó en su cuello un asfixiante dolor, apenas logró descender unos cuantos centímetros antes de sentir el desgarrador choque de su espalda con la rodilla de su enemigo, después de lo cual cayó sobre la hierba. El fuerte adversario apoyó entonces una de sus botas sobre su cabeza.

—Ahora que me dices, mi querido Artemus—dijo—. Supongo que no esperabas que yo también tuviese mis armas secretas. Una vez más, la sabiduría suprema que nos ha concedido nuestra vida en la oscuridad ha ido más lejos de lo que ustedes alcanzan a ver en el intenso brillo de la luz. Después de veinte años viviendo en la soledad aprendes de todo, tanto así que incluso te vuelves maestro de ti mismo. En todo este tiempo he escarbado a fondo los misterios de las fuerzas oscuras y he descubierto que a ustedes les resultará imposible ganar esta guerra mientras sigan atacándonos con esa misma lógica. Las sombras solo pueden ser gobernadas por nosotros, los que estamos desde este otro lado.

Entonces, pateó con violencia el estómago del maestro cuyo cuerpo se vio obligado a quedar boca arriba. Luego se inclinó para asomar su rostro en el recuadro del campo de visión de Artemus, quien sintió que sus pupilas se carbonizaban al ser perforadas de nuevo por la intensa energía de aquel tercer ojo. El mensaje que escudriñó su enemigo, no sólo resonó en su propia mente, sino también en la de todos los presentes que permanecían en ese bosque negro: “Será necesario entonces que la olla sea sumergida por entero en una estanque repleto de miel de abejas sobre la cual se debe

derramar el licor de una botella de vino y el jugo ácido de una naranja arrancada de la rama de su árbol con siete días de anterioridad. Durante un año la vasija debe permanecer expuesta bajo el calor de las estrellas y una vez se cumpla este plazo la vasija debe ser quebrada por un destello que será arrojado al interior del caldo espeso". Kulten se colocó de pie. Aunque las claves que buscaba acababan de ser reveladas, su inteligencia le ordenaba llegar hasta la raíz del secreto. Ahora ya no le era necesario penetrar en la mente de Artemus, cuyo espíritu doblegado ante su presencia, no oponía resistencia alguna. La estabilidad de su mente había sido destrozada de modo que las fibras de sus pensamientos flotaban nítidas en el aire.

—Mientras tanto—recitó Kulten con una alta dosis de desprecio—, el conjuro que he empleado perpetuara su efecto abrumador sobre la tapa, la misma influencia cósmica de las moléculas de los elementos que he seleccionado será la antagonista que comprima en sus entrañas al miserable ser con el que he decidido sacrificar mi vida.

El hombre de piel azul ceniza anunció a todos los presentes que había llegado su hora de marcharse. Sólo en ese instante los allí presentes percibieron que su enemigo conocía de sobra que sus discretas mentes estaban pendientes de lo que acontecía. Luego abrió sus piernas como si estuviera subido en el lomo de un caballo, sus botas se apoyaron firmes en suelo para luego inclinar su pecho un poco hacia adelante mientras apretaba sus puños. Un grito pasivo emanó de su boca abierta, el cual se prolongó al mismo tiempo que aumentaba su enérgico volumen mientras sus ojos se inyectaban de sangre. El hombre concentraba así toda la fuerza de su ser, lo que permitió que su estómago se expandiera. Artemus observó que, a través de la tela que protegía el abdomen de Kulten, apareció un círculo radiante acompañado de una serie de ruidos que permitían deducir que aquel globo en realidad se hallaba en sus entrañas, el cual inició un proceso de ascenso y se detuvo unos segundos en el centro de sus clavículas. Un instante después aquel soldado levantó su rostro al cielo y ejerció una tensión en su cuello logrando que el grueso de éste se ensanchara, dejando así que la esfera radiante continuara subiendo para salir por último por su boca. El globo radiante de luz, envuelto en un charco de babas, cayó sobre la mano del hombre.

—¿Acaso no reconocen que es esto?—los cuestionó con un tono de burla—. Es una Esfera de Cristal, idéntica a las que ustedes usan cuando desean trasladarse de un lugar a otro sin utilizar demasiada energía. Esta es la misma que Merfenés les arrebató hace cincuenta años dejando inconexa a la isla de este continente del resto del mundo. En ese momento Kulten levantó un dedo hacia el cielo y expulsó un pequeño destello que formó una línea vertical. Un segundo después en el aire se formó un círculo cóncavo el cual fue expandiéndose hacia abajo, como una burbuja de jabón que se deshace, al mismo tiempo que el curioso efecto inundaba al bosque negro de los intensos colores de su antigua belleza. La hierba verde gozaba incluso de un calor resplandeciente que dio vida a un amable contraste con el azul oscuro del firmamento. Un viento dulce y reconfortante acarició al conjunto de guerreros en el suelo, llenándolos de una agradable sensación que algunos minutos más tarde los derrotaría por completo dejándolos, a excepción de una sola persona, sumidos en un sueño muy profundo.

El victorioso soldado levantó su mano libre para ordenar que la vasija blanca se levantara del suelo y fuese atraída hacia él. La olla realizó un rápido vuelo en el aire y produjo un golpe seco al impactar sobre su desnuda palma antes de que ejecutara un rápido y brusco movimiento que le permitió apoyarla contra su pecho. Solo Artemus que se hallaba a sus pies pudo observar a través de sus pesados párpados como el soldado se fijó en la Esfera de Cristal mientras meditaba lo debía hacer a continuación. Por lo visto no pensaba utilizar dicho objeto por el momento. Entonces arrojó la bola de vidrio al aire que ascendió unos cinco metros por encima de su cabeza. Cuando el efecto de la gravedad la obligó a caer, Kulten dio un chasquido con sus dedos lo cual

hizo que se materializara sobre su hombro derecho una correa de la que colgaba una bolsa de cuero que caía junto a su pierna izquierda. De inmediato, abrió la boca del saco en donde unos segundos más tarde la esfera se deslizó en el interior.

En ese momento él percibió la curiosidad de Artemus, la cual fue castigada con una despiadada sonrisa que estremeció su corazón. Los dos hombres se miraron a los ojos en silencio hasta que el soldado se impulsó con sus piernas y salió disparado hacia el liviano aire del cielo nocturno. Kulten se alejaba volando con una velocidad tremenda y tras varios segundos de viaje aéreo su materia se transformó en un minúsculo punto oscuro en medio del firmamento azul.

X. ADIÓS

El rostro de Bellumin se hundía sobre la hierba verde, su nariz olfateaba el aroma de la tierra y el parpado de su ojo izquierdo abierto le concedía la gracia de contemplar los arboles agrupados del bosque detrás del cual se veía un bonito cielo azul ultramar. En su mano derecha apretaba aún el elegante recipiente de cristal, relleno con el líquido ambarino que besaba la tapa que lo contenía en su interior, ya que el frasco se encontraba acostado en el suelo. La joven mujer tenía la impresión de que, si el pesado líquido se esforzaba un poco más en ejercer su natural presión, en cuestión de segundos terminaría por empujar el sello de cristal y derramarse sobre la hierba. En realidad era un mal presentimiento que sólo acontecía en su imaginación, fruto del aletargamiento en el que se hallaba y producía en ella una pavorosa ansiedad. Los otros seis miembros del grupo también permanecían en la hierba sometidos a la misma inmovilidad total. Aunque sus mentes se hallaban en estado consciente, la sensación de parálisis cerebral los condenaba a todos a una rabiosa impotencia.

Unos segundos después, cada uno de ellos sería fulminado por el sueño, a excepción de Bellumin. Su deseo inmediato era descansar un par de minutos antes de reunir la fuerza suficiente con la cual transmitir un mensaje que llegara a los cuatro protectores del planeta disponibles y que en ese mismo momento se dirigían hacia una dirección equivocada. Al estar desligada de su materia corpórea, el efecto mental de poder desplazarse de un lugar a otro ayudaba a menguar su creciente ansiedad. De pronto su corazón se sintió saturado por una paz insólita y entonces fijó su atención a un sitio determinado del cielo, donde un punto brillante desplegó sus cuatro brazos que giraron como aspas para después empezar a viajar con suavidad por el firmamento, describió una preciosa curva y luego descendió a toda velocidad hacia la tierra. La joven mujer sintió como el radiante punto se aproximaba hasta el sitio en el que se hallaban todos en donde se trasfiguró en una silueta de forma humana que empezó a caminar entre todos los agarrotados cuerpos. La mente de Bellumin volvió a su materia y a partir de ese momento sólo pudo observar el cuadro del bosque, con sus árboles agrupados, que percibía su ojo izquierdo.

No lograba interpretar con exactitud a quien pertenecía la energía de la persona que acababa de caer de los cielos. Por un momento pensó que era Meldonbar pero en ese justo instante el individuo se situó justo en su marco de visión revelando que llevaba unas botas de color negro de las que emergía un abombado pantalón blanco, lo que le dejó deducir con claridad que no se trataba del jefe de la comunidad. El inesperado visitante se agachó frente a ella, pero en la posición en la que estaba Bellumin no pudo contar con la suerte de observarle el rostro. Luego sintió que aquella persona le arrebató de sus dedos el valioso frasco de cristal y acto seguido, cuando su antebrazo fue agarrado por la otra mano libre, sus botas empezaron a irradiar un aura magnética de color azul. Entonces la realidad de Bellumin se nubló en un refrescante blanco total.

Unos segundos más tarde, tuvo la sensación de que su cuerpo caía sobre la tierra con sus rodillas dobladas y su trasero sentado sobre sus talones. Antes de permitirse abrir sus ojos, en su memoria surgió la imagen de un amplio escenario de césped verde y el cielo malva que anunciaba un cercano amanecer. Era un paisaje hermoso en el que a lo lejos se veían colinas ondulantes y grupos de árboles que conformaban espesos bosques. Luego vio un círculo empedrado en torno a un pequeño estanque de agua donde había una bonita torrecita dorada y un centenar de palomas de colores que se alimentaban con los cereales esparcidos en el suelo. Cuando Bellumin pudo al fin abrir sus ojos tuvo la profunda impresión de que su corazón le informaba que se encontraba

en un lugar sagrado. Su rostro, que permanecía inclinado con la devota sumisión que le inspiraba su espíritu, comenzó a levantarse develando segmento a segmento la presencia de la persona que ejecutó la teletransportación a ese mundo divinizado con una magia antigua. Al contemplar su cara se llevó un pequeño susto al reconocer la prodigiosa sonrisa que se marcaba en sus labios.

—Hola—dijo con ternura—, mi nombre es Belmidra, la diosa que gobierna el mundo de Ulmuden.

Desde mucho antes que afirmara su condición divina, Bellumin ya sabía que estaba frente a una deidad: su cuerpo estaba envuelto de un radiante halo blanco que iluminaba su rostro, el cual, matizado por un amarillo claro, poseía unos ojos claros debajo de los cuales, en sus mejillas y cercanas a la comisura de sus labios, tenía marcados dos puntos de color rojo. Su azul cabello lacio caía sobre su espalda y justo frente a sus orejas puntiagudas existían dos patillas de pelo que descendían hasta la altura de sus senos. De pronto, la hermosa mujer sacudió con suavidad el aire con su mano de la cual brotaron un puñado de cereales, algunos de los cuales permanecieron sobre su palma invitando a que un par de aves se posaran sobre sus dedos. La joven Bellumin se dejó nutrir de la desbordante serenidad del lugar y justo cuando pensó su primera pregunta, la diosa se anticipó a su respuesta.

—Sé que ha sido una prueba tremenda y agotadora para La Comunidad de los Astros. Sin embargo no podía intervenir, mi tarea es la de iluminar el destino espiritual de todas almas que viven en el mundo y ruegan por penetrar en los misterios de lo Eterno. No es mi misión proteger el planeta porque esa es una tarea que sólo les compete a ustedes. Ese es un trabajo que sólo ustedes pueden asumir: ni la Orden de los Ángeles Guardianes, ni la de los Genios Maravillosos, ni la de los Tuldanes, ni mucho menos los Centinelas de la Noche, poseen la autoridad de vencer a los enemigos que se han internado en secreto en su mundo; lo único que ellos pueden hacer es colaborar para que las pesadillas y peligros que intentan amenazarlos no los desvíen del rumbo que deben seguir, es decir, que cumplen la misión de aliviar temporalmente la enfermedad que debe ser derrocada por quienes en realidad la padecen.

”Si hubiese accedido a ayudar mi intervención hubiera sido igual al de una madre que frustra la oportunidad de que su hijo pueda sostenerse en pie sobre la tierra. La única manera en la que los dioses podemos tener la libertad de participar en una batalla semejante es cuando, o bien las fuerzas internas de un mundo se vean opacadas hasta el punto de arriesgar la extinción de su especie, o bien porque la dimensión de la guerra comprometa no sólo el destino de un planeta, sino también el de un sistema solar, lo cual con toda probabilidad desate a su vez una guerra que afecte a las galaxias y al Universo entero, tal como nos sucedió varios milenios atrás.

Hubo un momento de silencio. Las palomas de suaves colores se nutrían con su alimento esparcido sobre el suelo. Bellumin se fijó en una de las tantas hojuelas y descubrió que la superficie estaba perlada con minúsculos cristales de azúcar, lo que al provocar su apetito la sedujo a tomar uno de éstos y llevárselo a su boca. En su paladar disfrutó de un sabor exquisito que produjo en su cuerpo una profunda tranquilidad espiritual. Aquella reacción la llevó a preguntarse sobre cuál sería el efecto que debían estar experimentando aquellas aves si ella, cuya esencia era muchísimo mayor, fue capaz de fascinarse con esa sensación tan relajante. Entonces, mientras veía con cariño a los alados animales, que se encontraban sobre el cinturón adoquinado que rodeaba al pequeño estanque, se percató del frasco de cristal que albergaba en sus entrañas el pesado líquido ambarino. Al verlo, recordó la auténtica razón por la que había llegado hasta allí y volvió a centrar su atención en la diosa que permanecía de pie.

—Te sorprenderá saber—comenzó a explicar—que Merfenes no fue siempre el personaje oscuro y malévolo que ustedes conocen. En otro tiempo fue un hombre con

un corazón muy puro y noble. Su bondad era tan grande que mereció ser uno de los miembros de la Orden de los Reyes Divinos. Él era el Rey del Tiempo. Su tarea era la de controlar los el destino que debían seguir las civilizaciones y para ello estaba a cargo del Gran Reloj de las Edades, un gigantesco cronómetro de arena en cuyo interior existían infinitas partículas que gobernaban el ritmo del Universo. Sin embargo, no fue su antiguo trabajo lo que perturbó su naturaleza, sino el que tuvo que asumir después de El Gran Desastre.

Bellumin permaneció en silencio, cautivada por la narración de la diosa: "Hace varios milenios existió una catástrofe en la que por poco las sombras y la oscuridad logran su objetivo de transformar por entero la armonía del cosmos, destruyendo la vida para darle paso a un reinado perpetuo en el que las galaxias y los sistemas planetarios estarían bajo el único sometimiento de un corazón oscuro. El sabio mago que desató esa guerra era conocido en nuestra orden como el Rey de las Sombras: su misión era la de gobernar el mundo del caos y la perdición para mantener estable la naturaleza del cosmos. Al cabo de una extenuante operación de búsqueda logramos capturarlo, reducir sus fuerzas y condenarlo a una prisión de la cual no podría escapar ni al final de los días de la eternidad: su muerte al interior de esa celda debió ser lenta, agonizante.

"Después del tormento sufrido por El Gran Desastre, nuestro Rey Sagrado decidió fundirse con la Vida del Universo para restaurar el desequilibrio y la devastación que asoló a la totalidad del Universo. Pero antes de marcharse creó, con los miembros que aún quedaban de los Reyes Divinos, la Orden de los Aldebaranes. Tan solo éramos cinco los elegidos para ser los nuevos guardianes de la Creación Divina. Los miembros de la nueva comunidad tuvimos que pasar por un largo retiro de silencio y meditación antes de que nuestro jefe seleccionara entre nosotros al nuevo líder de la orden. Fue así como para suerte o desgracia mía, fui yo quien resultó ser electa con el fin de asumir esa responsabilidad.

"Por lo visto, Merfenes, al no ser escogido para tal cargo, se irritó con la decisión y a partir de entonces su corazón fue atraído hacia el mundo de las sombras. Según el punto de vista de mis otros tres compañeros de oficio, el antiguo Rey del Tiempo regresó bastante trastornado de su retiro y sospechaban que en su aislamiento se entregó a la búsqueda de un conocimiento mucho más avanzado del que ya tenía, hasta que se dejó caer en el extremo de una desesperación que era bastante notable tras el fin del pactado silencio. Al parecer, tras quedar yo elegida como la guardiana principal de la Orden de los Aldebaranes, eso sólo fue la última chispa que desató el incendio que lo impulsó a trabajar en secreto para derrocarlos. Fue en ese momento determinado de la historia donde se nombró a sí mismo el Jefe de la Orden de las Tinieblas, pretendiendo alcanzar la misma ambición que la del Oscuro Mago predecesor: convertirse en el Dios Supremo que transformaría la esencia del Universo entero.

"La batalla de Merfenes, no es sólo contra Ulmuden sino también con todo lo que se oponga a su codicia de crear un nuevo cosmos en donde sólo su oscuro espíritu gobierne por el resto de los tiempos. Y para que te hagas una idea de cuánto tiempo ha invertido él en esta lucha, debes saber que desde el momento en que fundó su oscura orden hasta nuestros días, han acontecido un poco más de dos mil años de historia.

Belmidra detuvo su narración sin interrumpir su tarea de liberar de las palmas de sus manos el exquisito cereal acaramelado que disfrutaban las aves en el suelo. Volvió a surgir el grato silencio que permitió a Bellumin ser consciente de las palabras declaradas por la diosa. La joven se fijó en su vestido blanco provisto de mangas largas sobre el cual llevaba un solo manto color azul. Era una prenda que la arropaba iniciando una ruta desde un poco más abajo de sus rodilla, subía hasta su hombro izquierdo para extenderse colgando por su espalda hacia el otro hombro; era ahí donde la sábana descendía hasta su cintura, realizaba un giro en torno a ésta y luego se

dejaba caer desde ahí mismo, antes de detenerse a la misma altura en la que había empezado su trayecto, sólo que ahora concluía detrás de sus piernas. Además contaba con un cinturón de tela verde cuya saturación era similar a la del césped del sagrado lugar. Bellumin se sintió atraída por la sencillez de aquel conjunto de ropa que resaltaba sobre el amanecer incipiente que ya teñía de naranja la línea del horizonte. Entonces su contemplación fue interrumpida cuando los pensamientos e inquietudes sobre la historia de Merfenés retornaron a su consciencia, las ideas se agolparon con desesperación al palpar que el enemigo contra el que se debatían era mucho más poderoso de lo que hasta ahora alcanzaba a imaginar. Una pregunta surgió en su espíritu al pensar en los datos milenarios descritos por la diosa. La respuesta no tardó en llegar, lo que le brindó a Bellumin la sensación de que la deidad que la acompañaba disfrutaba con el hecho de leerle su mente.

—Fue gracias a su inmortalidad—contestó Belmidra—. Al igual que yo, por haber pertenecido a la Orden de los Reyes Divinos, gozaba con la gracia de tener la vida y juventud eterna, una cualidad que siguió conservado a pesar de su renuncia a los servicios celestiales. La Madre Vida no podía revertir las decisiones de su libre albedrío, por lo que se encontraba en el mismo nivel de un dios, con el derecho a no envejecer ni morir a lo largo de los siglos de la historia. Sin embargo, ahora existe una nueva esperanza que a mí, personalmente, me llena de un profundo alivio.

”Estoy segura que te reconfortará saber que todo el trabajo realizado durante esta noche de riesgos y sacrificios, no fue en vano. Tras muchos años de estudio, los miembros de La Comunidad de los Astros, Meldonbar y yo, pudimos adentrarnos en la profundidad del misterio que encerraba el alma y la materia de nuestro enemigo. Lo que en principio solo fueron suposiciones, pasaron a convertirse en auténticas verdades que nos incitaron a operar en la magistral tarea en la que tú y tus amigos debieron participar: Merfenés ha perdido hoy y para siempre su derecho de ser inmortal al igual que la oportunidad de conservar la eterna juventud. Y es Artemus quien se lleva todo el mérito de haber logrado semejante hazaña.

”Hace veinte años, nuestro querido joven aceptó su propia muerte consciente de que era el único medio que existía para sentenciar al Jefe de la Orden de las Tinieblas a la prisión de aquella vasija. Al someterse al sacrificio, abrió una brecha entre la vida y la muerte, una conexión abierta con la eternidad que fue más allá del plano físico de la materia, el tiempo y el espacio. Si nuestro enemigo no se hubiese esforzado en romper el sello que lo mantenía encerrado quizás habría conservado su esencia divina, sin embargo tendría que pagar por ello el precio de quedarse sometido durante un par de miles de años más, cuando su espíritu fuese muchísimo más fuerte que la eternidad que lo separaba del mundo de los mortales. Al forzar su escape, Merfenés dejó que su alma pasara a través del sello creado con la muerte de Artemus y fue así como perdió su naturaleza inmortal. Esa es la misma razón por la que Artemus tuvo que regresar a la vida en el momento justo en que la prisión de la vasija amenazaba con reventarse: su misión seguía sin completarse gracias a la conexión con aquella prisión que lo aferraba a este mundo. Por eso, el retorno de Artemus era inevitable: este es un secreto que estuvo celosamente guardado por él, que solo llegó a conocer Meldonbar a través de una confesión mía, pero que ahora ha llegado el momento de colocar en evidencia.

Belmidra volvió a callarse permitiendo que la joven asimilara lo que acababa de revelar. Bellumin respiró con suavidad, inundando sus pulmones con el aire fresco que brotaba desde las profundidades de los bosques y las ondulantes colinas. Sintió que en su espíritu hervía una deliciosa esperanza al conocer las noticias dadas por la diosa quien seguía alimentando al centenar palomas. Ante los incipientes rayos del sol, varias de las aves se sumergieron en el agua del pequeño estanque, lo que obligó a su mirada a detenerse en la torrecita dorada en cuya redonda cúpula existía un plato

cóncavo repleto con el líquido azul que bebían las palomas. Existían otros cuatro bebedores por cada una de las cuatro paredes de la torrecita, sólo que aquellos recipientes estaban segmentados a la mitad. En ese instante ella comprendió porque su mente se distraía con la tranquilidad que le inspiraba aquel conjunto de aves, como una manera de escape a los abrumadores pensamientos que germinaban en su ser tras los sucesos de esa larga noche de enfrentamientos. Bellumin se fijó por último en el frasco de cristal que se hallaba en el círculo adoquinado y surgió una pregunta que esta vez la diosa si le concedió expresar.

—¿Que pasará entonces—dijo con voz firme—cuando el alma de Merfenes sea liberada gracias al secreto que ahora conoce Kulten?

—Para mí, que estuve observando con mucho cuidado los acontecimientos de esta importante misión, me tomó por sorpresa descubrir que el escape del mejor soldado de Merfenes llevándose consigo la vasija prisión, representa un mal necesario. Hace unas horas, cuando Meldonbar presionó la copa verde creada por Artemus con el objetivo de sellar la grieta estelar no pudo evitar que una lágrima suya resbalara en la boca del cáliz. A pesar de la gran fe y sabiduría que siempre lo han caracterizado, por primera vez en muchísimos años tuvo que aceptar la posibilidad de que ninguno de los miembros de La Comunidad de los Astros que permanecían en la dimensión pudieran volver a la superficie, sacrificando sus vidas a cambio de contener de una vez y para el resto de la eternidad el poder del mal allí contenido.

”Como bien sabes, la idea era que en cuanto desmaterializaran lo que Merfenes había construido en su intento por escapar, ustedes regresarían a Ulmuden dejando en el total vacío a la vasija junto a su fiel soldado. La nueva copa creada por Artemus durante su estancia en Camedon, habría servido para sellar aquella dimensión en la que ambos estarían condenados a sufrir hasta morir en ese solitario universo. Aquello hubiese constituido el fin de la Orden de las Tinieblas; las dos miembros restantes que han permanecido ocultas, al perder su comunicación con Kulten hubieran desistido de volver a enfrentarse con los guardianes de nuestro planeta y su fe en Merfenes terminaría por disolverse. Lamentablemente, ninguno de los dos planes que teníamos previstos se cumplió, sino que ocurrió lo menos impensable.

”Sin embargo, Kulten nos brindó una clave esta noche que sin duda demuestra lo avanzados que son sus conocimientos sobre el espiritual reino de la oscuridad. Dijo que ‘por muy limpio que sea el sacrificio ofrecido a los dioses, la daga que lo comete siempre quedará manchada de sangre’. La Comunidad de los Astros, Meldonbar y yo, habíamos considerado esto durante mucho tiempo, sabíamos muy bien el riesgo estábamos dispuestos a correr y no puedo justificarme, pero mi intención estaba inspirada en la misma solución que fue dictada por nuestro antiguo y superior Rey Sagrado cuando decidió condenar al Rey de las Sombras en aquella prisión sideral. Esto me lleva a pensar con total tristeza y decepción que a pesar de su sabiduría suprema él cometió un grave error que nos condenó a nosotros a repetir la historia.

”Kulten dio esta noche una clave que me hizo pensar en los avanzados conocimientos de aquel nigromante cuya bondad estuvo a nuestro servicio. Dijo que aunque saliéramos victoriosos de la batalla, el mal que engendrábamos al apresarlos repercutiría en los mismos responsables de dicha acción, es decir, que la próxima persona que asumiera el cargo de liderar a las sombras sería alguno de los mismos guardianes de Ulmuden. Esta verdad removió las memorias de mi corazón milenario y por primera vez en muchísimo tiempo percibí con horror que tan siniestras eran nuestras intenciones al intentar purgar a la oscuridad con el mismo trágico remedio que utilizamos tantos siglos atrás.

”Ahora entiendo porque Merfenes fue capaz de ostentar un poder tan enorme e increíble en tan poco tiempo. Merfenes es el fruto del pecado que dejó esparcido en el cosmos la tragedia de El Gran Desastre: toda aquella energía perversa que ha tentado

a las almas de los planetas, la que fluye hacia la destrucción de los agujeros negros y las estrellas muertas, la misma que se esparce en el manto negro del espacio y a veces se condensa logrando nublar la belleza de los astros, fue la que embrujó el corazón de nuestro antiguo compañero, corrompiendo su bondad para someterlo a las fuerzas malignas que iniciarían la guerra que hoy enfrentamos. Por eso, en cuanto Kulten liberé al Jefe de la Orden de las Tinieblas, el poder siniestro que existe en las nebulosas de las galaxias volverá a encontrar una materia sobre la cual podrá cimentarse.

”Este un mal necesario que debemos aceptar ya que sin duda nos concederá una nueva oportunidad de redimir nuestros errores pasados. Ahora que Merfenes ha perdido su inmortalidad es seguro que pueda vivir durante varios siglos más, seguirá empeñándose en batallar contra la paz de Ulmuden con la ciega esperanza de utilizar su sabiduría para reponerse de la humillación que ha sufrido al perder el don de la eterna juventud.

La diosa interrumpió su discurso y se acercó al círculo de piedra que rodeaba el pequeño estanque de agua. Entonces levantó del suelo el frasco, lo sostuvo en el aire permitiendo que los rayos solares del sol naranja, que se asomaban sobre las colinas, brillaran en el cristal, provocando que el líquido de su interior obtuviera un bonito resplandor dorado. Para Bellumin el interesante color dorado fascinó su consciencia como si estuviera viendo a través de los paisajes más hermosos del cosmos entero, era como ver una radiante mañana al principio de las edades de los tiempos. Belmidra en cambio sintió que el misterioso licor intentaba entrar en contacto con su naturaleza divina. Tras unos segundos de contemplación la diosa bajó el recipiente hacia la altura de su cintura.

—La prueba más grande de que Merfenes ha perdido su inmortalidad está aquí junto a nosotros. El líquido ambarino que hay en el interior de esta botella es El Elixir de la Vida que nuestro Rey Sagrado nos permitió beber cuando fuimos ascendidos al rango de dioses. Ahora quiero que te pongas de pie.

Bellumin obedeció a la petición y ambas se acercaron a la torrecita dorada. Después de quitar el tapón de vidrio de la boca del frasco, Belmidra lanzó con mucho cuidado el recipiente que se desplazó en el aire hasta detenerse, levitando, sobre el plato ubicado en lo alto de la pequeña cúpula. Luego, ella deslizó su dedo en el aire lo que fue interpretado por el objeto de cristal como una orden, por lo que se inclinó para dejar que el líquido se derramara sobre el plato que en ese instante fue abandonado por las palomas que se apoyaban sobre el borde. Las dos mujeres contemplaron entonces cómo el agua se teñía del color ambarino que descendió por la cúpula y cayó sobre los otros cuatro recipientes que permanecían en las paredes de la torrecita. Cuando el agua, ahora coloreada de un magnético dorado, rebosó de las cuatro fuentes y sus primeras gotas descendieron sobre el estanque, se produjo un efecto que dejó perpleja a Bellumin: el curso trazado por el líquido inició un viaje en retroceso, lo que obligó a que en vez de caer sobre el estanque fluyera en sentido contrario, regresando hacia el plato principal de la cúpula que no volvió a desbordarse sino que permaneció en su mismo nivel. La joven percibió con asombro que el líquido dorado describía una serie de giros que iban en contra de las manecillas del reloj, lo que generó la impresión de que a partir de ese instante la vida que existía en el estanque iniciaba un ciclo en el que purificaba las células y moléculas que acababan de alimentarse con ese líquido inmortal.

—¿Ves estas aves que nos acompañan, Bellumin?—dijo Belmidra—. Cada una de ellas está aquí porque han decidido limpiar sus almas de todos los acontecimientos más oscuros que han experimentado en su viaje por la vida del cosmos. Ahora que están de nuevo en un mundo sagrado, sueñan con volver a tomar la senda correcta que les permitirá algún día ostentar el mismo poder que los dioses.

"Para estas aves, el mal sólo representa una equivocación en su destino, un hecho que las ha llevado a madurar y perfeccionar su consciencia. La perversión del alma siempre puede volver a ser restaurada por la infinita misericordia de la Madre Vida en su proceso de expansión.

Bellumin se permitió degustar cada uno de esos sabios pensamientos, capaces de relajar la esencia de su espíritu y elevarla en ese instante a un estado de iluminación. El delicioso aire de ese mundo sagrado intensificaba aún más ese estado de gracia en la que percibía cómo su esencia buscaba entrar en contacto con la secreta intimidad de las claves que ordenaban la genética del Universo. Pero el éxtasis en el que se hallaba fue interrumpido cuando la diosa se acercó a ella y estrechó su mano al mismo tiempo que susurraba en el interior de su cabeza que ya era la hora justa en la que debía retornar al mundo de Ulmuden, a un sitio donde el resto de sus compañeros no tardarían en llegar.

Cuando se desprendió de la mano de la diosa, la joven mujer experimentó en suave hormigueo en su cuerpo y sintió que su materia se deshacía ante sus ojos mientras un blanco radiante apagaba su campo de visión donde el rostro de Belmidra se despedía con una sonrisa. Un segundo más tarde un rayo caía justo en la puerta de entrada del palacio de Meldonbar. Bellumin apreció la luz naranja del día que comenzaba, escuchó el exquisito piar de los pájaros y vio los jardines de flores humedecidos con el rocío de la noche. En su espíritu sentía una alegría eufórica que era fruto de las renovadas esperanzas descubiertas en su dialogo con la diosa, lo que a su vez la seducía con un fuerte entusiasmo a comunicar cuanto antes dichas verdades a los restantes miembros de la comunidad. De pronto percibió el sonido de unos pasos que se acercaban desde el interior del palacio. Entonces en el marco del portón apareció una mujer de ojos azules y cabello dorado, vestida con una toga con capucha de color marrón debajo de la cual llevaba una túnica de un suave amarillo. Su estatura era promedio y al verla, la sorprendida joven pudo calcular que su edad debía estar alrededor de los cincuenta años.

—Buenos días, tú debes ser Bellumin—dijo la mujer—. Mi nombre es Sarmilad. Sé que los demás miembros de La Comunidad de los Astros te han hablado de mí, por lo que ya debes conocer que mi hermana y yo somos las encargadas de estar pendientes de lo todo que acontece en Ulmuden. Es la primera vez en mucho tiempo que hemos abandonado nuestros horarios de trabajo dadas las circunstancias actuales a las que nos enfrentamos. Meldonbar me ha enviado aquí para recibir a los demás guerreros de nuestra orden.

La rubia mujer salió al portal del palacio y fijó su atención en el cielo de la mañana. Al imitar su conducta, Bellumin descubrió que en el firmamento había un conjunto de ángeles que se aproximaban mientras agitaban sus alas enormes que eran impulsadas por las corrientes de aire. Aquellos seres celestiales cargaban sobre sus hombros a los abatidos miembros de la comunidad que habían permanecido desamparados en la soledad del bosque de Kulten. Meller, el ángel que lideraba al grupo, se dejó caer tan liviano como una pluma desde una altura cercaba a los cien metros y entonces aterrizó en el amplio portal donde lo esperaban las dos mujeres. En su brazo derecho sujetaba el cuerpo de Artemus, igual que veinte años atrás cuando tuvo que trasladarlo desde la sala cavernosa donde se sacrificó hasta la habitación en la que fue hallado muerto por su padre. Después de los saludos de cortesía todos ingresaron al palacio para dejar que cada uno de los seis valientes guardianes durmiera en una habitación individual. Al cabo de tres días enteros de intenso reposo, los primeros en despertarse fueron Artemus, Femna y Kamus. Los demás miembros de la comunidad tuvieron que soñar otros dos días antes de que recobraran por completo todas sus energías y la última persona en abandonar la comodidad de su cama fue Amiluna, quien durmió un par de horas más.

Mientras descansaban, Meldonbar apareció de nuevo en el palacio. Aún no se había recuperado del agotador trabajo que realizó durante la tenaz noche de la batalla, por lo que tuvo que dejar a cargo a Lirdini y al anciano Solumdeg como los protectores de la fortaleza de la región de Yunzabit, que permanecía aún indefensa sin su invisible y poderosa barrera. En cuanto apareció en el portal del palacio, ordenó a Sarmilad, que retornara junto a su hermana a su sitio de trabajo. Entonces asumió la tarea de volver a dirigir el oficio de las comunidades de los genios maravillosos y la de los pequeños tuldanes: seguía pendiente de administrar los roles que mantenían viva la armonía y seguridad del planeta. Tras dialogar con Bellumin, el jefe de la comunidad esperó a que todos despertaran para comunicar las esperanzadoras noticias de las cuales el hombre rubio tenía ya unas sospechas bastante acertadas.

La mañana en que fueron reveladas las claves descifradas por Belmidra, Gorhad se despertó con un hambre feroz. Al entrar en la sala del comedor se encontró que su maestro, Femna y Artemus jugaban a las cartas en un extremo de la mesa iluminada con una lámpara de luz amarilla que colgaba del techo mientras por las ventanas se asomaba la belleza de un amanecer fucsia en el que aún se podían observar el titilar de algunos astros. No había acabado de sentarse para tomar una de las frutas de la redonda bandeja plateada cuando Bilmor apareció detrás de su espalda depositando frente a sus ojos un plato con huevos revueltos con tocineta, rebanadas de pan y una porción de queso. Un joven e infantil tuldán que entró por otras de las puertas corrió sobre la madera de la mesa para depositar junto a su desayuno una jarra de leche y otra con jugo de durazno.

El moreno joven sabía con exactitud la relación que tenía con La Comunidad de los Astros y el palacio en el que se encontraba, pero su mente estaba bloqueada impidiéndole recordar los acontecimientos precedentes a sus largas horas de sueño. Así que se limitó a comer sin poder evitar desconcentrarse con las carcajadas de las tres personas que lo acompañaban. Por un instante observó que las cartas con las que jugaban no eran similares a las creadas por los antiguos monarcas, que eran numeradas y poseían pequeños símbolos, sino que en el recuadro de su piel beis se podían apreciar preciosos dibujos a color. Luego mientras Gorhad masticaba sus alimentos, se fijó que en torno a los tres miembros de la comunidad existían varias botellas de vino y copas de metal. Morlun, el barbado tuldán, al igual que otro de sus compañeros de oficio, corrió por la mesa llevando una bandeja con tres tazas de cristal repletas con una aromática y caliente bebida azul. Por lo visto los jugadores ya estaban lo suficientemente ebrios.

—Sí—proclamaba Kamus con su rostro enrojecido—, yo veo un Tricornio Sagrado regresando de los infiernos y devastando a las casas una población.

Su maestro lanzó un naipe sobre el conjunto de barajas desordenadas sobre la madera.

—¡Ah, sí... claro!—respondía Artemus con sarcasmo—, en las próximas batallas utilizaremos armas como las descritas en las novelas de Rocam Madour, de esas que disparan proyectiles de metal.

En ese momento entró Bellumin y El Aprendiz, atraídos con enorme curiosidad por las grandes carcajadas del grupo del fondo. Hacia tan solo un rato ambos se encontraban dialogando en medio de los jardines; el joven aprendiz estaba sometido bajo el mismo hechizo que le anulaba la oportunidad de ser consciente de lo acontecido durante los últimos días, lo que lo liberaba de cualquier preocupación respecto al inesperado desenlace de la misión. Gorhad los saludó como si se hubieran visto la noche anterior a la hora de desearse los dulces sueños. En vista de que la pareja de jóvenes ya había desayunado casi una hora antes, cuando se sentaron a la mesa los tuldanes los atendieron llevándoles solo dos tazas de café. El Aprendiz observó como la humeante bebida se estremeció bajo el poder de las risotadas del fondo.

—Ese Amil Yulzulam—sentenció Femna—sí que estaba bien borracho cuando escribió

esos versos.

En ese instante los tres jóvenes captaron cual era la materia en la que se centraban sus chistes, aunque solo Bellumin se quedó con la impresión de que las predicciones que anunciaban con tanto humor sobre las posibilidades de un futuro no provenían directamente de *El Libro de las Profecías*, sino que al parecer las extraían de la embriagada contemplación que les inspiraba aquellas cartas con sus coloridas ilustraciones. Unos minutos más tarde los maestros decidieron salir a tomar la luz del sol en los jardines de modo que pudieran acelerar un poco el efecto liberador de las bebidas aromáticas con las que acababan de rematar su tertulia alcohólica. Algunas horas más tarde, después de que Amiluna bajó a desayunar, el jefe de La Comunidad de los Astros convocó a todos los miembros presentes para que lo acompañaran a una reunión que debía celebrarse en el estanque de agua ubicado detrás del cercano bosque.

Por orden de Meldonbar, un genio maravilloso de piel roja y turbante azul claro los siguió hasta el lugar donde se transformó en una lámpara que flotó a un metro de las aguas, la cual en vez de alumbrar apagó la radiante claridad del día de modo que los presentes pudieran observar lo que se iba a reflejar en el espejo del redondo estanque. Bellumin estiró el dedo índice de su mano derecha y sobre éste creó un destello del tamaño de una canica. Luego hundió la esfera de energía en el agua donde empezó a revelar las claves de la justificada victoria. En ese instante, la mente de Amiluna, El Aprendiz y Gorhad se desprendieron de la barrera que mantenía sus pensamientos al margen de los acontecimientos actuales. No se trataba de una visión en la que se desarrollaran al pie de la letra todo lo que la joven mujer vivió en el mundo sagrado, sino que era una escena de bellas imágenes que alternaban su colorido mientras la voz de la diosa Belmidra describía las reflexiones y descubrimientos que ella misma estimaba como las verdades que a partir de entonces definirían el curso de la historia. En cuanto finalizó el resumen y el espejo de las aguas volvió a aclararse, la lámpara en la que se había transformado el genio se desmaterializó dando fin a la momentánea oscuridad del lugar.

—Meldonbar, creo que ha llegado la hora—dijo Artemus—de que les reveles a estos jóvenes el otro secreto por el cual estamos destinados a luchar hasta el final.

El hombre rubio asintió a la sugerencia del joven maestro mirándolo a los ojos. En ese instante Femna y Kamus, quienes hasta entonces sólo permanecían en el palacio a la espera de contemplar en persona las noticias transmitidas por la diosa, anunciaron que debían marcharse. Antes de dejarlos ir, Meldonbar materializó cuatro pequeñas botellas que rellenoó con el agua del estanque. Al entregar una a cada maestro, les solicitó que las hicieran llegar a Sarmilad y Milenus quienes tendrían la suerte de disfrutar de la misma visión a través de su mente tras beberse el contenido. Luego tomó los otros dos frascos sellados con un tapón de corcho y los guardó en el interior de su gabán: el hombre rubio no tardaría en otorgárselas a los dos protectores que se hallaban en la fortaleza de Yunzabit, a la cual se dirigieron de inmediato tomando el sendero de las escaleras escoltadas por las filas de árboles. Arriba los esperaba el pedestal sobre el cual existía la Esfera de Cristal que los trasladaría a la región ubicada en el otro lado del hemisferio del planeta, en donde a esa misma hora, en aquella región provista de montañas silenciosas ya corrían los vientos de una serena tarde.

El grupo de miembros de la comunidad, ahora acompañados por Lirdini y Solumdeg, se internaron en una ruta que les permitió descender por la red de los túneles hasta que llegaron a una sala cavernosa en la que existía una agradable penumbra producida por los rayos solares que se infiltraban por un redondo agujero del techo; un centenar de metros más abajo de ese aposento se encontraba la piscina de agua respirable que conducía a la habitación en cuyo altar aún permanecía la copa verde creada por el gran artista de Combray. Artemus, quien fue el último en ingresar en la sala suspiró con

nostalgia al verse de nuevo en ese lugar. El primero en recordar en donde había visto antes ese escenario fue su aprendiz, quien se sintió cautivado por la curiosidad de saber que era lo que existía detrás del portón doble puerta que se hallaba frente a sus ojos.

—Estamos en el mismísimo lugar—dijo Artemus—donde sacrifique mi vida durante mi combate contra Merfenes.

La confesión fue apreciada por los demás miembros con un silencio impenetrable que a la vez se transformó en un gesto de gratitud por la admirable hazaña lograda por aquel heroico hombre. Al cabo de dos minutos en los que disfrutaban el tierno frío de la sala a la que escrutaban como si fuera la joya de un museo, Meldonbar materializó una llave plateada en sus manos y se aproximó a la puerta doble donde la incrustó en el ojo de la cerradura. Las dos hojas del portón se abrieron por sí solas de inmediato, dejando a la vista otro salón gigante en cuyo centro existía el enorme, alto y grueso pilar de un cuarzo, alrededor del cual existía otra cantidad de cristales similares. Aquel cuarzo era tan grande y majestuoso que ellos se sentían tan minúsculos como unas pequeñas hormigas. Gorhad desdobló su mente de su cuerpo para aproximarse hasta el final del pilar central que ascendía hacia lo alto de la caverna y entonces calculó que debía tener un largo superior a un kilómetro.

El conjunto de aquellos hermosos minerales irradiaban una reconfortante luz azul que se proyectaba en las paredes de la sala. Amiluna fue la primera en acercarse para tocar con sus dedos la columna de cuarzo, lo que produjo en su cuerpo un calor vibrante que aceleró el pulso de su ritmo cardíaco. Tuvo la sensación de que el hermoso conjunto de cristales albergaba en su interior una energía monumental que brotaba de las entrañas de la tierra, un poder lo suficiente intenso y a la vez liviano que en ese instante despejó su mente dejándola colmada de un blanco total.

—Lo que están viendo ahora—explicó Meldonbar—es el Sagrado Cuarzo Vital. La función de este magistral grupo de minerales es la de mantener activo el magma ardiente que habita en el núcleo de nuestro mundo, una energía tan intensa como la de un pequeño astro solar. Es gracias a ese fuego que la corteza de Ulmuden cuenta con un escudo de poder sideral que entra en equilibrio y armonía con los seis planetas restantes de nuestro sistema solar, en cada uno de los cuales también existe un pilar similar a éste que apenas se diferencian por el color de su resplandor interno. Ésta es solo la protuberancia de una monumental raíz que se hunde debajo de esta sala a lo largo de casi siete mil kilómetros.

”Estos hermosos cuarzos de luz celeste son como los pulmones a través de los cuales puede respirar el alma de nuestro globo terráqueo, por eso se encuentran tan cerca a la superficie. La mansa energía que brota de su interior se esparce por todos los continentes como un soplo vital que mantiene los pensamientos y sensaciones del mundo sometidos bajo esa eterna paz que hasta ahora seguimos preservando. Este cuarzo tiene el don de pulir los espíritus de las personas vivas que habitan en Ulmuden. Si, al igual que lo ha hecho Amiluna, se conceden la oportunidad de tocarlos, sentirán que en su piel los recorre una sensación tan intensa como la de haber conquistado la paz del cielo.

Entonces los jóvenes se acercaron motivados por la curiosidad. El rostro de Gorhad se multiplicó sobre los diversos cuarzos al asomarse sobre la superficie del vidrio pulido de la columna central. Con tan sólo dejar que sus ojos intentaran ver más allá de la roca transparente, el joven moreno tuvo la sensación de que su espíritu deseaba zafarse para sumergirse en el sueño eterno que ofrecía aquel monumento. El grupo de visitantes empezó a caminar en torno al pilar, estudiando su perfección cósmica como si se hallaran frente a la más valiosa obra de arte que jamás habían visto. A pesar de los años, Lirdini aún se sorprendía al contemplarlo igual que la mañana, que ahora le parecía remota, en la que siendo una aprendiz sus maestros la guiaron por las

cavernas para revelarle el secreto más íntimo de la fortaleza. Ni siquiera Meldonbar podía ocultar que aquel cuarzo le evocaba una intensa nostalgia que lo seducía a rescatar las memorias de sus siglos pasados.

—Belmidra nos declaró una vez—dijo Artemus—que durante la época de El Gran Desastre, nuestro sistema solar fue el único que se mantuvo al margen de las catastróficas guerras que se libraron. Así que la armonía que aún reina en esta región del Universo se convirtió en la esperanza más grande del cosmos para reparar la tenaz zozobra de esa tragedia. Según las palabras del Rey Sagrado antes de unificarse con las fuerzas vitales, somos una pequeña matriz, una semilla en la que debemos tener puesta toda nuestra fe, ya que sin esta partícula de bondad, el cosmos ya habría caído en manos del reino de la oscuridad.

—Por eso Ulmuden se encuentra en el centro del huracán—intervino el anciano Solumdeg—. Somos el mundo en donde la paz y la tranquilidad han permanecido desde siempre, la armonía que existe aquí nos ha otorgado el título de ser un planeta fuerte y poderoso, saturado de una energía increíble que nos ha mantenido a salvo de las sombras. La gran ambición que persigue Merfenes y su Orden de las Tinieblas es la de acabar por completo esta última esperanza.

La revelación del misterio que encerraba esa sala sumió a los nuevos integrantes de La Comunidad de los Astros en una irresistible pero a la vez miedosa responsabilidad. A partir de ese instante sabían que su destino ya estaba trazado para continuar comprometiéndose con la seguridad del Ulmuden. Les aterraba descubrir que la gran misión que representaba cuidar la tierra donde habían crecido acababa de convertirse en una gigantesca tarea en la que también estaba en juego el curso de la historia del Universo. Ante esa profunda verdad no pudieron evadir la sensación de sentirse minúsculos y vulnerables, carentes de sabiduría y experiencias suficientes para enfrentar el reto que debían aceptar. Ahora el riesgo era muchísimo más extraordinario de lo que hasta entonces habían imaginado.

La única persona entre los jóvenes presentes, que no se sentía del todo bien frente al inesperado rumbo que por lo que sospechaba debía tomar su existencia casi de manera obligatoria, era Amiluna, quien a menudo buscaba en los ojos de su hermano una respuesta que le ayudara a comprender en qué momento quedó involucrada en esa increíble aventura. A pesar de lo cual su corazón repleto de dudas, a veces le concedía la oportunidad de saborear en su boca una vida de riesgos y sacrificios en los que siempre estaría a prueba la tenacidad de su guerrero espíritu. A la mañana siguiente mientras disfrutaba del viento fresco de los jardines del palacio de Meldonbar, sintió que esa tentación se incrementaba en su cuerpo igual que el torrente de unas aguas represadas por las rocas. Al pensar en Artemus, en su espíritu se desataba una emoción alucinante que la alentaba a seguir su ejemplo; experimentaba un orgullo enorme al saber que su hermano había sido capaz de asumir su propia muerte sin ningún temor a lo desconocido, lo cual sospechaba muy bien sólo era fruto de su avanzado nivel espiritual, lo que representaba a su vez el valor supremo que le había dado a su vida de mortal y que sin duda se reflejó en la belleza de su vocación de artista. Sabía que si lo deseaba podía marcharse de aquel lugar y seguir el rumbo cotidiano de su vida retornando a su hogar, donde sus padres, según se lo indicaron un grupo de tuldanes, creían que se encontraban en unas cortas vacaciones, tras descubrir una carta escrita con su letra en la que justificaba su repentina ausencia. Pero al pensar en ese retroceso para nada emocionante, se dejó vencer por lo que le dictaba su corazón. Fue entonces cuando la pared de piedra que obstruía su decisión fue derrumbada por la consistente fuerza acumulada por el caudal de agua.

—¿Estás segura de tu decisión?—susurró una voz a sus espaldas.

Al girarse descubrió a su hermano quien con sus brazos cruzados permanecía de pie sobre las escaleras del portal. El joven se acercó y apoyó su mano izquierda sobre el

hombro de la mujer. Estuvieron en silencio durante un par de minutos mientras observaban a los pájaros que volaban sobre las alfombras de flores, debajo de las cuales se esparcían incontables hojuelas de cereales que eran arrojadas por los genios maravillosos cuando se asomaban las primeras luces del amanecer. Era una bonita mañana en la que los intensos rayos del astro solar teñían de un blanco luminoso a la gigantesca casa de Meldonbar. Una media hora más tarde los dos hermanos anunciaron su despido junto a la fuente de agua del vestíbulo en donde estaba la escultura de la mujer que sostenía una vasija que derramaba el líquido cristalino que repetía un ciclo perpetuo. Todos sabían muy bien que se dirigían a cualquiera de las islas del magistral mundo de Camedon. Artemus dijo hasta pronto con una sonrisa, advirtiendo que en el caso de que aquella fuera la última vez que pudieran verse, les deseaba que el Ser y la buena estrella de cada uno los acompañara siempre. El barbado Morlun que se encontraba junto a sus demás compañeros de oficio observando la escena desde una baranda del segundo piso, al verlos desaparecer bajo el efecto de la teletransportación, sintió un profundo pesar ante la probabilidad de que no podría volver a estar cerca de la presencia del gran artista de Combray, pero luego sus neuronas reaccionaron recordándole que una de las tareas de la Orden de los Tuldanes era suministrar los alimentos a los graneros de los que visitaban ese sagrado planeta. Artemus y su nueva aprendiz no regresarían al palacio sino hasta ocho meses más tarde.

Mientras tanto, Bellumin, El Aprendiz y Gorhad decidieron abandonar el palacio para retornar a sus hogares. Antes de despedirlos, Meldonbar le entregó a cada uno su respectivo Lupazul. En ese momento, en la mente de los tres jóvenes se corrió una losa blanca que les recordó el compromiso natural que tenían frente a sus seres queridos de reportar que aún seguían vivos, pese a que su decisión de tomar la ruta de La Vuelta al Mundo les justificaba el derecho de ausentarse de sus familias así fuese durante el resto sus vidas. El Aprendiz empezó a reírse cuando en su memoria apareció una imagen de los tuldanes jugando en medio de la nieve mientras se tomaban divertidas fotografías que rindieran cuenta de que aún se hallaba en el viaje que inició al dejar la rosa amarilla sobre el baúl de su casa. Ahora el grupo de amigos comprendía que sus maestros bloquearon su pensamiento de manera que sólo pudieran centrar sus energías en la misión a la que estaban convocados.

—Cuando aceptaron pertenecer a La Comunidad de los Astros—dijo el hombre rubio—, también accedieron a mantener un voto inquebrantable de silencio sobre el trabajo que realizamos como sociedad secreta. Mientras sus padres y familiares sigan con vida, la coartada que siempre los ocultara de sus verdaderas ausencias será la de que son los aventureros más insaciables en todo el mundo. Los tuldanes, al igual que los genios maravillosos, tienen el don de transfigurarse en todo lo que observan, es por eso que necesitaba que me entregaran sus dispositivos móviles. Esta misma mañana, con autorización expresa de Amiluna, envíe a un tuldán a buscar su Lupazul.

Esa noche, al cabo de tanto tiempo desde la última vez que se vieron, Los Viajeros Durmientes volvieron a estar reunidos. La genio Musjem se encargó de crear un hechizo que los atrajo a todos a un mismo lugar, de modo que en el momento en que cada uno decidió entrar en los planos astrales fueron lanzados hacia la esquina de una calle donde se hallaba el establecimiento de un café. Cuando Nekvin apareció sobre el pavimento adoquinado apenas habían llegado Morlen y Milath quienes de pie sorbían con un pitillo sus malteadas de chocolate en vasos de cristal. Unos minutos más tarde el corazón del joven se estremeció de cariño al ver de nuevo a su querido amigo y maestro a quien pudo comunicarle con mucho orgullo que tras varias semanas de practica adquirió el don de volar libremente a través de sus sueños. Y así, los tres miembros restantes fueron surgiendo de la nada y entonces decidieron tomar asiento bajo la sombra de los toldos rojos del establecimiento que era atendido por cuatro

genios maravillosos y quienes muy pronto llenaron las mesitas con tazas de bebida caliente y pequeños platos con postres de flan. Era una tarde hermosa, inundada por un templado clima fresco, en la que estuvieron dialogando durante horas mientras contemplaban como viajaban por las calles las estelas de colores de las almas que aún no reventaban su cascara espiritual.

—¿Qué clase de entrenamiento estuvieron recibiendo?—preguntó Morlen.

—Paciencia, mis queridos amigos—dijo Bellumin—. Mañana cuando nos conectemos podrán verlo con sus propios ojos, o mejor dicho, con sus propios sentidos. Es evidente que también ustedes tienen algo por enseñarnos, por lo que veo no se han quedado atrás. Me alegra que hayan progresado.

Esa tarde Musjem concedió a cada uno, un mismo conjunto de tres paquetes de regalos. Al abrirlos descubrieron un libro de páginas repletas de cabo a rabo con bonitas ilustraciones a color que al tocarlas con las yemas de los dedos permitían a la persona trasladarse hacia ese sitio representado en el dibujo. Otro de los presentes era un dado que se expandía hasta adquirir el tamaño de una caja, tras lo cual se podía destapar una de sus paredes por la que era posible introducir un brazo entero para extraer los objetos dejados en otro lugar de la ciudad de Nurbelad. El último de los obsequios era una hermosa empuñadura que al ser apretada por las manos de su único portador, materializaba de inmediato la afilada hoja de una singular y original espada. Durante los siguientes trece días, cada noche que proyectaban sus cuerpos en el tejido de fibras de los sueños, los siete jóvenes disfrutaron como niños con la fascinante novedad que poseía cada uno de esos prodigiosos juguetes. Fue así como se retrasó el momento de compartir entre todos los conocimientos adquiridos durante los meses de ausencia. Los grandes avances que poseían los tres jóvenes que habían permanecido bajo entrenamiento les reveló a los demás, e incluso a ellos mismos, que el mundo astral de la Cuarta Dimensión seguía escondiendo secretos y aventuras por descubrir. De modo que cada noche se reunían con el objetivo de seguir explorando la magia infinita de ese universo que los incitaba a seguir saboreando los Misterios de la Vida.

Y así fueron pasando las semanas y los meses hasta que una tarde, mientras El Aprendiz, quien se hallaba solo en casa, dibujando sobre su escritorio junto a su ventana, escuchó que alguien tocaba en la puerta de su habitación. Al abrirla estuvo a punto de pensar que había sido una broma de sus sentidos de no ser porque sintió que jalaban de la tela de su pantalón. Cuando bajó su mirada descubrió que era el pequeño Bilmor quien lo visitaba para comunicarle que Artemus y Amiluna regresarían del mundo de los peces sagrados a la mañana siguiente. El querido tuldán dijo además que aquel maestro le ordenó comentarle que deseaba verlo en un sitio ubicado a una distancia aproximada de cuarenta kilómetros de la fortaleza de Yunzabit. El joven lo invitó a pasar a su cuarto donde dialogaron cerca de media hora más sobre todo lo acontecido desde que se marchó del palacio.

Entre los pormenores que le contó, uno de los más curiosos era que Meldonbar quien era un lector incansable, había adquirido un repentino interés por la obra del novelista Rocam Madour por lo que ordenó traer una colección completa de todos sus libros. Afirmó también que en pocos días aparecería la noticia en los periódicos, la televisión, la radio y otros medios de información que anunciaba que la histórica torre en altamar debió ser abandonada antes de que ésta fuese demolida por un fuerte sismo previsto por los investigadores de la Escuela de Geofísica. Los únicos que sabían que aquel acontecimiento nunca se realizaría y que la monumental obra sería condenada a un hechizo que la ocultaría a los ojos de los mortales, era La Comunidad de los Astros, que después de lo sucedido con Kulten decidió que para seguridad de Dolbener, él debía seguir ejerciendo su trabajo de astrónomo en otra región del planeta. El triste mensaje sólo era una simple coartada, una justificación que se consolidaba como una

auténtica verdad que llegaba meses más tarde desde que aparecieron las primeras advertencias de que la torre museo no volvería a recibir visitas de los grupos de estudiantes. Por último, Bilmor dijo que muy pronto terminarían de construir las vías ferroviarias que comunicaban las casas de los recientes miembros de la comunidad con las cavernosas entrañas de la fortaleza de Yunzabit, las cuales estarían disponibles para ser usadas en casos de verdadera emergencia. Incluso Bellumin, que vivían en un continente distinto al país de la subterránea fortificación, podría trasladarse cruzando la profundidad de los océanos a través de una ruta protegida por grandes tubos de cristal. El tuldán concluyó su visita advirtiéndole que en cuanto acabaran con el proyecto, encontraría la puerta de enlace con el vagón de minería detrás de uno de los toneles de vino que permanecían en el penumbroso granero azul de la cocina. La clave que le permitiría abrir la losa de ladrillos le sería suministrada más tarde en un sueño.

A la mañana siguiente el joven aprendiz apareció, después de una serie de tres largas teletransportaciones, en el sitio donde se hallaba la escultura de colores del hombre arrojado del frío con su toga marrón. También él llevaba en ese momento su túnica similar que lo abrigaba sobre su oscuro gabán. Al escuchar el profundo silencio de la fortaleza tuvo la impresión de que el sitio permanecía en total abandono pero sabía muy bien que en mismo instante un centenar de ojos de genios maravillosos colocados aquí y allá en torno a las dos paredes de montañas, fijaban toda su atención en su esencia de mortal. Y a pesar de que sabían que era un miembro de La Comunidad de los Astros, no por eso le perdonaban tratarlo como un enemigo más que podría colocar en riesgo la integridad de aquel lugar. La única manera de librarse de sus frías miradas era marchándose de ahí o pronunciar la clave secreta que sólo podía ser emanada por un corazón puro. Así que El Aprendiz se elevó del suelo tan liviano como el pétalo de una flor y empezó a volar hacia la dirección norte.

Un par de minutos más tarde aterrizó en un paisaje solitario, despejado y llano donde crecía la hierba verde. Era un día tranquilo, apacible, dominado por la amable claridad de un cielo azul. En el horizonte era posible contemplar, en medio de la robusta cortina de una montaña, las recortadas siluetas de los hogares y edificaciones de una población. El joven utilizó su visión mental para disfrutar con las imágenes del humo de las chimeneas, las esculturas de roca de los barrios que rendían homenaje a personajes literarios y los niños que jugaban a elevar cometas en el parque. Unos minutos más tarde, el joven presintió que no tardarían en llegar y su intuición fue tan intensa que al girarse alcanzó a percibir el remolino de viento en torno al cual aparecieron los dos hermanos. Artemus abrazaba con su brazo izquierdo una vasija de barro mientras que su hermana apretaba su mano sobre su antebrazo derecho.

—Hola, mi querido amigo—dijo el maestro con cariño—, cuánto tiempo sin verte.

Estuvieron conversando alrededor de una hora en la que permanecieron sentados sobre la hierba. Fue así cómo el joven se enteró que debieron prolongar dos meses el entrenamiento de la joven mujer, no solo debido a que a ella aún le faltaba por tener un poco más de experiencia y sabiduría en su reciente liberación astral, sino también porque las primeras dos semanas estuvo sometida a una enfermedad que fue provocada cuando su mente intentaba asimilar lo maravilloso e increíble que era el mundo donde se encontraba. A pesar de que se encontraran en un mundo sagrado, Artemus no podía contrarrestar el estado de perturbación en la que permanecía su hermana ante el tremendo cambio de dimensiones, por más que utilizara como remedios la leche de savia, aceite de algas rosadas, polvo de perlas mezclado con camarones azules cocinados en cebolla, o incluso, la dosis más fuerte de todas: agua hervida en arroz azucarado junto a una rama verde extraída de las cavernas donde dormían los sagrados caramedones.

La joven mujer había logrado el reto de ascender a la Quinta Dimensión, pero su

prueba que poseía el mismo calibre que la vivida por El Aprendiz, resultó del todo diferente. Artemus la llevó a una isla solitaria que bien parecía un cráter en medio del océano. Luego pidió a su hermana que se sentara justo en el centro a lo cual obedeció Amiluna con mucha humildad. Entonces, a través de telequinesis él fue extrayendo del mar enormes rocas con las que construyó la prisión donde la condenó a permanecer. Fue un reto bastante duro, ya que aparte de lidiar con el reducido espacio que le otorgó su hermano, debía también luchar con el efecto de la marea alta que la inundaba dejándole una pequeña grieta en la que respiraba con mucha dificultad. Lo más duro fue que para lograr superar ese tenaz desafío no tuvo disponible dos semanas de meditación sino un mes entero, lo que para ella constituyó una auténtica eternidad. A pesar de la confianza que tenía depositada en Artemus por el hecho de ser su hermano, la severidad que tenía como maestro le resultó muchísimo más agresiva que la ternura que inspiraba. Pero al final, tras un agotador esfuerzo, la isla fue estremecida por un estallido que mandó a volar por los cielos las pesadas y monumentales rocas, varias de las cuales se fragmentaron en miles de pedazos. Ahora sabía volar con su propio cuerpo, teletransportarse de un lugar a otro, materializar objetos con solo pensarlos y crear destellos de energía.

La copa que Amiluna creó antes de ser sometida a la prueba y que quebró desnudándola del barro azul antes de despedirse de Camedon, tenía el reborde de la boca y los pies matizado de un color plateado mientras que las escamas que cubrían el cuerpo del cáliz gozaban de una suave tonalidad purpura. En la franja destinada a la representativa imagen, la joven retrató un precioso y monumental árbol provisto de unas flores amarillas. Cuando se giraba para apreciar la secuencia, se observaban los ciclos del día sobre los cuales viajaban los desprendidos pétalos que eran impulsados por el viento. La ceremonia oficial de ascenso y admisión en La Comunidad de los Astros se celebraría algunos días más tarde en presencia de los demás miembros de la sociedad, que a su vez se reunirían en aquella ocasión especial para despedir en un solemne banquete al querido Artemus quien debía regresar a la eternidad.

Y mientras los dos hombres siguieron intercambiando las noticias de lo acontecido en cada mundo, Amiluna volvió a tener la misma sensación que experimentó cuando se vio con El Aprendiz en el Jardín de la Vida: le parecía que el joven era uno más de sus hermanos. De hecho, al percibir la fuerte relación existente entre ambos, deducía con una miedosa claridad que en los dos existía una química que los envolvía como si fueran una misma persona cuyas almas estaban partidas a la mitad. De pronto, el diálogo entre los hombres fue interrumpido.

—Ya es hora de sembrarla, mi querida hermana—dijo Artemus—. En un par de minutos los rayos del sol calentaran el suelo a la temperatura que necesitamos.

Entonces Amiluna materializó en la palma de su mano derecha la semilla del tamaño de una pelota que cayó sobre el charco ambarino de la inmortalidad de Merfenos. La joven mujer, sin solicitar ninguna ayuda, se encargó de excavar con sus manos el agujero donde la depositó para después volver a cubrirlo con la tierra. Luego su hermano se encargó de levantar el pesado tapón de la vasija y derramó toda el agua de su interior sobre ese lugar determinado. El agua sagrada que provenía del mar de Camedon se expandió formando un gran círculo de humedad y justo en el centro se vio surgir el delgado tallo de la planta que creció hasta alcanzar una altura aproximada de quince centímetros. Tardaría aún tres meses en convertirse en el mismo árbol monumental que aparecía en la copa de Amiluna, quien a partir de entonces visitaría ese sitio cada vez que necesitaba desprenderse de la cotidianidad de sus días. Aquel sitio llegó a convertirse en un santuario personal en donde se recostaba y contemplaba como las flores caían de modo perpetuo formando una densa alfombra que destilaba un delicioso sabor aromático.

Años más tarde, ese mismo lugar se convirtió en toda una leyenda cuando los

agricultores de la región descubrieron el monumental árbol que crecía en medio de la intemperie y la soledad, lo que los llevó a cuestionarse sobre cómo había sobrevivido sin una fuente estable de agua que no impidiera que sus ramas fuesen carbonizadas por la intensidad del sol del mediodía. El misterio se volvió tan indescifrable que un grupo de expertos botánicos viajó a visitar la curiosa planta para descubrir que se trataba de una especie de la que no se tenía ningún registro en las bases de datos de investigación, lo que colaboró que a partir de entonces el arbusto magistral fuese considerado como una joya mitológica de la naturaleza.

Después de sembrar la planta Artemus anunció que ahora le quedaban pocos días de la licencia de un año concedida por los dioses y las fuerzas celestiales para permanecer en Ulmuden. Los rostros de los dos jóvenes se llenaron de una profunda nostalgia pero el artista más grande que jamás de Combray suavizó la triste impresión prometiéndoles que podrían acompañarlo hasta el mismísimo instante en que se marcharía, pero con la condición de que compartieran con los demás miembros de la comunidad las escenas que describían los últimos minutos de su adiós final. Lo que más inundaba de melancolía a los dos aprendices, al igual que también lo experimentarían los demás personajes de La Comunidad de los Astros durante el banquete de despido, es que su ausencia los dejaba con el sinsabor de su inmortal protección, comprometiéndolos a seguir su valiente ejemplo de proteger a Ulmuden con total consagración. El maestro, consciente de los pensamientos que los envolvían en ese momento y del gran vacío que dejaría tras su marcha, se atrevió entonces a anunciar una profética verdad mientras fijaba su atención en la población situada en el horizonte frente a la corpulenta cortina de la montaña.

—En un futuro ustedes llegaran a ser muchísimo más fuerte que yo. Es su destino crecer, madurar y superar a sus predecesores, quienes han trazado un camino para que puedan avanzar mucho más de lo que nosotros hemos conseguido. Cada uno debe confiar en el poder semejante a la luz de las estrellas que existe en su interior. Sin embargo, a hora que he estado de regreso en este mundo pude comprobar que mis intuiciones son cada vez más acertadas.

”No está lejano el día en que las personas que viven bajo este cielo rompan los cascarones de su vida astral y entonces el planeta entero será elevado a un plano espiritual donde todos seremos guardianes de nuestro hogar. Todos estamos destinados a romper nuestras propias limitaciones y conquistar un nivel superior de consciencia. Cuando llegue esa fecha serán igual de invencibles e inmortales que los dioses.

Con esa alentadora esperanza terminaron de pasar los días que al joven maestro le quedaban por vivir en Ulmuden. Después de la ceremonia de ascenso de Amiluna y el banquete de despido celebrado en el palacio de Meldonbar, llegó la ineludible hora de la noche en la que todos tuvieron que decirle adiós al admirable maestro. Tal como lo prometió, los dos jóvenes que estuvieron bajo su protección a la hora de guiarlos en su búsqueda de alcanzar la Quinta Dimensión, tuvieron la suerte de acompañarlo hasta el lugar donde se unificaría con el más allá. El alma de Artemus se marcharía para siempre a la medianoche, cuando la luz de las galaxias en el cielo diera por finalizado el año de gracia de habitar en el mundo los mortales.

A esa hora el Jardín de la Vida era un campo en el que reinaba la oscuridad total. La desolación y el frío inundaban al cementerio como prueba de su jovial pacto realizado con la muerte para dejar a los difuntos dormir en paz desde la caída del sol. Apenas existía una única llama de energía, como una luminaria de color blanco y azul que ardía sobre el trono de Artemus. Dieciséis meses atrás, el artista más famoso del mundo apareció en ese mismo lugar cuando el joven aprendiz fue a reunirse con él al inicio de la mañana.

Después de trasladarse al hermoso cementerio, los tres se aproximaron al trono creado

por las manos del joven maestro. Lo primero que hizo Artemus fue tocar con sus dedos el relieve del espaldar, con su hermosa estrella que iluminaba las casas y las bonitas regiones de Combray. Aquel era el dibujo que se había grabado tanto en las espaldas de las personas que allí tomaban asiento. Y en cuanto hubo terminado de frotar sus dedos sobre la forma de las nubes y el salpicado de las estrellas, se volvió y entre sus manos sostuvo las de su hermana.

—Adiós, Amiluna—le dijo él mirándola a los ojos—. Me dio gusto verte de nuevo, mi querida hermana, eres una mujer extraordinaria y sencilla. Cuídate.

La joven no pudo contenerse y las lágrimas empezaron a brotar por sus mejillas, aunque sus convicciones de guerrera querían obligarla a lo contrario; un nerviosismo inesperado para ella bloqueó su mente impidiéndole decir unas últimas palabras de despedido. Su hermano le sonrió a los ojos, comprendiendo que no tenía nada que explicarle. La silueta azul de Artemus era ya un cuerpo de forma humana cuya materialidad iba desvaneciéndose, como la transparencia de una botella de cristal en la cual se podía reconocer las líneas de sus bordes, unas líneas en las que brillaba la energía que le quedaba de su paso por la tierra. Entonces dirigió su atención a su querido amigo y discípulo.

—Ya no te llamas más como El Aprendiz. A partir de ahora serás Melquíades, el artista y mago más grande de todos los tiempos.

Después de lo cual se sentó en el trono, igual que lo había hecho años atrás la mañana en que acabó de crearlo con el talento de sus manos. Hubo un instante insólito, como si la realidad se rasgara, en el que apareció sobre el trono la poderosa fuerza de un lienzo en blanco. Era como si el hombre allí sentado se transmutara ahora en una hermosa pantalla circular en donde el libro de la vida de Artemus se abrió de par en par en medio de aquella pradera del parque cementerio: sus enormes páginas eran las nítidas imágenes que desfilaron en ese revelador momento, dando a conocer todas las etapas de sus vidas pasadas. Primero una insignificante y redonda célula que a su vez se transformó en la piel de una rana para después convertirse en el aleteo de una paloma y acto seguido conquistar la figura de un hermoso caballo. El viaje era tan rápido e intenso que no siempre se podía distinguir la secuencia de las formas que iba adquiriendo en su recuento por todas las encarnaciones de su materia. Era como si en un solo momento se hubiera concentrado todo un universo de larguísimo episodios, toda la historia de su vida, en un instante que duro un solo segundo pero que para los seres ahí expectantes fue el de toda una eternidad. La pantalla desapareció y la sonrisa de Artemus se alcanzó a ver por última vez antes que un soplo divino desvaneciera su figura y apagara por completo el resplandor que los acompañaba hasta entonces: las delgadas líneas de su cuerpo terminaron por desaparecer.

En medio de la oscuridad, la estrella esculpida del trono empezó a brillar con una intensidad azul. Los dedos del hombre recién nombrado como Melquíades se acercaron a tocarla, imaginando que al hacerlo el calor que emanaba se extinguiría en el mármol, pero en vez ello una ráfaga de luz salió disparada hacia lo alto del cielo como una explosión. Amiluna se aferró a los brazos de su compañero. La enorme y monumental energía que se elevó desde el trono era parecida a la de un poderoso cohete de bengala, como si el espíritu de Artemus se hubiera transmutado ahora en un potente proyectil de energía que iniciaba un vuelo hacia los confines del cielo negro y estrellado de aquella noche. Mientras tanto la estrella de mármol del trono iba cambiando de tonalidades: primero de una intensidad verde, luego amarilla y después rosa, alternando sus colores de manera progresiva y del mismo modo que el tremendo cohete esparcía sus chispas en el aire. Melquíades abrazó con fuerza a Amiluna, que se encontraba asustada por la turbulencia y el repentino temblor que sacudía la tierra en ese momento. La estrella de mármol volvió a su desnudo color natural mientras el sobrenatural cohete multicolor marcaba una curva descendente que no tardaría en

escondese detrás de las montañas, igual que un sol que llega a su ocaso. El espléndido viaje luminoso de aquel astro se aproximaba a su fin y ahora solo se escuchaba un débil susurro dirigido a su aprendiz: “Melquíades, tú fuiste el único que habló conmigo como un amigo sincero, fue placer volver a verte durante este año.” Y al mismo tiempo que el joven escuchaba esas palabras en su mente, casi sin discernirlo, sin tener la necesidad de ordenar lo que pensaba y de un modo del todo involuntario dejó que su corazón respondiera: “¡Adiós mi querido maestro, buena suerte en tu viaje por las estrellas, nuestro dialogo se ha completado!”. La chispa monumental del astro se hundía cada vez más hacia lo más remoto del Universo, dejando a su paso un coletazo multicolor que para el joven que permanecía junto al trono representaba el fin de una era de su vida. Y entonces él escuchó, mucho antes que la estela se difuminara para siempre, un último susurro: “Melquíades... te quiero”.

